

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto Presidencial
Del 3 de abril de 1981



LA VERDAD
NOS HARÁ LIBRES

**UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA**

CIUDAD DE MÉXICO ®

“UN ESTUDIO SOBRE LA SINGULARIDAD DEL HISTORIADOR EN LA ESCRITURA DE LA HISTORIA”

TESIS

Que para obtener el grado de

DOCTORA EN HISTORIA

Presenta

YURIANA ESQUIVEL HUITRON

Director: Dr. Luis Vergara Anderson

Lectores: Dr. Daniel Inclán Solís

Dr. Ricardo Nava Murcia

Ciudad de México, 2017

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
CAPITULO I. EL HISTORIADOR: UNA INVENCION RECIENTE. FORMAS DE SER DEL HISTORIADOR EN LA CIENCIA DE LA HISTORIA	13
1.1 Una construcción sociohistórica e institucional. El historiador una invención reciente	14
1.1.1 Acerca de la libertad: las relaciones de poder y los juegos de verdad	16
a) Relaciones de poder	16
b) Juegos de verdad	17
c) Tecnologías del yo, tecnologías de uno mismo	18
1.2 Método y escritura	24
1.3 Dos ejemplos: entre disciplina y experiencia	31
1.3.1 La operación historiográfica	31
1.3.2 La experiencia del historiador en la escritura de la historia	36
1.4 Algunos historiadores definen su práctica: entre metáforas y conceptos	45
1.5 El historiador en teoría de la historia. <i>Coloquio "Teoría y Crítica"</i>	53
1.5.1 Perspectiva sistémica	53
1.5.2 El pensar epistémico	55
1.5.3 El historiador político crítico	58
a) <i>El autor como productor: Walter Benjamin</i>	61
1.6 Disciplinamiento-construcción del historiador: Método-archivo-verdad.....	66
1.6.1 Siglo XIX: Historicismo-Positivismo	71
1.6.2 Formaciones tempranas en América Latina	74
1.6.3 La escuela de <i>Annales</i>	86
a) Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel: Algunas reflexiones sobre el oficio de la historia (La historia es construcción, en defensa de la historia, la historia desde el presente, interdisciplinariedad y trabajo colaborativo)	97
1.6.4 La instrumentalización del conocimiento histórico	108
a) Un cuestionamiento temprano: <i>La invención de América</i>	109

b) <i>Los estudios subalternos</i>	111
1.6.5 Fragmentación y apertura	113
a) El giro lingüístico: una fractura epistemológica	113
b) Cambios epistemológicos	121
1.6.6 La actualidad: una síntesis compleja	123
1.7 El historiador en los modelos explicativos: explicación, interpretación y representación	127
1.7.1 Explicación	128
1.7.2 Interpretación	128
1.7.3 Representación	130
a) La realidad	131
CAPITULO II. APROXIMACIONES TEÓRICAS SOBRE LA SINGULARIDAD	138
2.1 La interpelación y transfiguración: posibilidades de la singularidad	140
2.1.1 El lenguaje como interpelación	140
a) Condiciones de la interpelación según Ramón Rodríguez	146
2.1.2 La ideología como interpelación	149
2.1.3 La interpelación desde lo ético	151
a) Un ejemplo límite: Abraham	154
2.1.4 La transfiguración	156
2.2 Espacio preteórico lingüístico	161
2.2.1 La racionalidad comunicativa: una manera de entender al historiador	165
a) Los contextos de validez	171
b) El saber preteórico	172
c) La interpretación incoativamente racional	177
d) La inmanencia en la acción comunicativa	180
e) <i>El narrador y La tarea del traductor</i> : Walter Benjamin	181
III. LA ESCRITURA DE LA HISTORIA COMO POSIBILIDAD DE ACCIÓN	185
3.1 Lo político desde el disenso y como posibilidad de acción	186
3.1.1 Subjetivación política y singularidad	190

3.1.2 Compromiso con el ahora	194
3.1.3 La <i>historia al servicio de la vida</i> : Nietzsche	198
a) La vida vs. lo histórico-ciencia	203
b) En pro de una función vital de la historia	208
3.1.4 Actitud crítica	212
3.2 <i>Rastros de carmín</i> : Una escritura posmoderna	217
3.2.1 El archivo y el acontecimiento	217
a) Historicidad, lenguaje, finitud, <i>iterabilidad</i> , diferencia	218
3.2.2 <i>Rastros de carmín. Una historia secreta del siglo XX</i>	220
a) La construcción del acontecimiento	221
b) Una escritura en los límites	222
 CONCLUSIONES	 224
 BIBLIOGRAFÍA	 227

INTRODUCCIÓN

La ciencia de la historia como una manera de ser de la ciencia moderna cuya posibilidad de ser ha sido la objetualización de la experiencia histórica de los humanos en el tiempo, el pasado, es producto de la *episteme* de la cultura occidental. Después del análisis arqueológico que realiza Michel Foucault sobre la instauración de las ciencias,¹ su arbitrario orden lingüístico de las cosas, y su diagnóstico de un desvanecerse y anularse “quizá”; al igual que la invención reciente del hombre y su “quizá” también próximo fin;² una vez que la inestabilidad del lenguaje ha marcado los límites del conocimiento incluido el de la historia. Consideramos importante repensar la figura del historiador, como una invención reciente, y su relación con la escritura de la historia.

La presente investigación surge a partir de la inquietud sobre la “muerte del sujeto” proclamada hace medio siglo y fomentada por el pos-estructuralismo. En el plano específico de la historia la negación de la figura del historiador vinculado al sujeto-cartesiano en el “giro historiográfico”³ y la “operación historiográfica”, y en general en el pensamiento de tradición francesa.⁴ Esta situación nos llevó a la búsqueda sobre qué era *eso* que con tanto empeño se intenta eliminar ¿por qué cuando mencionamos subjetividad⁵

¹ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*.

² Nosotros sugerimos que al hombre al que se refiere Foucault es al que ha dado lugar la *episteme* moderna, él mismo lo menciona “no se trata para nada allí de la esencia general del hombre”, la pregunta es ¿a qué se refiere con la esencia general del hombre o por qué deja un espacio, por qué habla del “modo de ser del sujeto”, “del sujeto en su irreductibilidad”? “El modo de ser del hombre tal como se ha constituido en el pensamiento moderno le permite representar dos papeles; está a la vez en el fundamento de todas las positividades y presente, de una manera que no puede llamarse privilegiada, en el elemento de las cosas empíricas. Este hecho –**no se trata para nada allí de la esencia general del hombre**, sino pura y simplemente de este apriori histórico que, desde el siglo XIX, sirve de suelo casi evidente a nuestro pensamiento-, (...)” *Ibid*, p. 334.

“Que la verdad no pueda alcanzarse sin cierta práctica o cierto conjunto de prácticas exhaustivamente especificadas que transforman el **modo de ser del sujeto**, que lo modifican tal como está dado, que lo califican al transfigurarlo, es un tema prefilosófico que había dado lugar a muchos procedimientos más o menos ritualizados” Michel Foucault, *La hermenéutica del sujeto. Curso del Collège de France (1982)*, p.56. (Negritas son propias).

³ Alfonso Mendiola, “El giro historiográfico”.

⁴ Michel De Certeau, “La operación historiográfica”.

⁵ Habría que mencionar que siempre se hizo la lectura desde el binomio objetividad/subjetividad, donde había que expulsar a la segunda para garantizar la “transparencia del conocimiento objetivo” y jamás como *subjectum*-fundamento.

se traduce en sujeto moderno fundamento de todo conocimiento? Por cierto, sujeto pensante, que como fundamento y posibilidad de todo conocimiento nosotros, también cuestionamos.

Ante este panorama, iniciamos una búsqueda, por demás caótica y discordante en un comienzo. Sujeto es una polifonía conceptual, hay tantos sujetos como definiciones se construyan de él.⁶ Ante la imposibilidad de decir el *es* del sujeto, lo que intentaremos explicar es cómo entendemos al historiador y su participación en la configuración del conocimiento histórico desde su condición existencial y cómo al realizar la operación historiográfica el historiador entra en un proceso de transfiguración en el espacio institucional en el que se encuentra, es decir, a través de las prácticas establecidas el historiador se va haciendo a la par del conocimiento histórico.

Cómo referirnos a lo que hace diferente a cada investigación, libro, artículo, documental, en un espacio institucional, histórico, cultural, donde las estructuras son relativamente estables, y sugerir una respuesta al por qué el resultado siempre está abierto, es único e irrepetible. Si tomamos el ejemplo de un ordenador programado para realizar determinada actividad antes de comenzar el proceso sabremos cuál será el resultado. Diremos que el proceso de investigación en la ciencia de la historia tiene sus partes de programación determinada, encontramos los códigos, las técnicas, el lenguaje que trazan los espacios por los que ha de realizar el trabajo el historiador, pero el resultado jamás está dado; nos parece que lo indeterminado en la escritura de la historia está en el desempeño del historiador.

Para sustentar lo que nosotros hemos llamado *singularidad*, recurrimos al “sujeto de la apelación” que plantea Ramón Rodríguez,⁷ su propuesta nos permite ver al historiador en su condición de ser histórico, abierto, que se encuentra interpelado por el Decir que plantea Martin Heidegger.⁸ También recurrimos a las nociones de *Dasein* y al lenguaje como instancia apelante que posibilita la respuesta y todo pensar.⁹ En esta noción de singularidad,

⁶ Manuel Cruz, *Tiempo de subjetividad* y Mariflor Aguilar, *Crítica del sujeto*.

⁷ Ramón Rodríguez, “El sujeto de la apelación”.

⁸ Martin Heidegger, “El camino al habla”.

⁹ Martin Heidegger, *El ser y el tiempo*.

es imprescindible el espacio social e institucional estructurado que hace posible toda acción, enunciación y despliegue de la trayectoria de la singularidad; este desenvolverse lo vincularemos con el sujeto que se transfigura en la búsqueda de la verdad, desarrollado por Michel Foucault en *La hermenéutica del sujeto. Curso del Collège de France (1982)*; es en el espacio social configurado simbólicamente y apuntalado por prácticas que dan sentido a las distintas actividades humanas, el historiador se transfigura al llevar cabo el procedimiento disciplinar que le dicta la ciencia de la historia.

Así mismo, consideramos importante la relación del historiador, y por tanto la escritura de la historia, con los mundos de la vida y el saber preteórico, a partir de los planteamientos que hace Jürgen Habermas¹⁰ en su *Teoría de la acción comunicativa*, sobre todo el papel del intérprete -científico- en las ciencias sociales. Este último, con la observación de que si bien el pensamiento de Foucault y Habermas más que incompatibles van por distintas vertientes, a nosotros nos ayudan ambos a pensar elementos que están presentes en la relación ciencia-científicos; si bien los estudios de Foucault hacen énfasis en los discursos que legitiman el orden social y el biopoder o control de los cuerpos, los planteamientos de Habermas nos ayudan a pensar el mundo precientífico lingüístico que antecede a la práctica científica vinculado a la narrativa entendida como un elemento transhistórico ligado a la vida misma, aunque habría que mencionar que este último omite las estructuras profundas del lenguaje que Foucault ha destacado con sus estudios arqueológicos que entran en las capas, analizan y desintegran los sedimentos que componen el suelo seguro de nuestras cosmovisiones y prácticas sociales. Por otra parte, estamos lejos de defender relaciones de poder pasivas o interacciones lingüísticas armónicas.

La manera en cómo responde, cómo se desenvuelve el historiador ante los procesos disciplinares y el espacio social nosotros lo denominaremos singularidad (jamás como algo ya dado sino en el por-venir indecible). Es precisamente esa singularidad que creemos se va haciendo a la par de la escritura de la historia lo que nos lleva a realizar este trabajo y a buscar las maneras en que se puede sostener la participación y manifestación de la

¹⁰ Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*.

singularidad del historiador en la escritura de la historia, en la ciencia de la historia vista como un sistema de interacciones.

Singularidad es la respuesta de la condición histórica *-Dasein-* del historiador como un *siendo* que va respondiendo a las interpelaciones del lenguaje, del espacio social, del proceso disciplinar. En la respuesta radica la singularidad, de lo que estamos hablando con la respuesta es de algo derivado de la interpelación del lenguaje, de nuestra condición existencial (ser para la vida-ser para la muerte) que está revestida por estructuras, lenguaje, códigos, que posibilitan y determinan la respuesta. La respuesta es la manifestación del “desenvolvimiento” del *siendo* en la realidad concreta; la transfiguración del sujeto, lo que se da en el mismo proceso, jamás como revelación trascendental en tanto que *jamás está dada*.

En la respuesta encontramos el *nada está dicho*, el por-venir, una multiplicidad de posibilidades de acción individual y colectiva en el espacio social. Las distintas maneras del cómo se responde nos imposibilita hablar de reproducción pasiva. Consideramos la escritura de la historia una actividad donde convergen las estructuras del “mundo” social e institucional en el que se encuentran la ciencia de la historia y el historiador, así como los procesos de afección en sentido histórico; es decir, el otro humano en el tiempo al que narro es igual a mí, histórico; nuestra condición histórica es el vínculo con los otros en el tiempo, esto implica reconocer nuestra historicidad como seres abiertos proyectantes en tanto que temporales al igual que los otros que nos han antecedido, somos pertenecientes de la historicidad humana.¹¹ Así como la transfiguración entendida como la modificación activa del sujeto en busca de la verdad, es decir, las distintas prácticas disciplinares conllevan transformaciones que vuelven distinto al sujeto de sí mismo.

Esta singularidad en las estructuras, el lenguaje y los códigos sociales establecidos, se concreta en las posibilidades llevadas a cabo por el historiador, su escritura es una manifestación. Las características que atribuimos a la singularidad del historiador las desarrollamos en el capítulo segundo. Un hacer lejos de la autonomía y el empoderamiento, la singularidad jamás es fundamento, por el hecho de ser perteneciente se está en la

¹¹ Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia de la historia*.

interpelación del lenguaje, está vinculado a los mundos de la vida –saber que antecede al espacio científico- y en el proceso de investigación el historiador es un *siendo* transfigurándose.¹²

El primer capítulo es una revisión, a partir de la invención reciente de la ciencia de la historia y del historiador, de cómo los historiadores piensan su práctica y cuál es la función que se atribuyen; cómo piensan la práctica historiográfica (eso que hacen); cuáles son los distintos momentos por los que ha pasado el disciplinamiento del historiador y las maneras en que se ha ido configurando la noción del historiador al interior de la ciencia de la historia; así como las distintas funciones epistemológicas que se le demandan en comparación con el científico. Una vez que hemos rastreado los distintos momentos por los que ha pasado el disciplinamiento del historiador, cómo definen algunos historiadores su práctica y la singularidad que en cada producto se manifiesta: libro, artículo, documental, entre otros nos surge otra inquietud que da lugar al último capítulo: ¿cuál es el sentido del procedimiento y de los productos de la ciencia histórica? Es una pregunta de mucho tiempo atrás y que ha sido contestada de diversas maneras, pero cuya pertinencia no se ha agotado.

Este tercer capítulo, corresponde a una historia pragmática; la operación historiográfica y el historiador como agentes de la historia, como sujetos históricos,¹³ está inmerso en el devenir social, de la misma manera que lo están o estuvieron aquellos a los que narra. La pregunta es: ¿puede el historiador desde la escritura de la historia realizar narrativas que

¹² Encontramos también en Paul Ricoeur este reconocimiento a nuestra condición histórica, será en la *ipseidad* o identidad-*ipse* donde nuestra situación cambiante se manifieste. “Nuestra tesis constante será que la identidad en el sentido de *ipse* no implica ninguna afirmación sobre un pretendido núcleo no cambiante de la personalidad”. p. XVIII “*Sí mismo como otro* sugiere, en principio que la *ipseidad* del *sí mismo* implica la *alteridad* en un grado tan íntimo que no se puede pensar en una sin la otra, que una pasa más bien a la otra, como se diría en el lenguaje hegeliano”. *Sí mismo como otro*. p. XIV.

¹³ Este tercer momento está más vinculado con el concepto de sujetidad que plantea Daniel Inclán como potencia que se despliega, como un *estar en situación* dejando de lado, o en un segundo plano, el *ser reflexivo* “La sujetidad es una potencia de la cualidad de ser sujeto, que expresa el proceso de *estando* del sujeto, en tanto despliegue de fuerzas y potencias. Esta distinción no es simplemente gramatical, estrictamente formal, sino que alude a una necesidad del decir ante la limitación analítica de la teoría del sujeto sustentada en la subjetividad. En términos dialécticos se puede afirmar que: la subjetividad es una forma de *ser reflexivo*, mientras que la sujetidad se refiere a un *estar en situación*”. Daniel Inclán, *El problema del sujeto de la historia: los discursos críticos latinoamericanos a finales del siglo XX*, p. 188.

transformen las representaciones mentales y sean una invitación a la acción, al disenso, a una irrupción del orden social? Nosotros respondemos con Michel Foucault y sus planteamientos sobre una ontología crítica de nosotros mismos, que corresponde al intelectual: “(...) cuestionar (...) sacudir los hábitos, las formas de actuar y de pensar, en disipar las familiaridades admitidas (...)”,¹⁴ realizar análisis históricos desde la ontología crítica de nosotros mismos entendida como una actitud, una manera de ser, un *ethos* implica: “ (...) que la crítica de lo que somos sea al mismo tiempo análisis histórico de los límites que se nos imponen, y experimentación de la posibilidad de transgredirlos”.¹⁵ La escritura de la historia es lenguaje, y todo lenguaje es acción, es en los discursos donde se puede contribuir a modificar las representaciones mentales que gobiernan nuestro cuerpo. Construcciones narrativas encaminadas a desestabilizar el orden social que legitima el control de las elites y la opresión de las mayorías, donde el conocimiento histórico - lenguaje- interpela y es una posibilidad de acción, más que ordenar y crear proyectos teleológicos al servicio de la ideología. La acción política, del historiador y de los demás, se piensa desde el disenso, el cuestionamiento y el por-venir abierto. La escritura de la ciencia de la historia-historiador potencializaría las posibilidades de acción en un futuro cercano vivible y significativo a las personas que se encuentran en ese espacio temporal y social específico; un futuro cercano a la promesa.

Concluimos este trabajo con el análisis del libro *Rastros de carmín. Una historia secreta del siglo XX*,¹⁶ que consideramos podría ser una especie de invitación a la escritura de la historia de otra forma. Cuando mencionamos una historia para la vida se trata de producir conocimiento histórico que vincule los mundos de la vida y genere sentido en las singularidades que lo leen y lo habitan; el lenguaje histórico como interpelación que abre posibilidades de acción individual y colectiva, por ende, generación de mundos posibles.

Hay otros enfoques para estudiar la relación del historiador y la ciencia de la historia, uno de ellos nos lo ha recomendado Ricardo Nava: la perspectiva sistémica (Sistema-subsistema-entorno) de Niklas Luhmann que desarrolla Alfonso Mendiola en “El giro

¹⁴ Michel Foucault. *Hermenéutica del sujeto*. P. 10.

¹⁵ *Ibid.*, p. 30.

¹⁶ Greil Marcus, *Rastros de carmín. Una historia secreta del siglo XX*.

historiográfico”, su propuesta es sobre la reflexión (epistemología) de la práctica de la historia por parte de los historiadores, por otro lado, también está el trabajo de Fernando Betancourt, donde “la operación historiográfica funciona y es funcional por sí misma; de lo que se trata en el asunto teórico es de describir esa funcionalidad”.¹⁷ Sin embargo, la concepción, en ambos, del historiador visto únicamente como sujeto-moderno-fundante-egocentrista, y por tanto la cancelación a todo uso del término imposibilita cualquiera de nuestras enunciaciones porque siempre se leerá como sujeto-cognitivo-fundante de todo conocimiento. En cambio, si incluimos la “Operación historiográfica” de Michel De Certeau en tanto que en el espacio de la escritura nos permite pensar la figura del historiador aunado a la institución y la práctica, y ver a la ciencia de la historia como un *sistema de interacciones*, aunque habría que mencionar que De Certeau no reconoce la figura del historiador (de hecho una de sus críticas es al protagonismo del historiador vinculado a la individualidad moderna y subjetividad cartesiana), su trabajo está enfocado a rescatar el espacio institucional desde el cual se habla, ignorado por mucho tiempo.¹⁸

Sobre los artículos, textos y citas de los historiadores que hemos elegido para este trabajo sólo son una muestra de lo que acontece en la práctica historiográfica y los debates que se pueden generar a la hora de reflexionar sobre ésta, no quiere decir que todos los historiadores están pensando en esta problemática y por tanto hacer una generalización, de hecho la gran mayoría realiza su práctica sin que estas cuestiones estén presentes. Por la temática algunos autores son contradictorios, elección necesaria para crear contrapesos y evidenciar posturas antagónicas acerca de la figura del historiador y la escritura de la historia, el caso que mejor lo evidencia es la dupla que hemos formado Dominik LaCapra y Michel De Certeau. Otro incompatibilidad es Michel Foucault y Jürgen Habermas cuyo escenario es el lenguaje pero la forma de trabajarlo es divergente, en ningún sentido buscamos compaginarlos, nos ha resultado difícil prescindir de Habermas y los vínculos que establece entre el espacio preteórico, que nosotros asociamos al saber narrativo

¹⁷ “Contrario a la idea de que una disciplina es la suma de las partes -incluso a veces se tiende a presentar a esas partes como sujetos (los historiadores)- este libro asume que el todo es siempre más que la suma de las partes”. Fernando Betancourt Martínez, *Historia y Cognición. Una propuesta de epistemología desde la teoría de sistemas*, p. 11.

¹⁸ Michel De Certeau, “La Operación historiográfica”.

transhistórico, y el papel de la interpretación en el campo científico. La mayoría de los textos y citas escogidos reconocen un papel activo del historiador en la escritura de la historia; en realidad es el lenguaje y su función constitutiva del mundo, hemos cuidado que ninguno se refiera al historiador como *subjectum*; sino a la subjetividad descentrada, entendida como lo otro de la razón, y a la noción de singularidad que aquí trabajamos. En el caso del sujeto ético, recurrimos a un ejemplo bíblico, consideramos que nos ayuda a evidenciar la manifestación de la singularidad, aunque, llevado al límite y desde un terreno restringido por el cientificismo entendido como ideología.

Por último, quiero agradecer al Dr. Ricardo Nava su tiempo y sugerencias, al Dr. Daniel Inclán las sugerencias bibliográficas y comentarios puntuales; lo que implicó regalarnos mucho de su tiempo, a mi tutor Luis Vergara por su valioso acompañamiento.

CAPÍTULO I. EL HISTORIADOR UNA INVENCION RECIENTE. FORMAS DE SER DEL HISTORIADOR EN LA CIENCIA DE LA HISTORIA

El historiador es una invención reciente al igual que la ciencia de la historia. En este capítulo abordamos las maneras en cómo se definen así mismos los historiadores, cómo conceptualizan su función epistemológica, cómo describen su actividad científica. También recorreremos la trayectoria de los distintos momentos por los que ha pasado la práctica historiográfica bajo el paradigma científico moderno. Así mismo, indagamos sobre las distintas maneras de entender al historiador en sus funciones de constructor del conocimiento histórico.

Haremos un análisis de las distintas maneras en que se ha configurado la noción de historiador al interior de la ciencia de la historia, a partir de su instauración en el campo de los saberes –siglo XIX-; esto es, las maneras en cómo se ha conducido el historiador, a partir de los planteamientos que Michel Foucault delinea a través de la noción de las ‘tecnologías de sí’, entendidas y manifiestas en: “(...) los procedimientos, existentes sin duda en cualquier civilización, que son propuestos o prescritos a los individuos para fijar su identidad, mantenerla o transformarla en función de cierto número de fines, y todo ello gracias a las relaciones de dominio de sí sobre uno mismo o de conocimiento de uno por sí mismo”;¹ nos permite adentrarnos en la construcción lingüística que son la ciencia de la historia y el historiador. Es en los juegos de verdad, esquemas discursivos que legitiman la práctica científica, donde las tecnologías tienen significado: el trabajo del historiador será validado por las comunidades científicas, sus cuerpos serán sometidos a distintos procedimientos que cumplan con los cánones instaurados en un orden discursivo. Sin embargo este orden discursivo es histórico: las prácticas de sí permiten una constitución activa del sujeto así como las relaciones de poder que implican siempre libertad, esto abre un espacio de indeterminación que nosotros llamamos singularidad.

¹ Michel Foucault, “Subjetividad y verdad”, p. 255.

1.1 UNA CONSTRUCCIÓN SOCIOHISTÓRICA E INSTITUCIONAL: EL HISTORIADOR UNA INVENCIÓN RECIENTE

La ciencia moderna, y con ello la ciencia de la historia, ha delineado los parámetros, método científico, bajo los cuales ha de regirse la práctica científica. El historiador y su función en el campo del saber son parte de una historicidad que nos da cuenta de las distintas maneras de ser que se han construido para este artesano en el trayecto de dos siglos cuando aparece la historia en la configuración de las ciencias modernas. Cómo debe ser el historiador, la respuesta es como se ha establecido discursivamente su función en las comunidades científicas y sus procedimientos disciplinares. Intentamos responder las siguientes preguntas que Foucault se ha hecho respecto a la historia de la subjetividad, pero en nuestro caso aplicado al historiador y al conocimiento histórico.

¿Cómo ha sido establecido el sujeto, en diferentes momentos y en diferentes contextos institucionales, como lo ha sido un objeto de conocimiento posible, deseable o incluso indispensable? ¿Cómo la experiencia que se puede hacer de sí mismo y el saber que de ello se forma han sido organizados a través de ciertos esquemas? ¿Cómo se han definido, valorado, aconsejado o impuesto estos esquemas?²

Una primera lectura de los procesos disciplinares de la práctica científica historiográfica da la impresión que el historiador está irremediamente determinado por las prácticas científicas. Sin embargo, no se trata de eso, sino más bien ver qué tipo de relación se establece entre la ejecución de la normatividad, la praxis, si es posible hablar de libertad y de una constitución activa del historiador en el trayecto de su formación, y cómo en más de dos siglos la figura de este “pepenador-follajero”, retomando la metáfora de Michel De Certeau, del pasado ha ido cambiando en una relación de ida y vuelta entre los esquemas culturales-institucionales y los procesos de asimilación de éstos, dicho análisis es el componente central y la finalidad de la realización de este capítulo.

Por otra parte, e inversamente, diría que si ahora me intereso de hecho por la *manera en que el sujeto se constituye de una forma activa*, mediante las prácticas de sí, estas prácticas no son, sin embargo, algo que el individuo mismo invente. Se trata de esquemas que encuentra

² *Idem.*

en su cultura y que le son propuestos, sugeridos, impuestos por dicha cultura, su sociedad y su grupo social.³

Es importante mencionar que, en palabras de Foucault, hay un giro en sus estudios. Si bien su interés es el mismo, las relaciones entre subjetividad y verdad: “(...) he buscado saber cómo el sujeto humano entraba en juegos de verdad, que tienen la forma de una ciencia o que se refieren a un modelo científico, o bien en los que se pueden encontrar en instituciones o en prácticas de control”,⁴ y que en un primer momento trabajó a partir de las prácticas coercitivas o el discurso teórico científico, el discurso como dispositivo, las relaciones de poder, hacia el final de su trayectoria focalizó la problemática en la práctica de sí.⁵

Este cambio en el pensamiento de Foucault es medular en esta investigación, debido a que en la aplicación que haremos a la ciencia de la historia más que ver un disciplinamiento coercitivo del historiador, sostendremos que la ejecución de la práctica científica, vista a través de la práctica de sí, posibilita el espacio que da lugar a la transfiguración del sujeto, el historiador. La práctica de sí estaría vinculada a cierta especie de ascetismo entendido como un “(...) ejercicio de uno sobre sí mismo, mediante el cual intenta elaborarse, transformarse y acceder a cierto modo de ser”.⁶ La institucionalización del conocimiento histórico, el pasado, la historia trajo consigo la definición de parámetros que han establecido la ejecución deseable de la práctica historiográfica. Aunque, en la práctica, hay procesos de acomodamiento en los cuales tenemos la transfiguración del historiador que acontece en la búsqueda de la verdad y en la ejecución de dichas prácticas.

³ Michel Foucault, “La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad” Entrevista a Foucault, p. 404. (Cursivas propias).

⁴ *Ibid.*, p. 393.

⁵ *Ibid.*, p. 394.

⁶ *Idem.*

1.1.1 Acerca de la libertad: las relaciones de poder y los juegos de verdad

a) Relaciones de poder

Las tecnologías sobre sí mismo implican la práctica de la libertad. En una entrevista Foucault opinó sobre la libertad: "La liberación abre un campo para nuevas relaciones de poder, que es cuestión de controlar mediante prácticas de libertad".⁷ Ante los cuestionamientos sobre su postura sobre el poder, él matiza en qué sentido plantea el poder y cómo entiende la libertad: "Pero si el poder está en todas partes, entonces no hay libertad". Respondo: si existen relaciones de poder a través de todo el campo social, es porque por todas partes hay libertad".⁸ Esta entrevista resulta sugerente, sobre todo por la manera en que explica en qué sentido pueden entenderse las relaciones de poder, los juegos de verdad entre humanos o con las instituciones y cómo en el fondo no se trata de dominación y sometimiento sino de prácticas donde los individuos hacen uso de su libertad, la libertad entendida como la capacidad de realizar "juegos estratégicos", donde más que libertad soberana habría libertades en acomodamiento con las libertades de los otros.

Ahora tengo una visión mucho más clara de todo esto; me parece que hay que distinguir las relaciones de poder como juegos estratégicos entre libertades –juegos estratégicos que hacen que unos intenten determinar la conducta de los otros, a lo que éstos responden, a su vez, intentando no dejarse determinar en su conducta o procurando determinar la conducta de aquellos- y los estados de dominación, que son los que habitualmente se llama el poder.⁹

Analizando la relación que guarda el historiador y la ciencia de la historia a través de las prácticas de sí, disciplinamiento, hay una manifestación y necesaria libertad para que pueda haber dicha relación de poder, que reiteramos en ningún sentido implica sometimiento sino una *constitución activa del sujeto*; a menos que fuera autoritarismo con la nula posibilidad de transformación, o bien manifestación de inconformidad, resistencia o desacuerdo. En una caracterización de las relaciones de poder, Foucault manifiesta su inconformidad porque se le ha interpretado mal "Pero la afirmación: 'Usted ve poder por todas partes; así que no hay lugar para la libertad', me parece absolutamente inadecuada. No se me puede

⁷ *Ibid.*, p. 396.

⁸ *Ibid.*, p. 405.

⁹ *Ibid.*, p. 413.

atribuir la idea de que el poder es un sistema de dominación que lo controla todo y que no deja ningún espacio a la libertad”,¹⁰ sobre todo pensando, insistimos, en la perspectiva hermenéutica que trabajó en sus últimas investigaciones y su interés por la *manera en que el sujeto se constituye de una forma activa*.

Quiero decir que, en las relaciones humanas sean cuales fueren, el poder está siempre presente: quiero decir la relación en la que uno intenta dirigir la conducta del otro. Se trata, por tanto, de relaciones que se pueden encontrar en diferentes niveles bajo diferentes formas; tales relaciones de poder son móviles, es decir, se pueden modificar, no están dadas de una vez por todas (...) no puede haber relaciones de poder más que en la medida en que los sujetos son libres (...) Para que se ejerza una relación de poder hace falta, por tanto, que exista siempre cierta forma de libertad por ambos lados (...) en las relaciones de poder, existe necesariamente la posibilidad de resistencia”.¹¹

b) Juegos de verdad

Para que haya juegos de verdad y relaciones de poder es necesario estar en los esquemas discursivos que posibilitan el actuar, para eso, en el caso de la ciencia en la modernidad se ha dado a la tarea de decir cómo se deben hacer las cosas. El historiador se encuentra hecho por el lenguaje que marca, cuando menos de manera ideal, las rutas posibles de la actividad. En cuanto a los juegos de verdad y las relaciones de poder, habría que mencionar que el historiador siempre está ahí, en ambos espacios, que hay una diferencia entre la validez del conocimiento y la implantación coercitiva de éste. Foucault lo ejemplifica con el conocimiento matemático y las distintas maneras en que han sido tratadas por las instituciones de poder: “Esto no quiere decir en absoluto que las matemáticas no sean más que un juego de poder, sino que el juego de verdad de las matemáticas se encuentra ligado en cierta manera, y sin que esto empañe en modo alguno su validez, a juegos y a instituciones de poder”.¹² Así que, en nombre de la verdad, en su búsqueda, se justifican los procesos disciplinares de la ciencia moderna, en nuestro caso, de la ciencia de la historia y las relaciones de poder que se generan al interior de las comunidades científicas en las universidades y centros de investigación.

¹⁰ *Ibid.*, p. 406.

¹¹ *Ibid.*, p. 405.

¹² *Ibid.*, p. 410.

Con todo y que la validez del conocimiento histórico es más que un juego de poder en tanto que la búsqueda de la verdad, lo histórico, está cubierto por prácticas, cabe mencionar que “(...) en un juego de verdad siempre cabe la posibilidad de descubrir algo diferente y de cambiar más o menos tal o cual regla, e incluso a veces todo el conjunto del juego de verdad”.¹³ Ante la pregunta “¿Quién dice la verdad? Individuos que son libres, que organizan cierto consenso y que se encuentran insertos en una determinada red de prácticas y de instituciones coercitivas”,¹⁴ aplicada a la ciencia de la historia, la respuesta es: el historiador dice verdades a través de la relación de juegos de verdad y relaciones de poder que establece con la institución y sus prácticas disciplinares instauradas, la comunidad científica y el contexto histórico cultural en el que se encuentra. Sin embargo, también está la posibilidad contingente de que la ejecución del juego de verdad sea desbordado; la ruptura y cambio de paradigma de Kuhn lo evidencian.

Sobre el uso de la palabra sujeto sin la carga de sentido de la filosofía moderna, en alguna parte de la entrevista le preguntan: “*Pero usted ha ‘impedido’ siempre que se hable de sujeto en general*”, Foucault contesta: “No, no lo he ‘impedido’ (...) Sin duda, era preciso rechazar una determinada teoría *a priori* del sujeto para poder efectuar este análisis de las relaciones que pueden existir entre la constitución del sujeto o de las diferentes formas de sujeto y los juegos de verdad, las prácticas de poder, etc”.¹⁵ Era necesario el análisis de los procesos de subjetivación, lo histórico, las prácticas, las singularidades, las recepciones de los dispositivos disciplinares, etc.

c) Tecnologías del yo, tecnologías de uno mismo.

El desarrollo de la temática de las tecnologías del yo está marcado por lo que podríamos denominar el tercer momento en los trabajos de Michel Foucault. Es una mirada a las maneras en como se relaciona y constituye históricamente el sujeto y las relaciones que establece consigo mismo en la búsqueda de la verdad a través de las técnicas de sí. “Tal vez

¹³ *Ibid.*, p. 411.

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ *Ibid.*, p. 403.

he insistido demasiado en las técnicas de dominación y de poder. Me intereso cada vez más en la interacción que se opera entre uno mismo y los demás, y en las técnicas de dominación individual, en el modo de acción que un individuo ejerce sobre sí mismo a través de las técnicas de sí”.¹⁶

La relación consigo mismo y los modos de relacionarnos con lo otro (hay otras formas de otro no sólo humano, por ejemplo, lo no humano vivo: plantas, animales, o bien, los elementos y cosas que están en nuestro contexto) está sostenida por condiciones concretas de realización: prácticas, normas, costumbres, capital simbólico que vuelven factible nuestro saber sobre nosotros mismos. Es aquí donde se abre el espacio de pensar y actuar, no como dos cosas separadas sino como acciones simultáneas que orientan las formas de las interacciones humanas: “Si por pensamiento se entiende el acto que pone en sus diversas relaciones posibles un sujeto y un objeto, una historia crítica del pensamiento sería un análisis de las condiciones en las que se forman o modifican ciertas relaciones de sujeto a objeto, en la medida en que éstas son constitutivas de un saber posible”.¹⁷

Es precisamente el análisis de las condiciones en las que se modifican las relaciones de sujeto a objeto lo que nos interesa investigar de la práctica historiográfica, es decir, cuáles son los elementos constitutivos que han “ordenado” las maneras en que ha de relacionarse el historiador con la disciplina histórica, el pasado, el método, las fuentes, entre otros. En qué medida se han modificado estas condiciones que han posibilitado el saber histórico a lo largo de más de dos siglos de la instauración institucional de la historia como ciencia. Cuáles son los *a priori* históricos que han marcado los trazos generales del oficio de historiar y, por tanto, cuáles han sido los juegos de verdad y juegos de poder con los que el historiador y su práctica se han visto condicionados a la vez que posibilitados. Son preguntas que intentaremos responder a través de la revisión de la práctica historiográfica instaurada con la ciencia moderna que nos da noticia de la condición histórica de la ciencia de la historia.

¹⁶ *Ibid.*, p. 446.

¹⁷ Michel Foucault, *Tecnologías del yo. Y Otros textos afines*, p. 26.

(...) la historia crítica del pensamiento no es ni una historia de las adquisiciones ni una historia de las ocultaciones de la verdad; es la historia de la emergencia de los juegos de verdad: es la historia de las *veridicciones* entendidas como formas según las cuales se articulan sobre un dominio de cosas discursos susceptibles de ser llamados verdaderos o falsos: cuáles han sido las condiciones de esta emergencia; el precio que, de algún modo, se ha pagado; sus efectos sobre lo real, y el modo en que, vinculando un cierto tipo de objeto con ciertas modalidades de sujeto, ha constituido para un tiempo, un área y unos individuos dados el *apriori* histórico de una experiencia posible.¹⁸

El historiador, la ciencia, la ciencia de la historia, entre todo aquello que singulariza a la sociedad moderna, son una invención reciente son posibilitados por los *aprioris* históricos que sostienen el proyecto de modernidad y permiten que dichos elementos se desenvuelvan. El historiador se forma en los procesos constitutivos disciplinares, es decir, el espacio institucional y la práctica científica posibilitan su subjetivación. Afirmar la existencia del historiador y su práctica científica como una construcción socioinstitucional e histórica es factible a partir de los planteamientos de las tecnologías del yo, entendidas como: “(...) la reflexión acerca de los modos de vida, las elecciones de existencia, el modo de regular su conducta y de fijarse uno mismo fines y medios”.¹⁹ Es a través de las tecnologías propias de cada espacio histórico social e institucional que es posible generar los elementos necesarios a partir de los cuales, en el caso del historiador, llevará a cabo sus funciones, dentro del ejercicio del oficio de historiar, de alguna manera dado. Es decir, la comunidad científica ha establecido los lineamientos, ideales, a partir de los cuales se ejerce la profesión. Las tecnologías del yo son “(...) ´aquellas técnicas que permiten a los individuos efectuar un cierto numero de operaciones en sus propios cuerpos, en sus almas, en sus pensamientos, en sus conductas, y ello de un modo tal que los transforme a sí mismos, que los modifique, con el fin de alcanzar un cierto estado de perfección, o de felicidad, o de pureza, o de poder sobrenatural, etc.”.²⁰ Al introducirse el historiador al campo científico implica estar dispuesto a dejarse formar por los procedimientos institucionales, transformarse y relativamente cumplir con los fines deseables institucionales, pero, a la vez hay una manifestación de sí mismo que va más allá de los planes educativos: la transfiguración que ha de vivirse únicamente en su manera de responder a los procesos de investigación, la lectura, la escritura, la creación de modelos, el

¹⁸ *Ibid.*, p. 26.

¹⁹ *Ibid.*, p. 36.

²⁰ *Idem.*

uso de metalenguaje, su relación con el pasado-archivo, los congresos; su desenvolvimiento en las comunidades científicas.

En el fondo es sostener que con todo y lo condicionado que puede estar nuestra existencia en general, así como la práctica científica y el quehacer historiográfico, hay espacios de libertad que generamos nosotros, los historiadores, inmersos en una red de prácticas complejas entre normatividad, sujeto, objeto: “(...) condiciones de posibilidad de la experiencia real (...) éstas no deben buscarse del lado de un sujeto (universal), sino del objeto, o mejor, en una red de prácticas compleja”.²¹ Los procesos de acoplamiento donde se constituye el sujeto de forma activa representan la posibilidad de la verdad, “(...) somos más libres de lo que creemos, y no porque estemos menos determinados, sino porque hay muchas cosas con las que aún podemos romper –para hacer de la libertad un problema estratégico, para crear libertad. Para liberarnos de nosotros mismos”.²²

Practicar la libertad conlleva reconocernos condicionados por determinadas tecnologías que nos llevan a actuar de ciertas maneras y tomar en cuenta el papel que juega el lenguaje como dispositivo, las relaciones de poder, los juegos de verdad y las tecnologías de uno mismo en nuestras cosmovisiones y construcciones de la realidad en la práctica historiográfica, así como tomar nota de las posibilidades de acción: asimilación o transgresión, no sólo en la construcción del conocimiento histórico, aunque es el que nos interesa, sino en general; una vez que nos sabemos representaciones mentales posibilitadas por el lenguaje: “Lo esencial no es tomar ese saber como un valor ya acuñado, sino analizar esas pretendidas ciencias como ‘juegos de verdad’ que están ligados a técnicas específicas que los hombres utilizan para comprender quiénes son”.²³ No hay práctica historiográfica con verdades absolutas, sino consensos de la comunidad científica que regula la actividad, siempre susceptible al cambio: una de las constantes de toda actividad, no solamente lo que atañe al científico.

²¹ *Ibid.*, p. 28.

²² *Ibid.*, p. 44.

²³ Michel Foucault, “Las técnicas de sí”, p. 445.

En los trazos históricos que realiza Foucault encontramos tres tipos de examen a través de los cuales el ser humano busca comprenderse así mismo: “(...) en primer lugar el examen mediante el que se evalúa la correspondencia entre los pensamientos y la realidad (Descartes); en segundo lugar, el examen por el que se estima la correspondencia entre los pensamientos y las reglas (Séneca); en tercer lugar, el examen mediante el cual se aprecia la relación entre un pensamiento oculto y una impureza del alma”.²⁴ Esto nos lleva a entender las relaciones de nosotros mismos como una construcción histórica, condicionadas por las tecnologías del yo. Si bien el sentido de estas prácticas ha ido cambiando, básicamente las seguimos ejerciendo en el ámbito cotidiano e institucional científico pero bajo un orden simbólico diferente. Por ejemplo, el uso de la verbalización en el cristianismo para la confesión de pecados, la renuncia a sí mismo y su posterior reapropiación por parte de las ciencias humanas bajo una nueva connotación:

A partir del siglo XVIII, y hasta el presente, las ‘ciencias humanas’ han reinsertado las técnicas de verbalización en un contexto diferente, haciendo de ellas no el instrumento de la renuncia del sujeto a sí mismo, sino el instrumento positivo de la constitución de un nuevo sujeto. El hecho de que la utilización de estas técnicas haya dejado de implicar la renuncia del sujeto a sí mismo, supone una ruptura decisiva.²⁵

En el caso de la práctica científica del historiador podemos mencionar que las técnicas de sí son múltiples, las básicas y más representativas nos parecen: la lectura (investigación documental), la interpretación, la escritura-construcción del conocimiento histórico, esto posibilitado por la materialidad de las fuentes: archivo, libros, artefactos materiales; el método como procedimiento disciplinar resguardado por las comunidades científicas en la figura emblemática de la universidad. Pero, a la vez, por la naturaleza de su trabajo, está inmerso en otro tipo de técnicas. Foucault realiza una clasificación donde podemos encontrar cuatro grupos de las técnicas de sí, el historiador en su actividad científica constantemente está interactuando y cruzando estos campos.

- 1) las técnicas de producción gracias a las cuales podemos producir, transformar y manipular objetos;
- 2) las técnicas de sistemas de signos, que permiten la utilización de signos, de sentidos, de símbolos o de la significación;

²⁴ *Ibid.*, p. 471.

²⁵ *Ibid.*, p. 474.

- 3) las técnicas de poder que determinan la conducta de los individuos, les someten a ciertos fines o a la dominación y objetivan al sujeto;
- 4) las técnicas de sí, que permiten a los individuos efectuar, solos o con la ayuda de otros, algunas operaciones sobre su cuerpo y su alma, sus pensamientos, sus conductas y su modo de ser, así como transformarse, a fin de alcanzar cierto estado de felicidad, de fuerza, de sabiduría, de perfección o de inmortalidad.²⁶

²⁶ *Ibid.*, p. 445.

1.2 MÉTODO Y ESCRITURA

La narrativa es un fenómeno internacional, transhistórico, transcultural: está simplemente ahí, como la vida misma.

Roland Barthes

Las maneras en que se va a instaurar la práctica científica moderna llevará a las comunidades de historiadores a crear una dualidad entre método y escritura. Se opta por disimular, bien podría ser eliminar salvo por una ligera impresión que siempre estuvo presente, el momento poético en la escritura de la historia, la singularidad del historiador que nosotros vinculamos a los usos del lenguaje y el papel de la retórica, la narrativa, la poética, en la escritura de la historia. El proceso metodológico es el pase al reconocimiento científico y a lo que se avocarán a trabajar los historiadores a la hora de reflexionar sobre su oficio. Así, cuando tenemos una interpretación de la obra de Johann Gustav Droysen, uno de los principales fundadores de la metodología de la ciencia de la historia de la escuela histórica alemana en el siglo XIX, hay un rechazo explícito a la retórica, *marcando discursivamente la imposibilidad* de hablar de ciencia y narrativa, de ciencia y poética; “(...) este trabajo es moderno (la *historik* de Droysen), inaugura cuestiones relacionadas con los fundamentos de la historia como una operación científica, es decir, no retórica”.²⁷

Nosotros proponemos que la separación entre metodología, vinculada al carácter científico y a la búsqueda de fundamentar el conocimiento histórico en el escenario científico en general, y la escritura de la historia vista como creación literaria y amenaza para validar el conocimiento histórico, nos aleja de las formas en cómo se lleva a cabo el oficio de historiador. Entender la manera en que se realiza la práctica historiográfica en el mundo moderno implica contemplar estos dos momentos entrelazados en sí mismos aunque yuxtapuestos por varias comunidades de historiadores: método y escritura.

En los inicios de la configuración científica de la historia, con Wilhelm Von Humboldt en su disertación *Sobre la tarea del escritor de historia*, según Jörn Rüsen, ya estaban presentes estos dos momentos, la parte empírica, las fuentes, el método, y la parte poética

²⁷ Guillermo Zermeño, “Droysen o la historia como arte de la memoria”, p. 84.

de la escritura de la historia, Humboldt “diferenció entre una investigación como transmisión de descubrimientos empíricos de lo sucedido en el pasado, y la escritura de la historia como acto creativo en el que el suceder obtiene por vez primera el carácter de una historia con sentido”.²⁸ Fueron distintas las perspectivas que se desarrollaron, dándole mayor peso a uno de estos dos elementos, con el paso del tiempo y la asimilación de la disciplina por los historiadores dará la primacía al método. Ante este clima intelectual, la escritura de la historia “(...) aparece cada vez más como *mera función de la investigación histórica*; pierde el significado de un problema teórico de primer rango y se torna marginal”.²⁹

Humboldt puede describir la tarea del escritor de historia en analogía a la del artista, que también hace aparecer la experiencia de sí mismo y del mundo de los hombres actores bajo la luz de los criterios de sentido más superiores de su acción. Para Humboldt la diferencia entre el artista y el escritor de historia reside en que uno hace valer su subjetividad como juego libre entre la fuerza imaginativa y la experiencia, mientras que el otro subordina su subjetividad a “la experiencia y la fundamentación de la realidad”.³⁰

Tras los lineamientos que Humboldt da a la historia surgirán dos vertientes, por una parte, Georg Gottfried Gervinus rescatará el momento narrativo y centrará su atención en la “historiografía como poética de la escritura de la historia”; “Aquí aparece la escritura de la historia misma como aquel proceso en el que se deduce, a partir de los descubrimientos de las fuentes, el contexto de sentido de la acción humana pasada, a través del cual el historiador obtiene el “efecto cerrado y total de la obra de arte con su narración”.³¹ Entre otros historiadores, Theodor Mommsen “le quitaba a la historia la tarea de profesionalización en la universidad y contaba al escritor de historia “más entre los artistas que entre los académicos”.³² George Macaulay Trevelyan “enfaticó la igualdad de rango de la calidad literaria y de la relación con la investigación de la escritura de la historia”.³³

²⁸ Jörn Rüsen, “La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias históricas”, p. 241.

²⁹ *Ibid.*, p. 243.

³⁰ *Ibid.*, p. 240.

³¹ *Ibid.*, p. 241.

³² *Ibid.*, p. 243.

³³ *Idem.*

Por otra parte, con las reflexiones de Droysen sobre cómo debía llevarse a cabo la operación historiográfica, va a priorizar la “*ejecución metodológica de la investigación histórica*”: “La interpretación histórica aparece ahora como un esfuerzo de investigación y ya no como representación literaria (...) la libertad estética del escritor de historia es atada nueva y estrictamente a las reglas metodológicas de la investigación histórica que garantizan el progreso epistemológico de las ciencias históricas”.³⁴

La experiencia vital, el mundo de la vida previo al campo científico disciplinar, encuentra un lugar en la narrativa histórica y surge la pregunta de qué manera aislamos al historiador para que deje de lado todas estas experiencias de su apropiación del mundo del que está impregnado y que al momento de configurar el relato histórico se hacen manifiestas. Así mismo, “(...) se ha de responder a la pregunta de si no son las estructuras narrativas, con sus propios principios estéticos, poéticos o retóricos, las que deciden sobre el método histórico como suma de los procedimientos de investigación”.³⁵ Es una interacción, una simbiosis, entre el mundo científico modelado por la ciencia moderna y el mundo precientífico inmerso en el mundo de la vida y la experiencia. El debate entre historicistas y los que se colocan en la superación del historicismo no tiene sentido, dado que: “Esta confrontación es insostenible *porque la narración y la teoría no son opciones alternativas que se excluyan recíprocamente*”,³⁶ ambas están implícitas en la práctica científica de la historia: “La escritura de la historia y la investigación histórica ya no son opuestos; la investigación misma está siempre (en sus puntos de vista que la guían) ajustada a la forma de la “historia” como estructura de afirmaciones históricas, y la escritura de la historia es la continuación de la investigación con otros medios (literarios)”.³⁷ Método y escritura son dos etapas que forman parte del mismo proceso: producir el conocimiento de la ciencia de la historia.

A nuestro parecer el momento narrativo no es una opción, se hace. Nuestra experiencia sensible y lingüística del mundo antecede al momento disciplinar. Cuando aparece la

³⁴ *Idem.*

³⁵ *Ibid.*, p. 249.

³⁶ *Ibid.*, p. 252.

³⁷ *Ibid.*, p. 254.

incipiente ciencia moderna los seres humanos ya creaban cosmovisiones del mundo, se apropiaban de él, había una conciencia y experiencia histórica del tiempo en tanto éste nos atraviesa, existían posicionamientos y configuraciones lingüísticas que explicaban nuestro estar en el mundo. Cuando narramos es inevitable no recurrir al mundo simbólico que nos formó, lo cotidiano, el mundo de la vida que antecede al mundo científico.

Narrar es un acto creativo de orientación temporal de la vida humana, en el que el pasado humano se abre como historia por vez primera, así pues, en el que también se forma por vez primera algo así como la experiencia histórica. La historia es una construcción de sentido del ser humano en la que relaciona sus experiencias de transformación temporal del mundo y de sí mismo con su necesidad de asegurarse a sí mismo en esta transformación (estabilizando la identidad), y en el proceso se apropia espiritualmente de estas experiencias y con ello orienta su acción y su sufrimiento en el tiempo, intencionalmente organizado como ejecución del tiempo. Una construcción de sentido tal no llega a existir sin la actividad de la fuerza imaginativa humana.³⁸

La experiencia histórica y, posteriormente, la construcción de la trama, las sustancias narrativas, entre otros sinónimos de la escritura de la historia, forman parte de la narrativa junto con sus funciones supratemporales de ayudar a entendernos en el mundo. “La narrativa es un metacódigo, un universal humano sobre cuya base pueden transmitirse mensajes transculturales acerca de la naturaleza de una realidad común. La narrativa, que surge como dice Barthes, entre nuestra experiencia del mundo y nuestros esfuerzos por describir lingüísticamente esa experiencia”.³⁹ Las construcciones lingüísticas, entre ellas las elaboradas por el historiador para el conocimiento histórico, manifiestan las maneras en como nos definimos y apropiamos del momento y espacio temporal que habitamos.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que cuando los historiadores abandonaron los “metarrelatos”, vistos como sistemas teleológicos que impedían dar cuenta de lo singular, defendieron lo singular histórico de la acción humana en el pasado pero paradójicamente al interior de la comunidad, en las mayorías, había un abandono (explícito dado que sostenemos que estos componentes siempre están presentes en el acto de escribir) de la narrativa, la retórica y la poética, con lo cual, estaban negando, omitiendo o eliminando lo singular histórico de su escritura, la acción del historiador, ese acto que está impregnado de

³⁸ *Ibid.*, p. 255.

³⁹ Hayden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, p. 17.

metodología pero a la vez también lo está de experiencia y apropiación del mundo que antecede a la universidad. Pensando en la prioridad de la disciplina y la especialización científica podemos citar a Henri Marrou quien opina al respecto: “(...) la especialización los transforma en obreros al frente de una máquina cuyo funcionamiento controlan, pero que serían completamente incapaces de reparar, y menos aún de construir”,⁴⁰ intentando eliminar el espacio de la singularidad, de la irreductibilidad humana que nosotros vinculamos con el ser heideggeriano.

(...) es preciso remontarse en el tiempo con objeto de explicar el que muchos historiadores hayan abandonado el ideal, hará unos cincuenta años, el ideal de una tradición narrativa de dos mil años (...) Además en ese entonces los historiadores se hallaban bajo la fuerte influencia tanto de la ideología marxista como de la metodología de la ciencia social. Como resultado de esto, su interés eran las sociedades, no los individuos, y confiaban en que podían llevarse a cabo una ‘historia científica’ que con el tiempo produjera leyes generalizadas para explicar las transformaciones históricas.⁴¹

Por otra parte, tenemos a Marc Bloch quien enfocado en contribuir al reconocimiento de la historia como ciencia, y la creación de un lenguaje teórico científico que les permitiera a los historiadores ser “objetivos” e identificarse como comunidad, también reconoce el espacio de “libertad” que ejerce el historiador a la hora de organizar el lenguaje, de crear la representación o narrativa histórica: “(...) ‘sin duda llegará un día en que una serie de acuerdos permitirán precisar su nomenclatura y afinarla después, etapa tras etapa. Incluso entonces la iniciativa del investigador conservará sus derechos; ahondando en el análisis, éste reorganiza necesariamente el lenguaje. Lo esencial es que el espíritu de equipo esté vivo entre nosotros”.⁴²

Hay que hacer notar que cuando algunos historiadores reflexionan sobre su práctica no desconocen la parte formativa, la metodología ni los procesos disciplinares establecidos por las instituciones, por el contrario, caen en la cuenta de que hablan a partir de un lugar “social”, pero a la vez reconocen que su trabajo es atravesado por su singularidad. “La historia de una época dada se va configurando por medio de serializaciones, por una

⁴⁰ Gerárd Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, p. 102.

⁴¹ Lawrence Stone, “El resurgimiento de la narrativa reflexiones acerca de una nueva y vieja historia”, p. 97.

⁴² Noiriel, *op. cit.*, p. 87.

investigación pendular de los documentos a la retrodicción, y viceversa, y los hechos mejor fundados son, en realidad, conclusiones que en gran parte son fruto de la retrodicción”,⁴³ es decir, la experiencia precientífica del historiador.

Cuando John Lewis Gaddis habla de los laboratorios mentales y la manera en como los historiadores se representan y construyen el pasado, estos deben partir de los procedimientos que por consenso aprueba la comunidad científica de historiadores, los procesos mentales, representacionales donde se fabrica la historia, deben estar autorizados por la comunidad. “La única manera en que estos científicos pueden volver a recorrer la historia es imaginarla, pero han de hacerlo dentro de los límites que marca la lógica”.⁴⁴ No se trata de proclamar a un genio que genera invenciones en el sentido de ocurrencias que no tengan referentes y cierta “correspondencia” con la realidad, fuentes. “En la historia, como en la ciencia, la imaginación debe estar limitada y disciplinada por las fuentes, y es precisamente lo que la diferencia de las artes y todos los otros métodos de representación de la realidad”.⁴⁵

Así pues, cuando Veyne se refiere a la trama, encontramos una estrecha relación con la narrativa y la representación histórica. La construcción del relato histórico es tarea del historiador, quien pasa por el disciplinamiento del discurso científico instaurado con la ciencia moderna y su comprensión precientífica del mundo; su experiencia, su memoria y su imaginación histórica: “Los hechos no existen más que en virtud de una trama y que la ordenación de la trama no está sujeta a leyes. La primera obligación de un historiador no consiste en ocuparse de un tema, sino en crearlo”.⁴⁶

Así, el espacio que se abre en el momento de la escritura de la historia y donde tiene lugar la manifestación es lo que nosotros hemos llamado singularidad del historiador. ¿Podemos alguna vez narrar sin moralizar?⁴⁷ y evitar las percepciones y configuraciones que nos

⁴³ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, p. 103.

⁴⁴ John Lewis Gaddis, *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, p. 64.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 68.

⁴⁶ Veyne, *op. cit.*, p. 194.

⁴⁷ White, *op. cit.*, p. 39.

hacemos de nuestro estar en el mundo que se hacen manifiestas cuando nos representamos y narramos el pasado, “(...) la narración, lejos de no ser más que una forma de discurso que puede llenarse de diversos contenidos, por reales o imaginarios que puedan ser, posee ya un contenido previo a cualquier materialización en el habla o la escritura”.⁴⁸

⁴⁸ *Ibid.*, p. 13.

1.3 DOS EJEMPLOS: ENTRE DISCIPLINA Y EXPERIENCIA

El siguiente apartado tiene como finalidad plantear dos maneras de entender la práctica historiográfica y cuál es la función del historiador al interior de la ciencia de la historia. Ambas posturas, escogidas intencionalmente para ver planteamientos divergentes sobre la misma situación, nos llevarán por caminos distintos: Michel De Certeau y Dominick LaCapra son los autores que trabajaremos, sus planteamientos son recientes y vigentes en el campo de la epistemología de la historia. A pesar de la incompatibilidad en sus trabajos creemos que dicho antagonismo se debe a cuestiones de tradiciones de pensamiento, sin embargo, consideramos que ambos forman parte del mismo proceso; la construcción del conocimiento histórico en su modalidad moderna.

1.3.1 La operación historiográfica

Hablar de cómo funciona la ciencia de la historia en el siglo XXI, es decir bajo qué circunstancias se lleva a cabo el proceso de elaboración del conocimiento histórico, implica hacer mención a la manera en que Michel de Certeau la clasifica: “Considerar la historia como una operación, sería tratar, de un modo necesariamente limitado, de comprenderla como la relación entre un *lugar* (un reclutamiento, un medio, un oficio, etcétera), varios *procedimientos* de análisis (una disciplina) y la construcción de un *texto* (una literatura).”⁴⁹ Es a través de la interacción de estos tres elementos inherentes a cualquier articulación del pasado que se vuelve posible hablar de conocimiento histórico.

Nos interesa particularmente el tercer momento, la escritura. Dado que el lugar social, la práctica -modelos- posibilitan el momento de la escritura es necesario tener en cuenta en qué consisten. El modo de hablar configura nuestra relación con un lugar. El lugar social, vinculado en historia con las instituciones académicas, es el que posibilita y legitima la enunciación del historiador. Haremos brevemente un repaso de los tres momentos, para

⁴⁹ Michel De Certeau, “La operación historiográfica”, p. 68.

después puntualizar en qué sentido entendemos la relación de estos elementos presentes en todo proceso historiográfico.

La explicitación del lugar se corresponde con la puntualización del contexto histórico y social como elemento importante en las ciencias sociales: la historicidad. Esta perspectiva sociológica de la ciencia permite a De Certeau ligar el espacio social con la institución científica,⁵⁰ eso que había sido omitido por la filosofía de la ciencia moderna: “El lugar dejado en blanco u oculto por el análisis que exageraba la relación de un sujeto individual con su objeto, es nada menos que una *institución del saber*”.⁵¹ La institución garantiza, valida y sustenta la enunciación del historiador.

Toda la red conceptual de la ciencia se vuelve contingente e histórica, no aparece de la “nada”, tiene su matriz⁵² y ésta es la institución que sostiene cualquier enunciación posible a través de la elaboración de modelos, es en esta fábrica de enunciados –Richard Rorty– que las enunciaciones de los historiadores adquieren soporte, legitimación y validez al interior del campo científico.

(...) el *nosotros* del autor nos remite a una *convención* (...) Es un sujeto plural que “sostiene” al discurso. La mediación de este “nosotros” elimina la alternativa que atribuiría *ya* a un individuo (el autor, su filosofía personal, etcétera), *ya* a un sujeto global (el tiempo, la sociedad, etcétera). En lugar de jactancias subjetivas o de generalidades edificantes, nos ofrece la positividad de un *lugar* donde se apoya el discurso sin identificarse con él.⁵³

Ante la ausencia de verdades en sí mismas, la función de la institución es legitimar, configurar convenciones lingüísticas que establezcan el significado. La generación del

⁵⁰ *Ibid.*, “La historia queda configurada en todas sus partes por el sistema con que se elabora. Hoy como ayer, está determinada por el hecho de una fabricación localizada en algún punto de dicho sistema. Así pues, el tener en cuenta el lugar donde se produce, permite al saber historiográfico escapar a la inconsciencia de una clase que se desconocería a sí misma como clase en las relaciones de producción, y que por lo tanto, desconocería a la sociedad donde está insertada. El enlace de la historia con un lugar es la condición de posibilidad de un análisis de la sociedad”. p. 81.

⁵¹ *Ibid.*, p. 71.

⁵² “El libro o el artículo de historia es, a la vez, un resultado y un síntoma del grupo que funciona como un laboratorio. Como el automóvil producido por una fábrica, el estudio se vincula al complejo de una fabricación específica y colectiva y no es tanto el efecto de una filosofía personal o la resurrección de una “realidad” pasada. Es el *producto* de un lugar”. *Ibid.*, p. 78.

⁵³ *Ibid.*, p. 75.

conocimiento histórico en la modernidad está sostenido por los procedimientos, el método y las técnicas de investigación que ha establecido la ciencia de la historia para legitimar las producciones historiográficas: “Un trabajo es ‘científico’ si realiza una *redistribución del espacio* y consiste en primer lugar en *darse* un lugar por el ‘establecimiento de fuentes’ –es decir, por una acción que instituye y por técnicas que transforman”.⁵⁴ Este espacio corresponde a lo que De Certeau llama varios procedimientos de análisis (una disciplina); el espacio de la investigación, el diseño de modelos que marcan los límites de lo pensable y lo enunciable, otro de los elementos involucrados en la operación historiográfica.

Otro elemento que interviene es el de la escritura (en la interpretación de De Certeau) que parece socavar el trabajo realizado en la elaboración de modelos y la construcción del objeto, “(...) la fundación de un espacio textual lleva consigo una serie de distorsiones en lo referente a los procedimientos del análisis. Con el discurso parece imponerse una ley contraria a las reglas de la práctica”.⁵⁵ La construcción del relato como una totalidad encubre las carencias y las ausencias que trae consigo la búsqueda del pasado para convertirlo en conocimiento histórico, los resultados de los procedimientos de análisis de las fuentes serán “sometidos” por la escritura.

(...) la representación de la escritura es “plena”, llena o tapa las lagunas que constituyen, por el contrario, el principio mismo de la investigación, siempre agujereada por la carencia (...) la escritura vuelve presente, representa lo que la práctica capta como su límite, como excepción o como diferencia, como pasado (...) se mide la “servidumbre” que el discurso impone a la investigación.⁵⁶

La escritura, en el relato histórico, a la vez que representa la posibilidad del conocimiento del pasado, también trae consigo el borramiento de la imposibilidad de la enunciación del pasado que las fuentes constatan: “Sólo una distorsión permite la introducción de la ‘experiencia’ en otra práctica, igualmente social, pero simbólica, escriturística, que sustituye el trabajo de una investigación por la autoridad de un saber”.⁵⁷ Cuando se presenta una investigación histórica a la comunidad de historiadores o al público en

⁵⁴ *Ibid.*, p. 88.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 101.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 102.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 103.

general, se presenta como una totalidad, es la función de la trama; hilar, tejer para dar forma a través del lenguaje. De las dificultades del proceso de investigación, de la ausencia del pasado en sí a muy pocos interesará. Ya mencionamos que en la sociedad moderna quien legitima la enunciación es la institución, es decir, en nombre del conocimiento científico el acto de configuración lingüística del conocimiento histórico lleva esta conversión de los límites de la práctica a las posibilidades de simulación de totalidad que trae consigo el uso del lenguaje y la producción de un “tiempo discursivo”.⁵⁸

Pero esta temporalización que esquivo de esta manera los límites impuestos con todo rigor y construye un escenario en el que pueden actuar al mismo tiempo los incompatibles, tiene que enfrentarse con su recíproca: el relato sólo puede guardar la apariencia de un silogismo; cuando explica es entimemático, “aparenta” raciocinar. De esta manera *el relato*, al mantener la relación de una razón con lo que pasa fuera de ella, *en sus orillas, conserva la posibilidad de una ciencia o de una filosofía* (puesto que es heurístico), pero como relato, ocupa el lugar del silogismo y oculta su ausencia.⁵⁹

En el “tiempo discursivo” se construyen los puentes entre el pasado-presente-futuro, a la vez que enmascara la carencia ontológica de correspondencia de la composición narrativa, la creación del no-lugar. Es la configuración del acontecimiento con un inicio-desarrollo-desenlace que pone en una situación de subordinación a la práctica, a las evidencias de la investigación de los vacíos y las ausencias, es el paso que De Certeau llama “el umbral que conduce de la fabricación del objeto a la construcción del signo”.

Este no-lugar señala el intersticio entre la práctica y la escritura. La censura cualitativa entre una y otra se manifiesta sin duda por el hecho de que la escritura des-naturaliza e invierte el tiempo de la práctica. Pero sólo un paso silencioso al límite plantea efectivamente su diferencia. El cero del tiempo enlaza la una con la otra, es el umbral que conduce de la fabricación del objeto a la construcción del signo.⁶⁰

⁵⁸ “Por medio de este tiempo referencial, la historiografía puede condensar o extender su propio tiempo, producir efectos de sentido, redistribuir y codificar la unidad del tiempo que corre. Esta diferencia tiene ya la forma de un desdoblamiento crea un juego y proporciona a un saber la posibilidad de producirse en un “tiempo discursivo” (o tiempo “diegético”, como dice Genette) distante del tiempo “real”. *Ibid.*, p. 104.

⁵⁹ *Ibid.* p. 105 (cursivas propias). Parece haber una contradicción, si bien De Certeau ha negado toda manifestación de la singularidad del historiador, este afuera del discurso, las orillas, es donde acontece la participación de la condición existencial del historiador.

⁶⁰ *Ibid.* p. 107.

Sin embargo, con todo y que parece hay una “recriminación” a la escritura, De Certeau define a ésta como una actividad distinta y complementaria al de la práctica. Es en la escritura donde se lleva a cabo el proceso de duelo y la reinscripción de los muertos al presente a través del relato, a la vez, permite la configuración y el enlace de los tiempos pasado-presente-futuro, genera un espacio para el presente y abre el futuro como horizonte de posibilidades.

La práctica, en efecto, encuentra al pasado bajo el módulo de una separación relativa a modelos presentes. En realidad la función específica de la escritura no es con-traria, sino diferente y complementaria de la función de la práctica. Esta función puede precisarse bajo dos aspectos. Por una parte, en el sentido etnológico y cuasi religioso del término, la escritura desempeña el papel de *un rito de entierro*; ella exorciza a la muerte al introducirla en el discurso. Por otra parte, la escritura tiene una función *simbolizadora*; permite a una sociedad situarse en un lugar al darse en el lenguaje un pasado, abriendo así al presente un espacio (...).⁶¹

En nuestra opinión: Es indiscutible la importancia de los tres elementos que De Certeau plantea en la operación historiográfica: un lugar social - la institución, una práctica y una escritura. En lo que respecta a nuestra investigación es de vital importancia tener en cuenta la interacción de estos tres componentes inherentes a toda configuración del conocimiento histórico. Nuestra atención se centra en la escritura, donde consideramos se hace manifiesta la condición existencial del historiador: “(...) no es posible hablar sobre el pasado sin usar conceptos o presuposiciones derivadas de la propia existencia y comprensión del presente”,⁶² su función activa en la configuración lingüística del discurso histórico así como su afectación.

Hay ciertas divergencias que tenemos con De Certeau, sobre todo dos, con la manera de percibir la escritura. La primera tiene que ver con la separación entre ciencia y literatura: “El lugar que se conceda a la técnica coloca a la historia del lado de la literatura o del lado de la ciencia”,⁶³ para nosotros la operación historiográfica es ciencia y literatura, es una relación indisoluble que está vinculada a la narrativa entendida como la función del lenguaje al dar cuenta de nuestro “estar en el mundo”, pero, así mismo, está posibilitada por

⁶¹ *Ibid.*, p. 116.

⁶² Ranahit Guha. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. p. 13.

⁶³ De Certeau, *op. cit.*, p. 82.

la práctica, sus procedimientos disciplinares y el lugar social que autoriza, legitima y valida la enunciación.

La segunda. Para nosotros el reconocimiento del lugar social, la institución, la práctica, el método, los modelos, no traen consigo la desaparición de la figura del historiador en tanto que entendemos que en cada configuración narrativa está implícita la cosmovisión del mundo que se ha formado el historiador en una agrupación social que tiene códigos simbólicos para explicarse en el mundo. No pocos historiadores coinciden en la actividad interpretativa y heurística que llevan a cabo en la disciplina: “(...) la Historia no puede escribirse desde un punto de vista objetivo, porque está escrita por seres humanos. Creo que el problema de sesgo, como nosotros le solemos denominar, es muy grande; y la manera de combatirlo es presentando diversos puntos de vista, precisamente para evitar presentar uno único, que es además el nuestro personal”.⁶⁴

Ante esta situación, nos preguntamos: ¿Por qué el reconocimiento del lugar, la institución, la práctica, tiene que llevar a la desaparición de la filosofía personal, una renuncia a la historicidad del historiador y a cualquier participación de éste en la elaboración del conocimiento histórico?, ¿es algo que acontece en la praxis o sólo se sostiene discursivamente?

1.3.2 La experiencia del historiador en la escritura de la historia

Al tratar de la construcción del conocimiento histórico, mencionamos ya los elementos que componen la operación historiográfica según De Certeau: el lugar social, la disciplina y la escritura, en esta última encontramos la relación del historiador con su escritura. En cada acto historiográfico se manifiesta la singularidad de quien ha escrito. Es a partir de la comprensión histórica, es decir de los procesos metodológicos y empáticos (estos últimos

⁶⁴ Entrevista a Peter Burke “Sin imaginación no se puede escribir historia” en *Revista de Letras*, 6 de Febrero 2013. “La Historia es emocionante porque implica intentar imaginarse a uno mismo en otra época, en otra cultura, para luego volver y explicar cómo eran las cosas antes y por qué la gente asumía como natural algo que para una generación posterior supone precisamente todo lo contrario”.

relacionados con nuestra condición existencial-experiencial) a partir de los cuales el historiador puede elaborar enunciados sobre el pasado que se puede configurar la experiencia histórica. En dichos procesos intervienen en la actualidad: el proceso disciplinar de la institución, la imaginación y los procesos empáticos;⁶⁵ estos dos últimos nosotros los entendemos como transhistóricos (como una actividad que se ha hecho en distintos periodos que posibilitan configurar la experiencia en el acto de narrar).

(...) forzando a veces los límites y abriendo o señalando puertas, que garanticen una indagación ulterior (como la cuestión de la deseable relación interna del historiador con el intelectual crítico). Mantengo que reivindicar la verdad es una condición necesaria pero no suficiente, que debe vincularse de manera pertinente con otras dimensiones de la historiografía, entre ellas la comprensión empática y sensible, y los usos dialógicos y performativos del lenguaje.⁶⁶

Estos otros componentes, que Dominick LaCapra rescata de la actividad historiográfica, deberían ser tomados en cuenta y vinculados con la construcción de la verdad: la comprensión empática y sensible, la hipérbole,⁶⁷ “el vínculo transferencial del investigador con su objeto”, las emociones, las posiciones subordinadas. Todos estos elementos dan cuenta de la relación dialógica entre el pasado y el presente, así como de la singularidad existencial del historiador, a la vez que singularizan la operación historiográfica y nos permiten continuar afirmando la interpelación del historiador por el pasado, en su condición de ser perceptivo (abierto) que configura respuestas (perturbación empática); es decir, hay un proceso valorativo que subyace en el proceso de investigación que sólo corresponde a cada uno de nosotros: siempre somos afectados por el otro y construimos representaciones

⁶⁵ “La empatía es, creo, una experiencia virtual pero no vicaria en la que el historiador se pone en la posición del otro sin tomar su lugar ni convertirse en su sustituto y sin sentirse autorizado a hablar con su voz. La empatía conlleva la respuesta emocional hacia el otro, y la respuesta afectiva interactúa con la diferencia tanto como el distanciamiento crítico y el análisis en la historiografía. Implica lo que he dado en llamar perturbación empática en el testigo secundario, incluyendo al historiador en uno de sus roles o posiciones subordinados”, Dominick LaCapra, *Historia en tránsito. Experiencia, Identidad, teoría crítica*, p. 95.

⁶⁶ Dominick LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*, p. 20.

⁶⁷ “En suma, diría que una de las funciones significativas de la hipérbole es testimoniar –como síntoma y en parte como respuesta constructiva- el hecho de que somos afectados por, o al menos reconocemos la importancia de, el trauma (o, en líneas más generales, el exceso) y que respondemos empáticamente a él”. LaCapra, *Historia ..., op. cit.*, p. 100.

a partir de nuestra experiencia, lo que en el capítulo dos trataremos bajo el título de “sujeto de la apelación”.⁶⁸

Considero esencial tomar en cuenta el proceso de “pasar por algo” para cualquier definición aceptable de experiencia, proceso que implicaría una respuesta afectiva –y no sólo acotadamente cognitiva- donde la emocionalidad estaría significativamente relacionada con el intento (cauteloso, constitutivamente limitado, no nivelador, imperfecto y en ocasiones fallido) de comprender al otro (que a veces puede ser opaco o indiferente en los aspectos más cruciales).⁶⁹

Nuestra experiencia singular del mundo, única e irrepetible, es uno de los elementos que interactúan en la configuración del conocimiento histórico, y es que en la introyección del mundo cultural como *lo dado* se genera *lo posible* teniendo en cuenta que siempre se elabora una respuesta ante lo recibido. La manera en que entendemos introyección⁷⁰ se refiere a cómo las estructuras sociales –instituciones que regulan las conductas- son asimiladas y esta *asimilación* lleva un posicionamiento singular que ha de manifestarse en cada uno de nosotros; en el caso del historiador, cuando realiza el proceso de investigación entra en una dinámica de afectación con el pasado que habla de nuestra recepción del mundo y de nuestra situación existencial. “(...) el interés mismo por la experiencia de archivo testimonia el giro hacia la experiencia y el rol de la autoimplicación en el objeto de investigación, y la relación de este último con la transferencia y la estructura disciplinaria en un nivel afectivo y evaluativo podría aportar a los debates una dimensión que supere lo

⁶⁸ “Cuando la interpelación se dirige al interpelado, éste no sólo tiene que oír la llamada, sino comprender que está dirigida a él, a él sólo; tiene que saberse concernido, afectado por ella. Ser afectado por la llamada no significa entonces solamente recibir la impresión de la voz que llama, tener una sensibilidad receptiva, sino ser afectado, con-movido por esa afección. Es la voz *sentida* la que afecta a su vez al interpelado, concerniéndole a él mismo. Sin algún grado de autoafección no hay posibilidad de que la apelación convierta a quien la recibe en interpelado (...)”. Ramón Rodríguez, “El sujeto de la apelación”, p. 34.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 68.

⁷⁰ “Introyección sugiere una variedad de procesos relativamente espontáneos por medio de los cuales un Ego traspone lo <exterior> en <interior>. Así que introyección implica la existencia de una dimensión interior separada y hasta antagónica a las exigencias externas; una conciencia individual y un inconsciente individual *aparte de* la opinión y la conducta pública. La idea de <libertad interior> tiene aquí su realidad; designa el espacio privado en el cual el hombre puede convertirse en sí mismo y seguir siendo <él mismo>”, aunque remarca que uno de los “peligros” de la perspectiva unidimensional es precisamente la pérdida de esa capacidad de respuesta. Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, p. 49.

acotadamente autobiográfico”.⁷¹ Con el giro experiencial en las temáticas que ahora abordan los historiadores se vuelve pertinente también introducirlo en la teoría de la historia, es decir, preguntarse qué pasa con la experiencia del historiador en relación con la escritura de la historia y construir esa dimensión que supere el lugar común de lo autobiográfico.

En lo que se refiere a las posiciones subordinadas, están relacionadas con nuestra identidad disciplinaria e intelectual,⁷² en palabras de LaCapra: ”Éstas son algunas de las posiciones subordinadas estándar que cualquier análisis de identidad debe tomar en cuenta (y que pueden ser múltiples o estar internamente divididas: sexualidad, género, familia, idioma, nacionalidad, etnia, clase, ´raza´, religión o ideología secular, ocupación y a veces filiación disciplinaria”.⁷³ Nuestros juicios, nuestras perspectivas, nuestras filiaciones están permeadas por nuestros distintos roles sociales, nuestro lugar y posicionamiento al interior de las estructuras sociales, así como nuestra interacción y desempeño en los espacios sociales.

La operación historiográfica, sobre todo el momento de la escritura, lleva las marcas de estos agentes: la empatía, las afecciones y las posiciones subordinadas intervienen en los procesos de configuración narrativa del conocimiento histórico; son elementos que singularizan al historiador y, a la vez, singularizan su discurso. Las posibilidades que conlleva esta postura es que los procesos disciplinares y procesos empáticos interactúan, la supuesta exclusión e incompatibilidad sólo se da en términos argumentativos.

La relación entre análisis crítico y respuesta empática o compasiva, y su articulación con formas más amplias de explicación sociopolítica e histórica, plantea complejas cuestiones de uso del lenguaje, la voz y la posición subordinada que varían con las perspectivas disciplinarias pero no son determinadas por éstas. En cualquier caso, las cuestiones de voz, posición subordinada, emoción y respuesta empática complican, sin contradecirlos, los

⁷¹ LaCapra, *Historia ...*, *op. cit.*, p. 55.

⁷² “(...) política de identidad disciplinaria. Es una forma específica de identidad profesional e intelectual que a menudo sustenta encubiertamente los análisis y las críticas de otros fenómenos, en particular las formas más fácilmente reconocibles de políticas de identidad basadas en factores como la raza, la etnia, el género, la orientación sexual o la filiación religiosa”, LaCapra, *Escribir ...*, *op. cit.*, p. 22.

⁷³ LaCapra, *Historia ...*, *op. cit.*, p. 89.

reclamos de realismo y objetividad y requieren un compromiso sostenido con un conjunto de problemas a menudo ausente en el tratamiento epistemológicamente restringido de los temas.⁷⁴

Hay una relación afectiva del investigador con las áreas científicas y los temas de investigación; en el caso de la historia existe un vínculo directo entre el historiador y el pasado en tanto que formamos parte de la misma especie (y, de la misma tradición) lo cual nos vuelve afines, además de ser uno de los enlaces de la dinámica de los tiempos –pasado-presente-futuro-, así como de su configuración discursiva. Por otra parte, el rechazo a la experiencia y la reafirmación del método científico como única posibilidad de conocimiento parece corresponderse con el modelo de *pensamiento y conducta* unidimensional que plantea Herbert Marcuse, “(...) en el que las ideas, aspiraciones y objetivos, que trascienden por su contenido el universo establecido del discurso y la acción son rechazados o reducidos a los términos de este universo. La racionalidad del sistema dado y de su extensión cuantitativa da una nueva definición a estas aspiraciones y objetivos”.⁷⁵ Sólo se puede pensar dentro del sistema dado, lo cualitativo es desechado o dejado en una situación de marginalidad, en el caso de la ciencia acontece algo muy similar: “Esta tendencia se puede relacionar con el desarrollo del método científico: operacionalismo en las ciencias físicas, behaviorismo⁷⁶ en las ciencias sociales. La característica común es un empirismo total en el tratamiento de los conceptos; su significado está restringido a la representación de operaciones y conductas particulares”,⁷⁷ el sistema tiende a la homogenización y cualquier cosa sólo puede ser pensada desde él, lo importante es la explicación medida de las cosas así como su control y regulación.

La noción de objetividad que LaCapra llama objetivismo⁷⁸ tan promovida al interior de las ciencias en los intentos por borrar cualquier proceso empático, ético, político y estético -

⁷⁴ *Ibid.*, p. 103.

⁷⁵ Marcuse, *op. cit.*, p. 50.

⁷⁶ Behaviorismo, Wikipedia

⁷⁷ Marcuse, *op. cit.*, p. 50.

⁷⁸ “(Por “objetivismo” me refiero al uso exclusivo de técnicas restringidamente empíricas y analíticas en la representación del otro como objeto marcadamente separado del yo en tanto sujeto, investigador u observador). Las nociones de transferencia y participación del observador cuestionan el objetivismo, y en el campo de la historiografía deberían conducir al análisis crítico de la empatía y el rol de la emoción en la comprensión histórica. LaCapra, *Historia ...*, *op. cit.*, p. 94.

valorativo- ha llevado a restringir la injerencia de la experiencia. Este objetivismo lo compararemos con el cientificismo en tanto que consideramos son muy similares. El cientificismo “no admite como válidas otras formas de conocimiento que no sean las propias de las ciencias positivas, relegando al ámbito de la mera imaginación tanto el conocimiento religioso y teológico, como el saber ético y estético”,⁷⁹ la exclusión de los otros saberes lo lleva precisamente a la ideología, el dogmatismo y la intolerancia, negándoles a estos otros saberes cualquier posibilidad de reconocimiento.

La objetivación es un proceso a través del cual el otro es posicionado como objeto de descripción, análisis, comentario, crítica y experimento. Nos distancia de la experiencia del otro, sobre todo en términos de comprensión empática o compasiva, y restringe nuestra propia experiencia de producción de conocimiento al proceso de objetivación mismo; de allí la supuesta indiferencia y el distanciamiento a veces irónico o crítico.

Ante esta conceptualización radicalizada del proceso de objetivación con una negación rotunda a la experiencia –los mundos de la vida en que se ha construido el historiador-nosotros sostenemos, como ya lo mencionamos, que sólo es posible llevar tal cancelación en el plano discursivo-normativo y que la afectación singular a la escritura –al conocimiento científico- se lleva a cabo en el mismo uso del lenguaje; ni siquiera es una decisión empoderada que corresponda al científico, en este caso al historiador. “La objetivación rotunda u objetivismo puede volvernos insensibles al vínculo transferencial del investigador con su objeto de investigación incluyendo la tendencia (reactualizada en el objetivismo) a repetir procesos operativos en –o proyectados sobre- ese objeto”.⁸⁰ Las similitudes entre el objetivismo y el cientificismo son ideología, intolerancia y dogmatismo,⁸¹ más que conocimiento científico. Evandro Agazzi opina a este respecto que: “el cientificismo es una cosa y la ciencia otra, y que no son imputables a la ciencia las deformaciones totalizantes de ella que constituyen el cientificismo”.⁸² En nombre del

⁷⁹ Juan Pablo II: *Fides et Ratio*, n. 88; citado en Carlos Javier Alonso, *La agonía del cientificismo*, p. 55.

⁸⁰ LaCapra, *Historia ...*, *op. cit.*, p. 101

⁸¹ “(Por cierto, uno de los seductores “consuelos” de las extremadamente abstractas y casi trascendentales teoría o filosofía, y de algunas áreas altamente formalizadas como las matemáticas o incluso ciertos tipos de poesía, es su distancia protectora respecto de la experiencia y sus implicaciones y consecuencias empíricas)”. *Ibid.*, p. 29.

⁸² Evandro Agazzi, *El bien, el mal y la ciencia. Las dimensiones éticas de la empresa científica-tecnológica*; citado en Alonso, *op. cit.*, p. 53.

conocimiento científico se ha intentado eliminar cualquier otra manera de entender la “realidad” y todo proceso de afectación singular del investigador con su objeto de estudio.

Moisés González rescata dos significados de cientificismo:

Cientificismo *metafísico*: sería la tendencia a creer que la ciencia resolverá todos los problemas de que antes se ocupaba la metafísica. Indicaría, pues la actitud intelectual de quien sostiene que la ciencia **empírica** es capaz de proporcionar al hombre un saber completo, resolviéndole todos los problemas y satisfaciendo todos sus deseos.

Cientificismo *metodológico*: que tendería a considerar el método de las ciencias como el único válido en todas las esferas del saber, y en particular en las ciencias humanas. El espíritu y los métodos científicos deben ser extendidos, según esta concepción, a todos los dominios de la vida intelectual y moral sin excepción. Este tipo de cientificismo no acepta, por tanto, como conocimiento válido, más que las adquisiciones de las ciencias positivas, y, por consiguiente, no reconoce a la razón otro papel que el que representa en la constitución de las ciencias.⁸³

El cientificismo y la exclusión que hace de otras formas de construir conocimiento, postulándose como la única manera de hacer las cosas, de hacer “ciencia” –construcción de conocimiento, coarta cualquier intento de hablar de conocimiento ético, estético y político. Por el contrario, nosotros enfatizamos en un conocimiento histórico que contemple nuestros procesos valorativos donde “todos tenemos cierta tendencia a proyectar o identificarnos (positiva, negativa o ambivalentemente) y también el impulso de reprimir o negar cualquier manera de involucrarse con el otro”.⁸⁴ Resulta cuestionable una objetividad que no contemple los factores empáticos, identitarios, las posiciones subordinadas, entre otros. Son necesarias nuevas conceptualizaciones y nuevas prácticas de la ciencia al interior de las comunidades científicas con mayor grado de apertura y a la vez más incluyentes: “Una visión real de la ciencia debe ser capaz de dar razón de sus éxitos y, a la vez, de sus limitaciones, situándola en su puesto dentro del conjunto del saber humano”,⁸⁵ no toda la “realidad” pasa por el método científico como lo es la experiencia, los procesos empáticos y las afectaciones que se generan a partir de la primera. Estos elementos que singularizan al historiador hacen énfasis en los límites del conocimiento que ya han sido marcados por la historicidad, lo concreto, la apertura y deriva del significado, entre otros.

⁸³ Moisés González, *Voz “Cientificismo”*; citado en *Ibid.*, p. 52.

⁸⁴ LaCapra, *Historia ...*, *op. cit.*, p. 102.

⁸⁵ Mariano Artigas, *Ciencia, razón y fe*; citado en Alonso, *op. cit.*, p. 54.

En lo que respecta a la historia, la constante interpelación del pasado, todos los otros que han existido antes que nosotros, está siempre presente en la operación historiográfica, el historiador no puede ser indiferente a sus iguales en tanto todos participamos de la condición de seres existenciales-temporales. Esta dimensión experiencial es posibilitada por los esquemas de saber, el método científico, el disciplinamiento, o bien, cualquier discurso de poder -biopoder-; pero recordemos que las relaciones de poder, como ya lo mencionamos con Foucault, son móviles, modificables, los sujetos tienen cierta “libertad” y está implícita la posibilidad de resistencia; el proceso de identificación -empatía- del historiador con su objeto de estudio está impregnado de la asimilación de todos estos elementos que interactúan en la operación historiográfica.

Por lo menos tendría que haber una memoria no reductible a reclamos de conocimiento objetivo (pero tampoco no excluyente) y quizás, también, cierta respuesta afectiva: un sentimiento hacia la historia de un grupo y hacia nuestra participación en él –ya sea heredada, adquirida o ganada-. Otra dimensión experiencial y existencial irreductible al conocimiento sería haber sido testigo secundario y no identitario de ese pasado y de sus testigos primarios, reconociendo y respetando esta diferencia.⁸⁶

Si bien LaCapra enfatiza la empatía del historiador, la experiencia, las emociones, etc., para los eventos traumáticos en la historia, nosotros lo generalizamos a toda la práctica historiográfica, es decir, en cada enunciación del pasado hay un involucramiento de quien lo realiza, único e irreplicable, teniendo en cuenta que cada uno de nosotros somos una trayectoria que está constantemente interpelado por el lenguaje, las estructuras, los esquemas de saber, los códigos disciplinares, etc., y que estamos siempre respondiendo al llamado de todos estos elementos que anteceden a la experiencia.

Las preguntas que surgen ante la inclusión de los mundos de vida del historiador, la empatía, la composición estética, la valoración ética, las posiciones subordinadas, entre otros, vuelve compleja su actividad, quizá no se trata de solucionarlo sólo de incluir factores que implicarían un replanteamiento a los límites y posibilidades del conocimiento histórico: “¿Hasta dónde es posible determinar qué cosas deben estar relacionadas con la propia experiencia en la obra del historiador? ¿Cómo se relaciona la experiencia propia con

⁸⁶ LaCapra, *Historia ...*, *op. cit.*, p. 66.

la experiencia de aquellos a quienes estudiamos? ¿Es deseable, para la investigación y la vida social, ocuparse de posiciones subordinadas idénticas a aquellas que estudiamos, dado que estas últimas tienden a depender de procesos-victimización?";⁸⁷ nos parece que estas preguntas son necesarias para repensar en qué consiste el oficio de historiar y cuál es la injerencia del historiador en la construcción del relato, alejándolo de toda concepción autobiográfica, ególatra, individualista y vinculándolo a la historicidad del *Dasein*, a la interpelación del lenguaje, las estructuras, los procesos disciplinares-institucionales, las relaciones de poder, las tecnologías de uno mismo, etc., y las respuestas que éste genera; jamás como empoderamiento sino como condición radical irreductible.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 90.

1.4 ALGUNOS HISTORIADORES DEFINEN SU PRÁCTICA: ENTRE METÁFORAS Y CONCEPTOS

No pocos son los historiadores que recurren a las metáforas para describir en qué consiste su trabajo y cómo se lleva a cabo el proceso de construcción del conocimiento histórico. Lo que aquí nos interesa resaltar es el reconocimiento explícito a las funciones imaginativo-creativas del historiador, también hay los historiadores que niegan rotundamente estos elementos y lo ven como una carencia del pasado que afortunadamente los procesos disciplinares se han encargado de desaparecer, así como los que no se detienen en estas cuestiones a la hora de practicar el oficio.

Estamos conscientes que hacer una selección como está, podría parecer una carencia. Sin embargo, lo que aquí nos interesa son las coincidencias que se pueden leer en lo que los historiadores dicen de su actividad y como la conciben, a pesar de las distintas tradiciones de pensamientos, de los espacios científicos, los espacios geográficos y temporales; lo que rescatamos es que a pesar de todos estos aspectos hay un reconocimiento a los vínculos de la historia con la literatura, la imaginación, la creación, la retórica, etc.

Frank R. Ankersmit menciona la multiplicidad de escenarios que del pasado podemos crearnos, los distintos desplazamientos imaginativos que convergen al mismo tiempo, cruces de representaciones mentales que buscan establecer una coherencia dentro del mundo histórico, ahí donde no hay forma acontece el ordenamiento lingüístico y metafórico.

Podríamos comparar la realidad histórica con un teatro clásico en el que se coloca una gran cantidad de escenarios a distintas distancias del proscenio. ¿A cuál de ellos dirigirá su atención el historiador? Parece como si no hubiera resistencia que le impidiera moverse con libertad de un escenario a otro. Nada aquí es rígido o fijo; todo se abre paso de manera fácil con la más ligera presión.⁸⁸

⁸⁸ Frank R. Ankersmit, “Representación histórica. Explicación, interpretación y representación”, p. 230

La composición o construcción del relato histórico se encuentra en la capacidad representativa que el historiador ha adquirido en el espacio preteórico y en los esquemas disciplinares que la hacen factible. Es el historiador quien, a través de sus “laboratorios mentales”, realiza precisamente este proceso de configuración del pasado como lo menciona John Lewis Gaddis: “La narración simula lo que ha sucedido en el pasado. Son reconstrucciones, montadas en laboratorios mentales virtuales, de los procesos que ha producido cualquier estructura que tratemos de explicar”.⁸⁹ ¿Quién pone los límites a la imaginación, a la libertad con que el historiador se elabora distintas representaciones, a la imaginación creativa que constantemente está generando distintos escenarios? “Aquí los contornos, y la representación, son lo que el debate histórico quiere que sean”.⁹⁰ Los historiadores pueden hacerse, y de hecho lo hacen, una gran variedad de representaciones mentales; “(...) tienen capacidad para el criterio selectivo, la simultaneidad y el cambio de escala: de la cacofonía de los acontecimientos seleccionan lo que piensan es realmente importante, están en varios momentos y lugares a la vez y se acercan o se alejan más o menos entre el análisis macroscópico y el análisis microscópico”,⁹¹ crean una secuencia temporal, se desplazan de un momento histórico a otro; moverse en diferentes espacios, nos recuerda al “cronista ideal” de Arthur Danto con sus limitantes.

Nada fácil dicha tarea que tiene el compromiso científico de validar sus conocimientos, “(En) la narrativa histórica (...) la realidad lleva la máscara de un significado, cuya integridad y plenitud sólo podemos imaginar, no experimentar”.⁹² La función del historiador es encontrar la manera de hacer congruente lo que en sí mismo es discordante, el ir y venir de los distintos escenarios, los desplazamientos en el tiempo serán parte de los elementos detonantes que hacen factible la representación histórica aunado a su experiencia y el uso de la “retroacción” como la plantea Paul Veyne: “(...) la experiencia histórica - que- se compone de todo lo que el historiador puede aprender a lo largo de su vida, en sus lecturas y en sus relaciones humanas”.⁹³ Este es uno de los elementos actuantes

⁸⁹ John Lewis Gaddis, *op. cit.*, p. 141.

⁹⁰ Ankersmit, *op.cit.*, p. 230.

⁹¹ Gaddis, *op. cit.*, p. 43.

⁹² Hayden White, *op. cit.*, p. 35.

⁹³ “Lo mismo ocurre en la vida cotidiana; si leo con todas las letras que el rey bebe, o si veo beber a un amigo, todavía me queda por inferir que beben porque tienen sed, en lo cual bien puedo

del conocimiento histórico, “(...) el historiador debe descubrir un patrón hasta entonces desconocido en una amalgama de cosas relativamente conocidas que hicieron, escribieron o pensaron en el pasado los seres humanos”.⁹⁴

El oficio de historiador también tiene que ver con la magia del teatro. El director de escena ha preparado de antemano la escenografía y ha elegido un guión. Ensayo una representación, le da vida a un texto. Al historiador –dice Duby- le corresponde esa misma función de mediador: “comunicar por medio de la escritura el fuego, el ‘calor’, restituir ‘la vida misma’. El historiador cumple mejor su función –continúa Duby- cuando se deja mecer suavemente, (...) entre la inteligencia y la razón, la pasión y el desorden se encuentra la escritura de la historia”.⁹⁵

Borrar la singularidad del historiador, manifiesta en el momento de composición-construcción de la escritura de la historia, en pro de los procedimientos metodológicos, implica renunciar a la parte poética que está implícita en cada acto de configuración narrativa “La confrontación entre el lector real y el texto pasa también necesariamente por el mundo del texto y por la poética que lo organiza y la propuesta de su autor”.⁹⁶ Una poética que acontece en el lenguaje y el espacio histórico-cultural específico en el que se desenvuelve el historiador: “La creación que surge de todo proceso imaginativo no parte de la nada. Lo que es original de cada sujeto creador es la manera como se refiere a los objetos y el modo como los organiza: el mundo imaginario sólo existe en función del mundo de la realidad. La imaginación es una función y, como tal, la comparten la literatura y la historia”.⁹⁷

La mayor parte del trabajo del historiador, una vez que ha pasado el proceso metodológico, es creativo donde no pocas veces, en palabras de Luis González, “La loca de la casa (la

engañarme. La síntesis histórica no es otra cosa que esa operación de rellenar lagunas, a la que llamaremos retrodicción utilizando un término de esa teoría del conocimiento fragmentario que es la teoría de las probabilidades (...) los problemas de la retrodicción se refieren a la probabilidad de las causas o, mejor dicho, de las hipótesis”, Paul Veyne, *op. cit.*, p. 98.

⁹⁴ Ankersmit, *op.cit.*, p. 231.

⁹⁵ Carmen Vázquez Mantecón, “La historia y la literatura, encuentros y desencuentros”, p.176.

⁹⁶ Françoise Perus (compiladora), *Historia y literatura*, p. 27.

⁹⁷ Vázquez, *op. cit.*, p. 167.

imaginación) es indispensable en dos o tres momentos del oficio histórico: al hacer imágenes interinas del pasado, al llenar lagunas de información y al escribir historias”, consciente del ambiente científicista en el que se configura el conocimiento histórico, opina: “(...) los modernos tienden a disimular su amplitud inventiva (...)” así como la búsqueda de su minimización-eliminación; “todas las corrientes de la historiografía contemporánea hablan de ponerle camisa de fuerza a la loca fantasía, pero son conscientes en mayor o menor grado, de que es un elemento deseable al hacer historia e imposible de erradicar del buen historiador”. Concluye citando a Azorín y su pregunta: “En la historia más rigurosa ¿podemos acaso evitar la infiltración de lo imaginario?”⁹⁸

En la perspectiva de Carlo Ginzburg,⁹⁹ y su paradigma indiciario, la forma en como el historiador construye la historia antecede al paradigma de Galileo y la ciencia moderna, se va a los tiempos de los “primeros” seres humanos donde empiezan a desarrollar habilidades para interpretar, por ejemplo las huellas con los cazadores, pasando por diferentes momentos este método conjetural ha sido desarrollado y ha acompañado al ser humano a lo largo de la historia. “En ese sentido, el historiador es como el médico que utiliza los cuadros nosográficos para analizar la enfermedad específica de un paciente en particular. Y el conocimiento histórico, como el del médico, es indirecto, indicial y conjetural”.¹⁰⁰ Seguir las pistas, desarrollar la intuición (aunque es una intuición que antecede a la de los planteamientos de la filosofía moderna), entrever lo que pudo haber pasado es parte del

⁹⁸ Luis González, *El oficio de historiar*, p. 42.

⁹⁹ Hay que mencionar que su postura es muy diferente a lo que él llama corriente posmoderna, sobre todo aludiendo a White y Ankersmith “Durante la última década, Giovanni Levi y yo hemos polemizado repetidas veces contra las posiciones relativistas, entre las cuales se cuenta la que calurosamente hizo propia Ankersmit, que reduce la historiografía a una dimensión textual, privándola de cualquier valor cognoscitivo (...) La actitud experimental que hizo cuajar, a finales de los años setenta, el grupo de estudiosos de microhistoria italianos, se basaba en la aguda conciencia de que todas las etapas que marcan los ritmos de la investigación son *construidas*, no *dadas*. Todas: la detección del objeto y de su relevancia; la elaboración de las categorías por medio de las cuales lo analiza; los criterios de la prueba; los patrones (moduli) estilísticos y narrativos por cuyo intermedio se transmiten al lector los resultados. Sin embargo, esa acentuación del momento constructivo inherente a la investigación iba unida a un rechazo explícito de las implicaciones escépticas (posmodernas, si se quiere) tan ampliamente presentes en la historiografía europea y estadounidense de los años ochenta y de los primeros años noventa. A mi juicio, la especificidad de la microhistoria italiana debe buscarse en esa apuesta cognoscitiva”. Carlo Ginzburg, “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, p. 389.

¹⁰⁰ Carlo Ginzburg, “Indicios: Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, p. 148

oficio de historia: “Nadie aprende el oficio de *connoisseur* o el de diagnosticador si se limita a poner en práctica reglas preexistentes. En este tipo de conocimiento entran en juego (se dice habitualmente) elementos imponderables: olfato, golpe de vista, intuición”.¹⁰¹ Ante la imposibilidad del acceso directo a lo que pasó, con los griegos, la medicina hipocrática y otros ámbitos de la vida cotidiana y pública encontramos este paradigma, donde se incluye a los historiadores en el conocimiento conjetural.

En esa negación de la transparencia de la realidad hallaba implícita legitimación un paradigma inicial que, de hecho, regía en esferas de actividad muy diferentes. Para los griegos, dentro del vasto territorio del saber conjetural estaban incluidos, entre muchos otros, los médicos, los historiadores, los políticos, los alfareros, los carpinteros, los marinos, los cazadores, los pescadores, las mujeres (...).¹⁰²

Es con la aparición de la ciencia moderna, Galileo en la trama de Ginzburg, donde el elemento individual conjetural, la lectura de las huellas e interpretación individual, pasa a segundo término en pro del nuevo paradigma universal que intenta “planificar”, “controlar”, el conocimiento. Ante las generalidades y los procedimientos establecidos estas formas de conocimiento milenario serán desplazadas: “En este punto se abrían dos caminos: o se sacrificaba el conocimiento del elemento individual a la generalización, o bien se trataba de elaborar, si se quiere a tientas, un paradigma diferente, basado en el conocimiento científico, pero de una científicidad aún completamente indefinida, de lo individual”.¹⁰³ El elemento individual resulta una amenaza para el paradigma moderno de conocimiento y la aparición de la figura del científico, objetivo y transmisor de la realidad. A pesar de poner todo el empeño en los parámetros que debía cumplir este “sujeto trascendental”, el elemento individual, la subjetividad descentrada, la singularidad; elementos cualitativos son imborrables, así como sus resistencias a pasar por los instrumentos, las mediciones, las programaciones, los protocolos: “La imposibilidad de la cuantificación se derivaba de la insuprimible presencia de lo cualitativo, de lo individual; y la presencia de lo individual dependía del hecho de que el ojo humano es más sensible a las

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 163.

¹⁰² *Ibid.*, p. 147.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 152.

diferencias (aunque sean marginales) entre los seres humanos que a las que se dan entre las rocas o las hojas”.¹⁰⁴

Ginzburg, con sus diferentes “hilos”, ha construido un tapiz, el paradigma indiciario: “El tapiz es el paradigma que sucesivamente, según cada uno de los contextos, hemos ido llamando cinegético, adivinatorio, indicial o sintomático”.¹⁰⁵ Así, permite acercarnos a formas de interpretación e intuición primarias que anteceden a los lineamientos disciplinares de la ciencia moderna y donde nosotros ubicamos el papel interpretativo-representativo del historiador que bien podemos asociar con el mundo de la vida y precientífico que se manifiesta en la narrativa.

En el caso de Edmundo O’Gorman también encontramos este elemento “cualitativo”, el historiador que interviene en la escritura de la historia y la configuración del conocimiento histórico. Cuando le entregan el reconocimiento del Doctorado *Honoris Causa* lleva a cabo una reflexión sobre la narrativa historiográfica delineando de qué manera la práctica historiográfica se ve “afectada”, en sentido de la historia efectual, por la figura del historiador: “(...) la verdad histórica tiene un elemento apocalíptico que no sólo se nutre de la literalidad de los testimonios, sino de la experiencia vital del historiador, de su formación, su cultura, sus preferencias, sus filias y sus fobias. En esa revelación está la verdadera aventura y el goce de la dedicación a la historia”.¹⁰⁶ El uso de la experiencia histórica, la memoria, la imaginación histórica, el mundo de la vida, la invención, la conjetura, lo humano, la vida, lo que nos pasa –la historicidad del *Dasein*-, está ahí a la hora de narrar lo que las fuentes no dicen y el método no explica “(...) la información utilizada, por exhaustiva que quiera suponerse; deja en la sombra zonas del acontecer que sólo puede iluminar la imaginación, esa divina facultad inventiva cuya contribución es elemento sustantivo de lo que puede y debe estimarse como la racionalidad peculiar a la tarea historiográfica”.¹⁰⁷ Esta forma de entender el oficio del historiador explica la manera en cómo O’Gorman visualiza y quiere a la historia, así como sus vínculos con la narrativa

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 154.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 157.

¹⁰⁶ Edmundo O’Gorman, “Fantasmas en la narrativa historiográfica”, p. 272.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 272.

literaria y el arte: “Quiero una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas, una historia susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia arte, cercana a su prima hermana la narrativa literaria”.¹⁰⁸

La imaginación, los laboratorios mentales, la retrodicción, la experiencia, los indicios, la conjetura estarán todos involucrados en la construcción de la trama; en las sustancias narrativas. En palabras de White, “el valor atribuido a la narratividad en la representación de acontecimientos reales surge del deseo de que los acontecimientos reales revelen la coherencia, integridad, plenitud y cierre de una imagen de la vida que es y sólo puede ser imaginaria”.¹⁰⁹ Esta actividad imaginativa, representacional, tiene sus límites, a la vez que significa una trama deja fuera, elimina, es selectiva; Gaddis dice: “El pensamiento sólo puede aprehender la realidad de la misma manera que los artistas aprehenden imágenes, los Estados se apoderan del ‘paisaje’ y los historiadores se apoderan de la historia, a saber destruyendo su inmediatez, dividiéndola, distinguiendo, mediando; en una palabra representándola”. El acto de narrar lleva implícita la distinción, la configuración imaginativa y después narrativa del pasado, no es copia directa del pasado en sí, son otros ritmos temporales los que crea el historiador y las tramas que teje: “Reconstruir el pasado real es construir un pasado accesible, aunque deformado: es oprimir el pasado, constreñir su espontaneidad, negarle su libertad”.¹¹⁰ La escritura que queda es aquella que se construye a partir de la ausencia, el duelo, la pérdida: “Cada narrativa, por aparentemente ‘completa’ que sea, se construye sobre la base de un conjunto de acontecimientos que pudieron haber sido incluidos pero se dejaron fuera (...) qué tipo de noción de la realidad autoriza la construcción de una descripción narrativa de la realidad”.¹¹¹

Daniel Cosío Villegas, según Guillermo Zermeño, se encuentra más o menos en la misma sintonía, al referirse a lo que implica desempeñar el oficio opina: “El que descubre la historia, (...) debe tener muchas prendas animales y algunas humanas (...) una laboriosidad

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 273.

¹⁰⁹ White, *op. cit.*, p. 38.

¹¹⁰ Gaddis, *op. cit.*, p. 180.

¹¹¹ White, *op. cit.*, p. 25.

de hormiga; una tenacidad de perro de presa; una paciencia de araña (...). Entre las virtudes humanas, imaginación, talento, o sea capacidad, lo mismo de análisis que de síntesis, y sentido, gusto, refinamiento, hasta coquetería literaria”.¹¹²

Nos parece que en la misma vertiente se encuentran Andrés Bello y sus reflexiones sobre la historia en el siglo XIX, así como Marc Bloch, Lucien Febvre y Ferdinand Braudel – escuela de *Annales*-, a quienes analizaremos en el apartado 16.2 y 1.6.3 respectivamente. Es de notar, que si bien, los historiadores aquí citados reconocen la injerencia literaria, la imaginación, la experiencia de la vida, entre otros elementos en la escritura de la historia; jamás negaron los procesos disciplinares, la metodología, el metalenguaje y todos los códigos científico-institucionales.

Para concluir este apartado queremos mencionar la relación que hay entre el lenguaje que Ankersmit utiliza para caracterizar la representación histórica, el lenguaje de la trama de Veyne, la narrativa de White, los laboratorios mentales de Gaddis, el paradigma indiciario de Ginzburg en los cuales encontramos similitudes. Los vínculos de la historia con la poética, con la narrativa, con la retórica se dan en el momento de la escritura, que tiene como base primaria el mundo de la precomprensión, lo precientífico, el lenguaje y la narrativa.

¹¹² Abraham Moctezuma Franco, *La historiografía en disputa: México, 1940*, p. 6.

1.5 EL HISTORIADOR EN TEORIA DE LA HISTORIA: *Coloquio “Teoría y Crítica”*

En este apartado haremos un breve panorama de cómo se piensa al historiador en la ciencia de la historia en México, tomaremos como parámetro el coloquio “Teoría y crítica en el quehacer historiográfico”, realizado el 13 y 14 de febrero de 2013 por el Colegio de México y el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, específicamente la mesa titulada “El problema del sujeto, entre conceptos y fuentes”. Tres son las ponencias que están vinculadas con nuestro tema las cuales analizaremos para evidenciar las convergencias y divergencias conceptuales entorno al “sujeto”, el historiador, al interior de la ciencia de la Historia:

- “El problema del sujeto y la subjetividad en la disciplina histórica”, Fernando Betancourt, (IIH-UNAM).
- “El quehacer y conocimiento histórico desde la propuesta epistémica de Hugo Zemelman”, Aarón Camacho López, (ENAH).
- “Astillas del tiempo: sujeto e inteligibilidad histórica”, Daniel Inclán, (Estudios Latinoamericanos-UNAM)

1.5.1 Perspectiva sistémica

En primer lugar, tenemos el trabajo “El problema del sujeto y la subjetividad en la disciplina histórica”, de Fernando Betancourt. El argumento central de esta ponencia es que no hay figura sujeto, la ontologización del concepto “sujeto” de la filosofía de la conciencia y, en general, del discurso filosófico de la modernidad se ha agotado y no hay más por hacer que renunciar a las nociones que de él se han hecho, “A contrapelo de la convención, el sujeto debe ser observado como lo que ha sido en dicha proyección histórica: una conceptualidad”.¹¹³ La opción que él plantea es recurrir a una perspectiva sistemática procedimental que garantice la “consistencia sistémica de las ciencias”.

¹¹³ Fernando Betancourt, “El problema del sujeto y la subjetividad en la disciplina histórica”, p. 2.

El orden procedimental, al estar condicionado por una sistematización en su propia ejecución y de los enlaces posibles de operaciones (lo que requiere de criterios más o menos estrictos de selectividad), se instituye como circularidad, donde la paradoja correspondiente es resuelta por la sucesividad de las ejecuciones y por el tiempo requerido para llevarla a cabo. De ese orden interno como racionalidad operante se deduce la consistencia sistémica de las ciencias.¹¹⁴

Encontramos una perspectiva sistémica. Hay una crítica severa al sujeto que planteó la modernidad, de las nociones racionalistas de Descartes pasando por Kant y cerrando con el Idealismo alemán, el sujeto soberano, fundamento del conocimiento, autónomo, libre; “(...) la conciencia puede referirse a sí misma y representarse su propia unidad como condición de todas sus operaciones posteriores, esto es, crear nuevas representaciones, actuar, emitir juicios, etc (...) recurre como supuesto central a la figura de un individuo autosustentado, que valida sus intereses particulares, sus sentimientos y emociones, pero también sus metas”.¹¹⁵ Lo que caracteriza al sujeto es precisamente la imposibilidad de todos estos ideales, bajo esta perspectiva lo que no hay es sujeto.

El problema radica en que se pensó al sujeto como entidad real, una vez que apareció el binomio sujeto/objeto se dio por hecho la existencia de ambos pues uno fundamentaba al otro. Con la aparición de la distinción y teniendo en cuenta que “está presidida por un índice de arbitrariedad o inseguridad. Esto se denomina índice de contingencia: eso bien podría ser de otra manera, incluso bien podría ser otra distinción”,¹¹⁶ la existencia del sujeto como fundamento (*subjectum*) se viene abajo. La distinción aunada al psicoanálisis marcan la “(...) pérdida del primado ontológico del que gozaba el sujeto y su conciencia subjetiva en cuanto única entidad capacitada para la autorreferencia”.¹¹⁷

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 10.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 2.

¹¹⁶ *Ibid.*, P. 3.

¹¹⁷ *Ibid.*, P. 11.

1.5.2 El pensar epistémico

Por otro lado, tenemos las reflexiones de Aarón Camacho, el sujeto pensado desde la perspectiva de Hugo Zemelman, con su ponencia “El quehacer y conocimiento histórico desde la propuesta epistémica de Hugo Zemelman”, una postura construccionista que reconoce la condición histórica del sujeto y la formación de la conciencia. Plantea a los sujetos como: “(...) aquellos que tienen la capacidad de hacer con el conocimiento que construyen, parte de sus opciones de vida, individual y social, para así dejar de cosificar la realidad y verla como simple externalidad”,¹¹⁸ en una función activa: “Se trata de un sujeto, pero también de una historicidad que sólo puede tener ese carácter si son condición y resultado de un conocimiento que es ante todo construcción de realidades y no sólo explicación, descripción o interpretación de las mismas”.¹¹⁹

Sostiene que la propuesta epistémica de Hugo Zemelman es “la articulación (...) entre el sujeto, la conciencia histórica y el conocimiento histórico”.¹²⁰ A través del desarrollo de conceptos como realidad, conciencia histórica, pensar epistémico, plantea el concepto de sujeto desde esta perspectiva.

La formación de la conciencia ocupa un papel central desde estos planteamientos, vista como un proceso desde el cual hay un posicionamiento del hombre en el entorno, reconoce su capacidad de acción y hay una conformación específica de la mirada. La conciencia histórica no está determinada por el contexto histórico-cultural, sino que va siendo, acaece: la conciencia histórica “como un ángulo desde donde se puede organizar una mirada que no quede aprisionada en lo dado, en objetos clasificables y que permita incorporar esos espacios en donde el hombre pueda asumir su capacidad de construcción”.¹²¹

Su concepto de realidad muestra claramente la apertura al plano axiológico y al mundo vital, una realidad abierta a la construcción, a las posibilidades y a las multiplicidades. La

¹¹⁸ Aarón Camacho López, “El quehacer y conocimiento histórico desde la propuesta epistémica de Hugo Zemelman”, p. 7.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 2.

¹²⁰ *Idem.*

¹²¹ *Ibid.*, p. 3.

realidad como “(...) un espacio conteniendo una pluralidad de espacios coexistentes desde donde se construyen realidades en tanto espacios de sentido, espacios de sujeto”.¹²² Existe un reconocimiento a la relación entre el sujeto y el mundo, como el espacio donde se posibilita y se construye la realidad: “tensión entre la conciencia del sujeto (colocarse ante el mundo) y lo externo, concebido éste como mundo potenciabile de experiencias”.¹²³

Ante un panorama conceptual donde la primacía de las estructuras, lo social y el sistema impera, plantea la opción del proceso, el espacio abierto a lo indeterminado y posible, lugar incierto para un quehacer historiográfico acostumbrado a la regulación y a la observación controlada, “(...) en nuestros días, el pensamiento sobre lo social, se subordina a la lógica del orden (...) bajo esta lógica, el pensamiento estaría conformado bajo ciertas exigencias que se expresarían de manera más eficaz, en una estructura y no en un proceso, pues en aquella es más viable establecer una identidad que en lo procesual donde pareciera que todo se diluye, pero más que diluirse se transforma, se direcciona”.¹²⁴ Se acerca más a la forma en que se lleva a cabo la operación historiográfica.

Es consciente de los límites de la teoría para dar cuenta de la compleja realidad en su pluralidad de significados, plantea como salida el pensamiento entendido como: “(...) una postura desde la cual cada persona es capaz de construirse a sí misma frente a las circunstancias que quiere conocer”.¹²⁵ Ante la pregunta ¿cómo podemos colocarnos ante aquello que queremos conocer y construir, tanto a nivel de las ciencias como en la vida cotidiana? la respuesta es: “(...) de (la relación del pensamiento con la realidad que se quiere nombrar)”,¹²⁶ regresa la responsabilidad a cada uno de nosotros, de búsqueda y resolución ante las situaciones por las cuales somos interpelados. Las preguntas, las dudas, generan problemas que manifiestan precisamente lo contrario a nociones pasivas, deterministas, un sujeto que busca su lugar en el “mundo” y dicha búsqueda lo lleva a “descubrir” su condición histórica, el hacerse en el tiempo, desplegarse: “La articulación entre el pensamiento y la realidad no conocida es la capacidad que tiene el sujeto de

¹²² *Idem.*

¹²³ *Ibid.*, p. 4.

¹²⁴ *Idem.*

¹²⁵ *Ibid.*, p. 6.

¹²⁶ *Idem.*

construir problemas, capacidad que no puede quedar reducida a determinados contenidos ya conocidos (...) Colocación que tiene la intención de reflejar la situación de los sujetos en su condición histórica”.¹²⁷

Concebido así el sujeto, en su dimensión histórica, resulta de vital importancia llevar estas reflexiones a la escritura de la historia y el historiador, analizar las implicaciones que tendría para la epistemología de la historia una perspectiva que toma en cuenta el papel activo del sujeto, la conformación histórica de la conciencia y la construcción de la realidad; y hacerse las siguientes preguntas:

¿Hay en los discursos históricos, elementos que trasciendan la mera función cognitiva (agregaríamos también la función narrativa), para volver a repensar al pensar teórico desde la conciencia histórica? ¿Es posible mantener esa condición de apertura, no sólo del conocimiento y de la interpretación, sino sobre todo del sujeto al reconocer, a partir de dicha conciencia histórica, su condición de posibilidad para reconocer las potencialidades en lo dado?¹²⁸

El pasado es visto como posibilidad abierta al futuro, dicha posibilidad solamente puede concretarse en el espacio del sujeto; en la conformación de la conciencia, el sentido y el significado; en el espacio del historiador, el de la escritura: “Este discurso histórico, entendido como resultado de una consecuencia histórica y visualizada ésta como una ampliación de la conciencia (en este caso del historiador) hacia el horizonte histórico que es el contexto del hombre, pero convertido ahora en objeto (proyecto) de una intencionalidad”.¹²⁹ Es a través del conocimiento histórico, con lo dado y lo posible, que el historiador construye nuevas realidades, rutas, que manifiestan su condición histórico existencial a la vez que potencializa lo dado, el pasado, la acción de los hombres en el tiempo, cumpliendo con sus funciones ético-políticas como intelectual en la sociedad que le tocó vivir.

La historia abordada desde una perspectiva del pensar histórico abre las condiciones necesarias para proyectar nuevas realidades, es el historiador el responsable, el que tiene

¹²⁷ *Ibid.*, p. 7.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 8.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 11.

entre sus funciones el “(...) pensar histórico que le permite o permitiría ubicarse en las circunstancias viables de la creación histórica, de la transformación de la realidad, como actitud para enfrentarse a los procesos de reificación y de alienación de la realidad”.¹³⁰ Un compromiso social del historiador como intelectual comprometido con fomentar una actitud crítica, abriendo posibilidades a nuevas formas de experiencia como manifestación de nuestra condición histórica, de nuestra libertad, de nuestra capacidad de resistencia ante la opresión.

Entonces el yo, que es un yo histórico, recorre el péndulo de la experiencia individual a lo social y viceversa, pero sintetizadas éstas en una sola, en la experiencia histórica, de ahí que la necesidad de existir se corresponda con una necesidad de construir historia, dirá Zemelman, necesidad, entonces, de direccionarla hacia donde no ha ocurrido, hacia donde no se ha pensado y pensar desde ahí al sujeto (...).¹³¹

1.5.3 El historiador político crítico

Por último, tenemos los planteamientos de Daniel Inclán, con su trabajo “Astillas del tiempo: sujeto e inteligibilidad histórica”, el pasado es visto como algo que está presente, lo plantea en la modalidad del pasando, “existe el *pasando*, como proceso activo que complementa los sentidos y significados de lo presente, que da cuenta en las condiciones en las que se desarrolla la historia”.¹³² Hay un vínculo estrecho entre el presente y el pasado, es la fuerza colectiva quien puede “hacer uso” del pasando para mostrar la “presencia” de la historia en el ahora. Existe una función social; “si el político es un historiador (no sólo en el sentido de que hace la historia, sino en el sentido de que operando en el presente interpreta el pasado), el historiador es un político y en este sentido (...) la historia es siempre historia contemporánea, o sea política (...)”,¹³³ el historiador se encuentra colocado en un espacio histórico social específico desde el cual configura y potencia el pasado, abre las posibilidades al cambio, a la afectación individual y social: “Lo pretérito está vivo de dos formas: como lo posible que convoca a ser completado en el ahora o como lo realmente

¹³⁰ *Ibid.*, p. 12.

¹³¹ *Idem.*

¹³² Daniel Inclán, “Astillas del tiempo: sujeto e inteligibilidad histórica”, p. 2.

¹³³ *Ibid.*, p. 1. (pie de página).

existente que tiene que ser superado en el movimiento de las actividades prácticas colectivas”,¹³⁴ el pasado es activo, hay una intersección de los tiempos que no da lugar a las concepciones pasivas deterministas de lo humano en la historia, es una invitación, lo que nosotros hemos llamado interpelación, a la acción: “*Lo presente se piensa a partir de la historia y se forja a partir de la política*; es el emplazamiento en el que se sintetiza lo que ha sido, lo que pudo ser y lo que se quiere ser; es el anclaje de toda historia que se opone a la eternidad pasiva del pasado mirado como simple historicidad (devenir inmanente de la vida social)”.¹³⁵

En cuanto al sujeto, lo proyecta como acción, hace una diferenciación con el actor en un plano más sociológico, inmerso en las colectividades con capacidad de transformación y a partir de las cuales se va configurando, haciendo y siendo: “El sujeto no sólo diseña, sino que ejecuta; es decir, ejercita su capacidad de dar forma, sentido y dirección a la vida colectiva. El sujeto se entiende como un proceso de construcción en una relación de intersubjetividades históricas, en un transcurso de fuerzas sociales en pugna (...)”,¹³⁶ no se trata de un sujeto soberano sino de una construcción intersubjetiva que se da en la interacción, plantea la posibilidad de: “(...) entender al sujeto como realidad dual: acumulativa y contingente, dislocada y multiforme, cuyo fundamento es el conflicto y la contradicción. En contraposición a la visión del sujeto como unidad, transparente, lógico y reflexivo (...)”,¹³⁷ en un posicionamiento siempre dinámico.

El sujeto está llamado, en un sentido un tanto heideggeriano sobre todo con el *Dasein* planteado en *Ser y Tiempo*, a “actualizar las experiencias pretéritas”, el sujeto es atravesado por el tiempo (de ninguna manera está pensando en el sujeto moderno lo cual resultaría completamente contradictorio a la línea de pensamiento de Heidegger)¹³⁸: “La historia en

¹³⁴ *Ibid.*, p. 3.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 4.

¹³⁶ *Idem.*

¹³⁷ *Ibid.*, p. 5.

¹³⁸ “La intención básica de la crítica a la metafísica de la subjetividad, sustento del humanismo, estaba en llevar de nuevo al hombre a su esencia y devolverle su verdadera ‘dignidad’, desconocida por la creencia de la metafísica de que sólo puede consistir en ser ‘la sustancia del ente en cuanto sujeto, para luego, puesto que él es el detentador del poder sobre el ser, dejar que desaparezca el ser del ente en esa tan excesivamente celebrada objetividad’. Esta recolocación del

el sujeto es la respuesta a la *vocación* (en tanto llamado) del pasando, la reacción a la *provocación* de lo incompleto que hay en lo que ya no *está* pero sigue *siendo*".¹³⁹ Este llamado es un emplazamiento entendido como "la condición de un *estado de disposición* sobre la historia, colocar en situación política lo pretérito para la construcción de lo presente",¹⁴⁰ la acción posibilitada por el pasado. El presente se muestra como un reto al sujeto que se sabe en el "estar siendo", "*la historia en el sujeto no da cuenta de lo que realmente sucedió, refiere a la relación procesual, conflictiva y contradictoria que habita en el presente del sujeto*";¹⁴¹ la configuración del ir siendo, del desenvolvimiento de nuestro ser en el mundo que se manifiesta de forma singular en cada uno de nosotros.

Un sujeto emplazado, interpelado, lleva consigo la capacidad de acción, individual y colectiva, vista como una manera de influir-afectar al presente concreto, "(...) la participación es una forma peculiar de quehacer, cuya característica central es que se asume como parte de algo más amplio; es decir, una acción práctica en la que los sujetos pueden reconocerse como un *nosotros de la historia*".¹⁴²

El historiador tiene múltiples responsabilidades, dar cuenta de los otros ausentes (pasado), abrir y conectar los tiempos a la acción, así como reconocerse en el pasando, en el siendo de la experiencia, donde no sólo está en juego la parte racional-científica sino también la apertura a lo emotivo y volitivo. A partir de este reconocimiento se puede redireccionar la práctica historiográfica hacia un quehacer científico que contemple las distintas dimensiones que integran lo humano y a partir de las cuales nos explicamos y posicionamos en el mundo. "Se puede pensar que lo pretérito comparte con el lenguaje la cualidad de lo inconcluso, por lo que constantemente llama para ser completado como presente. Lo pretérito es un reto irreductible (...)".¹⁴³ A pesar de ser

hombre en su lugar propio es lo que cumple su idea de apelación, que lleva a efecto la necesaria separación entre ser humano y sujeto". Ramón Rodríguez, "El sujeto de la apelación", p. 25.

¹³⁹ Inclán, *op. cit.*, p. 5.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 8.

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 6. (Cursivas propias).

¹⁴² *Ibid.*, p. 8.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 13.

narrado siempre se nos escapa, siempre queda algo por decir, por eso, es necesario crear nuevos discursos que siempre quedan inconclusos, en el pasado y en el presente. “*Se requiere construir nuevas inteligibilidades de los acontecimientos históricos, sostenidas no sólo por una analítica crítica, sino también por una estética de empatías, una identificación tanto emocional como reflexiva de pretéritas experiencias vividas*”;¹⁴⁴ una actualización política del pasado, donde la vida de los otros que han sido antes que nosotros no se olvide y siempre este ahí, al servicio del ahora político.

a) *El autor como productor*: Walter Benjamin

El historiador político crítico sabe de las implicaciones que tiene el uso del lenguaje, el lenguaje es acción, que las configuraciones discursivas del pasado que traza como tenues surcos en la tierra tienen cierto impacto en la dinámica del conocimiento y en su difusión. ¿Para qué escribir historia? Contestaremos en la perspectiva de Walter Benjamín, para combatir, para hacer justicia a los olvidados en la historia, para cepillar a contrapelo. En su trabajo sobre *El autor como productor*¹⁴⁵ piensa la figura del escritor desde el marxismo, y cuál sería su función en las relaciones sociales de producción, retoma la figura de Serguei Tretiakov como modelo: “Tretiakov distingue al escritor que opera del escritor que informa. Su misión no es dar cuenta sino combatir; no consiste en hacer de espectador sino en intervenir activamente. Los datos que nos da de su actividad precisan el sentido de esta misión”.¹⁴⁶ Combatir, indicar las incongruencias del orden de cosas establecidas, además de orientar e instruir: “La tendencia es la condición necesaria pero nunca la condición suficiente de la función organizadora de la obra. Esta exige además que el escritor tenga un comportamiento capaz de orientar e instruir”.¹⁴⁷ Desmantelar los engaños del *statu quo* y contribuir al cambio social pensando en la justicia para las mayorías oprimidas.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 12. (Cursivas propias).

¹⁴⁵ Walter Benjamin, *El autor como productor*.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 4.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 15.

Es necesaria una actitud crítica¹⁴⁸ en el intelectual, para esto, es indispensable pasar del “individualismo egocéntrico”¹⁴⁹ propio de la sociedad moderna e insertar la lectura de las funciones del historiador en el espacio de las colectividades: “Brecht ha elaborado el concepto de **refuncionalización**. Él fue el primero en plantear a los intelectuales esta exigencia de gran alcance: no abastecer al aparato de producción sin transformarlo al mismo tiempo, en la medida de lo posible, en el sentido del socialismo”;¹⁵⁰ una renuncia a la contemplación del pasado y a la mirada burguesa que busca entretenerse; la identidad pasiva con el pasado, lo que se plantea es la búsqueda de escrituras atrevidas que desafíen al erudito que alimenta su espacio social en la quietud, se ocupan escrituras al servicio de la comunidad y salir del mecanismo de la competitividad.

Con otras palabras: sólo la superación de los ámbitos de competencia en el proceso de producción intelectual —que constituirían su orden, según la concepción burguesa— vuelve políticamente eficaz a esta producción; y las dos fuerzas productivas que estén siendo separadas por el límite de competencias levantado entre ellas son precisamente las que deben derribarlo conjuntamente. Al experimentar su solidaridad con el proletariado, el autor como productor experimenta al mismo tiempo y de manera inmediata su solidaridad con otros productores que anteriormente tenían poco que ver con él.¹⁵¹

La escritura del historiador debe interpelar, provocar al lector, como una construcción de lazos donde se espera la acción del lector. Se vuelve necesario borrar la figura autor-lector y su relación de poder; el primero sabe y el segundo recibe pasivamente. En la línea de *El autor como productor* habría que convertir a los lectores en colaboradores como en el teatro épico de Brecht, el cual: “Detiene el curso de la acción para forzar al espectador a tomar posición respecto de lo que acontece y para forzar al actor a tomar posición respecto de su propio papel”,¹⁵² esto implica una relación de mutua afectación entre el autor y los lectores, aunque tiene una mayor responsabilidad el autor quien está forzado a una reflexión sobre las implicaciones de su escritura en las relaciones sociales de producción donde lejos de contribuir a mantener el orden social desigual, se vuelve necesario y urgente contribuir a la

¹⁴⁸ “Actitud crítica” es un apartado que desarrollamos en el capítulo III

¹⁴⁹ “(...) mientras el escritor experimente sólo como sujeto ideológico, y no como productor, su solidaridad con el proletariado, la tendencia política de su obra, por más revolucionaria que pueda parecer, cumplirá una función contrarrevolucionaria”. Benjamin, *El Autor ... op. cit.*, p. 8.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 10.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 13.

¹⁵² *Ibid.*, p. 17.

desmantelamiento de éste. Una de las finalidades de Benjamín con este trabajo es incitar al escritor a reflexionar sobre su actividad, así como su importancia para la transformación social: “Tal vez hayan notado ustedes que estas consideraciones le presentan al escritor sólo una exigencia: la exigencia de **reflexionar**, de preguntarse por su posición en el proceso de producción”.¹⁵³

Pensar lo ético y político, el orden social, la afectación recíproca pasado-presente desde la perspectiva del pasando pone al historiador ante un reto, dar cuenta de las complejas interacciones donde los fundamentos institucionales, las herramientas científicas conceptuales son agotados por la inconmensurabilidad del pasando y la acción contingente, manifestación de los límites del conocimiento. Al rigor científico de la práctica historiográfica hay que anexar los mundos de la vida, el espacio precientífico; la vida que enraiza cualquier actividad institucional realizada.

De esto surgen derivas que sería importante pensar, como la de una relación de historicidad que funda lo ético que a su vez determina la construcción de lo político. *Para pensar la tensión entre las formas de comportamiento y el reconocimiento de formas singulares de existencia. El devenir histórico no es una confrontación de bondades contra maldades, sino el despliegue de una potencia en sí misma contradictoria y compleja que es la creatividad humana como constructora de realidades; potencialidad que puede ser desarrollada en uno de sus polos, en detrimento de otro, al grado de poner en riesgo la posibilidad de practicarse.*¹⁵⁴

La función del pasando enriquece el presente, potencializa las posibilidades, apela a las singularidades y a las colectividades a la acción, en el porvenir, abre camino a lo político que actualiza el pasado constantemente ya sea para hacer consenso o generar disenso; lo importante es la dinámica social, el movimiento, la contingencia, la potencia que desencadena acciones que buscan reivindicar nuestra condición social.

Haciendo una breve recapitulación de los tres artículos podemos ver cómo en el primero, al que hemos titulado “perspectiva sistémica”, hay un rechazo total al sujeto, vinculado solamente con la noción de *subjectum* como fundamento de todo

¹⁵³ *Ibid.*, p. 19.

¹⁵⁴ Inclán, *op. cit.*, p. 14. (Pie de página).

conocimiento de la filosofía moderna. Los otros dos: “El historiador político crítico” y “El pensar epistémico” utilizan el concepto de sujeto desmarcándose de la connotación que se le dio en la filosofía de la ciencia moderna, más cercanos a lo que nosotros estamos trabajando y a lo que Habermas llama “subjetividad descentrada”, como lo otro de la Razón,¹⁵⁵ las individualidades concretas.

¹⁵⁵ Al intentar definir subjetividad lo primero que encontramos es un encuentro de perspectivas polisémicas del concepto, lo que nos lleva a rescatar las más utilizadas en la comunidad científica. La común es aquella que se asocia con la filosofía moderna y la noción de *subjectum*, cuando la noción sujeto sólo se aplicó al hombre y este quedó como fundamento de toda posibilidad de conocimiento: “El hombre ha dejado de ser el ente privilegiado y se ha convertido en *medida y fundamento* del mundo del conocer. La filosofía del ser se ha hecho filosofía de *sujeto*”. Eusebi Colomer, *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger. Tomo primero. La filosofía trascendental: Kant*, p. 10.

Otra es el binomio objetividad-subjetividad donde la connotación cambia, la subjetividad es el elemento a erradicar de la producción del conocimiento científico. La subjetividad es entendida como el factor humano que se tiene que eliminar para alcanzar el conocimiento puro libre de afectaciones personales, es la eliminación de la persona. El científico debe ser regulado a partir de la práctica científica que garantice la “objetividad” para evitar los relativismos, este último tiene en cuenta el elemento no controlable en la ciencia, y en ningún otro espacio: el hombre, aunque sí regulable.

La individualidad como capacidad de acción, el autoconocimiento, el afianzamiento de los “derechos humanos”, serán los ideales que permearán al proyecto de la sociedad moderna y la filosofía del sujeto. Jürgen Habermas. *El discurso filosófico de la modernidad*, p. 28

En este autoconocimiento el científico moderno se convierte en la instancia única para ordenar los objetos, explicar el lugar de los entes en el mundo y dar coherencia al “todo”. “Con la filosofía moderna (...) El hombre se sitúa en el centro del universo de los entes y se constituye de algún modo en medida a la que aquéllos han de sujetarse para poder pasar y ser tenidos por tales. El hombre es comprendido en su núcleo esencial como *sujeto* para el que el ente se convierte en *objeto* de pensamiento”. Colomer, *op. cit.*, p. 8.

Hay, como lo señaló Heidegger, “el señoreamiento del ente”. Así la modernidad aparece como la época en que “el hombre se convierte en medida y centro del ente. El hombre es lo subyacente a todo ente; dicho en términos modernos, lo subyacente a toda objetualización y representabilidad, el hombre es el *subjectum*”. Habermas, *op. cit.*, p. 151.

El hombre se vuelve la única entidad facultada para reconocer el objeto, analizarlo, reconocer su existencia y darle un lugar en el mundo, ordenarlo, es la acumulación de poder y control que le permite dominar, enseñorearse. En palabras de Habermas, Heidegger “Entiende la subjetividad de la autoconciencia como el fundamento absolutamente seguro de la representación; con ello el ente en su totalidad se trueca en mundo subjetivo de objetos representados, y la verdad en certeza subjetiva”. *Idem*.

La filosofía de la subjetividad inicia su travesía con René Descartes y el individualismo del sujeto en el pensar y posteriormente Immanuel Kant con el sujeto trascendental con quienes según Colomer “La revolución copernicana ha sido consumada: no es el objeto el que determina el conocimiento, sino el conocimiento el que determina el objeto”, a partir de estos pensadores “quedaba establecida la primacía filosófica del sujeto y la metafísica moderna recibía el sello de una *filosofía de la subjetividad*”. Colomer, *op. cit.*, p. 8.

Así pues, son directamente las fuerzas vitales de una naturaleza subjetiva desgajada y sojuzgada; son aquellos fenómenos redescubiertos en el romanticismo, como el sueño, la fantasía, el delirio, la excitación orgiástica, el éxtasis; son las experiencias estéticas (centradas en el cuerpo) de la subjetividad descentrada, las que hacen de lugarteniente de lo otro de la razón.¹⁵⁶

Hacemos una pausa para recapitular lo que hasta aquí hemos tratado: el historiador es una invención reciente que se encuentra hecho por el discurso, los juegos de verdad, las relaciones de poder y las tecnologías de sí mismo; en México, los epistemólogos de la historia coinciden en desmarcarse totalmente del sujeto cartesiano y pensar desde otras vertientes la figura del historiador en la operación historiográfica. Por otra parte, tenemos las posturas de De Certeau y LaCapra que parecen ser excluyentes, pero que nosotros las utilizamos como partes del mismo proceso en diferentes momentos; de una práctica que los propios historiadores encuentran entre metáforas y conceptos, esto da lugar para afirmar que el conocimiento histórico acontece en la simbiosis de los procedimientos disciplinares, método, y la narrativa como la capacidad de cada humano de representar y relatar. De qué manera se da esta simbiosis y a partir de cuándo podemos hablar de esta invención reciente del historiador, son temas que trataremos en los siguientes apartados, revisaremos la trayectoria por la que ha pasado la construcción de la noción del historiador ligada con la práctica científica moderna.

Esta filosofía del sujeto se radicaliza y concluye a la vez con la absolutización del yo en el idealismo alemán, Friedrich Schelling, Johann Gottlieb Fichte, Georg Wilhelm Friedrich Hegel. Esta historia es la que brevemente repasaremos para después desmarcarnos.

¹⁵⁶ Habermas, *op. cit.*, p. 333.

1.6 DISCIPLINAMIENTO-CONSTRUCCIÓN DEL HISTORIADOR: MÉTODO, ARCHIVO, VERDAD Y ESCRITURA

Gobernar es siempre un difícil y versátil equilibrio, con conflictos y complementariedades, entre las técnicas que aseguran la coerción y los procesos a través de los cuales el “uno mismo” (the self) es construido y modificado por sí mismo.

Michel Foucault

La ciencia moderna y con ella los saberes ahí generados han sido fundamentados por el método científico, inductivo y deductivo, como garante de la “verdad”. Es el método entendido como camino o vía, serie de pasos a seguir, medio utilizado para llegar a un fin. A través de una serie de medidas se han ido conformando los distintos momentos por los que tiene que pasar el proceso de investigación precedente a todo conocimiento científico, con ello, se ha establecido el “rigor” del disciplinamiento científico dirigido a las comunidades científicas.

El conocimiento histórico se encuentra posibilitado y condicionado a la vez por la serie de procedimientos del método científico, cuyos inicios encontramos en Francis Bacon y René Descartes, entre otros pensadores modernos que opinaran, para después convertirse en norma, acerca de cómo ha de realizarse la generación del conocimiento científico. Establecen los procedimientos, bien podríamos decir las técnicas, a partir de las cuales los sujetos, en este caso los científicos, se van constituyendo como sujetos de saber. Constitución que está representada en la asimilación de la práctica científica y el cómo debe llevarse a cabo. Lo que estamos planteando en este trabajo no es contribuir a la exaltación del método científico en la ciencia de la historia sino de analizar las distintas maneras en que se ha conceptualizado su función y aplicación con miras a objetivar al historiador y al conocimiento histórico.

Dirigirse como dominio de análisis a las ‘prácticas’, abordar el estudio por el sesgo (*biais*) de lo que ‘se hacía’ (...), el conjunto de los modos de hacer más o menos finalizados, a través de los que se dibujan a la vez lo que estaba constituido como real para los que intentaban pensarlo y dirigirlo y el modo en que éstos se constituían como sujetos capaces de conocer, analizar y eventualmente modificar lo real. Son las ‘prácticas’ entendidas como

modo de actuar y a la vez de pensar las que dan la clave de inteligibilidad para la constitución correlativa del sujeto y del objeto.¹⁵⁷

La invención reciente de la *episteme* moderna, de la ciencia de la historia y del historiador sólo son una forma de configurar lo histórico humano. La experiencia histórica de la humanidad intenta ser objetualizada por la ciencia de la historia pero habría que mencionar que la misma condición de esta última es histórica, nada garantiza que haya de permanecer ni mucho menos que sea la única forma de acceder a lo histórico, antes bien, diríamos que la ciencia de la historia responde a intereses y relaciones de poder de los saberes modernos en la universidad que a su vez trabaja para legitimar el proyecto de modernidad. Lo que hacemos aquí es la revisión de una práctica, la científica, también atravesada por la historicidad.

Desde su aparición, en el siglo XIX, la ciencia de la historia y la validez del conocimiento histórico han sido fundamentados por la adaptación del método científico y las fuentes de información a la operación historiográfica. Estos componentes han sido tratados como esenciales al método histórico, son diversas las maneras en que a lo largo de dos siglos las comunidades científicas de historiadores, han interpretado y establecido las pautas en las que han de ser utilizados. De la objetividad como norma metodológica y de un realismo “ingenuo” a un construccionismo radical, de verdades absolutas a la construcción de la “realidad”.

Han sido los ideólogos de la historia: Johann Gustav Droysen, Wilhelm Von Humboldt, Leopold von Ranke, a partir de los siglos XIX y XX, los que comenzaron el delineado de cómo debe practicarse el oficio de la historia, para convertirse en los *a priori* históricos de la metodología que fundamenta la práctica historiográfica: la Escuela Histórica alemana, la Escuela Metódica Francesa, la Escuela de los *Annales* y la multiplicidad reciente de perspectivas. En estos dos siglos se han configurado los preceptos, esquemas de verdad, en estas distintas corrientes con una función prescriptiva para el disciplinamiento del historiador que nos permite observar rupturas y continuidades en las técnicas de gobernabilidad y construcción de este científico.

¹⁵⁷ Foucault, “Las técnicas de sí”, p. 30.

En *Técnicas de investigación para historiadores. Las fuentes de la historia* de Francisco Alía Miranda, 2008, leemos:

Los científicos sociales deben tratar de tener una formación integral lo más completa posible, capaz de superar las clásicas dicotomías para poder integrarlas y articularlas en un desarrollo más rico que pueda hacer frente a los nuevos desarrollos sociales. Por ello resulta imprescindible conseguir una formación lo más completa e integral posible del investigador social, del historiador, lo que posibilita el mejor uso, separado y/o conjunto, de la totalidad de los métodos y técnicas disponibles en las ciencias sociales.¹⁵⁸

El uso y la aplicación del método y sus técnicas son parte medular del proceso pedagógico universitario, es en estos espacios educativos donde los historiadores son modelados por las técnicas del saber científico. La lectura, la interpretación, la escritura son componentes básicos de la práctica científica, de las tecnologías de uno mismo. En el caso de la historia y por la condición de su peculiar objeto de estudio siempre se ha puesto especial énfasis en las fuentes: “(...) los centros de información: archivos, bibliotecas y centros de documentación. Ellos son los laboratorios básicos del historiador, donde ha de buscar y observar los hechos con los que va a escribir la historia”,¹⁵⁹ donde cada aspecto será valorado. Bajo esta perspectiva se reconoce que la función o la figura del historiador es importante.

La tarea y el oficio del historiador es mucho más complicada que la de limitarse a buscar las fuentes, a hacer una crítica exhaustiva de ellas y a agrupar los datos por categorías que ayuden a preparar la síntesis final. Y su papel mucho más protagonista. En las operaciones que tiene que realizar para alcanzar un conocimiento científico, la mayor parte depende de sus propias decisiones.¹⁶⁰

Si bien, la función de la institución es garantizar que en el proceso pedagógico el historiador recibirá toda la normatividad y disciplinamiento científico indispensable para desempeñar la profesión, la aplicación del método en cada caso deja necesariamente un espacio a la figura del científico; el espacio necesario de las relaciones de poder y la libertad que dan pie a la construcción y modificación permanente de sí mismo. La historia

¹⁵⁸ Francisco Alía Miranda, *Técnicas de investigación para historiadores. Las fuentes de la historia*, p. 16.

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 17.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 35.

está marcada tanto por prescripciones que corresponden al disciplinamiento científico, como por el plano de las decisiones que se encuentra más vinculado al mundo de la vida del historiador, el espacio preteórico, no por ello más libre, al igual que el espacio de la universidad está condicionado por una multiplicidad de normativas que permiten a la agrupación social una estabilidad: “Prescripciones porque ha de llevarse a cabo una serie de operaciones reguladas, obligatorias. Decisiones, porque un método es un sistema abierto dentro de su orden de operaciones, el investigador debe decidir muchas veces por sí mismo”.¹⁶¹ Hay un elemento indeterminado en la práctica historiográfica: la manera en cómo el historiador responde a los procesos disciplinares de investigación y que éste jamás vuelve a ser el mismo, hay un proceso de transfiguración. El historiador desarrolla aprendizaje en cada proceso de investigación y construcción del conocimiento histórico, así como en la relación de afectación entre el juego de verdad y su asimilación que será plasmado en cada discurso que sobre el pasado se realiza.

En el estudio que realiza Foucault en las *tecnologías del yo* sobre los modos de ser en la cultura clásica, griegos-romanos, y la Edad Media, menciona su interés por estudiar la relación de las técnicas y los procesos de asimilación e interacción por parte de los individuos, es decir, no se trata, como ya lo mencionamos, de autoritarismo sino de relaciones de poder donde una condición necesaria es la libertad y la respuesta que ha de generar el sujeto a partir del juego de verdad; entendido como orden discursivo *a priori* histórico: “Estos cuatro tipos de tecnologías (...) Cada una implica ciertas formas de aprendizaje y de modificación de los individuos, no sólo en el sentido más evidente de adquisición de ciertas habilidades, sino también en el sentido de adquisición de ciertas actitudes. Quise mostrar a la vez su naturaleza específica y su constante interacción”.¹⁶²

En los manuales de métodos y técnicas de investigación para historiadores, y en las grandes obras de historiadores que han reflexionado sobre la práctica historiográfica, se han establecido (y actualmente se sigue haciendo) las formas en que el historiador ha de

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 36.

¹⁶² Foucault, *Tecnologías ...*, *op. cit.*, p. 49.

conducirse y plantear la generación de conocimiento histórico.¹⁶³ La verdad del conocimiento científico o bien los juegos de verdad de la ciencia de la historia han sido resguardados por los lineamientos y procedimientos que garantizan la legitimidad de la ciencia. Lo importante es ver su movilidad y condición histórica. “El punto consiste en no aceptar este saber como un valor dado, sino en analizar estas llamadas ciencias como ‘juegos de verdad’ específicos, relacionados con técnicas específicas que los hombres utilizan para entenderse a sí mismos”.¹⁶⁴

Así las cosas, tenemos un realismo propio del positivismo del siglo XIX y primera décadas del XX, aunque en algunas comunidades de historiadores y espacios universitarios aún puede encontrarse sobre todo en la primacía que se le da al archivo y el alto grado de verdad histórica y objetividad que éste representa, ya no se sostiene tal científicismo; por ahora son otras las formas, los enfoques, las maneras de pensar la ciencia de la historia y la práctica científica del historiador.

¿Cómo ha de ser la historia del siglo XXI? (...) estamos persuadidos de que para reconducir los métodos y las teorías, para, en fin, evitar el canto de sirena del positivismo, hace falta una reflexión que sin embargo no puede ser estrictamente epistemológica: ha de ser tal que relacione los asuntos de conocimiento histórico –sentidos, métodos, teorías- con las condiciones sociales e institucionales en las que éste se produce y transmite, es decir, que relacione la finalidad social, cultural e intelectual del conocimiento histórico con la naturaleza de los hábitos y prácticas de sus profesionales, los historiadores.¹⁶⁵

La reflexividad de las tecnologías implícitas en el oficio de la historia, vistas no como algo dado de manera absoluta sino como maneras de ser, nos lleva a “descender hacia el estudio de las prácticas concretas por las que el sujeto es construido en la inmanencia de un dominio de conocimiento”, el historiador es modelado por la práctica en contextos institucionales, sociales e históricos. Los historiadores nos encontramos siempre en relación con los juegos de verdad, juegos de poder y técnicas de sí, que constantemente están marcando los trazos generales de nuestras cosmovisiones y, a la vez, potenciando nuestras

¹⁶³ Operaciones del método de investigación histórica: Elección del tema y justificación; la construcción de las primeras hipótesis: las hipótesis previas; la descripción y observación sistemática (el análisis), la validación o contrastación; la explicación. Alía, *op. cit.*, p. 44.

¹⁶⁴ Foucault, *Tecnologías ...*, *op. cit.*, p. 48.

¹⁶⁵ Pablo Sánchez León, et al., *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, p. XVII.

posibilidades de transformación o bien transgresión, siguiendo a Foucault en sus planteamientos de una ontología crítica de nosotros mismos.

La ontología crítica de nosotros mismos debe de ser entendida no como teoría, ni como doctrina, ni tampoco como un cuerpo de conocimientos durables que va en aumento; debe de ser concebida como una actitud, un *ethos*, una vida filosófica en la que la crítica de lo que somos sea al mismo tiempo análisis histórico de los límites que se nos imponen, y experimentación de la posibilidad de transgredirlos.¹⁶⁶

La inserción de la reflexividad de las técnicas de sí en la práctica historiográfica, la consecuente asimilación de los distintos modos de ser por parte del historiador así como su cuestionamiento, posibilitan la configuración de nuevas perspectivas sobre sus funciones, más que estar pensando en una actitud pasiva que recibe la tradición y la aplica, habría que potencializar nuestra capacidad de acción, transformación y cambio, a partir de las preguntas: para qué escribimos historia y qué impacto social podríamos generar como científicos sociales.

El trabajo de un intelectual no consiste en modelar la voluntad política de los demás; estriba más bien en cuestionar, a través de los análisis que lleva a cabo en terrenos que le son propios, las evidencias y los postulados, en sacudir los hábitos, las formas de actuar y de pensar, en disipar las familiaridades admitidas, en retomar la medida de las reglas y de las instituciones y a partir de esta re-problematización (en la que desarrolla su oficio específico de intelectual) participar en la formación de una voluntad política (en la que tiene la posibilidad de desempeñar su papel ciudadano).¹⁶⁷

1.6.1 Siglo XIX: Historicismo-positivismo

¿Es qué el historiador trascendente no es también una invención, sólo que una hecha con otras palabras, las de la modernidad, que no dejan de ser tan históricas y fugaces como las que emplearon quienes aparecen como protagonistas de sus libros?

Pablo Sánchez León

Lo que marca la diferencia entre el saber científico de la historia, propio de la modernidad, y otros saberes del pasado son las formas y procedimientos a partir de los cuales se legitima

¹⁶⁶ Michel Foucault, *Hermenéutica del sujeto*, p. 30.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 10.

la producción del conocimiento. Como producto de la ciencia moderna, la historia y el historiador han legitimado la generación de su conocimiento sobre el pasado en las instituciones; la universidad es el espacio de los saberes, de las comunidades científicas y los científicos, es aquí donde surgen los dispositivos de poder, entendidos como discursos que estabilizan nuestro conocimiento, dándole un toque de sacralidad. Sin embargo, en la actualidad está invención reciente, la de la ciencia y sus productos, es cuestionada, aparece la historicidad de las prácticas, de las costumbres, la inestabilidad del lenguaje, la evidente ausencia de fundamentos y, con ello, el cuestionamiento a la práctica científica de la historia.

La aparición del Estado-nación en Europa coincide con la profesionalización de la historia. En el siglo XIX surgen las grandes historias nacionales y la historia como ciencia. Los inicios del conocimiento histórico científico se caracterizan por su servicio a la legitimación de los grandes estados nacionales, el discurso histórico es visto como elemento integrador o cohesionador de identidad. En este tipo de historia se crea el ambiente propicio de “confianza absoluta en la posibilidad de un conocimiento histórico objetivo, basado en una recuperación racional del pasado a través de la documentación”.¹⁶⁸

La incipiente historia profesional se verá permeada por el método científico: vía que hacía posible el desarrollo científico, la actividad de la ciencia de la historia se focaliza en la rigurosidad del análisis de fuentes enfocado básicamente en el documento-archivo. Los conocimientos en la crítica textual, la filología, la paleografía, serán elementos básicos y esenciales en el desempeño del historiador y la generación del conocimiento histórico, así como en la justificación de la ciencia de la historia frente a otros saberes.

De hecho, en los inicios de la práctica historiográfica bajo la perspectiva de la ciencia moderna se genera una disyuntiva ante este exceso de objetividad que marcará el debate típico en historia entre objetividad vs. subjetividad,¹⁶⁹ dicha disyuntiva la encontramos en el historicismo alemán, en un estudio que realiza Jörn Rüsen titulado “La escritura de la

¹⁶⁸ Jaume Aurell, *et al.*, *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*, p. 223.

¹⁶⁹ Entendida como subjetividad descentrada.

historia como problema teórico de las ciencias históricas”,¹⁷⁰ a partir de la disertación de Wilhelm von Humboldt titulada *Sobre la tarea del escritor de historia*, plantea Rüsen cómo se dejó abierta la relación entre investigación histórica y escritura de la historia: “Humboldt diferenció entre una investigación histórica como transmisión de descubrimientos empíricos de lo sucedido en el pasado, y la escritura de la historia como acto creativo en el que el suceder obtiene por vez primera el carácter de una historia con sentido”.¹⁷¹ La recepción de las palabras de Humboldt encontraron diversas interpretaciones, entre ellos Georg Gottfried Gervinus y Johann Gustav Droysen cuyas posturas evidencian tal disyuntiva sobre los parámetros que debía seguir la ciencia de la historia. Por una parte, Gervinus encuentra la relación estrecha de la escritura con la poética y la parte creativa del historiador. Droysen, en tanto, pone énfasis en la ejecución metodológica de la investigación histórica, la “interpretación histórica aparece ahora como un esfuerzo de investigación y ya no como representación literaria”.¹⁷²

Será la postura de Droysen, la primacía metodológica, la que impere en la difusión de los procesos que debían seguirse al interior de la disciplina por sus practicantes, así como su aceptación. Se dejó en un plano secundario la escritura de la historia y el vínculo con la literatura, el arte y la estética. El proceso narrativo por el que pasa todo conocimiento histórico se vio como algo derivado de la investigación.

Las reglas de la investigación histórica¹⁷³ aparecen en los libros de metodología histórica; son los franceses Charles Victor Langlois y Charles Seignobos, quienes, en su *Introducción a los estudios históricos* (1897), comienzan a instaurar los principios básicos de la ciencia de la historia. La solidez del conocimiento histórico estará resguardado por la heurística y la filología, así como su capacidad de garantizar la “fidelidad-verdad” de los documentos.

La investigación documental y la especie de ritual que se seguía en la búsqueda de la verdad confirió al documento un carácter sacro, cuyo contenido se volvía incuestionable, lo

¹⁷⁰ Rüsen, art. cit.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 241.

¹⁷² *Ibid.*, p. 243.

¹⁷³ El método de Langlois y Seignobos. Alía, *op. cit.*, p. 32.

que permitió el desarrollo de una cosmovisión realista del pasado, es decir, hay una creencia de que las narraciones del pasado escritas por el historiador con evidencias documentales representan el pasado en sí. Leopold von Ranke es la figura del historiador modelo más difundida de cómo debía ser la ciencia de la historia y la función del historiador en el siglo XIX y mediados del XX, noción que ha sido cuestionada por factores múltiples: el giro lingüístico, la historicidad, la sociología del conocimiento, entre otros.

Ranke postuló que la investigación histórica debía ir encaminada a restablecer los hechos mediante una reconstrucción objetiva y literal del pasado. Sus afirmaciones, la difusión de las mismas y su aceptación dieron pie a un lugar común en el imaginario de los historiadores: hay el pasado y la función de la historia es contarlo tal como fue. “Él fue quien más claramente expuso los fundamentos filosóficos del historicismo ‘los hechos y situaciones pasados son únicos e irrepetibles y no se pueden comprender en virtud de categorías universales, sino en virtud de sus contextos propios y particulares’”.¹⁷⁴

Por otra parte, tenemos al positivismo con su idea de progreso, la concepción lineal de la historia, su fundamentación de todo conocimiento en lo tangible y experimentable; en el caso de la historia el documento será el dato duro. Marcará, junto con el historicismo, los rumbos que tomará la ciencia de la historia en el siglo XIX y parte del siglo XX, así como los principios que la caracterizan dentro del campo científico.

1.6.2 Formaciones tempranas en América Latina

En el caso de América Latina, los procesos disciplinares de la ciencia de la historia que se van configurando en el siglo XIX en Europa: el uso de un método, el análisis de fuentes que facilitarían la búsqueda de la “verdad” según los parámetros epistemológicos de ese entonces, serán tecnologías que se comenzarán incipientemente a practicar. La construcción moderna del historiador sobre todo latinoamericano –que es lo que aquí tratamos- estará

¹⁷⁴ Aurell, *op. cit.*, p. 223.

muy vinculado a los parámetros europeos aunque con sus singularidades debido a las circunstancias propias del siglo XIX en estas regiones.

Los movimientos de independencia en América del Sur coinciden con la institucionalización y profesionalización de la historia en Europa. Sin embargo, será hasta el siglo XX que las Universidades y Colegios den apertura a esta ciencia y sus procesos disciplinares, no por eso hay una ausencia de la historia, más bien es un discurso emergente que irá poco a poco cobrando mayor importancia. En la configuración del Estado nación el pasado y la construcción del discurso histórico tendrá una función legitimadora, se le asignará la tarea de la búsqueda de las raíces “identitarias”.

En el Brasil, en México, en Chile, en la Argentina, en el Uruguay, y en último caso todos los demás países de la región, los historiadores ocuparon el lugar de los profetas “utópicos” de Francia y Europa, ya que en países que necesitaban conocer con urgencia la respuesta a aquellas dos preguntas sarmientinas -¿de dónde venimos? ¿a dónde vamos?- el futuro posible aparecía como una función del conocimiento adecuado del pasado colonial.¹⁷⁵

La manera de ordenar el tiempo humano corresponde a la cultura occidental, a través de tres siglos de dominación española y portuguesa, se introyecta en las mentalidades la manera de explicar el pasado: el orden lineal, “los grandes acontecimientos y personajes”. A pesar de que algunas dinámicas de las elites intelectuales de la época colonial se siguen reproduciendo, en el siglo XIX hay cambios: “Entre aquel antepasado –el letrado colonial- y el intelectual moderno latinoamericano no hay, sin embargo, una línea continua, sino transiciones, dislocamientos, metamorfosis”;¹⁷⁶ por ejemplo, seguirán siendo los criollos, las familias acomodadas, empleados de gobierno los que tengan acceso a la cultura de lo escrito, “Desde el punto de vista de la construcción social de la actividad intelectual en las sociedades iberoamericanas, un aspecto crucial señalado (...) es el de los grupos sociales más proclives o mejor posicionados para ejercer tareas de “intelectual” dentro del nuevo orden postimperial”.¹⁷⁷

¹⁷⁵ Carlos Altamirano (director), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Tomo I *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, p. 40.

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 20.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 35.

La mayoría de los intelectuales americanos que escriben historia han viajado a Europa. Distintas serán las circunstancias que motivaron su experiencia en el viejo continente, desde una formación académica, relaciones diplomáticas o bien el exilio y la represión. No pocas veces fueron perseguidos y segregados estos escritores si no pertenecían a la elite gobernante y sus planteamientos iban en contra del gobierno en turno: “(...) el desarrollo histórico del oficio intelectual en los países de la región no puede ser adecuadamente analizado si se pasan por alto hechos como los exilios y las migraciones de los escritores o la existencia de grupos subordinados cuyo acceso a la imprenta y a los espacios de discusión pública, aun cuando no totalmente vedado, padecía de importantes limitaciones”.¹⁷⁸

En realidad los vínculos intelectuales son muy estrechos entre estos dos continentes, lo que intentan resolver los intelectuales de Latinoamérica es cómo construir una nación a través del discurso histórico. Aparece el ensayo como un medio de expresión literaria y muy utilizado, aunque no el único, por los intelectuales latinoamericanos, así como en Europa, para desarrollar y comunicar posicionamientos ante la situación de actualidad “caótica” de los recién formados países; si bien lograron independizarse institucionalmente, venía el reto más importante, la independencia mental, situación que a nuestro parecer no hemos resuelto del todo.

En el contexto histórico que nos interesa, la problemática del ensayo emerge como un nudo fundamental de la cultura de la época. En efecto, es posible advertir en los intelectuales del momento la búsqueda de un “discurso propio” que refleje el modo de ser original, específico de los pueblos americanos, y que contribuya, al mismo tiempo, a consolidar la independencia política en el plano cultural. La “segunda emancipación” o “emancipación mental” del continente constituye, ciertamente, una búsqueda de esas formas de expresión cultural propias de Latinoamérica, dentro de las cuales la escritura y el lenguaje tendrán, como veremos, una particular relevancia.¹⁷⁹

Tampoco es de extrañar el auge del periodismo en América a la par de Europa en el siglo XIX, aunque acá con fines “identitarios”: “(...) un nuevo tipo de actor intelectual: el

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 40.

¹⁷⁹ Daniela Rawics, *Ensayo e identidad cultural en el siglo XIX latinoamericano*. Simón Rodríguez y Domingo F. Sarmiento, p. 14.

periodista político convertido en publicista crítico y doctrinario”.¹⁸⁰ A los intelectuales latinoamericanos propios de la época moderna, (cabe mencionar que las elites intelectuales universitarias tendrán que esperar un siglo más)¹⁸¹ les toca resolver el cómo hacer para que los países recién independizados se gobernarán y construirán un proyecto de nación; la mirada hacia el pasado ofrecía elementos valiosos de cohesión social. Al final del día, se ocupaba una filosofía de la historia que configurará los tiempos y diera sentido a la vida de los pobladores de los distintos países Latinoamericanos, que se sintieran parte de una nación y orgullosos del espacio geográfico y los procesos históricos en éste desarrollados.¹⁸² En *Nuestra América* Martí menciona cuales son las cosas que se pide a un buen gobernante de estos territorios.

(...) el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándoles en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas en el país, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas.¹⁸³

Reconocer la singularidad histórica, a la vez que encontrar un lugar en el contexto global; en la historia universal, era tarea de la historia patria y la historia nacional. Los intelectuales avocados a la historia tenían por tarea construir los cimientos que les permitiera visualizarse como únicos y dignos de exaltación, gloriosos en el pasado, con la experiencia colonial, con un presente caótico pero un futuro prometedor. Una historia abanderada por la verdad histórica y la imparcialidad del historiador, que como ya mencionamos las redes de comunicación con las comunidades intelectuales europeas eran estrechas: el positivismo y el historicismo son tendencias marcadas en las narrativas históricas de este periodo.

¹⁸⁰ Altamirano, *op.cit.*, p. 36.

¹⁸¹ “Tosta identificaba en los documentos del Libertador, Simón Bolívar, así como en los escritos de Toro, Sarmiento, Alberdi, Bello, Cecilio Acosta, una corriente positivista-realista, tipificada por la observación de los hechos sociales de la realidad latinoamericana de la época, a la que bautizó como ‘el positivismo práctico intuitivo’, debido a que no tenía la aspiración formal de hacer escuela, sino más bien de hacer análisis objetivo y concreto de los fenómenos sociales del entorno”. Ronny J. Viales Hurtado, “La sociología latinoamericana y su influencia sobre la historiografía (siglo XIX a 1980)”, p. 132.

¹⁸² “Un elemento nacionalista importante, introducido por Martí en su *Nuestra América* (1891) fue la construcción social de la diferencia, en un contexto neocolonialista, así por ejemplo planteaba la necesidad de rescatar al ‘hombre natural’”. *Ibid.*, p.134.

¹⁸³ *Idem.*

(...) destacar la singularidad del proceso histórico de su propia “comunidad”, y podrían ser consideradas historicistas en la medida en que partían de perspectivas individualizadoras que, por sobre la búsqueda de tipos universales, enfatizaban las dimensiones singulares e irreductibles del propio caso estudiado (...). La nación presente, vista como resultado de esa unidad de experiencias, era proyectada hacia sus mismos orígenes.¹⁸⁴

El discurso histórico del siglo XIX en América Latina tenía como finalidad promover la unidad nacional, el patriotismo a través del pasado. Europa y Estados Unidos de América representaban el modelo a seguir, en algunos casos no sólo se planteaba imitar instituciones sino construirlas. Es importante mencionar que en un clima intelectual de evolucionismo lineal que sólo legitimaba el imperialismo cultural no es raro encontrar que la mayoría interpretara el descubrimiento y sometimiento del continente de América como una oportunidad de entrar al proceso civilizatorio homogeneizante; “(...) el proceso de conquista es un proceso civilizatorio que proyecta a la más avanzada Europa sobre el más atrasado mundo americano preibérico”.¹⁸⁵

Por otra parte, cabe mencionar, que la escritura de la historia, el “conocimiento del pasado” tenía un reconocimiento social, quien la practicaba entraba en el estereotipo de “el hombre culto”, el que sabe. Además implicaba tener una vocación¹⁸⁶ para dedicar mucho tiempo a la búsqueda de fuentes de información, archivos; es el siglo XIX latinoamericano y había prioridades que atender por lo que la implementación y organización de acervos documentales pasaba a segundo termino.

Brevemente mencionaremos tres autores que con sus obras de alguna manera representan las tendencias epistemológicas e ideológicas del discurso histórico en el siglo XIX en América Latina: Domingo F. Sarmiento, Andrés Bello y Francisco Bilbao.

¹⁸⁴ Fernando J. Devoto, “La construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay: las historias nacionales de Varnhagen, Mitre y Bauzá”, p. 280.

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 285.

¹⁸⁶ “Los denodados esfuerzos destinados a reunir los dispersos restos documentales o el tiempo que dedicaban a la labor historiográfica son claramente reveladores de que consideraban la labor historiográfica, en buena medida, un fin en sí mismo”. *Ibid.*, p. 282.

Francisco Bilbao en *El evangelio Americano*¹⁸⁷ desarrolla una postura “identitaria” y una crítica “radical” al Imperio Español y su “proceso civilizatorio: “Niego la civilización que trajo; y si la España se desangró fue por avaricia”.¹⁸⁸ Es de los pocos intelectuales que cuestionan la “herencia cultural” de la época colonial; de la cual conviene más desespañolizarse: “Yo creo, para que América despliegue la fuerza del principio que sostiene y representa, que es necesario se desespañolice. En esto no hay ofensa, sino la exposición de lo que creo una verdad útil para América”.¹⁸⁹ Corresponde a América, a los americanos ver por sí mismos: “¡Y tú América, convéncete! En ti principia otra historia”.¹⁹⁰ América como tierra colonizada y sometida por los Imperios debe tener cuidado de las tácticas políticas de los Imperios que siempre buscan sacar provecho y “jamás cambian”, por eso es conveniente tomar distancia de las “falsas” apariencias sobre todo del Imperio Español.

La historia nos presenta en España al campeón del absolutismo en la tierra, al soldado brutal de las conquistas, al exterminador de los herejes, a la nación de las intervenciones monárquicas contra la autonomía de los pueblos (...). La España extermina a Santo Domingo. Esta es su política en América. Ayer es hoy. Su pasado corresponde a su presente. ayer quemaba protestantes. Hoy los envía a galeras. ¿Y queréis que no nos desespañolicemos?¹⁹¹

Bilbao se declara “racionalista, republicano, ciudadano de la ciudad universal, apostólica y humana (...)”.¹⁹² Es un defensor de la soberanía de las tierras Americanas en su lucha por el riesgo latente de las invasiones y en el caso concreto de la invasión francesa a México escribe *La América en peligro* donde propone estrechar lazos solidarios entre las distintas naciones Latinoamericanas para defenderse del Imperialismo. Así mismo, veía la incompatibilidad del catolicismo con la República, promovía la revolución de la razón y la libertad. Era una creyente de Dios y un escéptico del dogma religioso. Sobre su concepción de la historia aparece la dualidad propia en él:

¹⁸⁷ Francisco Bilbao, *El evangelio Americano*.

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. 23.

¹⁸⁹ *Idem*.

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. 24.

¹⁹¹ *Idem*.

¹⁹² *Ibid.*, p. 16.

(...) la humanidad es una modalidad de la creación, pero además es también la encarnación del espíritu y como organismo es fatal, como espíritu es libre. En la humanidad se verifican las nupcias solemnes de la fatalidad y la libertad. Fatalidad y libertad, he ahí el dualismo fundamental de la antinomia radical, los elementos del combate que forman los protagonistas del drama de la vida.¹⁹³

Así mismo, tenemos a Domingo F. Sarmiento con su *Facundo. Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*¹⁹⁴ se convierte en uno de los latinoamericanistas más emblemáticos en su defensa de la libertad de los pueblos colocados en la barbarie, tras el análisis de estos dos conceptos antagónicos, barbarie y civilización, muestra como geográficamente está ordenado la condición de los países. Es consciente de la situación de América Latina quien debía construirse a partir de los elementos culturales que tenía en el siglo XIX: “Precoz e intuitivamente llegó Sarmiento a la conclusión sociológica según la cual, en América, en donde todo había que construirlo, la obra tenía sus cimientos en la civilización material. La libertad constituía un medio y la civilización, su fin inmediato”.¹⁹⁵

La única manera de organizar a América Latina y garantizar su “libertad” es a través de un análisis de sí misma, no para encapsularse y aislarse del espacio internacional, sino para ir a la par con los otros países a partir de su singularidad. La configuración del tiempo histórico contempla los distintos momentos por los que ha pasado la trayectoria de Argentina: “(...) la obra se proyecta sucesivamente hacia los tres tiempos teóricos: hacia los antecedentes históricos y mesológicos que yacen en el pasado, del cual son herencia irrenunciable; hacia el presente caótico de la tiranía rosista, y hacia el futuro, en una arriesgada previsión de lo porvenir”.¹⁹⁶

El libro de *Facundo* es una obra que engloba distintos géneros discursivos, logra mezclar ficción y realidad para “representar” la dinámica social del gaucho y la pampa Argentina, pero no sólo eso, alude a la condición de los países Latinoamericanos en el siglo XIX, a su experiencia histórica y a los retos por venir en la geografía global.

¹⁹³ *Ibid.*, p. 12.

¹⁹⁴ Domingo F. Sarmiento, *Facundo Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*.

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. XXXI.

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. XXVIII.

Facundo es un libro tumultuoso, beligerante, desigual, en el que su autor acumula intuiciones y vivencias, poderosas evocaciones y atisbos geniales de interpretación, la ficción en forma de anécdotas, leyendas, como soñadas previsiones del futuro, y las realidades de la Historia y la Naturaleza, todo ello también en rara y bien diluida mezcla de especies literarias diversas: narración y descripción; cuadros, retratos y anécdotas; biografía, historia y ensayo.¹⁹⁷

También tenemos a Andrés Bello¹⁹⁸ y sus reflexiones que están más encaminadas a la práctica historiográfica en ensayos o comentarios a obras de historia, muy ligadas al historicismo y positivismo europeo del siglo XIX; habría que mencionar que su producción es muy vasta y atraviesa distintas áreas del conocimiento, es uno de los intelectuales más representativas del siglo XIX en América Latina.

Con una mentalidad más analítica y sistemática, plantea la complejidad de la dinámica cultural donde confluyen distintos elementos que van más allá de un territorio y una organización política. Su perspectiva de la filosofía de la historia¹⁹⁹ es global, donde todos los pueblos están llamados a contribuir a la experiencia histórica de la humanidad, no se trata sólo de adaptar y asimilar sino de crear, producir y aportar.

Los trabajos filosóficos de la Europa no nos dan la filosofía de la historia de Chile. Toca a nosotros formarla por el único proceder legítimo, que es el de la inducción sintética. No por eso miramos como inútil el conocimiento de lo que han hecho los europeos en su historia, aún cuando sólo se trate de la nuestra. La filosofía de la historia de Europa será siempre para nosotros un modelo, una guía, un método; nos allana el camino; pero no nos dispensa de andarlo.²⁰⁰

Por eso es que no rechaza la herencia cultural de tres siglos de dominación española, más bien, los americanos tenemos que responsabilizarnos de lo que tenemos y de lo mucho que

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. XXVII.

¹⁹⁸ Andrés Bello, *Estudios de crítica histórica*.

¹⁹⁹ “La filosofía general de la historia, la ciencia de la humanidad, es una misma en todas partes, en todos tiempos; los adelantamientos que hace en ella un pueblo aprovechan a todos los pueblos; entran en el caudal común de que todos los pueblos tienen solidariamente el dominio... Pero la filosofía general de la historia no puede conducirnos a la filosofía particular de la historia de un pueblo, en que concurren con las leyes esenciales de la humanidad gran número de agencias e influencias diversas que modifican la fisonomía de los varios pueblos cabalmente como las que concurren con las leyes de la naturaleza material modifican el aspecto de los varios países”. *Ibid.*, p. 42.

²⁰⁰ *Ibid.*, p. 44.

hay por hacer, Europa es sólo un ejemplo. La independencia radica precisamente en que los americanos se encargan de organizar el espacio social y territorial.

Piensa el oficio de historiador como algo de suma importancia, en los retos que implicaba escribir historia, había que explicar el por qué habían sucedido las cosas, ordenando los distintos elementos que han intervenido en determinados acontecimientos humanos. Para tal empresa había que mirar a las otras ciencias como hacían su trabajo, como construían sus explicaciones y manejaban sus objetos, de tal manera que a partir de lo que ellas realizaban el historiador se diera una idea de cómo debía llevar a cabo su trabajo.

Si el que resume la vida entera de un pueblo es como el astrónomo que traza las leyes seculares a que se sujetan en sus movimientos las grandes masas, el que nos da la vida de una ciudad, de un hombre, es como el fisiologista o el físico, que en un cuerpo dado, nos hace ver el mecanismo de las agencias materiales que determinan sus formas y movimientos, y le estampan la fisonomía, las actitudes que lo distinguen.²⁰¹

Es una búsqueda de “leyes” y condiciones la que hace el historiador para explicar la compleja trama humana en lo social. Bello utiliza una metáfora muy usada por los historiadores para explicar en que consiste su trabajo, el “valle de los huesos secos” que se menciona en la biblia, corresponde al historiador “dar vida” a esos huesos que por si mismos no dicen nada, habrá que buscar la manera de dar sentido e inteligibilidad a esos restos en ruinas.

Vaticinare de ossibus istis (“Profetiza sobre estos huesos”), dice entonces la historia al escritor que sólo tiene delante los esqueletos de los sucesos; y el escritor, si quiere darnos una pintura, y no una relación descarnada, tendrá que comprometer la verdad sacando de su imaginación, o de falibles conjeturas lo que ya no le prestan sus desustanciados materiales.²⁰²

Así mismo, era muy consciente de los usos ideológicos que se podían hacer del conocimiento histórico, por eso pide de los historiadores imparcialidad, no importa si beneficia o no a ciertos intereses hay que decir las cosas como fueron: “Es un deber de la historia contar los hechos como fueron, y no debemos paliarlos, porque no parezcan

²⁰¹ *Ibid.*, p. 134.

²⁰² *Ibid.*, p. 135.

honrosos a la memoria de los fundadores de Chile”.²⁰³ Objetividad ante todo porque al historiador le corresponde ser: “(...) abogado de los derechos de la humanidad e intérprete de los sentimientos morales, debe pronunciar su fallo sobre las instituciones corruptoras”.²⁰⁴ De alguna manera a la hora de investigar el historiador tenía que ir armando un veredicto cuya finalidad fuera decir la verdad.

Realmente escribir historia no era nada fácil en la perspectiva de Bello, había que seguir toda una serie de procedimientos además de contar con una vasta información sobre los temas a tratar, algo propio de los primeros historiadores y de los que habían ejercido el oficio antes de la recién creada disciplina. Menciona: “Poner en claro los hechos escribir la historia; y no merece este nombre sino la que se escribe a la luz de la filosofía, esto es, con un conocimiento adecuado de los hombres y de los pueblos, y esta filosofía ha existido, ha centelleado en las composiciones históricas mucho antes del siglo XIX”.²⁰⁵ No tenía problemas en afirmar que la historia escrita por los contemporáneos a los acontecimientos era la más rica, confiable y cercana a la verdad. “La historia que embelesa es la historia de los contemporáneos y más que todas la que ha sido escrita por los actores mismos de los hechos que en ella se narran; y después de todo ella es la más auténtica, la más digna de fe”.²⁰⁶ Además de reconocer el trabajo que habían hecho en la antigüedad los “padres de la historia” y de sus grandes habilidades narrativas para crear relatos con gran conocimiento de como funcionan los seres humanos y la manera de contarlos.

No se pueden poner en claro los hechos como lo hicieron Tucídides y Tácito, sin un profundo conocimiento del corazón humano; y permítasenos decir que se aprende mejor a conocer el hombre y las evoluciones sociales en los buenos historiadores políticos de la Antigüedad y de los tiempos modernos, que en las teorías generales y abstractas que se llaman filosofías de la historia, y que en realidad no son instructivas y provechosas, sino para aquellos que han contemplado el drama social viviente en los pormenores históricos.²⁰⁷

Encontramos un cuestionamiento a las teorías abstractas mecanicistas propias de la ciencia moderna que se encargo de meter todo en una camisa de fuerza y explicar todo de una

²⁰³ *Ibid.*, p. 136.

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 139.

²⁰⁵ *Ibid.*, p. 165.

²⁰⁶ *Ibid.*, p. 135.

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 166.

manera controlada; su manera de abordar la historia y los acontecimientos de los humanos en el tiempo no son los adecuados según Bello, lo que se ocupa es experiencia, estudiar los hechos y las singularidades, esto permitirá “conocer el corazón humano”.

La verdadera filosofía de la historia no es una cosa tan nueva como algunos piensan. Los siglos XVIII y XIX la han dado una nomenclatura, un encadenamiento riguroso; la han hecho una ciencia aparte; pero para los que no han estudiado los hechos, las individualidades, esas deducciones sintéticas de nada sirven, a no ser que se crea que vale algo una memoria poblada de juicios ajenos, cuyo fundamento se ignora o sólo se vislumbra de un modo superficial y vago.²⁰⁸

Por otra parte, y para terminar esta muy breve y reducida revisión, en el caso de México la instauración de la historia como ciencia en instituciones se da en la primera mitad del siglo XX; con la creación de la Universidad de México en 1910 y el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México en 1940, este último posibilitado por la dictadura de Franco y el exilio de los intelectuales españoles hacia México. Sin embargo, como ya lo mencionamos, es en el siglo XIX donde se desarrollan formaciones tempranas de historiadores bajo los esquemas de la ciencia moderna, a la par de Europa y con los elementos que ahí se planteaban sobre la historia. La dinámica de los intelectuales que escriben historia en este periodo han viajado al viejo continente y han estado en contacto con los círculos de intelectuales de esas regiones. Para el caso de México Guillermo Zermeño plantea lo siguiente: “Nuestra hipótesis es que hacia la segunda mitad del siglo XIX se desarrolla un tipo de discurso historiográfico que se asemeja al desarrollado por Ranke en Alemania y que prepara el terreno para el momento de su germinación institucional”.²⁰⁹ Los elementos de la historiografía moderna que logran concretarse con la profesionalización se van a ir configurando en el siglo XIX con una marcada influencia europea.

En México nos sirven dos ejemplos para ilustrar como en el proyecto de construcción de la nación se da una recuperación y construcción del discurso histórico (“el pasado”) que pretendía homogenizar distintas agrupaciones en una sola que respondiera al ideal de

²⁰⁸ *Idem.*

²⁰⁹ Guillermo Zermeño Padilla, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, p. 150.

“ciudadano mexicano”; por una parte, el *Diccionario universal de historia y geografía* coordinado por Lucas Alamán es muy representativo: “En la medida que aspira a la universalidad, es decir, a representar en el texto a la totalidad de los mexicanos al margen de su condición regional, lingüística o etnográfica, se exige a sus colaboradores que se rijan por el principio de la imparcialidad del juicio”.²¹⁰ A la par de la “modernización y construcción de la nación” se busca cumplir con los cánones de la incipiente ciencia de la historia, que si bien no se ha institucionalizado tampoco hay un desconocimiento de las maneras que se comienzan a instaurar en Europa en la práctica historiográfica. Por otra, la escritura de José María Luis Mora también nos resulta muy representativa, a quien Ronny J. Viales Hurtado lo considera en el ‘paradigma tradicional moderno’ con una visión nacionalista, atribuyéndole las siguientes características:

- a) Se basa en una visión empirista-positivista del mundo.
- b) Traza una línea evolutiva unilineal para la humanidad que va de lo tradicional a lo moderno.
- c) Es eurocéntrico.
- d) Es reformista, de allí que la condición necesaria y suficiente para alcanzar la modernidad consiste en eliminar los obstáculos que impiden la transición tradicional-modernidad.
- e) Es abstracto, porque sus referentes y componentes teóricos están vacíos de contenido social e histórico.²¹¹

En realidad pocos intelectuales lograrán un pensamiento radical en cuanto a la situación de aculturación que inconscientemente reproducía el colonialismo que habían “vencido”, sólo que ahora en su modalidad cultural, así cualquier proyecto de nación tomaba como referencia Europa. El objetivo será “(...) modernizar a México, actualizarlo, ponerlo al día, aprender de la experiencia de los países más avanzados, etcétera,”²¹² y no sólo de nuestro país, en general habrá una replica en todo América Latina.

²¹⁰ *Ibid.*, p. 157.

²¹¹ Ronny J. Viales Hurtado, “La sociología latinoamericana y su influencia sobre la historiografía (siglo XIX a 1980)”, p. 132.

²¹² Guillermo Zermeño, “La historiografía moderna en México: génesis, continuidad y transformación de una disciplina”, p. 4.

En México encontramos tanto a liberales como a conservadores utilizando el pasado para legitimar sus proyectos de nación, la historia oficial será un mecanismo para fomentar la identidad nacional además de permitir al grupo gobernante posicionarse como el logro esperado de todo un proceso de emancipación, será el grupo liberal quien logró construir e imponer una narrativa hegemónica de la historia: “La solemnidad y ritualización del pasado que culmina con la fiesta del centenario de 1910 deja ver una especie de anquilosamiento o de sustancialización de la historia, en la que finalmente aparece la materialización de un México moderno victorioso gracias a sus triunfos militares sobre los conservadores”.²¹³

Los historiadores de este periodo responden a dinámicas específicas: satisfacer la demanda de construcción de discursos históricos que legitimen el proyecto del Estado-nación, así como cumplir con los parámetros científicos del siglo XIX; historicismo y positivismo que para el caso de México se va a extender casi un tercio del siglo XX,²¹⁴ con sus excepciones.

1.6.3 La escuela de *Annales*

Las ideas rectoras de Annales podrían resumirse brevemente del modo siguiente. En primer lugar, la sustitución de la tradicional narración de los acontecimientos por una historia analítica orientada por un problema. En segundo lugar, se propicia la historia de toda la gama de las actividades humanas en lugar de una historia primordialmente política. En tercer lugar –a fin de alcanzar los primeros dos objetivos– la colaboración con otras disciplinas, con la geografía, la sociología, la psicología, la economía, la lingüística, la antropología social, etc.

Peter Burke

Un lugar común eurocentrista es que en el siglo XIX la práctica historiográfica fue marcada por la escuela alemana y el historicismo, y en parte el positivismo, en el siglo XX la estafeta paso a los franceses. Fue la escuela de *Annales* la que marcó en gran medida cómo se habría de escribir la historia y cuáles serían sus temáticas: “Mencionar sólo los más importantes logros de la historia de Annales supone hacer una lista impresionante: historia orientada según los problemas, historia comparada, psicología histórica, geohistoria,

²¹³ *Idem.*

²¹⁴ Abraham Moctezuma Franco, *La historiografía en disputa: México, 1940.*

historia de larga duración o largo plazo, historia serial, antropología histórica”,²¹⁵ habría que añadir la concepción de la historia como una “ciencia social”. Esta influencia intelectual, de alguna manera, continúa siendo un referente en la escritura de la historia, aunque ya no el centro.

La importancia de *Annales* ha llevado a crear una representación homogénea²¹⁶ del grupo y caracterizar el movimiento intelectual en tres momentos: la primera generación donde Marc Bloch y Lucien Febvre dirigen la revista; la segunda, encabezada por Fernand Braudel, y la tercera en la que la característica es la pluralidad.

Desde afuera con frecuencia se percibe esta escuela como un grupo monolítico, con una práctica histórica uniforme, cuantitativa en cuanto al método, determinista en sus supuestos y hostil, o por lo menos indiferente, a la política y a los acontecimientos políticos. Esta visión estereotipada de la escuela de *Annales* ignora divergencias existentes entre miembros individuales del grupo e ignora también ciertas realizaciones que se concretaron con el tiempo. Podría ser mejor hablar, no de una “escuela”, sino del movimiento de *Annales*.²¹⁷

Cuando menos, en los dos primeros momentos de *Annales* se crea una imagen que definía al movimiento; una forma de escribir historia abanderada por una revista, la multidisciplinaria, el uso de métodos de las ciencias sociales: “De conformidad con un estereotipo común del grupo, a sus miembros les interesa la historia de las estructuras en el largo plazo, todos ellos emplean métodos cuantitativos, pretenden ser científicos y niegan la libertad humana”,²¹⁸ es la imagen que se promovió dentro y fuera del movimiento, en la práctica historiográfica y en otras ciencias.

La recepción que hicieron los historiadores de esta forma de hacer historia, fue diversa; en el caso de los ingleses había cierto rechazo o desconocimiento, la aceptación al principio vino de Erick Hobsbawm y Rodney Hilton: “La diferencia entre la tradición británica de empirismo e individualismo metodológico y la tradición francesa de teoría y holismo

²¹⁵ Peter Burke. *La revolución historiográfica francesa*. p. 108.

²¹⁶ “Los que no pertenecen al grupo generalmente lo llaman la “escuela de *Annales*” y destacan lo que sus miembros tienen en común, en tanto que los que pertenecen al grupo a menudo niegan la existencia de semejante escuela y hacen hincapié en los enfoques individuales de los miembros”. *Ibid.*, p. 11.

²¹⁷ *Ibid.*, p. 12.

²¹⁸ *Ibid.*, p. 107.

impedía el contacto intelectual”.²¹⁹ Si bien al principio había resistencia en varias comunidades de historiadores por su carácter “herético”, con el tiempo el nivel de aceptación fue incrementándose, en ocasiones llegando a representar la forma oficial universitaria de hacer historia.

La influencia de *Annales* en la construcción de la práctica historiográfica, así como del historiador en la segunda mitad del siglo XX, es muy marcada en muchas universidades, de tal forma que se convirtió en un juego de verdad que contenía las maneras en cómo debía practicarse el oficio, cuáles eran las metodologías y las posibilidades epistémicas para validar el conocimiento de la ciencia de la historia. En su momento represento una ruptura con el paradigma tradicional, posteriormente lo remplazo. No pocos historiadores se construyeron como tales a partir de los criterios establecidos por este movimiento intelectual que posibilito muchas relaciones de poder y tecnologías de sí mismos en dichas invenciones recientes.

El movimiento de *Annales* aparece como una protesta a las formas tradicionales de hacer historia, sobre todo a la historia política que había marginado a la historia social y cultural, que ya había sido delineada por algunos historiadores (como Burckhardt-Michelet-Fustel de Coulanges). Aunque después se convertiría en el conocimiento histórico oficialista. La búsqueda de nuevas formas de escribir historia²²⁰, lleva a una disyuntiva en este primer momento de *Annales* que se acentuará con Braudel.²²¹

El conflicto entre libertad y determinismo o entre estructura social y acción humana siempre dividió a los historiadores de *Annales*. Lo que distinguía a Bloch y a Febvre de los marxistas de su época era precisamente el hecho de que el entusiasmo de ambos hombres por la historia social y económica no estaba combinado con la creencia de que las fuerzas económicas y sociales lo determinaban todo.²²²

²¹⁹ *Ibid.*, p. 97.

²²⁰ “(...) la rebelión de Febvre y de Bloch contra el predominio de la historia de acontecimientos políticos fue sólo una de una serie de rebeliones. Muchos estudiosos y durante un largo periodo compartieron el objetivo principal de Febvre y Bloch, la constitución de un nuevo tipo de historia”. *Ibid.*, p. 104.

²²¹ “El debate sobre los límites de la libertad y sobre el determinismo es un debate que probablemente dure mientras se escriba historia”. *Ibid.*, p. 45.

²²² *Ibid.*, p. 107.

Es una problemática propia del espacio intelectual de las ciencias sociales de ese momento en Francia, por un lado está la sociología bajo el enfoque funcionalista de Emily Durkheim y por el otro, la perspectiva geográfica de interacción entre el hombre y su medio de Paul Vidal de la Blache. Con el tiempo las diferencias se fueron polarizando de tal forma que encontramos en el segundo momento el auge de los determinismos y, en el tercero, un rechazo a éstos.

Son las formas en que abordan las temáticas, las preguntas que hacen al pasado humano, las temáticas de sus investigaciones, unos de los motivos para la exclusión de las individualidades, aunque habría que mencionar que es más el rechazo a la historia política, biográfica, el protagonismo que la práctica historiográfica había atribuido a los “personajes importantes”, que va mas allá de la forma temprana moderna de hacer historia: “La manera distintiva de abordar la historia que tiene este grupo, especialmente la poca importancia asignada a los individuos y a los acontecimientos, tiene sin duda que ver con esa concentración en el período medieval y en el período moderno temprano (en Francia al “antiguo régimen”).²²³ Esto nos lleva a una forma singular de hacer historia pensada para un espacio geográfico temporal específico que es la historia de Francia y, en menor medida, el continente europeo,²²⁴ con muchos aportes a la práctica historiográfica en general, sin embargo, como lo menciona Burke, no es el paradigma único de la historiografía.

Por otra parte, hay más comunidades científicas que están buscando al igual que *Annales* formas nuevas de hacer historia, lo que en algunas ocasiones las lleva a coincidir: “El entusiasmo de los historiadores franceses por los métodos cuantitativos y luego el abandono de estos métodos para entregarse a la microhistoria y a la antropología concordaban también con movimientos análogos de los Estados Unidos y de otros países”,²²⁵ es la búsqueda de alternativas al rechazo de la historia tradicional lo que impulsa a diferentes comunidades de historiadores a la generación de estos nuevos enfoques.

²²³ *Ibid.*, p. 106.

²²⁴ “En términos generales, la historia del mundo fuera de Europa estuvo relativamente aislada del grupo de *Annales*”. *Ibid.*, p. 98.

²²⁵ *Ibid.*, p. 104.

Volviendo a los distintos momentos por los que pasó el movimiento, el segundo está liderado por la figura de Fernand Braudel quien con sus estudios y lo que ya había sido iniciado por el primer grupo cambió significativamente la práctica historiográfica. La simbiosis geohistoria, la economía, la sociología nos llevaron a ver la construcción de los acontecimientos desde otra perspectiva: las estructuras, los tres momentos temporales: la muy larga duración, la larga duración y la corta duración; “Todavía más significativo para los historiadores es la original manera que tiene Braudel de tratar el tiempo, su intento de ‘dividir el tiempo histórico en tiempo geográfico, tiempo social y tiempo individual’ (...) su insistencia especialmente en el “tiempo geográfico” ha abierto los ojos de no pocos historiadores”.²²⁶ *El Mediterráneo* de Braudel terminó siendo un clásico en la historiografía y un referente de la ciencia de la historia en contexto con las otras ciencias “(...) un libro que hasta sus críticos consideran generalmente como una obra maestra histórica. El punto principal es hacer notar que Braudel contribuyó más que ningún otro historiador de este siglo a cambiar nuestras nociones de tiempo y espacio”,²²⁷ su escritura resulta genuina, la estructura de la investigación y su combinación multidisciplinar.²²⁸ La noción “ingenua” del tiempo en el trabajo de los historiadores fue trastocada con estos nuevos trabajos que cuestionaban el tratamiento centrado en los hombres omitiendo el espacio geográfico, las estructuras y su impacto -por no llamarlo determinismo- en los acontecimientos humanos.

Una de las aportaciones de la ciencia de la historia dentro del campo científico sería: “Según Braudel, la especial contribución del historiador a las ciencias sociales es la conciencia de que todas las “estructuras” están sujetas a cambios (por lentos que éstos sean)”.²²⁹ Hacer notar la historicidad de los *a priori* en comparación con la noción de la tradición de la filosofía occidental los vuelve vulnerables, inestables, históricos; se abre una nueva manera de pensar el tiempo histórico y al ser humano en el tiempo y el espacio que las demás ciencias, y la historia por supuesto, deben contemplar.

²²⁶ *Ibid.*, p. 46

²²⁷ *Idem.*

²²⁸ “(...) continúa siendo una contribución personal de Braudel haber combinado el estudio de la *longue durée* con el estudio de la compleja interacción del ambiente, de la economía, de la sociedad, de la política, de la cultura y de los acontecimientos”. *Ibid.*, p. 47.

²²⁹ *Idem.*

Las estrategias para que esta forma discursiva, dispositivo de poder, fuera adoptada por los historiadores, fue el uso de la letra impresa: los artículos en la revista y la publicación de libros por un lado, por otro, la interacción con otras comunidades a través de los estudiantes que iban a formarse al interior de esta comunidad a Francia, (muy directamente con los estadounidenses) que posteriormente regresaban a sus países con la nueva perspectiva que compartirían a los demás, un poco de imperialismo cultural o bien un claro ejemplo de cómo se llevan a cabo las relaciones centro-periferia no sólo en el plano político económico, social sino también en la ciencia y las relaciones que se establecen en las comunidades científicas.

Los estudios regionales en la historiografía de la segunda mitad del siglo XX a la francesa se hicieron muy comunes; el uso de la geografía, la economía, la sociología, la demografía, los métodos cuantitativos.²³⁰ “En términos generales, los estudios regionales combinaban las *estructuras* de Braudel, la *coyuntura* de Labrousse y la nueva demografía histórica”.²³¹ Con la escuela de *Annales* las redes conceptuales de investigación cambian, conceptos tradicionales serán abandonados, se gestarán e importarán nuevas categorías de análisis de otras áreas de las ciencias sociales: utillaje mental, cultura material, vida cotidiana, estructura, coyuntura, larga duración, corta duración, entre otros; de la antropología, sociología, economía, psicoanálisis, entre otras.²³² Estos “nuevos” conceptos llevan a un ensanchamiento del mundo histórico lingüísticamente, son nuevas herramientas de análisis que le serán impartidas al historiador en el proceso formativo universitario disciplinar de la ciencia de la historia permitiéndole hacer nuevas preguntas al pasado con categorías de análisis novedosas concretándose la sentencia heideggeriana “el lenguaje abre mundo”.

²³⁰ “Este movimiento empleó considerablemente métodos cuantitativos para estudiar no sólo las fluctuaciones registradas en los precios y en las tasas de nacimientos, casamientos y muertes, sino también las tendencias visibles en la distribución de la propiedad, en la productividad agrícola, etc”. *Ibid.*, p. 66.

²³¹ *Ibid.*, p. 62.

²³² “En este punto, lo mismo que en el caso de la geografía, Braudel cruza las barreras de la historia económica convencional. Descarta las tradicionales categorías de ‘agricultura’, ‘comercio’ e ‘industria’ y se pone a considerar la ‘vida cotidiana’, ‘las personas y las cosas’, ‘todo cuanto la humanidad hace o usa’: alimentos, vestidos, viviendas, herramientas, dinero, ciudades, etc. Dos conceptos fundamentales están en la base de este primer volumen. El primero es el concepto de ‘vida cotidiana’, el segundo es el de ‘civilización material’”. *Ibid.*, p. 51.

El grupo ha extendido el territorio del historiador a zonas inesperadas de la conducta humana y a grupos sociales descuidados antes por los historiadores tradicionales. Estas ampliaciones del territorio histórico están vinculadas con el descubrimiento de nuevas fuentes y con el desarrollo de nuevos métodos para explotárlas. Dichas ampliaciones se deben también a la colaboración con otras disciplinas que estudian al hombre, desde la geografía a la lingüística y desde la economía a la psicología. Esta colaboración interdisciplinaria fue una acción sostenida durante más de sesenta años, un fenómeno que no tiene paralelos en historia de las ciencias sociales.²³³

Si bien, en el segundo momento la figura de Braudel eclipsó este movimiento intelectual historiográfico, ya mencionamos que no es homogéneo, en tanto que hay más historiadores, al interior del grupo y fuera de él, desarrollando trabajos con otras perspectivas.²³⁴ Se empieza a delinear el tipo de historia que caracterizará al tercer momento de *Annales*, “(...) en las décadas de 1960 y 1970 se produjo un importante cambio de interés. La trayectoria intelectual de más de un historiador de *Annales* pasó de la base económica a la “superestructura” cultural, pasó “del sótano al desván”,²³⁵ y con ello la aparición de la historia de las mentalidades, la psicohistoria, la historia cultural, entre otras.

Es en el tercer momento donde encontramos una mayor apertura a la manifestación de un pluralismo de formas de hacer historia. Acontece una especie de democratización de los espacios y el fin de los monopolios institucionales ligados a las editoriales y a las relaciones clientelares propias de la concentración de poder. Empieza a hacerse notorio lo que Peter Burke llama “policentrismo”.

En todo caso, debemos admitir que prevalece un policentrismo. Algunos miembros del grupo llevan aún más lejos el programa de Lucien Febvre y amplían las fronteras de la historia hasta abarcar la niñez, los sueños, el cuerpo y aun los olores y perfumes. Otros han socavado el programa al volver a la historia política y a la historia de los acontecimientos. Algunos continúan practicando la historia cuantitativa, otros reaccionan contra ella.²³⁶

A este cambio hay que aunarle las revoluciones tecnológicas de la segunda mitad del siglo XX, específicamente la computadora, el internet, facilitarán una mayor interacción de las comunidades científicas, entre ellas la de los historiadores, lo que permite pensar más una

²³³ *Ibid.*, p. 109.

²³⁴ Ejemplo, el caso de Roland Mousnier. *Ibid.*, p. 63.

²³⁵ *Ibid.*, p. 70.

²³⁶ *Ibid.*, p. 68.

práctica historiográfica en el interaccionismo, la pluralidad, la democratización –dicho proceso continúa-. Con el tiempo han ido cambiando las formas tradicionales coloniales de escribir historia a partir del centro. Volviendo al caso francés, los historiadores de *Annales* se abren más al exterior: “Esta generación (...) A diferencia de Braudel, hablan y escriben en inglés. Cada una a su manera, esas personas han tratado de realizar una síntesis de la tradición de *Annales* y las corrientes intelectuales norteamericanas como la psicohistoria, la nueva historia económica, la historia de la cultura popular, la antropología simbólica, etc”.²³⁷

En esta tercera generación hay un rechazo a todos los determinismos desarrollados en los enfoques de cómo abordar el pasado: económicos, sociales, geográficos, entre otros, sobre todo en la segunda generación; por considerar que eran perspectivas reduccionistas que negaban la importancia de la superestructura, así como la libertad humana, además de minimizar el papel de los acontecimientos en los procesos de cambio de la estructura. Sin embargo, los resultados de la polarización entre determinismos y libertad humana corresponden a la manera en que fueron *interpretados* los lineamientos de adoctrinamiento de *Annales* por los historiadores: “Algunos han recordado que están considerando personas reales, otros parecen haberlo olvidado. Toda evaluación de este movimiento debe distinguir entre pretensiones modestas y pretensiones extremas del método y también entre las maneras en que ha sido empleado, con crudeza o con sensatez”.²³⁸

El regreso de lo político, lo narrativo y el acontecimiento²³⁹ es una característica de este tercer momento,²⁴⁰ pero con una nueva carga semántica y una renuncia a su asociación con

²³⁷ *Ibid.*, P. 69.

²³⁸ *Ibid.*, p. 81.

²³⁹ “En cuanto a Braudel, denunció esta historia y también la escribió; más exactamente, según vimos, declaró que la historia de los acontecimientos era la superficie de la historia. No dijo que esa superficie careciera de interés; por el contrario, la describió como “la más excitante”. (...) En su magistral estudio del tiempo y la narrativa, el filósofo Paul Ricoeur ha sostenido que todas las obras de historia son narrativas, hasta El Mediterráneo de Braudel. Su demostración de las similitudes que hay entre historia convencional e historia estructural (en su temporalidad, en su causalidad, etc.) es difícil de rebatir. Sin embargo, decir que El Mediterráneo es una historia narrativa supone por cierto emplear la palabra “narrativa” en un sentido tan amplio que el término pierde su utilidad”. *Ibid.*, p. 91.

la historia al servicio del Estado-nación. Muchas veces entendido como una manifestación de rechazo a Braudel, como un agotamiento de los modelos cientificistas de las ciencias sociales aplicados a la ciencia de la historia: “El retorno a la historia política está relacionado con la reacción contra el determinismo, la cual a su vez inspiró el giro antropológico, (...). La preocupación por la libertad humana (junto con el interés por la microhistoria) también está en la base de la reciente biografía histórica cultivada dentro del grupo de *Annales* y fuera de él”.²⁴¹

Este cambio de enfoque, así como los cambios en la filosofía de la ciencia y el giro lingüístico, posibilitaron que las nociones “ingenuas”²⁴² sobre lo real, el pasado, los principios epistemológicos y ontológicos de la ciencia, y con ello la ciencia de la historia, fueran trastocados; a la inamovilidad, la metafísica, al *a priori* se le antepuso lo histórico, lo contingente, lo *a posteriori*. Una figura central fue Michel Foucault, si bien no de la escuela de *Annales* sí contribuyó en gran manera a este tercer momento con sus investigaciones sobre la historia del cuerpo, la historia de la sexualidad, los discursos como dispositivos, el poder; aportó categorías de análisis, a la vez que evidenciaba el carácter histórico del pensamiento.

Gracias a Foucault esos hombres descubrieron la historia del cuerpo y las relaciones que hay entre esa historia y la historia del poder. También importante en el desarrollo intelectual de muchos hombres de la tercera generación fue la crítica que hizo Foucault a los historiadores por lo que él llamaba “su pobre idea de lo real”, en otras palabras, por reducir lo real a la esfera de lo social, dejando fuera de ella el pensamiento.²⁴³

La construcción histórica de la realidad se hizo evidente, la historicidad de los discursos como dispositivos de poder. En la escuela de *Annales*, entre los trabajos que siguen esta

²⁴⁰ “Considerando el lado positivo de estas reacciones, podemos distinguir tres corrientes: un giro antropológico, un retorno al tema político y un renacimiento de la forma narrativa”. *Ibid.*, p. 81.

²⁴¹ *Ibid.*, p. 90.

²⁴² La idea de un pasado en sí se desvanece y, más aún, que a través de la investigación histórica se hiciera presente. El metalenguaje fue cuestionado, se hizo evidente la condición histórica de las enunciaciones científicas. El archivo más que hablar de la presencia era la marca de la ausencia y de lo arbitraria que podía ser la memoria institucional. El mismo ordenamiento lingüístico fue y es puesto en tela de juicio; dando lugar a posturas como el realismo crítico y el constructivismo radical.

²⁴³ *Ibid.*, p. 85.

línea son los de Roger Chartier, quien pasa “(...) de la historia social de la cultura a la historia cultural de la sociedad”, así es como define sus trabajos. “Los ensayos –de Chartier- significan que lo que los anteriores historiadores pertenecientes o no a la tradición de *Annales* suponían en general como estructuras objetivas deben considerarse como culturalmente “constituidas” o “construidas”. La sociedad misma es una representación colectiva”.²⁴⁴ Los historiadores no descubren el pasado, no hay pasado humano en sí mismo, lo que hay es una construcción lingüística del pasado a partir del presente que lo aborda, así como representaciones de lo social. Es el fin de las verdades absolutas y las objetivaciones del conocimiento histórico son relativas a la condición histórica que atraviesa no sólo al hombre sino a todo lo que acontece a su alrededor, en el campo científico depende de los paradigmas vigentes.

La popularidad de la historia, el conocimiento histórico producido en las universidades en Francia, corresponde a este tercer momento. Y nuevamente encontramos la difusión de las ideas en los medios masivos de comunicación, en especial la televisión, propios de la segunda mitad del siglo XX, las que hicieron posible esta masificación en el consumo de la historia.²⁴⁵ Así como una especie de celebridad en los historiadores que formaban parte de la escuela de *Annales* además de concentración de poder.

Sobre el presente y el futuro de la escuela de *Annales* hay muchas interpretaciones, lo cierto es que la práctica historiográfica del siglo XX ha sido en gran manera definida a partir de las investigaciones desarrolladas por los historiadores miembros de este grupo. Actualmente las interacciones entre las comunidades científicas se ve muy favorecida por la inmediatez de la comunicación, la aldea global, la fluidez de las ideas y la construcción de perspectivas no reconocen fronteras territoriales, más que estar desapareciendo, las dinámicas de la producción científica están cambiando, los centros se convierten en policentros o cuando menos resulta deseable una democratización de la ciencia. “Aunque aún continúa funcionando la *École des Hautes Études* y aún posee historiadores de mérito

²⁴⁴ *Idem.*

²⁴⁵ “Es en la tercera generación cuando se hace popular en Francia la historia cultivada por el grupo de *Annales*. No se vendieron muchos ejemplares de *El mediterráneo* de Braudel ni de las obras de Bloch cuando se publicaron por primera vez”. *Ibid.*, p. 92.

que se identifican con la tradición de *Annales*, puede no ser exagerado afirmar que el movimiento está acabado. (...) El movimiento se está disolviendo, en parte a causa de su propio éxito”.²⁴⁶

En crisis, disolviéndose, readaptándose, lo cierto es que la escuela de *Annales* sólo es una vía en los modos de hacer historia, dentro de la ciencia moderna, François Dosse la coloca como “una tercera vía entre la historia historicista tradicional y un marxismo apergaminado”. Es evidente la homogenización con la que se ha consolidado en el pasado, un cambio depende de la recepción que hagan las comunidades científicas. Lo que es importante resaltar es que en términos de contenido la escuela de *Annales* implica: “(...) no ideología sino mentalidad, no materialismo sino materialidad, no dialéctica sino estructura (...)”.²⁴⁷

La escuela de *Annales* es una manera de pensar históricamente. Pensar históricamente, ser histórico y narrar lo histórico es una práctica transhistórica que sobrepasa a las prácticas instauradas en determinada época y a los juegos de verdad; es inherente a nuestra condición existencial, nuestra historicidad; interpretamos lo que nos acontece, hacemos uso de la imaginación para representarnos el tiempo. Es a partir de nuestra condición existencial primaria que configuramos toda interpretación del pasado, ya sea en el campo científico o en espacios independientes a la institución, como lo es la memoria aunada al imaginario colectivo.

En lo que consiste pensar históricamente es en hacer uso de recursos imaginativos y/o reflexivos que permiten incorporar a ese ‘inasible presente’ del que habla Becker interpretaciones de acontecimientos no vividos personalmente. Dichos recursos consisten en primer término en imágenes del tiempo, es decir, en representaciones convencionales de la relación entre el pasado y el presente (y por derivación, del futuro) con las que se moldean todas las interpretaciones y narrativas de eso que solemos llamar ‘la Historia’, incluidas las que ofrece el historiador en sus investigaciones y relatos.²⁴⁸

²⁴⁶ *Ibid.*, p. 105.

²⁴⁷ François Dosse, *La historia en migajas*, p. 234.

²⁴⁸ Pablo Sánchez León *et al.*, *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, p. 117.

El historiador moderno ha sido construido-instruido en los lineamientos del método científico, en una visión del pasado en sí, en la crítica documental. Con la crisis de la modernidad se han replanteado los fundamentos epistemológicos de la ciencia en general y de la ciencia de la historia. La reflexividad del conocimiento histórico es lo que caracteriza al pensar histórico posmoderno, las creencias del pasado en sí se han venido abajo, la función legitimadora de la ciencia de la historia del Estado-nación ha sido cuestionada. Los enfoques metodológicos y epistemológicos de la disciplina histórica se han diversificado así como su campo temático. No es que el método científico y la crítica textual vayan a ser reemplazados, así son las invenciones recientes de la modernidad, más bien, es una postura crítica ante las posibilidades y limitantes del conocimiento histórico, sobre todo para qué hacernos cargo del pasado en el siglo XXI, con qué finalidad construir narrativas históricas.²⁴⁹

a) Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel: Algunas reflexiones sobre el oficio de la historia (La historia es construcción, en defensa de la historia, la historia desde el presente, interdisciplinariedad y trabajo colaborativo)

Y como tantas otras cosas, el pequeño artesano científico que somos cada uno de nosotros, que nos gusta hasta en sus taras y sus manías; el pequeño artesano que todo lo hace por sí mismo y para sí mismo, que crea su utillaje, su campo de experiencias, su programa de investigación va a reunirse en el pasado con tantas otras bellezas muertas.

Lucien Febvre

Como ya mencionamos, para la práctica historiográfica instaurada bajo el paradigma de la ciencia moderna la escuela de *Annales* es un referente obligatorio en gran parte del siglo XX, sobre todo las etapas que comprenden los trabajos de Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel, de alguna manera lograron eclipsar el escenario de la escritura de la historia y las maneras en como el historiador debía concebir su desempeño, las

²⁴⁹ Tema al que se dedica el libro: *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI.*

configuraciones que había de hacerse del tiempo y del cómo se debía construir el relato histórico. A continuación haremos una breve revisión de algunos planteamientos que consideramos representativos y aún vigentes en el desempeño del oficio de la historia.

&La historia es construcción

La escritura de la historia es una construcción, será una reflexión muy presente en la perspectiva de *Annales*. Resulta poco factible creer en “el pasado en si” y “contar las cosas tal como pasaron”,²⁵⁰ más bien la focalización está en cómo legitimar el trabajo de la historia en el campo de las ciencias sociales, bajo que parámetros se lleva el trabajo del historiador y porque éste merece estar a la par de cualquier investigación de otras áreas del conocimiento. En las distintas operaciones historiográficas que realizan los historiadores sobre alguna cuestión específica será notorio cuáles son sus procedimientos, “(...) se verá en seguida dividirse, descomponerse, disociarse un complejo intrincado (...) no de datos, sino de lo tantas veces creado por el historiador, lo inventado y lo fabricado con ayuda de hipótesis y conjeturas, mediante un trabajo delicado y apasionante”.²⁵¹ Estos procedimientos regulados por la práctica científica en las comunidades de investigadores tiene un objeto de investigación al igual que las otras vertientes de la ciencia moderna; la acción humana en el tiempo, “dar sentido” a las actividades de los humanos en el tiempo será la tarea del historiador.

El hombre es para la historia lo que la roca para el mineralogista, el animal para el biólogo, las estrellas para el astrofísico: algo que hay que explicar. Que hay que entender. Y por tanto, que hay que *pensar*. Un historiador que rehúsa pensar el hecho humano, un historiador que profesa la sumisión pura y simple a los hechos, como si los hechos no estuvieran fabricados por él, previamente, en todos los sentidos de la palabra ‘escoger’(y los hechos no pueden no ser escogidos por él) es un ayudante técnico. Que puede ser excelente. Pero no es un historiador.²⁵²

²⁵⁰“Por tanto, hay todo un pasado a reconstruir. Interminables tareas se nos proponen y se nos imponen, incluso para las realidades más simples de estas vidas colectivas: me refiero a los ritmos económicos de corta duración de la coyuntura”. Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, p. 31.

²⁵¹ Lucien Febvre, *Combates por la historia*, p. 21.

²⁵² *Ibid.*, p. 180.

Ante el “incomensurable” mundo histórico humano, una actividad como la escritura de la historia se vuelve una quimera sino fuera por los procedimientos que delinean los marcos posibles en los que ésta se puede realizar. “La realidad en estado bruto sólo es una masa de observaciones que deben ser organizadas”,²⁵³ en esa selección vemos cristalizarse la frase de Febvre “(...) toda historia es elección”;²⁵⁴ elecciones que deben guardar una congruencia discursiva entre los distintos elementos seleccionados. La idea donde el documento, el archivo, el pasado estaban esperándonos para contarnos lo que había acontecido sólo ha sido un sueño romántico que habla más de quien lo postulaba, el presente, que de ellos, los otros humanos en el pasado. Las lecciones de la historia del siglo XIX e inicios del XX quedaban rezagadas: “No escojamos (...). Eso decían nuestros maestros, como si por el solo hecho del azar que destruyó tal vestigio y protegió tal otro (no hablamos, en este momento, del hecho que constituye el hombre) toda la historia no fuera una elección. ¿Y si no hubiera en ella más que esos azares? En realidad, la historia es elección. Arbitraria, no. Preconcebida, sí”.²⁵⁵ En la elección y lo más que no está del pasado, que esa es precisamente una de las funciones del documento; marcar la ausencia y carencia de nuestro objeto de estudio, son claras lecciones de la fragilidad de las enunciaciones del historiador sobre el pasado en el discurso histórico. Una fábrica de enunciados –giro lingüístico - es la disciplina de la historia , muy parecida a otras ciencias, las cuales también construyen sus explicaciones tras una serie de pasos a seguir:

Hubiera sorprendido mucho a nuestros antepasados historiadores diciéndoles que un histólogo, en realidad, fabrica primero el objeto propio de sus investigaciones y de sus hipótesis, con gran despliegue de delicadas técnicas y sutiles colorantes. En cierto sentido, lo ‘revela’ en la acepción fotográfica de la palabra. Después de lo cual, lo interpreta. ‘Leer sus resultados’, operación que no es simple.²⁵⁶

Dentro de las posibilidades y limitaciones del conocimiento histórico, quizá lo apasionante de la actividad historiográfica es que somos nosotros en el tiempo social,²⁵⁷ el de las

²⁵³ Braudel, *op. cit.*, p. 203.

²⁵⁴ Febvre, *op. cit.*, p. 22.

²⁵⁵ *Ibid.*, p. 179.

²⁵⁶ *Ibid.*, p. 178.

²⁵⁷ “(...) entendámonos: no existe un tiempo social de una sola y simple colada, sino un tiempo social susceptible de mil velocidades, de mil lentitudes, tiempo que no tiene prácticamente nada que ver con el tiempo periodístico de la crónica y de la historia tradicional”. Braudel, *op. cit.*, p. 29.

colectividades y las agrupaciones: cómo dar sentido y congruencia a las vidas que ya fueron, para qué traerlas al presente, cómo reencontrar su-nuestra vida; son preguntas que atañen al historiador por las características de la disciplina que desempeña: “La historia se nos presenta, al igual que la vida misma, como un espectáculo fugaz, móvil formado por la trama de problemas intrincadamente mezclados y que puede revestir, sucesivamente, multitud de aspectos diversos y contradictorios”,²⁵⁸ el historiador dirige su mirada a la búsqueda del desenvolvimiento de la historicidad de los seres humanos, sólo se dedica a eso. Al respecto Bloch menciona: “No hay, pues, más que una ciencia de los hombres en el tiempo, que sin cesar necesita unir el estudio de los muertos con el de los vivos”,²⁵⁹ corresponde a la historia hacer inteligible las acciones humanas –construcción del hecho-, dar forma a las interacciones humanas en el tiempo. La tarea del historiador es buscar los elementos necesarios para dar forma, una explicación lingüística, a lo que en otros tiempos ha acontecido: “La historia es ciencia del hombre; y también de los hechos, sí. Pero de los hechos humanos. La tarea del historiador: volver a encontrar a los hombres que han vivido los hechos y a los que, más tarde, se alojaron en ellos para interpretarlos en cada caso”.²⁶⁰

Es necesario que estas informaciones y estos materiales sean vueltos a pensar a la medida del hombre y por debajo de las precisiones que puedan aportar; se trata, en la medida de lo posible, de reencontrar la vida: de mostrar cómo están unidas estas fuerzas, si se codean o chocan brutalmente, cómo con frecuencia mezclan sus aguas furiosas. Hay que recogerlo todo para reinstalarlo en el marco general de la historia, para que, a pesar de las dificultades, de las antinomias y de las contradicciones fundamentales, la unidad de la historia, que es unidad de la vida, sea respetada.²⁶¹

La historia al igual que todas las ciencias están vinculadas a la dinámica de la vida: “La ciencia no se hace en una torre de marfil; se hace en la vida misma y por gentes que trabajan en ese momento. Está ligada a través de mil sutilezas y complicados lazos a todas las actividades divergentes de los hombres”.²⁶² El historiador como ser social no está exento de esta relación en el presente desde el cual realiza sus investigaciones, pero además lo que intenta explicar es precisamente la vida humana; “(...) el buen historiador se parece

²⁵⁸ *Ibid.*, p. 25.

²⁵⁹ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, p. 73.

²⁶⁰ *Ibid.*, p. 29.

²⁶¹ Braudel, *op.cit.*, p. 37.

²⁶² Febvre, *op.cit.*, p. 33.

al ogro de la leyenda. Ahí donde olfatea carne humana, ahí sabe que está es su presa”.²⁶³ Los humanos en el tiempo y todo lo que dé información sobre ellos será la materia prima necesaria para que el historiador lleve a cabo su trabajo: “(...) se trata de estudiar, con el mismo espíritu y los mismos fines, manifestaciones del genio inventivo de la humanidad, diversos por la edad y el rendimiento, si se quiere, pero seguramente no en ingenio”.²⁶⁴

En esta construcción del pasado también encontramos los retos para el historiador quien ha de ingeniárselas para dar congruencia al sin sentido de los restos que por determinadas situaciones han permanecido a través del tiempo; “(...) ser historiador es no resignarse nunca. Intentarlo todo, intentar llenar los vacíos de información. Ingeniárselas, es la palabra exacta.”²⁶⁵ La trama narrativa no es otra cosa que precisamente, los usos del lenguaje para crear una consistencia discursiva en el relato histórico que no se corresponde con el pasado pero que da sentido a éste en el presente.

¿No consiste toda una parte y, sin duda, la más apasionante de nuestro trabajo como historiadores en un constante esfuerzo para hacer hablar a las cosas mudas, para hacerlas decir lo que no dicen por sí mismas sobre los hombres, sobre las sociedades que las han producido, y en su constituir finalmente entre ellas esa amplia red de solidaridades y mutuos apoyos que suple la ausencia del documento escrito?²⁶⁶

El historiador se encuentra en los terrenos de la invención entendida como la capacidad de construir una respuesta a las preguntas de investigación con las que lleva a cabo sus indagaciones. Ahí donde habita el silencio le toca sugerir posibles realidades: “Para que no se pierda nada del trabajo humano, la invención tiene que realizarse en todas partes. Elaborar un hecho es construir. Es dar soluciones a un problema, si se quiere. Y si no hay problema no hay nada”.²⁶⁷ Las otras ciencias ayudan mucho cuando la letra impresa no existe, lo importante es encontrar esas “huellas” o marcas humanas que indican que los humanos han estado ahí: “Ese polen milenario es un documento para la historia. La historia hace con él su miel, porque la historia se edifica, sin exclusión, con todo lo que el ingenio

²⁶³ Bloch, *op. cit.*, p. 57.

²⁶⁴ Febvre, *op. cit.*, p. 234.

²⁶⁵ *Ibid.*, P. 233.

²⁶⁶ *Idem.*

²⁶⁷ *Ibid.*, p. 23.

de los hombres pueda inventar y combinar para suplir el silencio de los textos, los estragos del olvido (...).²⁶⁸ Pero más allá de la objetualización y de responder a procedimientos, está la reconstrucción de vidas concretas en espacios sociales, donde el historiador se encuentra con sus iguales, los humanos en el tiempo.

¡El crepúsculo del siglo XVI! Lucien Febvre acostumbraba a hablar de los tristes hombres de después de 1560. Hombres tristes, sin duda, aquellos hombres, expuestos a todos los golpes, a todas las sorpresas, a todas las traiciones de los otros hombres y de la suerte, a todas las amarguras, a todas las rebeldías inútiles. A su alrededor, y en ellos mismos, tantas guerras inexpiables (...) Pero por desgracia, esos hombres tristes se parecen a nosotros como hermanos.²⁶⁹

&En defensa de la historia

Uno de los objetivos de la comunidad de historiadores de *Annales* es buscar la legitimación de la historia en el campo de la ciencia, sobre todo ante aquellas que se hacen llamar exactas y de la naturaleza. Evidenciarán cómo a través de los procedimientos que se han instaurado al interior de la disciplina se puede defender una metodología que válida el trabajo del historiador; “(...) el historiador no va rondando al azar a través del pasado, como un traperero en busca de despojos, sino que parte con un proyecto preciso en la mente, un problema a resolver, una hipótesis de trabajo a verificar”.²⁷⁰

Hay una reivindicación de la singularidad de la ciencia de la historia, es necesario tener en cuenta que la homogenización del conocimiento sólo es un “ideal imposible” puesto que es lo que ha evidenciado el propio avance de la ciencia en su modalidad relativista: “Aceptamos con mucha mayor facilidad hacer de la certidumbre y del universalismo una cuestión de grados. Ya no sentimos la obligación de tratar de imponer a todos los objetos del saber un modelo intelectual uniforme, tomado prestado de las ciencias de la naturaleza física, porque incluso en ellas mismas ese modelo ya no se aplica por completo”.²⁷¹ La

²⁶⁸ *Ibid.*, p. 30.

²⁶⁹ Braudel, *op. cit.*, p. 46.

²⁷⁰ Febvre, *op. cit.*, p. 22.

²⁷¹ Bloch, *op.cit.*, p. 51.

condición de la historia en el campo científico también atañe a las otras ciencias sociales y humanas así como la búsqueda de su inclusión: “Porque la historia no es sólo una ciencia en movimiento. Es también una ciencia en pañales, como todas las que tienen por objeto el espíritu humano, este recién llegado al campo del conocimiento racional”.²⁷²

En la defensa de la historia como ciencia se rechaza los elementos que podrían representar un obstáculo para dicha empresa. Ante los retos que implica pertenecer al campo científico es necesario abandonar ciertas “malas” prácticas que desvirtúan el oficio, es por eso que se ha entrado en una dinámica distinta de trabajo: “Se esfuerza por penetrar finalmente los hechos de la superficie, por rechazar, después de las seducciones de la leyenda o de la retórica, los venenos, hoy en día más peligrosos, de la rutina erudita y del empirismo disfrazado de sentido común”.²⁷³ Además del sano abandono, según Bloch, de la retórica y el sentido común, también hay que renunciar a los orígenes así como a las valoraciones: “De suerte que en muchos casos, el demonio de los orígenes quizá sólo fue un avatar de este otro enemigo satánico de la verdadera historia: la manía de enjuiciar”.²⁷⁴ Sin embargo, creemos que se contradice cuando en otra parte de la misma *Apología para la historia* reconoce a las experiencias cotidianas como uno de los espacios que permiten la configuración del discurso histórico: “En verdad, inconscientemente o no, siempre tomamos de nuestras experiencias cotidianas, matizadas con nuevos tintes donde es preciso, los elementos que nos sirven para reconstruir (para imaginar) el pasado”.²⁷⁵ Así mismo, recomienda no quitar a la historia su parte de poesía, de goce estético y de imaginación creativa que no están peleados con la inteligencia.

(...) la historia tiene indudablemente sus propios goces estéticos, que no se parecen a los de ninguna otra disciplina. Y es que el espectáculo de las actividades humanas, que constituye su objeto particular, más que ningún otro está hecho para seducir la imaginación de los hombres. Sobre todo cuando, gracias a su alejamiento en el tiempo o en el espacio, su despliegue se atavía con las sutiles seducciones de lo extraño. (...) Cuidémonos de no quitarle a nuestra ciencia su parte de poesía (...). Sería una increíble tontería creer que, por

²⁷² *Ibid.*, p. 48.

²⁷³ *Idem.*

²⁷⁴ *Ibid.*, p. 61.

²⁷⁵ *Ibid.*, p. 71.

ejerger semejante atractivo sobre la sensibilidad, es menos capaz de satisfacer nuestra inteligencia.²⁷⁶

&La historia desde el presente

Toda operación historiográfica adquiere inteligibilidad en el presente, los procesos metodológicos que realiza la disciplina de la historia y la escritura que de ellos se elabora corresponde a las necesidades de la actualidad de las ciencias, será otra vertiente muy presente en estos intelectuales franceses. Es desde el presente en el que se encuentra el historiador que se interroga al pasado, son las condiciones del presente, las manera en cómo se practique la ciencia, la dinámica social las que articulan las preguntas que se buscan responder con el material y vestigios que del pasado han quedado.

Porque la historia no presenta a los hombres una colección de hechos aislados. Organiza esos hechos. Los explica y para explicarlos hace series con ellos; series a las que no presta en absoluto igual atención. Así pues, lo quiera o no, es en función de sus necesidades presentes como la historia recolecta sistemáticamente, puesto que clasifica y agrupa, los hechos pasados. Es en función de la vida como la historia interroga a la muerte.²⁷⁷

Lejos se está de las nociones de anticuario donde bastaba con conocer “datos” sobre el pasado. Se plantea la necesidad de construir historiadores inmersos en la situación actual de la historia y del mundo social así como de la información disponible para las investigaciones históricas; cubrir este requisito implica tener una mayor comprensión sobre la acción de los humanos en el tiempo: “La incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero quizá es igualmente vano esforzarse por comprender el pasado, si no se sabe nada del presente. (...) En efecto, está facultad para aprehender lo vivo es la principal cualidad del historiador”.²⁷⁸ Las posibilidades que hacen factible la escritura de la historia están en el presente; diría Braudel: “La historia es hija de su tiempo”.

²⁷⁶ *Ibid.*, p. 44.

²⁷⁷ Febvre., *op. cit.*, p. 245.

²⁷⁸ Bloch, *op. cit.*, p. 71.

Por otra parte, la omisión de la actualidad mutilaría una de las aristas del conocimiento histórico, su función política; “(...) la ignorancia del pasado no se limita a entorpecer el conocimiento del presente, sino que compromete, en el presente, a la acción misma”,²⁷⁹ no sólo se trata de contemplar el pasado sino de potencializarlo y darle una utilidad: “Organizar el pasado en función del presente: eso es lo que podría denominarse función social de la historia”,²⁸⁰ es precisamente la función social y política lo que se le va a refutar a al escuela de *Annales* de no hacer. A pesar de que encontramos reflexiones en esta dirección: “No obstante, es innegable que una ciencia siempre nos parecerá incompleta si, tarde o temprano, no nos ayuda a vivir mejor”,²⁸¹ François Dosse hace una serie de acotaciones donde el desinterés político de *Annales* ante las problemáticas actuales de su tiempo son evidentes:

(...) el grupo fundamenta su existencia en el rechazo de la política (...). La adhesión republicana de la escuela historicista fue operacional, sirvió como discurso del poder; rechazando el discurso político, *Annales* falta a su misión de revista histórica que debe esclarecer, ayudar a comprender los fenómenos contemporáneos. Ciertamente que el *Goulag* aún no era conocido, pero el fenómeno estalinista sí y Trotsky era la víctima célebre en el mundo entero desde 1927. Con todo, *Annales* continuó alabando el Estado totalitario estaliniano, ya que se ciñe al progreso de las fuerzas productivas, al crecimiento de la industria pesada, visión cuando menos parcial de la realidad soviética (...) *Annales* descuidó, y esto es aún más grave, los fenómenos fascistas y nazi. Esta laguna del discurso “annalista”, por parte de una revista que se quiere progresista, es particularmente significativa y deriva también de su negación de lo político.²⁸²

Es en estos procesos históricos graves que corresponden a la actualidad de *Annales* donde a pesar de reconocer el compromiso social de la historia hay un desentendimiento u olvido, como si estos acontecimientos recientes o actuales en su presente no fueran historizables. Además de evitar cualquier vinculación con “la historia al servicio de la vida” y la acción política –lo que nosotros planteamos en el tercer capítulo como la “actitud crítica” de todo intelectual con su actualidad-. Una situación que Bloch reconocerá en sus reflexiones sobre el oficio de historiador (Dosse menciona una obra de Bloch que se traduce *El extraño derrotado*, a la cual corresponde la siguiente cita).

²⁷⁹ *Ibid.*, p. 68.

²⁸⁰ Febvre, *op. cit.*, p. 245.

²⁸¹ Bloch, *op. cit.*, p. 46.

²⁸² Dosse, *op. cit.*, p. 65.

‘No nos hemos atrevido a ser, en la plaza pública, la voz que clama en el desierto (...), hemos preferido confinarnos en la temerosa quietud de nuestros talleres. ¡Ojalá nuestros muchachos puedan perdonarnos la sangre que hay en nuestras manos! (...). Para la mayoría de nosotros vale decir que fuimos buenos obreros. ¿Hemos sido buenos ciudadanos?’ En este momento cuestiona el fatalismo del discurso de *Annales* que privilegia el juego de fuerzas masivas y niega el papel de los individuos, de los compromisos, desviándose tanto de la acción individual como de la colectiva.²⁸³

& Interdisciplinariedad y Trabajo colaborativo

Emblemático es de la historiografía de *Annales* los estudios interdisciplinares, que implican el cruce y la transversalidad con otra áreas de las ciencias sociales. Los vínculos que se pudieran establecer representan contribuciones positivas al trabajo del historiador, de tal forma que los discurso elaborados a partir de esta perspectiva implican la construcción de una “nueva historia”:²⁸⁴ “No es necesario multiplicar los ejemplos para explicar hasta qué punto se ha enriquecido la historia en los últimos años gracias a las adquisiciones de las ciencias vecinas. De hecho, puede decirse que se ha construido de nuevo”.²⁸⁵

Será sobre todo Braudel quien promueva la creación de un lenguaje común entre las ciencias sociales; toda una proeza para las fronteras defendidas por aguerridos intelectuales de cada área del conocimiento. Sí el proyecto se logra será en beneficio de todas las ciencias que estudian al ser humano: “En realidad, un conocimiento eficaz de las diversas investigaciones realizadas en el seno de cada disciplina exigiría una larga familiaridad, una participación activa, el abandono de prejuicios y de hábitos”.²⁸⁶ Implica otra mentalidad del historiador, otras perspectivas, métodos y técnicas que faciliten el trabajo interdisciplinario, así como un renunciamiento a los espacios de poder que se han creado con la distorsionada idea que cada quien se apropia de un tema, o unos cuantos, y es el único autorizado para hablarlo; aplica tanto para líneas de investigación como disciplinas; “(...) toda ciencia social es imperialista hasta cuando niega serlo; tiende a presentar sus conclusiones a modo

²⁸³ *Idem.*

²⁸⁴ “Si no me equivoco, los historiadores empiezan a tomar conciencia hoy, de una historia nueva, de una historia que pesa y cuyo tiempo no concuerda ya con nuestras antiguas medidas”. Braudel, *op. cit.*, p. 30.

²⁸⁵ *Ibid.*, P. 39.

²⁸⁶ *Ibid.*, p. 206.

de visión global del hombre”.²⁸⁷ Si se lograrán superar las fronteras, el diálogo con otras ciencias sociales enriquecería la experiencia de investigación así como la interacción de modelos y procedimientos de investigación: “La ‘tipificación’ rescataría así a nuestra disciplina de su afición a lo particular, que por sí sola no puede bastar. El movimiento mismo de la historia es una amplia explicación”.²⁸⁸

La invitación es aprovechar las condiciones que posibilitan la unidad de las ciencias sociales: las instituciones universitarias, las comunidades científicas, las redes de comunicación y difusión de la información, entre otras. “Precipitemos el movimiento que apunta, por doquier en el mundo, hacia la unidad; (...)”.²⁸⁹

En esta misma línea, hay un interés muy marcado por promover el trabajo colaborativo; es en equipos donde se pueden hacer trabajos más significativos, una investigación que implique una vida realizarla o salga de éstas mismas posibilidades puede ser factible si se piensa en la intervención de varios historiadores, con el trabajo de varios es factible lo que desde la individualidad resulta imposible o poco probable: “Un día llegará en que se hablará de ‘laboratorios de historia’ como de realidades”,²⁹⁰ donde los equipos multidisciplinares sean la regla, de igual manera las fronteras se habrán transformado y quizá con “utilidad”: “¡Abajo los tabiques y las etiquetas! Donde el historiador debe trabajar libremente es en la frontera, sobre la frontera, con un pie en el lado de acá y otro en el de allá. Y con utilidad (...)”.²⁹¹

A pesar de que a la escuela de *Annales* se le ha catalogado como impulsora de las colectividades y por ende una oposición a las individualidades, en realidad no lo vemos así. Es cierto que hay un rechazo a la historia tradicional y a la primacía de los grandes hombres como motores de la historia. Sin embargo, hay un reconocimiento a la figura de las individualidades concretas que evidentemente no se pueden equipara con las estructuras profundas, pero de igual forma no se puede negar la función que tienen en la dinámica del

²⁸⁷ *Ibid.*, p. 202.

²⁸⁸ *Ibid.*, p. 210.

²⁸⁹ *Ibid.*, p. 214.

²⁹⁰ Febvre, *op. cit.*, p. 230.

²⁹¹ *Ibid.*, p. 228.

devenir de la humanidad. El reto de la historia social es no olvidar este elemento “irreemplazable”, el individuo; “Es un hecho que la historiografía francesa, introducida por Lucien Febvre por el camino de los destinos colectivos, no se ha desinteresado jamás, ni por un momento, de las cumbres del espíritu”,²⁹² menciona Braudel.

Todos somos conscientes del peligro que entraña una historia social: olvidar, en beneficio de la contemplación de los movimientos profundos de la vida de los hombres, a cada hombre bregando con su propia vida, con su propio destino; olvidar, negar quizá, lo que en cada individuo hay de irreemplazable. Porque impugnar el papel considerable que se ha querido atribuir a algunos hombres abusivos en la génesis de la historia no equivale ciertamente a negar la grandeza del individuo considerado como tal, ni el interés que en un hombre pueda despertar el destino de otro hombre.²⁹³

Sin lugar a dudas, esta serie de reflexiones de la escuela de Annales ha contribuido a la generación de tecnologías, procedimientos y maneras de ser de los historiadores del siglo XX, sobre todo de la segunda mitad, y de los inicios del siglo XXI. Los planteamientos que se han hecho Bloch, Febvre y Braudel siguen vigentes para la práctica historiográfica y para los historiadores que están en construcción-transfiguración. Las inquietudes y maneras de resolver las problemáticas son aportaciones a las comunidades científicas de historiadores que siempre han estado inmersas en una dinámica de disenso o asimilación y cambio, según los paradigmas que van surgiendo al interior del campo científico.

1.6.4 La instrumentalización del conocimiento histórico

En la era del pragmatismo, no es extraño que la producción del conocimiento histórico responda más a los intereses de las elites que al conocimiento por sí mismo. Los usos y abusos que se hacen del pasado en nombre de la ciencia moderna y de la ciencia de la historia serán denunciados por los mismos historiadores.²⁹⁴ Algunos ejemplos: la historia desde debajo de Eric Hobsbawm, la historia de los obreros de Edward Thompson, Carlo

²⁹² *Ibid.*, p. 43.

²⁹³ Braudel, *op. cit.*, p. 42.

²⁹⁴ Actualmente una crítica al orden mundial y las relaciones de poder establecidas a partir del imperialismo occidental lo representan los estudios postcoloniales, a través de la historia buscan analizar la situación actual de dominación y una comprensión crítica de nuestro presente. Sandro Mezzadra, *et al.*, *Estudios postcoloniales. Ensayos fundamentales*.

Ginzburg y la microhistoria italiana, entre otros. Nosotros utilizaremos el libro de Edmundo O’Gorman *Crisis y porvenir de la ciencia de la historia*²⁹⁵ y el Ranahit Guha, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*,²⁹⁶ para mostrar posturas radicales a la ciencia de la historia moderna, tanto en sus planteamientos epistemológicos como a la práctica historiográfica

a) Un cuestionamiento temprano: *Crisis y porvenir de la ciencia de la historia*

En comparación con la Escuela de *Annales* encontramos un cuestionamiento temprano a la ciencia de la historia y sus procedimientos metodológicos, así como a sus fundamentos epistemológicos y ontológicos, temprano en el sentido que se piensa en el año 1968, en Francia, lugar desde el cual se manifiesta el cuestionamiento al sistema. Con Edmundo O’Gorman acontece dos décadas antes; él hará una crítica a las maneras en cómo operó y opera la ciencia de la historia, la renuncia a la vida en pro de la objetividad y la cosificación del pasado “humano” para cumplir con los requisitos de la ciencia moderna y poder figurar en el escenario científico.

El análisis que realiza, a partir del existencialismo de Martin Heidegger, lo lleva a afirmar que la cosificación del pasado y el conocimiento histórico resultado de este proceso le han quitado -enajenado- a los humanos procesos de identificación con los otros que han existido antes que nosotros, como seres históricos. “Mostramos entonces que el auténtico paso de la perspectiva práctica a la teórica nos pone en presencia de un ser objetivo que ya no es aquel ser objetivo (“lo pasado”) de la ciencia histórica tradicional, heterogéneo, cadavérico y ajeno a nuestras vidas, sino un ser objetivo (“nuestro pasado”) del cual se dice que es humano o relativo al hombre”.²⁹⁷ Por tanto, resulta de vital importancia recuperar lo histórico y comunicarlo a los herederos de esa condición histórica: los humanos. Los juegos de verdad que sostienen y validan a la práctica historiográfica, así como las tecnologías de sí mismo que construyen a los historiadores serán puestos en tela de juicio; una

²⁹⁵ Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia de la historia*.

²⁹⁶ Guha, *op. cit.*

²⁹⁷ O’Gorman. *op. cit.*, p. 268.

característica de las relaciones de poder, no sólo se trata de reproducción sino de modificación y transgresión como posibilidades.

La incipiente ciencia de la historia promovida en la modernidad buscaba desprenderse de la historia maestra de vida en tanto que servía a un ordenamiento circular del mundo: “La historia no servía de apoyo para la acción, por lo contrario, la paralizaba”,²⁹⁸ sólo había que acatar el discurso y obrar en concordancia con el plan divino: “La historia no era un objeto que pedía explicaciones; era un símbolo que necesitaba comprenderse”.²⁹⁹ Ante este modo de concebir lo histórico, un utilitarismo teleológico del pasado, se antepone la ciencia de la historia moderna; como si ahora ésta no estuviera al servicio de los intereses de los “intelectuales”, la legitimación del Estado-nación y todas las filosofías de la historia propias de la modernidad.

Por otra parte, para O’Gorman la historia moderna busca ser catalogada como ciencia, su esfuerzo por aparentar “objetividad”, algo que no puede lograr, la lleva a demandar del historiador un funcionamiento similar al de una máquina ordenadora del pasado: “(...) el historiador debe ponerse en trance receptivo, completamente neutral, especie de trance hipnótico, que impida que sus pasiones, sus intereses, sus simpatías y sus preferencias le jueguen una mala pasada”.³⁰⁰

Lo que critica O’Gorman a la historia que se practicaba en su tiempo y en el nuestro, es que huye de aquello que le es más propio, lo histórico; la vida y la muerte.³⁰¹ Ante esta situación él propone la finalidad de la historia que debiera rescatarse: “(...) hemos de afirmar que la misión fundamental de la verdadera ciencia de la historia consistirá en revelar nuestra identidad, o mejor aún, en *recordar* que nuestra existencia es histórica, que

²⁹⁸ *Ibid.*, p. 25.

²⁹⁹ *Ibid.*, p. 24.

³⁰⁰ *Ibid.*, p. 58.

³⁰¹ “La crítica que hemos hecho a la historiografía tradicional debe sostenerse en función del “ser para el fin”, es decir, como subterfugio de huida ante la muerte. Para ella, sin embargo, no hay esperanza o por venir: el mismo tipo de crítica podría hacerse en función del “ser para el comienzo”, es decir, como subterfugio de huida ante la vida”. *Ibid.*, p. 322.

somos historia”.³⁰² Una identidad desprendida de las ideologías en tanto que el dato duro es saber que somos tiempo, finitud, y que los otras existencias en el tiempo, que nos anteceden, han sido lo mismo que nosotros. Así mismo, sugiere cuál sería la función de la historia para Heidegger:

Atendiendo todas estas consideraciones podemos concluir que, para Heidegger, el verdadero fin del conocimiento histórico como no podía ser de otro modo, es revelar a la existencia su verdadera historicidad al mostrar las posibilidades reales elegidas por las existencias que fueron (los llamados “hecho históricos”; lo que “ha sido” y que sigue siendo a su manera) distinguiendo en ellas lo único y lo que se repite (libertad y herencia).³⁰³

La primacía a la historicidad del conocimiento histórico implica un reto para las formas tradicionales de concebir y realizar la práctica científica de la historia y el cómo se plantean las funciones del historiador y su construcción. Ante esta crítica a los “fundamentos epistemológicos”, las “habladurías”, podemos mencionar otra crítica que denuncia precisamente la instrumentalización del pasado aplicado a la colonización inglesa en la India: los estudios subalternos.

b) *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*

Ranahit Guha encuentra, en su revisión historiográfica sobre el colonialismo inglés en la India, un conocimiento histórico al servicio de los británicos y la élite india, la ciencia de la historia responde a los intereses de las clases que detentan el poder. La maquinaria conceptual servirá para reproducir la ideología e imponer a las mayorías conceptualizaciones que favorecen a los opresores. La historia legitima el orden, elimina la otredad, calla las voces de los más vulnerables, arma una trama a favor y desde las oligarquías, niega cualquier reconocimiento a los vestigios que apuntan en direcciones opuestas a sus intereses. Guha lo llama “estatismo”; la ciencia, los historiadores - ¿intelectuales?- al servicio del orden establecido, fomentando la negación de los marginados y explotados, a favor del borramiento de las injusticias.

³⁰² *Ibid.*, p. 203.

³⁰³ *Ibid.*, p. 217.

(...) qué significa el adjetivo 'histórico' (...) Su función es, evidentemente la de consignar determinados acontecimientos y determinados hechos a la historia (...) ¿quién los elige para integrarlos en la historia? (...) ¿Quién lo decide, y de acuerdo con qué valores y criterios? (...) en la mayoría de los casos la autoridad que hace la designación no es otra que una ideología para la cual la vida del estado es central para la historia. Es esta ideología, a la que llamaré 'estatismo', la que autoriza que los valores dominantes del estado determinen el criterio de lo que es histórico.³⁰⁴

Ante el discurso histórico, el conocimiento histórico, como instrumento que legitima la ideología, Guha desafía la univocidad del discurso estatista con sus estudios que pretenden mostrar lo arbitraria que resulta la historiografía: "Lo que tengo en mente no es tan sólo una revisión basada en los fundamentos empíricos. Quisiera que la historiografía insistiese en la lógica de su revisión hasta el punto de que la idea misma de instrumentalidad, el último refugio del elitismo, fuese interrogada y evaluada de nuevo, no únicamente en lo que respecta a las mujeres, sino a todos sus participantes".³⁰⁵ Sus trabajos están encaminados a rescatar las voces de aquellos que no han sido tomados en cuenta por el discurso historiográfico estatista, los marginados e instrumentalizados en el discurso elaborado por historiadores de la élite colonial o de la elite nacionalista burguesa, o bien, provenientes del pueblo al servicio del patrón. Son los archivos y la misma ausencia de éstos los que dan cuenta del borramiento.

Lo que se omite en este tipo de historiografía anti-histórica es *la política del pueblo*. Porque paralelamente al ámbito de la política de la élite, existió durante todo el período colonial otro ámbito de política india en que los actores principales no eran los grupos dominantes de la sociedad indígena ni las autoridades coloniales, sino las clases y grupos subalternos que constituían la masa de la población trabajadora, y los estratos intermedios en la ciudad y el campo, esto es, el pueblo.³⁰⁶

El historiador, la ciencia de la historia, sus procedimientos, las tecnologías de sí mismo, las relaciones de poder, los juegos de verdad responden a una parte del engranaje del proyecto de modernidad, donde se busca legitimar un orden social y se omite a las mayorías, las voces oprimidas. Por eso resulta tan urgente pensar en esquemas de verdad que respondan a la propuesta benjaminiana de escribir historia a contrapelo.

³⁰⁴ Guha, *op. cit.*, p. 17.

³⁰⁵ *Ibid.*, p. 31.

³⁰⁶ *Ibid.*, p. 36.

1.6.5 Fragmentación y apertura

En el último tercio del siglo XX la disciplina de la historia y sus practicantes los historiadores, al igual que la ciencia en general, se han visto afectados por los cambios epistemológicos, sociológicos e históricos, propios de cualquier formación social y agrupación científica. Por epistemológicos entendemos la ruptura del paradigma científico moderno, hay una realidad por descubrir y la ciencia a través del lenguaje es un medio para llegar al conocimiento y la verdad. Los cambios histórico sociológicos están marcados por la crítica del proyecto de modernidad, el fin de los metarrelatos y las situaciones específicas generadas al interior de la formación de las agrupaciones científicas.

La construcción del historiador en el siglo XXI se lleva a cabo en una diversidad historiográfica, ahora condición implícita de todo conocimiento disciplinar: nuevas formas de investigación, una diversificación de temas y problemáticas de estudio. Su desempeño se realiza en las comunidades científicas, algunas ocasiones se vuelve complicada su función por las redes “elitistas” que se establecen al interior de las instituciones encargadas de la investigación y difusión del conocimiento histórico, universidades, instituciones, revistas, proyectos académicos y culturales, etc; el mercado parece saturado.

a) El giro lingüístico: una fractura epistemológica

Un cambio de paradigma, es lo que implica aludir al giro lingüístico, una revolución en el pensamiento filosófico y científico, un cambio en las estructuras mentales y en las formas de conceptualizar, percibir y entender la “realidad”. Es visto como el punto de quiebre en la epistemología de Occidente en el siglo XX. Trae consigo un cuestionamiento a la filosofía de la conciencia, la filosofía de la ciencia y los usos que hace del lenguaje: “(...) la concepción del lenguaje, propia de la filosofía de la conciencia, en la que éste es visto como un ‘instrumento’ para la designación de entidades independientes del lenguaje o para la

transmisión de pensamientos prelingüísticos, concebidos sin intervención del lenguaje”;³⁰⁷ en su pretensión de “fundamentar” el conocimiento como “espejo del mundo”, así como a los ideales de “unidad” “objetividad” y “verdad”. Este quiebre epistemológico también impactará en la ciencia de la historia.

La concepción pasiva del lenguaje como instrumento que transmite una realidad fuera, que a través de él puede verse como si fuera un espejo, se viene abajo ante una visión que contempla al lenguaje como acción, que construye una realidad que puede ser sólo lingüística. En un balance de la filosofía que hace Hacking, citado por Rorty:

Las ideas fueron una vez los objetos de todo filosofar, y constituyeron el vínculo entre el ego cartesiano y el mundo externo a él (...). En las discusiones de hoy, el discurso público ha reemplazado al discurso mental. Un ingrediente incuestionado del discurso público es el enunciado (...). Quine ha dicho que ‘la tradición de nuestros padres es una fábrica de enunciados’. Los enunciados son un artefacto cognoscente en esta fábrica del discurso público. (...) son ellos los que constituyen este <sujeito cognoscente>. En cualquier caso son los responsables de la representación de la realidad en un cuerpo de conocimiento. De este modo, parece que los enunciados han sustituido a las ideas (...). La auténtica naturaleza del conocimiento ha cambiado. Nuestra situación presente en filosofía es una consecuencia de lo que el conocimiento ha llegado a ser.³⁰⁸

El uso de la palabra oral o escrita se vuelve acción en sí misma. La generación de conocimiento también es una “fábrica de enunciados”. Cabe mencionar que el giro lingüístico ha sido abordado desde dos tradiciones filosóficas: la filosofía alemana y la filosofía analítica en lengua inglesa. Sus planteamientos van por vertientes diferentes que tienen como centro de reflexión el lenguaje.

El giro lingüístico alemán se caracteriza por la reflexividad del lenguaje en la constitución del mundo, pensándolo como una acción que produce “cosas”, como la posibilidad de nuestro ser en el mundo. Hay una “hipostatización”³⁰⁹ del lenguaje al asignarle el papel de apertura del mundo entendida como:

³⁰⁷ Cristina Lafont, *Lenguaje y apertura del mundo. El giro lingüístico de la hermenéutica de Heidegger*, p 22.

³⁰⁸ Richard Rorty, *El giro lingüístico*, p. 147.

³⁰⁹ La hipostatización del lenguaje en la filosofía alemana implica llevar a éste al centro de la reflexión filosófica a la hora de pensar el conocimiento, planteándolo como constitutivo del

Aquello que es iluminado o abierto es, por ello, colonizado, hecho habitable, accesible en algún sentido (...) En el contexto de esta problemática filosófica la idea sugerida mediante esa expresión es la de que el mundo, en tanto que nos es ‘abierto’ lingüísticamente, aparece bajo una determinada luz que lo hace comprensible, es decir, estructurado de algún modo y, en esa medida accesible.³¹⁰

La “hipostatización” del lenguaje y las aperturas lingüísticas rompen con la idea unitaria del mundo, a pesar de los intentos por estabilizar el significado. Esto lleva a seguir una concepción holista del lenguaje u holismo del significado de Putman, que plantea una preeminencia del significado sobre la referencia. El significado es inconmensurable y siempre abierto, por lo que, las configuraciones discursivas científicas, en tanto realidades lingüísticas, también participan de esta inconmensurabilidad. El impacto del giro lingüístico alemán trae consigo el desplazamiento de la filosofía de la conciencia, la objetividad y el mundo unitario, así como una serie de cambios en las formas de pensar el conocimiento y la realidad, en todos el campo del saber, Cristina Lafont los señala de la manera siguiente:

-Por una parte, la crítica a la concepción del lenguaje característica de la filosofía de la conciencia, en la que éste es reducido a un mero *instrumento* mediador en la relación sujeto-objeto (es decir, a un medio de expresión de pensamientos prelingüísticos); esta crítica se apoya en la consideración del lenguaje como ‘constitutivo’ del pensar y el subsiguiente reconocimiento del doble *status* del lenguaje (tanto empírico como transcendental) a causa del cual éste reclama la autoría de las actividades constituyentes tradicionalmente atribuidas a la conciencia (o a un sujeto transcendental).

-Por otra parte, dicha transformación trae consigo una *destranscendentalización* de la razón que queda inevitablemente situada en una pluralidad de lenguajes históricos incapaces de garantizar la unidad de ésta a la manera en que la instancia extramundana de un sujeto transcendental todavía podía pretender.³¹¹

La validación del conocimiento en el mundo de las ideas platónico, en la interioridad -razón-, en los *a priori* kantianos, así como en el absoluto y toda la tradición metafísica, se fragmentará al momento de “hipostatizar” al lenguaje como elemento constitutivo del pensar y esto trae consigo el desmoronamiento del sujeto fundante del conocimiento de la ciencia moderna.

“mundo”. “Dicha hipostatización (así como las consecuencias relativistas de la misma) resulta de la combinación de una teoría del significado holista con una teoría de la referencia que podríamos llamar –basándonos en Putnam- ‘intensionalista’, es decir, que suscribe lo que vamos a denominar la tesis de la ‘preeminencia del significado sobre la referencia’”. Lafont, *op. cit.*, p. 15.

³¹⁰ Cristina Lafont, *La razón como lenguaje. Una revisión del ‘giro lingüístico’ en la filosofía del lenguaje alemana*, p. 14.

³¹¹ *Ibid.*, p. 21.

A diferencia del giro lingüístico en la filosofía analítica que se manifiesta a lo largo del siglo XX, el alemán tiene una tradición que data del siglo XVIII iniciado por Hamann en el análisis que hace a la obra de Kant *Crítica de la razón pura*. Los planteamientos de Kant de una razón pura, ahistórica, fuera del lenguaje, llevarán a Hamann y Herder a plantear todo lo contrario, pues “vieron que el lenguaje no es un mero instrumento para el establecimiento y comunicación de la experiencia del mundo, pues aquello que experimentamos está determinado, ‘constituido’, por el carácter de nuestro lenguaje mismo”,³¹² la razón surge y se inventa en el lenguaje, se prefigura-configura-refigura, retomando los conceptos de Ricoeur. Todo pensar fuera del lenguaje en un tiempo y espacio determinado resulta imposible.

Hamann dirá que: “si el pensar está indisolublemente ligado a un lenguaje ya dado que lo hace posible, la pretensión misma de un punto de partida ausente de toda presuposición, que se esconde tras la calificación de la razón como ‘pura’, es una mera ilusión”.³¹³ El reconocimiento de la historicidad del pensamiento marcado por el lenguaje deja fuera la posibilidad de tener una estabilidad del conocimiento y de lo que éste produce, representaciones y significado.

En un segundo momento, encontramos a Humboldt con sus reflexiones acerca del lenguaje, como elemento constitutivo del mundo. Rechaza su concepción como instrumento y lo presenta como la posibilidad de interacción que tiene el hombre para comunicarse en el mundo. Al igual que Hamann niega el mundo de las ideas platónico y el *a priori* kantiano: “El hombre no viene al mundo como un espíritu puro que reviste los pensamientos preexistentes con meros sonidos sino como un ser terrenal que desarrolla a partir de sus propios sonidos, por lo admirable de éstos y mediante un sistema subyacente a su aparente desorden arbitrario, toda grandeza, pureza y espiritualidad”.³¹⁴ Cristina Lafont engloba en dos dimensiones las reflexiones que hace Humboldt del lenguaje: la cognitivo-semántica y

³¹² *Ibid.*, p. 25.

³¹³ *Ibid.*, p. 26.

³¹⁴ *Ibid.*, p. 33.

la dimensión pragmática.³¹⁵ En la dimensión cognitivo-semántica es el lenguaje quien hace posible el acto de pensar y en la dimensión pragmática resalta la función intersubjetiva del lenguaje en la comunicación, en esta última, intentará estabilizar la actividad del lenguaje, donde siempre se habla pensando en un interlocutor.

El lenguaje ha de pertenecer necesariamente a dos y pertenece, en realidad, a todo el género humano todo hablar descansa en el diálogo (*Wechselrede*), en el que, aún cuando éste tiene lugar entre muchos, el que habla se sitúa frente a aquellos a los que se dirige como frente a una unidad. El hombre habla, incluso en pensamientos, sólo con un otro, o consigo mismo como otro.³¹⁶

A pesar de los intentos de Humboldt por garantizar en la dimensión comunicativa la estabilidad del conocimiento, los planteamientos del segundo Heidegger, que pone énfasis en la dimensión cognitivo-semántica, radicalizará las funciones del lenguaje, pensándolo como la única posibilidad de experiencia y de pensamiento del ser en el mundo. “La consecuencia de dicha radicalización es una “hipostatización” del lenguaje por la que éste, en su función de apertura del mundo prejuzga y determina de forma tan absoluta como contingente lo que en ese mundo puede aparecer”.³¹⁷

Ante tal “hipostatización” podemos contestar “el lenguaje habla” ante la pregunta de Nietzsche “¿quién habla?” El lenguaje como elemento constitutivo del mundo es el que permite hacer el ente lingüísticamente. La realidad sólo puede ser lingüística,³¹⁸ es el

³¹⁵ “En la *dimensión cognitivo-semántica*, el cambio consiste en considerar al lenguaje no como mero sistema de signos, objetivable (intramundano), sino como *constitutivo de la actividad del pensar*, es decir, condición de posibilidad de la misma; con ello el lenguaje es elevado al rango de una *magnitud cuasi-transcendental*, capaz de disputar –con éxito– a la subjetividad la autoría de las operaciones constituyentes de la comprensión del mundo de ésta. Por este transvase de competencias, el análisis del lenguaje queda indisolublemente ligado a la respuesta a la cuestión de las condiciones de posibilidad de la *objetividad de la experiencia*, que ahora tendrán que ser derivadas de la *función de apertura del mundo* inherente a aquél.

En la *dimensión comunicativo-pragmática*, el cambio de perspectiva inaugurado consiste en considerar ese carácter constitutivo del lenguaje como resultado de un proceso, de una actividad: la praxis del habla. Con ello, el lenguaje se vuelve la instancia responsable de asegurar la intersubjetividad de la comunicación, en tanto que condición de posibilidad del entendimiento entre los hablantes”. *Ibid.*, p. 35-36.

³¹⁶ *Ibid.*, p. 59.

³¹⁷ *Ibid.*, p. 67.

³¹⁸ “En la medida en que el lenguaje es responsable del modo en que nos aparecen los entes, y con ello la instancia que prejuzga *como qué* son considerados los entes en cada caso, lleva en sí la

lenguaje el que permite un ordenamiento del mundo, en el nombrar aparece el ente y este nombrar y ordenar son históricos.

Cuando el lenguaje nombra por primera vez al ente, ese nombrar es el que le ‘da la palabra’ al ente, lo hace aparecer. Ese nombrar lo es del ente con respecto a su ser y desde éste. Ese ‘decir’ es un proyectar del *Lichten*, en el que queda dicho, como qué es develado el ente. (...) El ‘decir’ proyectante es poesía (...) cada lenguaje concreto es el acontecer de ese ‘decir’ en el que a un pueblo históricamente se le abre su mundo. (...) El ‘decir’ proyectante es aquél que en la preparación de lo decible al mismo tiempo trae al mundo lo indecible en cuanto tal.³¹⁹

Por otra parte, tenemos el giro lingüístico en la filosofía analítica en lengua inglesa, que se ocupa también del lenguaje. Aunque habría que mencionar que la filosofía alemana se caracteriza por su reflexividad en la dimensión cognitivo-semántica, en tanto que la analítica en lengua inglesa está pensando en cómo resolver los problemas que trae consigo el lenguaje en la configuración del conocimiento. Richard Rorty, en su introducción a la compilación *The Linguistic Turn. Recent Essays in Philosophical Method*,³²⁰ menciona las maneras en que se ha abordado el problema del lenguaje en esta tradición.

Su principal interés está en resolver los problemas filosóficos a través de la filosofía lingüística a quien Rorty define de la siguiente manera: “Entenderé por ‘filosofía lingüística’ el punto de vista que los problemas filosóficos pueden ser resueltos (o disueltos) reformando el lenguaje o comprendiendo mejor el que usamos en el presente”.³²¹ En la búsqueda de un método para resolver estos problemas, los filósofos analíticos del lenguaje plantearon dos posibles vías: la creación de un Lenguaje Ideal y el estudio del lenguaje ordinario.

La forma de resolver los problemas creando un Lenguaje Ideal que controlará las fallas e inestabilidades del lenguaje ordinario, busca un modelo que regule los usos del lenguaje y establezca el significado. No se hicieron esperar las críticas a tal pretensión, se le señaló de

‘esencia’, la constitución del ‘ser de los entes’ (*die Seinsverfassung des Seienden*) y, con ello la *verdad* de los mismos”. *Ibid.*, p. 75.

³¹⁹ *Idem.* Cita textual de Heidegger.

³²⁰ Rorty, *op. cit.*, En este libro se publica solamente la introducción. p. 47-167.

³²¹ *Ibid.*, p. 50.

quimera pues la realidad resultaba más compleja que el simple proceso de creación y sustitución de conceptos en un “nuevo lenguaje”.

Admitir, como parece hacer Bergman, que ninguna proposición del Lenguaje Ideal será materialmente equivalente a una proposición del uso ordinario no reconstruida, parece constituir un reconocimiento de que la única función que el Lenguaje Ideal puede cumplir es la clarificación, pero jamás la sustitución. Pues si no son posibles tales equivalencias materiales, entonces, el Lenguaje Ideal puede, a lo mejor, ser lo que Goodman llama un ‘mapa’ del terreno familiar del discurso ordinario, más bien que un pasaporte hacia un nuevo Lebenswelt (mundo vital) en el que no existe la noción de problema filosófico.³²²

El proyecto de crear un Lenguaje Ideal que resolviera los problemas filosófico se vio refutado por los filósofos del lenguaje avocados al estudio del lenguaje ordinario, quienes se dieron cuenta de que su empresa no era menos ambigua que la de los filósofos del lenguaje ideal; necesitaban de categorías para explicar lo que observaban en la cotidianidad del lenguaje.

Los filósofos de Oxford (como Strawson) advirtieron que los filósofos del Lenguaje Ideal habían empezado a jugar por su propio interés el juego de edificar un lenguaje extensional elementalista, y que habían perdido contacto con los problemas que surgen del lenguaje ordinario. Por reacción, los filósofos de Oxford intentaron descubrir una lógica del lenguaje ordinario. Pero cuando se hizo evidente que podían discrepar tan visceral como inconclusivamente sobre esta lógica como los metafísicos tradicionales sobre la estructura última de la realidad, quedó patente la necesidad de criterios para ‘verdad conceptual’ (como opuesta a la empírica), para la ‘ semejanza de significado (o de sentido)’ y para nociones relacionadas.³²³

La reflexividad del lenguaje en el giro lingüístico nos muestra el grado de análisis al que se someten nuestras estructuraciones de la realidad, y que afectan o “determinan” el ángulo de visión con el que observamos y estructuramos el conocimiento. Coincidimos con Rorty, el giro lingüístico es una posibilidad de cambio en las estructuras mentales y, por ende, en las concepciones y percepciones que de la realidad nos hacemos, a partir de las cuales configuramos nuestras narraciones-explicaciones sobre el “mundo”: “Para propósitos filosóficos es suficiente el análisis de cómo usamos ahora palabras y enunciados, y que la

³²² *Ibid.*, p. 79.

³²³ *Ibid.*, p. 99.

posibilidad de un cambio lingüístico no es un tema de especulación filosófica más fructífero que la posibilidad de un cambio en la ‘estructura última de la realidad’³²⁴.

El “análisis de cómo usamos palabras y enunciados” propios del giro lingüístico en la filosofía en lengua inglesa es el ejercicio que nosotros aplicaremos a la historia, cuando se habla de que es una disciplina que construye su conocimiento con lenguaje, a través de un sujeto discursivo. Es bajo el paradigma del giro lingüístico que intentamos aproximarnos a la “realidad” de la escritura de la historia.

Por otra parte, es cierto que los planteamientos del giro lingüístico para la construcción y validación del conocimiento representan cosas diferentes: de relativismo peligroso a una forma distinta de pensar la realidad; las percepciones que de él se han formado de alguna manera son síntoma de la “profundidad” reflexiva que se desarrolla en su interior, un desafío a las formas tradicionales del pensamiento o una posibilidad diferente de configurar y pensar la “realidad”; no soluciona los problemas, de hecho los incrementa, desestabilizando las certezas, pero es una de las formas que hace manifiestos nuestros cuestionamientos al ordenamiento del “mundo” occidental: el absoluto, los universales, el Ser, que de alguna manera legitimaban la práctica científica social antes de la “hipostatización” del lenguaje. El giro lingüístico nos permitió dejar de pensar a Occidente como el centro, permitió pensar en el “otro” y ese “otro” nos develó un mundo fragmentado; la ausencia permanente de la unidad.

Por último, hemos de mencionar que nuestra aproximación al giro lingüístico se sustenta en dos vertientes: el pensamiento alemán y el pensamiento analítico inglés, sin embargo, encontramos una tercera, la francesa, que encuentra expresión en el estructuralismo y posestructuralismo, cuyas raíces se hallan en la lingüística estructural de Ferdinand de Saussure, Claude Lévy Strauss, Michel Foucault –autor que nos ayuda a pensar varios momentos de este trabajo-, Jean-François Lyotard, Jacques Lacan. No profundizaremos aquí en esto, pero sí podemos señalar que de hacerlo encontraríamos ciertas afinidades, debido a que el telón de fondo es la semiótica y el lenguaje.

³²⁴ *Ibid.*, p.106.

b) Cambios epistemológicos

Toda realidad no sólo es comunicada a través del lenguaje y el discurso, sino que de una manera muy fundamental, también es constituida por éstos.

Georg G. Iggers

Así, con la crisis generalizada a inicios del siglo XX en la filosofía de la ciencia, epistemología moderna, relacionada con la ruptura de la relación “pasiva” que se sostenía entre el lenguaje y la realidad, la verdad científica se pone en entredicho y con ello el conocimiento que produce la operación historiográfica. La relación objetual transparente y neutra del científico con la realidad ya no puede sostenerse por lo que habrá que justificar las maneras de proceder del científico con sus objetos. La metafísica, el mundo de las ideas y los *apriori* fundamento de todo conocimiento pierden su validez absoluta. Los esfuerzos del positivismo lógico, encontrar una relación transparente entre el lenguaje teórico y lenguaje observacional no son suficientes: “La ciencia moderna ha comprendido el lenguaje como un vehículo para la transmisión del conocimiento significativo. El positivismo lógico (...) se esforzó por encontrar un lenguaje libre de toda contradicción y de ambigüedades, capaz de comunicar conceptos lógicos y los resultados de la investigación científica”.³²⁵ Cuestionamiento radicalizado en la segunda mitad del siglo XX con las obras de Thomas Kuhn,³²⁶ Richard Rorty,³²⁷ Michel Foucault,³²⁸ entre otros, donde se evidenciará la condición histórica de toda afirmación científica y la inestabilidad del lenguaje.

En el campo de la ciencia de la historia implicó el abandono, nada fácil dado sus implicaciones para el conocimiento histórico y la necesaria reconfiguración epistemológica de la disciplina, de: “La creencia en la objetividad histórica (‘that noble dream’) (que) constituía a su vez el fundamento de las estructuras de poder, idea que aparece

³²⁵ *Ibid.*, p. 216.

³²⁶ Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*.

³²⁷ Rorty, *op. cit.*

³²⁸ Foucault, *Las palabras ..., op. cit.*

explícitamente expresada en los escritos de Foucault y Derrida, y, con anterioridad en los de Nietzsche y Heidegger”.³²⁹

Es la crisis epistemológica en general lo que explica la crisis de la ciencia de la historia de la que muchos historiadores hablan. Sin embargo, como contradicción, existe una creciente apertura del pensar histórico como lo menciona Gérard Noiriel en su libro *Sobre la crisis de la historia*, cuya finalidad es precisamente “(...) comprender las razones que hacen que un número cada vez mayor de historiadores hablen de ‘crisis’, mientras que la historia jamás ha gozado de un prestigio tan grande como ahora, no solamente entre el gran público, sino también en el mundo intelectual”,³³⁰ “crisis” interna y crecimiento hacia afuera

En la ciencia de la historia el impacto del giro lingüístico ha sido más en términos de enfoques metodológicos relacionados con el lenguaje y la diversificación de las fuentes; el quiebre epistémico de la filosofía de la ciencia es reflexionado por algunos teóricos en la ciencia de la historia, por cierto uno de los espacios más reducido de la investigación histórica. “El ‘giro lingüístico’ en los estudios históricos durante la década y media pasada ha sido parte de un esfuerzo por romper el determinismo inherente en los enfoques socioeconómicos anteriores y poner énfasis en el papel de los factores culturales, entre los cuales el lenguaje ocupa un lugar clave”.³³¹ De alguna manera representa la resistencia a las formas tradicionales de hacer historia que se podría sostener como agotamiento de los esquemas positivistas, marxistas, historicistas, etc.

La radicalidad epistemológica del “*linguistic turn*” ha causado impacto en espacios reducidos de la práctica historiográfica, es una cuestión que se ha arraigado más en la epistemología de la historia³³²: “(...) pocos (historiadores) han compartido la posición extrema de que ‘la realidad no existe, de que sólo existe el lenguaje’ (Foucault)”.³³³ Hay una carencia filosófica en la mayoría de los historiadores, para problematizar el impacto del

³²⁹ Aurell, *op.cit.*, p. 294.

³³⁰ Noiriel, *op. cit.*, p. 17.

³³¹ Iggers, *op. cit.*, p. 230.

³³² François Dosse hace un balance del impacto del *linguistic turn* en el campo de la historia en su artículo: “La historia intelectual después del *linguistic turn*”.

³³³ *Idem.*

‘giro lingüístico’ en la construcción del conocimiento histórico y replantear la epistemología de la historia ante esta crisis científica del paradigma moderno.

Recordemos que al interior de la ciencia de la historia se vivió un rechazo a la filosofía sobre todo la filosofía de la ciencia moderna, esta asociación llevó a un distanciamiento generalizado de los historiadores respecto de los filósofos, no pocas veces los historiadores son vistos como ingenuos: “El primer argumento que esgrimen contra los ‘tradicionalistas’ para justificar una mayor apertura de la disciplina es que en la historia el problema de la ‘verdad’ o la ‘objetividad’ no puede discutirse verdaderamente sin un mínimo de formación filosófica, es decir, sin aceptar una apertura ‘interdisciplinar’”,³³⁴ este abandono llevó a la renuncia de metalenguajes necesarios para entrar al debate y establecer en que términos se practicaría el oficio de la historia; sus posibilidades y limitantes ante los problemas centrales de la verdad y la objetividad (relacionado con nuestra investigación de qué tipo de “subjetividad” estamos hablando en la escritura de la historia).

La presencia de la teorización en la disciplina de la historia se va abriendo paso así como el uso del lenguaje filosófico para justificar en qué sentido puede pensarse y escribirse la ciencia de la historia después del “giro lingüístico”: la historia conceptual, la microhistoria, la historia cultural, los estudios subalternos, entre otras muchas perspectivas son manifestación de este clima intelectual al interior de la práctica historiográfica. Aunque, cabe mencionar, la epistemología y la reflexión de la práctica no es una cuestión generalizable a la mayoría de los historiadores en su formación ni una de las líneas más fuertes de investigación al interior de la comunidad de historiadores. Antes bien, la teoría permanece en una condición marginal.

1.6.6 La actualidad

El agotamiento del proyecto de modernidad, la crisis de los parámetros modernos de hacer ciencia en general y, en el caso específico, de la ciencia de la historia ha hecho factible la

³³⁴ Noiriél, *op. cit.*, p. 41.

aparición de nuevas formas de hacer historia, lo que Jaume Aurell llama “renovación desde dentro”, la manera en como los historiadores han respondido a la crisis de la disciplina, sobre todo desde una práctica historiográfica, que el denomina *giro cultural*. “¿Qué pasó con la historiografía durante las décadas ochenta y noventa? La historia ha buscado, desde entonces, una especie de vía, que pretendía una síntesis entre el viraje cultural de la historia de las mentalidades y el viraje lingüístico de la nueva historia narrativa”.³³⁵ En esta vía alterna incluye la mayoría de las nuevas formas de hacer historia que están vigentes y que surgieron después del “giro lingüístico”: la nueva historia cultural, la nueva historia narrativa, la microhistoria, la nueva historia política, la historia de la religiosidad, la historia social del lenguaje, la historia de la vida cotidiana, la historia de género, estudios subalternos y poscoloniales, entre otros, que manifiestan los acoplamientos de la práctica historiográfica y de los historiadores ante los retos del quiebre epistemológico de la ciencia.

Sin embargo, por aquellos años se fueron generando, de modo casi imperceptible, unas nuevas tendencias, basadas en una “renovación desde dentro” y una “recuperación renovada” de las corrientes historiográficas más tradicionales. Ellas aportaron, no teorizando, sino historiando, las claves para abrir la cerradura del cuarto oscuro en que se hallaba sumida la disciplina histórica.³³⁶

En la actualidad, en la disciplina de la historia, el desarrollo de distintas vertientes posibilitan la heterogeneidad, por tanto, hay relaciones de contrapesos que evitan el monopolio sobre todo pensando en las relaciones de periferia que se habían sostenido con Europa vista como centro. Resulta una situación compleja porque se podría sostener que la ausencia de unidad y consenso trae como consecuencia la anarquía. Desde nuestra perspectiva el rigor en el proceso de investigación, la búsqueda documental y el nivel de argumentación representan la objetividad de la disciplina, y sigue imperando. Lo que está fragmentado son las maneras en cómo se construyen las nociones de lo que debería ser la ciencia de la historia. “Lo más complejo de este movimiento es, probablemente, su propia definición, porque el posmodernismo es un conjunto de epistemologías y metodologías, más que una sola corriente intelectual”.³³⁷

³³⁵ Aurell, *op. cit.*, p. 296.

³³⁶ *Ibid.*, p. 301.

³³⁷ *Ibid.*, p. 288.

La formación-construcción del historiador, ahora, encuentra una gran apertura en cuanto a la diversidad de temas, así como distintas herramientas de análisis que permiten tratamientos desde diversas aristas. Hay una ruptura con la tradición historiográfica del siglo XIX, ya no son los personajes míticos del Estado-nación y la historia oficial, los grandes acontecimientos políticos, las dinastías, las batallas, los tratados, etc., la problemática central a tratar. Por ahora el campo de estudio se ha abierto; son las mayorías, las prácticas de la vida cotidiana, la circulación simbólica, los rituales, los grupos en condiciones de pobreza, los movimientos populares los que ocupan la atención de no pocos historiadores, aunque es importante mencionar que no por eso han desaparecido las otras formas de hacer historia, más bien, han entrado en un proceso de adaptación ante los nuevos retos metodológicos, epistemológicos y sociales de la ciencia de la historia.

Así mismo, es importante mencionar que se ha hecho una revalorización de la retórica en la ciencia de la historia, ese lenguaje “ordinario” que se intentó suprimir ante el lenguaje científico que promovía un lenguaje teórico “transparente”; el positivismo lógico. En su artículo sobre el *linguistic turn*, Françoise Dosse menciona que Dominick La Capra ha planteado el papel de la retórica en la historiografía y la historia intelectual; “(...) se inscribe en un intento por superar la dicotomía clásica entre el punto de vista internalista y el enfoque externalista, gracias a una rearticulación de ambas dimensiones”.³³⁸ Establece dos planos en los que debe situarse toda obra: el plano documental, “remite a la literalidad, a lo fáctico, aquello de lo que da cuenta el observador cuando habla de una realidad empírica pasada y reconstruida”;³³⁹ el otro plano, “*worklike*”, “(...) remite a la parte interpretativa, de imaginación y de compromiso de una historia intelectual que establece un diálogo con el pasado a partir de las interrogantes del presente”.³⁴⁰

Dicho sea de paso, en la perspectiva de nuestra investigación seguimos la afirmación de que la retórica jamás se eliminó de la ciencia de la historia y está lejos, por no decir en la imposibilidad, de crear un lenguaje transparente objetivante del pasado, es con el “giro lingüístico” que se vuelve explícita la presencia de la retórica. “De hecho, la escritura

³³⁸ Dosse, *op.cit.*, p. 24.

³³⁹ *Ibid.*, p. 25.

³⁴⁰ *Idem.*

histórica durante los siglos XIX y XX, en la era del conocimiento profesionalizado no perdió sus cualidades retóricas ni literarias”.³⁴¹ Los historiadores del siglo XXI en su formación y práctica viven una marcada renovación de la práctica historiográfica: “Junto a los evidentes efectos terapéuticos de la narrativización, también cabe destacar la benéfica función que desplegaron las *nuevas* historias a partir de la década de los ochenta”.³⁴² Están informados de los cambios, o cuando menos ese es el ideal, de la ruptura y crisis del paradigma científico moderno y los elementos del conocimiento histórico que han perdido vigencia dado el consenso de la comunidad de historiadores que en distintas vertientes coinciden, además de que ya no pueden sostenerse:

(...) la historia tomada en conjunto no contiene ninguna unidad o coherencia inmanente, que toda concepción de la historia es una construcción constituida mediante el lenguaje, que los seres humanos como sujetos no tienen una personalidad integrada libre de contradicciones y ambivalencias y que todo texto puede leerse e interpretarse de distintas maneras porque no expresa intenciones sin ambigüedades.³⁴³

Estas características elementales de la ciencia de la historia están siendo introyectadas en los historiadores en las universidades. La fluidez de la comunicación en los nuevos soportes materiales permiten el intercambio de perspectivas y a la vez el desplazamiento que van demarcando en qué sentido se entiende la ciencia de la historia así como el oficio de historiar. Entre las posturas realistas, realistas críticos o construccionistas radicales, al parecer la mayoría de los historiadores han optado por el realismo, en su versión crítica, que a la vez representa la postura “más sensata”, en el sentido que ofrece una respuesta a la radicalidad del ‘giro lingüístico’ y permite mantener un equilibrio epistemológico.

La realidad histórica es inabarcable, como lo es la misma realidad. Sin embargo, algunos planteamientos menos radicales y más posibilistas -Ricouer- han matizado las posturas más relativistas y han reconocido el valor fundamental del relato como mediador de la realidad histórica, al tiempo que han abogado por la posibilidad de recuperar la realidad histórica a través de sus imprints.³⁴⁴

³⁴¹ Iggers, *op. cit.*, p. 218.

³⁴² Aurell, *op. cit.*, p. 298.

³⁴³ Iggers, *op. cit.*, p. 229.

³⁴⁴ Aurell, *op. cit.*, p. 297.

1.7 LA FIGURA DEL HISTORIADOR EN LOS MODELOS EXPLICATIVOS: EXPLICACIÓN, INTERPRETACIÓN Y REPRESENTACIÓN

Hemos mencionado que nosotros entendemos la ciencia de la historia como un sistema de interacciones donde el espacio social, la práctica y la escritura, esta última nos posibilita pensar la singularidad del historiador, están entrelazados y en su interacción se da la construcción del conocimiento histórico. Además, es una invención reciente, una ordenación lingüística que responde a los intereses del proyecto de modernidad; es una posibilidad de pensar lo histórico entendido como proceso que da cuenta de lo que somos, tiempo.

Diversas son las maneras de pensar la historia, sobre todo las que conciernen a su situación ontológica y epistemológica que acompañan y sostienen las configuraciones que los historiadores se han elaborado sobre el pasado. La figura del científico y la pregunta por su función en la construcción del conocimiento es muy moderna. En el caso del historiador encontramos cuando menos tres maneras de concebir las funciones epistemológicas de quien se encarga de construir el conocimiento de la historia. Seguiremos los planteamientos de Franklin R. Ankersmit que trabaja a este respecto en: “Representación histórica. Explicación, interpretación y representación”.³⁴⁵

Lo que los historiadores “pensamos” que hacemos con el pasado al interior de la disciplina está marcado por estas tres maneras de entender nuestra función epistemológica: explicación, interpretación y representación. Más que momentos lineales, consideramos que estas maneras de plantear la función epistemológica están entrelazadas. Si bien asociamos a la explicación con los inicios de la ciencia de la historia y positivismo, interpretación con giro lingüístico y representación con las nuevas configuraciones que se están dando al interior de la disciplina, nosotros sostenemos que son maneras de plantear las funciones epistemológicas del historiador que están presentes en la reflexión sobre la práctica y hay momentos en que discursivamente se excluyen pero en la práctica parece que se complementan.

³⁴⁵ Franklin R. Ankersmit. *Historia y Topología. Ascenso y caída de la metáfora*.

1.7.1 Explicación

Leopold Von Ranke, más que el nombre, es un lugar común que se comparte en la comunidad de historiadores cuando se habla de los inicios de la ciencia de la historia y la construcción de lenguaje científico que la justificará ante las demás ciencias que también estaban en plena gestación. Narrar el pasado “tal como fue” es uno de los principios máximos que se le atribuye y por no poco tiempo fue lo que no pocos historiadores pensaban que hacían.

El lenguaje de la explicación y la creencia de que los historiadores son los depositarios transparentes, objetivos del conocimiento histórico corresponde a una vertiente de la historia desde sus inicios y aún en la actualidad hay historiadores que creen contar lo que “realmente pasó” sin tomar en cuenta las relaciones dialógicas entre pasado y presente, la historia efectual y el interaccionismo lingüístico entre el lenguaje ordinario y el lenguaje teórico.

El pasado se concebía como una multitud de fenómenos que yacen ante el historiador, en espera de ser descritos y explicados. La preferencia por este vocabulario automáticamente generó varias preguntas, en su mayoría epistemológicas, respecto de las declaraciones descriptivas y explicativas del historiador acerca del pasado (...) el vocabulario que adoptaron los filósofos de la historia sugería que la explicación y descripción históricas eran la esencia de la tarea del historiador.³⁴⁶

1.7.2 Interpretación

Según Ankersmit, el lenguaje de la interpretación lleva implícita la creencia de que hay un significado por “descubrir”: “la suposición esencialista de la teoría hermenéutica es, por tanto, la de que el pasado es en esencia un conjunto significativo y de que es tarea del historiador interpretar el significado de los fenómenos históricos”.³⁴⁷ Esta perspectiva reduccionista sobre la hermenéutica sigue reproduciendo la idea de una realidad en sí que sólo hay que “develar”, el significado ya está dado sólo hay que llegar a él. “Un obstáculo

³⁴⁶ Ankersmit, *op. cit.*, p. 193.

³⁴⁷ *Ibid.*, p. 194.

aún más grave cuando hablamos acerca del “significado del proceso histórico” es el hecho de que no puede afirmarse que incluso la historiografía “común” descubriera el significado (oculto de la historia; lo más que se puede decir es que los historiadores dan un significado al pasado (...)).³⁴⁸

Sin embargo, cuando se habla de hermenéutica e interpretación en la ciencia de la historia nosotros lo asociamos con la historia efectual que desarrolla Hans George Gadamer en *Verdad y método*;³⁴⁹ a grandes rasgos, de lo que se habla ahí es de una construcción del significado: lo que se pide al historiador es que analice el texto en su contexto, contemplar los prejuicios del intérprete, así como tener en cuenta el horizonte cultural desde el cual observamos y el horizonte que intentamos “comprender” limitadamente. Al cruce de distintos horizontes los llama fusión horiZónica ésta conlleva a una multiplicidad de interpretaciones; un horizonte es entendido como “(...) el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto”.³⁵⁰ El historiador construye un discurso a partir del ángulo de visión en el que se encuentra. Ese discurso está permeado del lenguaje del pasado y del presente, es una construcción lingüística que intenta estabilizar el significado; inestable en sí mismo.

Habría que decir que la concepción de Ankersmit es sobre una hermenéutica tradicional, es por eso que, no encontramos mucha diferencia de sus posturas con la historia efectual: “Aunque el pasado consista en lo que hicieron, pensaron o escribieron los agentes humanos en el pasado, y el pasado no conozca agentes sobrehumanos, la perspectiva del historiador a menudo tanto crea como investiga un pasado desprovisto de significado intrínseco”.³⁵¹ La imposibilidad de acceder al pasado también está reconocida en Gadamer; el desplazamiento “mental” del historiador en el tiempo sólo es una estrategia para narrarnos en el pasado, algunos utilizamos sus lenguajes, la tradición para disfrazar el “engaño” para aquellos que creemos que quien habla es el pasado, otros narramos como *lo que queda* a la ciencia de la historia. A la historia efectual no le afectaría la siguiente afirmación de Ankermit: “La

³⁴⁸ *Ibid.*, p. 198.

³⁴⁹ Hans George Gadamer, *Verdad y método*.

³⁵⁰ *Ibid.*, p. 372.

³⁵¹ Ankersmit, *op. cit.*, p. 196.

verdad de las cosas es que no hay un rostro determinable detrás de las diversas mascarar que crea todo cronista, sea historiador, poeta, novelista o hacedor de mitos: el pasado no tiene rostro, y las mascarar que hacen los historiadores es todo lo que tenemos”.³⁵²

Si bien, Ankersmit postula el lenguaje de la representación para explicar la función del historiador en la construcción del conocimiento histórico: “La sugerencia es más bien la de que el historiador podría compararse de manera significativa con el pintor que representa un paisaje, una persona, etc. Obviamente, la implicación es una petición de un *rapprochement* entre la filosofía de la historia y la estética”,³⁵³ una revisión histórica pone de manifiesto que desde Humboldt³⁵⁴ pasando por varios historiadores ya existía esta línea de pensamiento donde el vínculo de la historia con la literatura y el momento creativo eran componentes sobre los cuales se reflexionaba al dar cuenta del proceso que seguía el historiador para configurar el “pasado”.

1.7.3 Representación

En el lenguaje de la representación hay un reconocimiento explícito a la construcción del significado, por tanto, una renuncia al significado que plantea la hermenéutica tradicional. El historiador hará los trazos, armará el cuadro del momento histórico objeto de estudio, en su ordenación dará un significado al pasado que antes de su intervención no lo había. En la perspectiva de Ankersmit con este tipo de enfoque encontramos en la base a la representación que después dará lugar a la interpretación: “Descubrimos que la historiografía es el lugar de nacimiento del significado (que será investigado en una fase posterior por la interpretación hermenéutica)”. En esta “realidad” primaria del significado es importante se reconozca la función de la tradición en la representación, así como un renunciamiento a la creencia de un acercamiento “puro” a la realidad. “El significado es representacional de origen y surge de nuestro reconocimiento de la manera en que otras personas (historiadores, pintores, novelistas) representan el mundo. Nos pide que veamos

³⁵² *Ibid.*, p. 198.

³⁵³ *Ibid.*, p. 200.

³⁵⁴ Véase el apartado 1.2 y 1.4 de este trabajo.

el mundo a través de los ojos de otros, o al menos, que reconozcamos que es posible hacerlo”.³⁵⁵ La función de los historiadores es representar, un trabajo similar a la del pintor o novelista, esta representación es histórica y contextual, hay una cadena de representaciones que la anteceden; se da en la indeterminación, por consiguiente, se desmarca de la epistemología tradicional:

(...) pretensiones universalistas de la epistemología le impiden aceptar la indeterminación de la representación, que, como se demuestra en la historia del arte, es una de sus características más visibles. Por consiguiente, podemos ver en la epistemología el intento de codificar una cierta forma o formas de representación. La epistemología es la representación sin la historia y sin las variedades representacionales que poco a poco se desarrollaron en la historia de la representación.³⁵⁶

La representación es un espacio de creación, hay reglas pero no determinación total sobre los productos representacionales. Las generalizaciones y totalidades no permiten ver la diferencia, la singularidad, que se produce en cada acto creativo. Abandonando la representación promulgada por la epistemología moderna, así como a la idea de un sujeto trascendental ahistórico. El lenguaje de la representación implica tomar en cuenta la contingencia histórica, contextual e individual en la escritura de la historia, recuerda a Nietzsche que demandaba del historiador “(un gran talento artístico, independencia creativa, amor por perderse en datos empíricos, una poetización de lo que obtiene)”.³⁵⁷ Se pide al historiador desarrolle habilidades lingüísticas para organizar y comunicar lo que por sí mismo carece de forma.

a) La realidad

Bajo la perspectiva de la representación histórica de Ankersmit, la carga semántica de los conceptos básicos de la epistemología se desmarca de la concepción metafísica tradicional. ¿Cómo explicar la realidad en el lenguaje de la representación? Para contestar esta pregunta Ankersmit optará por la teoría de la sustitución de Danto. Una representación nunca es

³⁵⁵ Ankersmit, *op. cit.*, p. 201.

³⁵⁶ *Ibid.*, p. 207.

³⁵⁷ *Ibid.*, p. 211.

intercambiable por lo que representa: “Los gustos propios de la imitación son, de acuerdo con esto, más o menos de la misma clase de los propios de las fantasías, en las que es claro para el fantaseador que disfruta una fantasía y no se engaña al creer que es el objeto real”.³⁵⁸ El pasado, “la realidad”, queda fuera de la posibilidad del historiador de dar cuenta de lo que pasó, su construcción lingüística está más vinculada con la imitación, la representación histórica es una construcción elaborada a partir de la distinción. Ankersmit utiliza la tesis de Danto sobre las simetrías entre representación y realidad para compararla con las funciones del historiador y la representación que hace del pasado.

“(…) la representación artística se enlaza por lógica con el acto de distanciar la realidad. La idea parece ser que la representación nos coloca frente a una realidad opuesta, y sólo de esta manera cobramos conciencia de ella como tal. En tanto no se represente la realidad, permanecemos como parte de ella y no podemos darle contenido alguno a la noción de realidad. Sólo podemos tener un concepto de realidad si adoptamos una postura frente a ella, y esto requiere que estemos fuera de ella. Sólo hay realidad en la medida en que nos oponemos a ella.”³⁵⁹

Esta operación implica un acto de distanciamiento del historiador, sólo bajo este distanciamiento se puede realizar la representación en general y la representación histórica. Sin embargo, a la vez marca la imposibilidad de la visión total de la realidad, son representaciones parciales que llevan el juego del desdoblamiento ser parte y estar fuera. La configuración de la mentalidad del historiador en el lenguaje, al igual que los demás, le permite crear efectos de realidad en la narración histórica, ya sean concebidos como “reales” o como construcciones: “(…) como en el caso de la pintura naturalista, la narración histórica exhortó implícitamente a su lector a ver a través de ella y, de la misma forma que las pinceladas de la pintura naturalista, los instrumentos lingüísticos a disposición del historiador le permitieron crear una ilusión de la realidad (pasada)”.³⁶⁰ Ante la fantasía y la ilusión de la aprehensión de la realidad, una vez pasada la nostalgia y la melancolía de lo efímero de nuestras afirmaciones, así como el mito de la correspondencia entre lenguaje y realidad, es necesario pasar a otro plano y analizar qué es lo que tenemos de la realidad, cómo podemos acercarnos a ella y cómo se construye el significado. En el

³⁵⁸ *Ibid.*, p. 221.

³⁵⁹ *Ibid.*, p. 222.

³⁶⁰ *Ibid.*, p. 238.

caso de la historia la respuesta está en el lenguaje, corresponde a la teoría de la historia y la historiografía dicho análisis.³⁶¹

Las pinceladas del artista se corresponden con las palabras del historiador. La representación en historia y la función del historiador se entiende de la siguiente manera, según Ankersmit: “Supongamos, en aras de la simplicidad, que la narración constituida por el historiador para representar el pasado consiste habitualmente en una gran cantidad de declaraciones individuales que describen situaciones del pasado”,³⁶² si nos detenemos un poco para ver lo que ocurre con esta generación de significado lingüístico nos percataremos que “(...) estas declaraciones narrativas también individualizan la narración histórica en que ocurren”;³⁶³ al conjunto de estas enunciaciones elaboradas por el historiador que manifiestan la singularidad de la representación histórica, el trabajo del historiador, la actividad creativa representacional Ankersmit le llamará sustancia narrativa, para él consiste en lo siguiente: “La sustancia narrativa de una narración histórica es su conjunto de declaraciones que, juntas, encarnan la representación del pasado que se propone en la narración histórica en cuestión. Así, las declaraciones de una narración histórica no sólo describen el pasado; también individualizan, o definen, la naturaleza de tal sustancia narrativa”.³⁶⁴ El historiador a la vez que representa el pasado a través de la sustancia narrativa, también individualiza la sustancia narrativa con la enunciación que produce; la singularidad del historiador que proponemos en la escritura de la historia se manifiesta precisamente aquí, cada sustancia narrativa es única e irrepetible, el ordenamiento lingüístico jamás es repetible en la misma forma. Estamos conscientes de la condición polifónica del discurso que propone Mijaíl Bajtín³⁶⁵ donde todo acto de enunciación trae consigo una pluralidad de voces, la intertextualidad, así como la perspectiva de Jorge Luis Borges,³⁶⁶ donde todo acto de escritura es repetible en “Pierre Menard, autor del Quijote”. Sin embargo, más en sintonía con Bajtín y menos con Borges. Consideramos que el

³⁶¹ “La filosofía de la historia, en especial en su vertiente narrativa, investigó estos aparatos lingüísticos del historiador, que eran lo análogo en la historiografía respecto del objeto estético de la representación artística”. *Idem.*

³⁶² *Ibid.*, p. 223.

³⁶³ *Idem.*

³⁶⁴ *Idem.*

³⁶⁵ Mijaíl M. Bajtín, *Problemas de la poética de Dostoievsky.*

³⁶⁶ Jorge Luis Borges, “Pierre Menard, autor del Quijote”.

lenguaje y la comunidad lingüísticas son constituyentes de la “realidad”. Sin embargo, también estamos conscientes de que los usos de lenguaje por las individualidades³⁶⁷, en este caso historiadores, a pesar de la intertextualidad y la repetición de ciertos patrones lingüísticos, producen enunciaciones jamás idénticas, que es donde se manifiesta la singularidad de los usos individuales del lenguaje.³⁶⁸

La representación histórica, a través de las sustancias narrativas, no solamente es mimesis, entendida como imitación de la realidad, hay algo más al igual que en el arte: “El arte es tanto más como menos que una mimesis de lo que representa. Es más porque la realidad en sí se hace presente de nuevo con cierto disfraz; es menos porque incluso el símbolo más tosco puede bastar para operar como una representación artística de la realidad”.³⁶⁹ Los acontecimientos del pasado nos llegan en diferentes representaciones que construye el historiador, cada una de ellas es generación de significado, un excedente creado en el lenguaje, con la certeza de que la representación lingüística del pasado jamás acontece, está en la imposibilidad.

El terreno de la representación histórica resulta más controversial e inestable que la representación artística. Controversial en el sentido de que hay diversas representaciones del mismo referente y se producen diferentes resultados o significados. Cada enunciación es única e irrepetible: singular. Las sustancias narrativas manifiestan la “fragilidad” de las construcciones sobre el pasado “(...) los vínculos entre representación y lo que se

³⁶⁷ “Naturalmente que toda unidad léxica es, en un cierto sentido, subjetiva, dado que las “palabras” de la lengua no son jamás otra cosa que símbolos sustitutivos de las “cosas”. Contrariamente a la ilusión “isomorfista” y “calcomaníaca” (antes del lenguaje existiría un mundo enteramente dividido en objetos distintos y la actividad denominativa consistiría simplemente en adherir etiquetas significantes sobre esos objetos preexistentes), la lingüística repite y demuestra que las producciones discursivas que autorizan las lenguas de ninguna manera podrían ser como un tipo de “análogo” de la realidad, puesto que recortan a su manera el universo referencial; imponen una “forma” particular a la “sustancia” del contenido; organizan el mundo, por “abstracción generalizante”, en clases de denotados, sobre la base de ejes semánticos parcialmente arbitrarios, y “programan” así de manera obligatoria los comportamientos perceptivos y descriptivos de la comunidad lingüística”. Catherine Kerbrat-Orecchioni, *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*, p. 92.

³⁶⁸ Emilé Benveniste, entiende la enunciación como: “(...) este poner a funcionar la lengua por un acto individual de utilización”. *Problemas de lingüística general II*, p. 83.

³⁶⁹ Ankersmit, *op. cit.*, p. 217.

representa son mucho más frágiles en la historiografía que en el arte”. En tanto el referente no está presente, la construcción de éste es múltiple en la representación histórica por eso “(...) la realidad histórica en sí no contradice tanto a las representaciones históricas, sino que otras representaciones históricas lo hacen; apelar a cómo es la realidad tiene mucho más fuerza en el arte que en la historia”. Más complejo que el trabajo del artista resulta el del historiador, es más fácil ponerse de acuerdo sobre los patrones, las formas de los objetos que sobre las intenciones e interacciones de los seres humanos en el tiempo. “El pintor tiene un marco, un lienzo, las leyes de la perspectiva que le permiten definir estos contornos y líneas de demarcación. Aunque sea posible argumentar, como Fain, que los historiadores disponen de un expediente similar en los sistemas especulativos, los historiadores activos a menudo rechazan este expediente, y si no, es vago y poco confiable”.³⁷⁰

Así las cosas, el conocimiento histórico, la representación histórica y la función constructora del historiador en comparación con el proceso de elaboración artística, tiene “problemas” más profundos en lo que a representación y realidad se refiere. En la escritura de la historia los elementos no controlables sobrepasan al artista y al sujeto trascendental de la epistemología moderna y se desmarca con mucho de un proceso controlado y una estabilidad del significado: “De manera un poco sorprendente, fue claro que la historiografía es menos segura que el arte en su intento de representar el mundo. La historiografía es más artificial, incluso más una expresión de códigos culturales que el arte mismo”.³⁷¹ Los lenguajes, las formas, son más estables en los espacios del arte. Hay mayor consenso sobre elementos como: nubes, árboles, ríos, bosques, arcoíris, lluvia, flores, entre otros, que sobre cosmovisiones, ideologías, modos de vida, valoraciones, maneras de interpretar “correctamente”, etc.

Entonces, si el predicamento cognitivo del historiador es incluso mayor que el del artista, si su tarea es como la de descubrir patrones de nubes en otros patrones de nubes, si nada parece cierto ni fijo a excepción de las tradiciones, prácticas o quizá prejuicios, ¿qué oportunidad tiene el historiador de evitar el idealismo, de evitar un modelamiento del pasado que se ajuste a ideas preconcebidas que casi no encuentran resistencia? ¿No estamos

³⁷⁰ *Ibid.*, p. 230.

³⁷¹ *Ibid.*, p. 242.

condenados a una interpretación idealista del escrito histórico puesto que en todas las disciplinas –incluso el arte– el objeto del escrito histórico tiene la menor ‘sustancia propia’ y sólo llega a existir gracias a la representación histórica?³⁷²

La tensión en la reflexividad epistemológica de la historia entre realismo-idealismo, método-comprensión, objetividad-subjetividad, positivismo-construccionismo, hermenéutica-representación han llevado a la disciplina a debates encontrados donde cada postura busca los mejores argumentos para presentarse como la mejor opción en lo que se refiere a la explicación sobre la reflexión de los componentes esenciales del conocimiento histórico, cada línea de pensamientos construye sus juegos de verdad y busca ser aceptada por la comunidad de historiadores para que sus preceptos se conviertan en discursos que posibiliten la construcción del historiador a través de las tecnologías de sí mismo y las relaciones de poder. Uno de esos elementos es la función del historiador, en cada perspectiva es distinto el desempeño que se le atribuye en la práctica historiográfica, lo que en algunos casos causa polaridad. Un ejemplo son las posturas radicales de Keith Jenkins, él reconoce la condición representacional del pasado pero con resultados más inclinados a una hipostatización del lenguaje, por eso la radicalidad en sus afirmaciones sobre la imposibilidad de conocer el pasado y la inutilidad de la mayoría del conocimiento histórico que produce la academia.

Las representaciones históricas se refieren a un pasado que está fuera de ellas, en el proceso mismo de ser historicizado ese pasado pierde su calidad de pasado, su alteridad radical respecto de nosotros, y se vuelve totalmente textual, totalmente “nosotros” (...) Sin “nosotros” el pasado no es nada; espera que nosotros rompamos su silencio con nuestros deseos semánticos relativistas: el pasado “relativizado”-textual, historicizado, es sólo nosotros, allá atrás.³⁷³

Si bien es cierto, la radicalidad de Jenkins, a ésta, es necesario agregarle una materialidad que “permite” al historiador construir el relato. Consideramos que la pregunta es: ¿bajo qué condiciones el historiador construye el relato histórico y de qué tipo de conocimiento se puede hablar en la ciencia de la historia? La imaginación histórica así como las representaciones mentales por las que pasa el proceso de construcción del conocimiento sobre el pasado dan cuenta del carácter representacional del pasado en la ciencia de la

³⁷² *Ibid.*, p, 232.

³⁷³ Keith Jenkins, *¿Por qué la historia?* p. 91.

historia; pero hay que contemplar la parte disciplinar que “garantiza ciertos estándares de veracidad”, las palabras de Georges Duby son ilustrativas: “Cada época, (...) reconstruye mentalmente su propia representación del pasado, de ahí que el discurso histórico sea inevitablemente subjetivo. Sin embargo -concluye-, el historiador debe hacer todo lo posible por acercarse a lo que podríamos llamar ‘la realidad’, en relación con esa construcción mental imaginaria que es nuestro discurso”.³⁷⁴ El lugar social y la práctica garantizan que los mecanismos disciplinares se activen para regular estos momentos comprensivos que en un primer momento y con una lectura superficial podrían parecer estar en un espacio de completa libertad para hacer lo que se quiera, sin embargo, el referente, el lenguaje, las convenciones sobre la “realidad”, garantizan la coherencia y la validación de los procesos de investigación en la ciencia de la historia y sus resultados.

La postura que estamos desarrollando en este trabajo es aquella donde la comprensión es inherente a cualquier acto comprensivo. La comprensión acompaña al historiador en sus funciones de intérprete del pasado, además es una comprensión en lo social, pero, al mismo tiempo están los procesos disciplinares desarrollados por las comunidades científicas para autorregular sus prácticas, así el conocimiento histórico sería una simbiosis entre los usos literarios y las reglas disciplinares de la institución, Georges Duby menciona: “(...) yo no invento, es decir (...), invento, pero me preocupo por fundamentar mi invención sobre los cimientos más firmes posibles, construirla a partir de huellas criticadas rigurosamente, de testimonios tan precisos y exactos como sea posible”.³⁷⁵

Para finalizar este primer capítulo queremos mencionar que una vez hecho el recorrido en estos dos planos, uno, la trayectoria de la ciencia de la historia y sus procesos disciplinares, otro, la manera en cómo los historiadores piensan su desempeño, podemos ver la confluencia del espacio social-la disciplina-el historiador como un sistema de interacciones en el que se encuentra la ciencia de la historia producto de la sociedad llamada moderna para unos, para otros, posmoderna. Nos parece que, reconocidos o no, son elementos que están presentes en la configuración del conocimiento historiográfico; son parte de sus condiciones de posibilidad.

³⁷⁴ José Antonio Bátiz *et al.*, *Reflexiones sobre el oficio del historiador*.

³⁷⁵ Georges Duby, *Diálogo sobre la historia. Conversaciones con Guy Lardreau*, p. 40.

CAPÍTULO II. APROXIMACIONES TEÓRICAS SOBRE LA SINGULARIDAD

En el capítulo anterior hemos visto que la construcción-invencción del historiador al interior de la ciencia de la historia es una constante en la trayectoria de ésta. En este proceso disciplinar hay una constitución activa del sujeto, el historiador. Si bien se mueve en juegos de verdad y su cuerpo está sometido a determinadas técnicas de sí, las relaciones de poder dan lugar a cambios, modificaciones, transformaciones; ya que son relaciones estratégicas que implican libertad para que se lleven a cabo.

En este capítulo desarrollaremos los elementos teóricos que nos permiten plantear la posibilidad de hablar de la singularidad del historiador en la escritura de la historia. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de singularidad?, ¿en qué condiciones se da?, ¿cuáles son sus características? Son algunas de las preguntas que pretendemos responder con el desarrollo de los apartados que componen esta segunda parte.

La dinámica social jamás es estática, el lenguaje es acción, la reproducción simbólica siempre se está haciendo y esto se debe en mucho a la respuesta que cada individuo genera en su condición de abiertos, contingentes, históricos; ante la interpelación del lenguaje que da lugar a un posicionamiento singular, cada uno de nosotros nos posicionamos de manera singular en el espacio social.

El ser humano está, como le gustaba decir a Sartre, “condenado a su libertad”, obligado a modificarse a sí mismo, aunque sea para ratificar su forma tradicional. Tiene ante sí la “materia” que le corresponde transformar, su propia socialidad; una materia cuya peculiaridad está en que exige de él a cada paso que la sostenga en su figura o que la ponga en otra.¹

Comenzamos con la interpelación del lenguaje que evidencia nuestra condición existencial de estar abiertos, la trayectoria que cada uno recorre es única e irrepetible, así como las distintas formas de responder, aunque éstas últimas son condicionadas por el espacio histórico social concreto en que se desenvuelve. En la trayectoria hay una transfiguración-modificación sobre todo en el caso de la búsqueda de la verdad y los distintos

¹ Bolívar Echeverría, *Definición de la cultura*, p. 61.

procedimientos ejecutados para alcanzarla, de tal manera que jamás se es el mismo, hay una transformación-transfiguración que nos va haciendo distintos de nosotros mismos.

Utilizamos el caso concreto de la ética para mostrar de qué manera acontece la apelación, tenemos que mencionar que es una perspectiva desarrollada desde la religión, sin embargo, lo que a nosotros nos interesa es ver la concreción de la apelación, el llamado a la acción y nuestra condición inevitable de generar respuestas, sean visibles o no; es el momento de lo indecible porque nada está dicho sobre la manera en que se responda. Sobre la instancia apelante depende de la perspectiva ideológica con que se mire para ponerle nombre (el lenguaje, la tradición, Dios, el espacio social, la ideología, ...), pero ese no es nuestro objetivo resolver.

Así mismo, nos interesa resaltar los vínculos preteóricos del historiador, en su función como intérprete, el lenguaje cotidiano en los que ha iniciado sus procesos de recepción, significación y reproducción simbólica, de hecho aquí es donde se inicia la interpelación, y es algo que lleva consigo a los distintos espacios socio-institucionales en que se desenvuelve. Un saber narrativo que antecede a la práctica científica y corresponde a una tradición milenaria que permite entendernos en el mundo.

2.1 LA INTERPELACIÓN Y LA TRANSFIGURACIÓN: POSIBILIDADES DE LA SINGULARIDAD

2.1.1 El lenguaje como interpelación

Así, el lenguaje es el lenguaje del ser, como las nubes son las nubes del cielo. Con su decir, el pensar traza en el lenguaje surcos apenas visibles. Son aún más tenues que los surcos que el campesino, con paso lento, abre en el campo.

Martín Heidegger

Cuando hablamos de interpelación nos referimos primeramente a lo que Martín Heidegger trabajó en el segundo momento de su pensamiento, la *Kehre*. En “El camino al habla”² menciona como todo uso del lenguaje es posibilitado por la casa del Ser, cualquier actividad humana en el lenguaje es una respuesta al Decir que nos habla, en tanto que somos lenguaje y estamos a la escucha. Todas nuestras enunciaciones son respuestas, contestamos a la interpelación del Decir.

Al despliegue de la condición existencial del historiador, donde ser es tiempo, y que corresponde al primer momento del pensamiento heideggeriano, le antecede el Decir, somos hablados por el lenguaje; es el giro *-kehre-* que da Heidegger hacia el lenguaje. Es la donación y nuestra pertenencia al Ser: “Lo oímos (*hören*) solamente porque pertenecemos (*gehören*) a él. El Decir concede la escucha del habla y, así y a la par, el hablar sólo a los que le pertenecen. En el Decir perdura tal conceder. Nos da acceso a la posibilidad de hablar. Lo esencial del habla reside en el Decir así concededor”,³ es nuestro estar en el lenguaje lo que posibilita hacer la experiencia del *Dasein*. El despliegue, la movilidad, el actuar, el desenvolvimiento se da en el lenguaje; “(...) es la palabra interpelante de la tradición, que antecede y pone en marcha la acción interpretativa del sujeto afectado por ella (...)”.⁴ Porque pertenecemos al lenguaje podemos estar a la escucha y nuestra habla

² Martín Heidegger, “El camino al habla”.

³ *Ibid.*, p. 189.

⁴ Ramón Rodríguez, “El sujeto de la apelación”, p. 31.

concedida por el hecho de estar ahí, en el claro. Este darse en la donación, lejos está del querer o poderío del ego moderno, de la representación.

Pero aquí sale a la luz lo más enigmático del caso: el hombre es porque ha sido arrojado, es decir, ex-siste contra el arrojado del ser y, en esa medida, es más que el animal *rationale* por cuanto es menos respecto al hombre que se concibe a partir de la subjetividad. El hombre no es el señor de lo ente. El hombre es el pastor del ser. En este 'menos' el hombre no sólo no pierde nada, sino que gana, puesto que llega a la verdad del ser. Gana la esencial pobreza del pastor, cuya dignidad consiste en ser llamado por el propio ser para la guarda de la verdad. Dicha llamada llega en cuanto ese arrojado del que procede lo arrojado del *Dasein*. En su esencia conforme a la historia del ser, el hombre es ese ente cuyo ser, en cuanto existencia, consiste en que mora en la proximidad al ser. El hombre es el vecino del ser.⁵

Una nada arrojada es el ser humano, donde jamás seremos dueños de nuestro ser. El *Dasein* en su condición de abierto -apertura- está a la escucha, al llamado y como algo secundario se da la experiencia y la respuesta; el fluir productivo, el desenvolvimiento de la condición existencial del historiador. Lo que tenemos en la historiografía son respuestas al Decir⁶ que se apropia de cada humano, lo único que podemos producir son enunciados-escuchantes en tanto que estamos a la escucha e interpelados por el lenguaje y desde ahí respondemos.

El advenimiento apropiador, en su percepción (*Er-äugen*) del despliegue de la esencia humana, apropia los mortales en cuanto que los pone en lo propio de lo que se le revela al hombre en el Decir, desde todas partes y *hacia* lo oculto (*zusagt*). La puesta en lo propio del hombre en tanto que "escuchante" del Decir, tiene su rasgo característico en esto que le libera a lo suyo propio, pero solamente para que, en tanto que hablante, o sea, dicente, pueda ir al encuentro y contestar al Decir desde lo que es lo suyo propio. Y esto es: el resonar de la palabra. El decir de los mortales que viene al encuentro es el responder. Toda la palabra hablada ya es siempre respuesta: contra-Decir, decir que viene al encuentro, decir 'escuchante'. La puesta en lo propio de los mortales en el Decir libera al ser humano a la usanza (*Brauch*) desde la cual el hombre está puesto en uso (*gebraucht*) para llevar el Decir insonoro a la resonancia del habla.⁷

Es nuestra situación de seres puestos en el lenguaje, somos lenguaje, somos hablados por él, cualquier enunciación proviene de la casa del Ser que es el habla. La interpelación se da

⁵ Martin Heidegger, "Carta sobre el humanismo", p. 281.

⁶ "El Decir no es de ningún modo la posterior expresión hablante de lo que viene en presencia sino que todo brillo apareciente o des-apareciente reside en el Decir mostrante. Libera cada vez lo presente a su presencia y lleva lo ausente a su ausencia. El Decir prevalece de par en par y vertebrata el libre espacio (*das Freie*) del Claro (*die Lichtung*) al que debe rendir visita todo aparecer y que debe dejar tras de sí todo des-aparecer; este Claro en el que todo venir en presencia e ir en ausencia debe entrar y mostrarse, o sea, venir a decirse". Heidegger, "El camino ...", art. cit., p.191.

⁷ *Ibid.*, p.194.

en el lenguaje, los humanos responden en tanto se está ahí, todo uso del lenguaje es respuesta a la interpelación del Decir. “Así, hablar no es simultáneamente sino *previamente* un escuchar. Esta escucha del habla precede, también y del modo más inadvertido, a cualquier otra escucha. No sólo hablamos el habla, hablamos desde el habla. Somos capaces de ello solamente porque ya *desde* siempre hemos escuchado el habla. ¿qué oímos? Oímos el hablar del habla”.⁸ Esta primacía del lenguaje, la escucha, la interpelación nos posibilita responder al llamado del Ser.

El pensar no es otra cosa que una donación del lenguaje, nuestros enunciados, las distintas maneras de “ordenar” el mundo pertenecen a la *epojé del ser* cuya representación histórica se sustrae: “Desde esta óptica, el pensamiento humano no puede ser más que la respuesta a una apelación que proviene del retraimiento del ser (...). Es un corresponder a un destinar en virtud del cual la realidad se constituye. (...) pero el destinar del ser necesita del hombre y del pensamiento para su configuración y manifestación epocal”.⁹ Sin embargo, el don ocupa del ser humano para manifestarse y en este manifestarse encontramos la singularidad, la autenticidad; como respuesta; desenvolvimiento en circunstancias específicas.

(...) sólo el camino auténtico, o sea, la puesta-en-camino apropiante en su puesta en uso, lo hace primeramente posible y necesario. Dado que el despliegue del habla como Decir mostrante descansa en el advenimiento apropiador que confía a los humanos en lo propio a la serenidad que hace posible una libre escucha, por eso la puesta-en-camino del Decir abre ella sola los senderos en los cuales meditamos tras el verdadero camino al habla.¹⁰

La experiencia hermenéutica, es nuestra apertura a esa apelación, el Decir que nos afecta por el simple hecho de ser pertenecientes. Es nuestra disposición afectiva y comprensiva como *Dasein* fuera de cualquier control, se da por el hecho de pertenecer. La condición existencial del historiador como proyecto se despliega en el lenguaje. Finalmente, es algo secundario lo que a nosotros nos interesa en este trabajo, este siendo, *ipse*, histórico que se va dando; el ser sí mismo *-selbsheit-*. El historiador en su condición de proyecto va siendo, como existencia abierta hacia adelante. Se da la experiencia del tiempo en el lenguaje. El

⁸ *Ibid.*, p. 189.

⁹ Ramón Rodríguez, “Historia del ser y filosofía de la subjetividad”, p. 44.

¹⁰ Heidegger, “El camino ...”, art. cit., p. 194.

movimiento de la vida acontece en la temporeidad como despliegue del sido, siendo y por ser; el dinamismo de la vida en el que a cada proyecto le resulta su propia trayectoria; singularidad-autenticidad.

Sobre el advenimiento apropiador en el conocimiento científico y la instrumentalización del lenguaje como representación, lo que se tiene son usos del lenguaje controlados “metalenguaje”. Hay un olvido u omisión del Decir, del camino del habla y la donación que se da en el abrir camino. De lo que se trata en la ciencia es de ofrecer modelos que establezcan las enunciaciones, garanticen, aseguren y validen, de ahí el énfasis en proporcionar a los científicos el lenguaje “adecuado”, los límites, para poder llevar a cabo sus configuraciones discursivas. Las respuestas están controladas por el mismo juego planificado,¹¹ habla el lenguaje del hombre que instrumentaliza, que crea dispositivos para obtener respuestas-resultados anticipados; nada más lejano del camino al habla y del advenimiento apropiador que pertenece al Decir; la casa del Ser.

Un pensamiento que piensa en pos del advenimiento apropiador tan sólo puede conjeturarlo, sin embargo, puede hacer ya la experiencia del mismo en la esencia de la técnica moderna que se denomina por el aún desconcertante nombre de *Ge-stell*, Dispositivo. En la medida en que el dispositivo desafía al hombre, o sea, lo reta a atender (*bestellen*) a todo lo presente como un inventario técnico, la unidad de todos los modos de puesta en posición –el Dispositivo– se despliega según el modo del advenimiento apropiador y esto de tal manera que al mismo tiempo disimula (*verstellen*) a este último porque todo cometido (*Bestellen*) se ve remitido al pensamiento calculador y así habla el lenguaje del Dispositivo. El habla está desafiada a corresponder en todos los sentidos a la disponibilidad (*Bestllbarkeit*) técnica de todo lo presente.¹²

Es por eso que en nuestro trabajo intentamos hacer mención de esta condición del historiador, y de todo humano, morar en la casa en la casa del Ser. La inclusión del lenguaje preteórico y el mundo de la vida responde precisamente a la desvinculación que hay del “lenguaje natural” o lenguaje ordinario de la práctica historiográfica y que Walter Benjamin reconoce en ensayo sobre *El narrador*¹³. Toda posibilidad de enunciación en cualquier

¹¹ “El dispositivo –el despliegue de la técnica que gobierna en todas partes– ordena para sus fines (*bestellt sich*) el lenguaje formalizado, aquella clase de información en virtud de la cual el hombre está con-formado, o sea, instalado en la esencia técnica-calculadora abandonando poco a poco el ‘habla natural’”. *Ibid.*, p.196.

¹² *Idem.*

¹³ Walter Benjamin, *El narrador*.

espacio social es una donación del Decir, por el hecho de pertenecer somos apropiados y participes. El historiador no es dueño de sus palabras, son una manifestación de su trayectoria, de su desenvolvimiento en el lenguaje; la operación historiográfica¹⁴ y todo uso del lenguaje son esos tenues surcos trazados en la casa del Ser, el camino al habla; en el Decir.

Puesto que nosotros, los hombres, para ser lo que somos, seguimos perteneciendo al despliegue del habla y que, por ello, jamás podremos salirnos de él para abarcarlo desde algún otro lugar, tenemos el despliegue del habla en vista sólo en la medida en que el habla misma nos tiene en vista, en la medida en que se nos ha apropiado. (...) nosotros los puestos en uso y los necesitados para el hablar del habla (*die zum Sprechen der Sprache Gebrauchten*), moramos en tanto que mortales.¹⁵

La estructura existencial del *Dasein* sólo puede desenvolverse como la apropiación que hace el lenguaje de nosotros. Si bien, en el “segundo” Heidegger encontramos una hipostatización del lenguaje, en *Ser y tiempo*¹⁶ forma parte de los otros existenciales que estructuran la existencialidad del *Dasein*; disposición afectiva y comprensión. El lenguaje como existencial tiene una función constitutiva del “ser ahí”, en tanto que estamos puestos y abiertos, escuchamos: “En cuanto estructura existencial del ‘estado de abierto’ del ‘ser ahí’ es el habla algo constitutivo de la existencia de éste. Al hablar le son inherentes como posibilidades el oír y el callar. Únicamente en estos fenómenos se hace del todo clara la función constitutiva del habla para la existencialidad de la existencia”.¹⁷

La disposición afectiva, otro existencial, también evidencia nuestra condición de abiertos. Estamos, nos encontramos en esta situación emocional: “El estado de ánimo ‘cae sobre’. No viene de ‘fuera’ ni de ‘dentro’, sino que como modo del ‘ser en el mundo’ emerge de este mismo. (...) *El estado de ánimo ha ‘abierto’ en cada caso ya el ‘ser en el mundo’*”

¹⁴ En “El origen de la obra de arte” toda actividad del *Dasein* es un darse, el pensar es un trabajo, un producir artístico, arte. En este hacer el arte mismo simboliza: “El artista y la obra son en sí mismos y recíprocamente por medio de un tercero que viene a ser lo primero, aquello de donde el artista y la obra de arte reciben sus nombres: el arte”.¹⁴ El origen de la obra de arte y el artista es el arte mismo, si bien Heidegger está pensando en la obra de arte, nosotros lo llevamos al caso de la historia, el historiador y la historiografía. Martín Heidegger, “El origen de la obra de arte”, p. 11.

¹⁵ Heidegger, “El camino ...”, art. cit., p. 198.

¹⁶ Martin Heidegger, *El ser y el tiempo*.

¹⁷ *Ibid.*, p. 180.

como un todo y hace por primera vez posible un 'dirigirse a (...)'.¹⁸ El *Dasein* se encuentra en estos estados de ánimo que le revelan su condición de arrojado: angustia, aburrimiento, miedo, la muerte. El estar en disposición afectiva hace posible proyectar hacia adelante, actuar.

Es importante mencionar que estos existenciales se dan, por el hecho de "ser ahí", estar "abierto", ni siquiera se ocupa que reflexivamente el *Dasein* se de cuenta que esa es su condición, sólo se dan por el hecho de "ser ahí". Para el caso de la comprensión Heidegger menciona que: "Este 'saber' no procede ni siquiera de una percepción inmanente de sí mismo, sino que es inherente al ser del 'ahí', que es esencialmente comprender".¹⁹

Así las cosas, el *Dasein* sólo puede responder, pero este poder ni siquiera es voluntario, decisión libre de si quiere o no quiere poder: "Lo que se puede en el comprender en cuanto existencial no es ningún 'algo', sino el ser en cuanto existir. En el comprender reside existencialmente la forma del 'ser ahí' como 'poder ser'".²⁰ Este "poder ser" Lejos está de la perspectiva filosófica occidental del conocimiento a través de los sentidos, intuición, el pensamiento; y más aún del sujeto fundante, el científico que objetiva el mundo de la filosofía moderna. "Intuición y 'pensamiento' son ambos derivados ya lejanos del comprender",²¹ el comprender existencial es posibilidad, es proyección.

La posibilidad en cuanto existencial no significa el "poder ser" libremente flotante en el sentido de la *libertas indifferentiae*. En cuanto esencialmente determinado por el encontrarse, es el "ser ahí" en cada caso ya sumido en determinadas posibilidades; en cuanto es el "poder ser" que él *es*, ha dejado pasar de largo otras; constantemente se da a las posibilidades de su ser, las *ase* y las *marra*.²²

El "ser ahí" siempre se está proyectando, en movimiento, "hacia adelante", se detiene con la muerte; aclaramos que este proyectar no corresponde a la instrumentalización y control del tiempo propio del hombre moderno, Heidegger menciona al respecto: "El proyectar no

¹⁸ *Ibid.*, p. 154.

¹⁹ *Ibid.*, p. 162.

²⁰ *Ibid.*, p. 161.

²¹ *Ibid.*, p. 165.

²² *Ibid.*, p. 161.

tiene nada que ver con un conducirse relativamente a un plan concebido con arreglo al cual organizaría su ser el 'ser ahí', sino que éste, en cuanto tal, se ha proyectado en cada caso ya, y mientras es, es proyectante".²³ Es en este proyectar donde podemos ver que ser es tiempo, en tanto que le acontece al *Dasein* el sido-siendo-que será, su temporeidad que se va desplegando; el movimiento de la vida.

La condición existencial del *Dasein*, su historicidad, sólo puede llevarse a cabo en el lenguaje, la interpelación es la posibilidad. El historiador al encontrarse en esta dinámica existencial, estar abierto, en una disposición afectiva y comprensiva deja marcas en la escritura que realiza y que está vinculada a las respuestas que genera al ser interpelado, ya sea por la institución, el mundo social y simbólico en el cual va siendo.

a) Condiciones de la interpelación según Ramón Rodríguez

Previo a cualquier actuar, la interpelación, nos permite indicar en dónde radica la posibilidad a partir de la cual podemos hablar de singularidad, como un efecto del proceso de nuestra condición de estar abiertos e interpelados por estructuras y lenguaje. Habría que empezar por decir que la interpelación no está en el sujeto²⁴ y con ello nos desmarcamos de la concepción del sujeto autosuficiente, autónomo, creador, fundante. El sujeto de la interpelación es: "(...) una alteridad que, como veremos, a pesar de permanecer en un absoluto afuera, está implicada en el devenir sujeto del sujeto".²⁵ Ramón Rodríguez en su artículo "El sujeto de la apelación"²⁶ postula los elementos que hacen factible hablar de este sujeto de la apelación asociándolo con la expresión de Jean-Luc Marion "(...) el que viene después del sujeto".²⁷ Rodríguez, retomando a Heidegger, sitúa en el lenguaje, el Decir, el lugar de la apelación: "Esa invocación que reúne las cosas en su diferencia, ese diferir

²³ *Ibid.*, p. 163.

²⁴ "(...) la dependencia que marca la apelación lo es respecto de algo otro, de una alteridad absoluta, indomeñable, no de ningún ámbito que radique en el "territorio" del sujeto (el propio cuerpo, por ejemplo, las pulsiones inconscientes, etcétera) y que éste pudiera, mediante técnicas diversas, apropiarse y convertirlo en algo suyo". Rodríguez, "El sujeto ...", art. cit., p. 24.

²⁵ *Idem.*

²⁶ *Ibid.*, pp. 21-39.

²⁷ *Ibid.*, p. 25.

originario, es para Heidegger el Decir primordial, el decir por antonomasia (...). La esencia del hablar humano es entonces un responder, un corresponder con la escucha de la llamada del Decir”.²⁸ La alteridad está afuera, lo que corresponde al sujeto es escuchar, esta escucha no es voluntaria, se da, y puede haber respuesta o no, en tanto que muchos pueden escuchar y no actuar, aunque nosotros sostenemos que aún sin actuación, hay un proceso de afectación. “Todos los datos esenciales del modelo apelativo como situación inicial se encuentran aquí: el puro hecho de una alteridad que me alcanza, que me dice y con ello me ofrece algo sin necesidad de un contexto previo de sentido compartido, actitud pasiva de escucha, surgimiento del yo a partir del *me* (acusativo) que se reconoce señalado por la apelación”.²⁹

Para que la apelación se lleve a cabo son necesarias condiciones básicas, Rodríguez enumera tres: estar abierto a la llamada, es decir, sentirse aludido, se parte de un grado cero que es *nada*, en tanto que es el sólo hecho de ser apelado, desnudo sin contenido previo; segundo, una respuesta sea cual fuere pues sólo se trata de dar pie al “desenvolvimiento” del siendo, esto da lugar a “una iniciativa con decisión libre” donde lo imprevisible es posible; y, tercero, una recepción-afectación que implica un mínimo grado de saberse apelado:

1 (...) que la interpelación sea recibida como lo que es una llamada a hacer algo o seguir una dirección (...) que la apertura sea a un ámbito de posibilidad (...) la apelación *originaria* sólo puede pensarse como no determinada, sin transmitir *un* mensaje; reclamando del interpelado la apertura trascendental a todo posible aparecer, incluso de lo que quedaría fuera de las condiciones de nuestro contexto, lo imprevisible (...) llamada del ámbito abierto del ser, o del puro darse del fenómeno a que el “sujeto” interpelado se vincule a él.

2 Una respuesta que ha de llevar consigo una iniciativa libre del interpelado, en el sentido en que la apelación carece de sentido si se la entiende al modo de estímulo que provoca automáticamente la respuesta. La apelación es apelación porque se dirige a alguien que oye y que puede aceptar o rechazar la llamada. Lo cual significa que el interpelado puede *iniciar* (como respuesta, no se trata de un inicio absoluto) una conducta y hacerlo en el sentido requerido o no. (...) iniciativa con decisión libre es una condición del interpelado que la interpelación implica, es decir, que no es instituida ni puesta por ella,³⁰ aunque sin ella no se

²⁸ *Ibid.*, p. 30.

²⁹ *Ibid.*, p. 26.

³⁰ Rodríguez menciona que para Louis Althusser la apelación está al servicio de la ideología y por tanto sólo se da una reproducción del sistema: “Althusser lleva a cabo esa crítica (a la subjetividad moderna y su papel) mediante la operación sutil de considerar la interpelación como el mecanismo

revelaría, no pasaría a ejercerse como tal. La originariedad de la apelación consistiría entonces en eso: no en hacer ser, sino en hacer aparecer determinadas condiciones en el interpelado e instituir otras.

3 Un sí mismo incipiente, una cierta reflexividad propia.³¹

La apelación es la posibilidad de generar acción, es una acción impulsada por una invitación en la que se está por el hecho de ser perteneciente y escuchar, es libre en el sentido que sólo le atañe a él realizar cualquier actividad o no. La respuesta jamás es anticipada. Es el mínimo necesario para comenzar el juego. Es desde la hermenéutica que se plantea la apelación como una condición necesaria pre-subjetiva que antecede a cualquier procedimiento para generar acción.

Visto desde este ángulo, el valor de la hermenéutica es que ha radicalizado de manera implícita, a través de la apelación, el papel ineludible de una figura “pre-subjetiva” del individuo humano en el proceso de comprensión. Pues en vez de pensarle como el puro sujeto epistemológico de una objetividad descolorida, lo ha situado como actor indispensable del acontecer de la tradición y de la verdad.³²

Actor en el sentido que genera una respuesta ante la instancia que le interpela: la tradición como movimiento desde la hermenéutica. La tradición implica las condiciones y las posibilidades en que se da el desenvolvimiento del interpelado, la interpelación abre un espacio y hace evidente que la reproducción pasiva o identificación absoluta es imposible en tanto que en la respuesta está lo impredecible, así como un estar puestos en una situación en la que todos estamos llamados en tanto que todos somos interpelados. La interpelación funciona en un sistema de códigos y las respuestas se generan posibilitados por éste, sin embargo, determinar la respuesta en una correspondencia absoluta es imposible, la interpelación está abierta a cualquier posibilidad de acción.

*El sentido fundamental de la apelación es reconocer esa distancia, esa diferencia irreductible que registra toda su estructura; la que existe entre la instancia que apela y un apelado que, al estar trascendentalmente abierto, no puede identificarse con ella, y la que existe entre el apelado y él mismo en virtud de su autorreferencia y de su iniciativa libre, que impiden una identidad completa con lo que él ya es.*³³

esencial con el que funciona el sistema total de la ‘ideología’, pasando, por tanto, de ser la palanca crítica que destituye al sujeto, al concepto de lo que le instituye y consolida”. *Ibid.*, p. 37.

³¹ *Ibid.*, p. 34.

³² *Ibid.*, p. 36.

³³ *Idem.*

Es en esta “diferencia irreductible” que se da entre la instancia interpelante: espacio social, institución, *aprioris* históricos, lenguaje, y la figura del interpelado, el *Dasein*, que va siendo en las respuestas que va generando cada vez que es interpelado, donde podemos argumentar la existencia de la singularidad que va aconteciendo en cada uno de nosotros en nuestra trayectoria temporal.

2.1.2 La ideología como interpelación

Por otra parte, Louis Althusser en su obra *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*,³⁴ también se refiere a la interpelación, su perspectiva es concreta-histórica (aunque hacia el final de su trabajo menciona que “la ideología es eterna”) en tanto que la respuesta que se genera es “puesta” por la ideología: “Sugerimos entonces que la ideología ‘actúa’ o ‘funciona’ de tal modo que ‘recluta’ sujetos entre los individuos (los recluta a todos), o ‘transforma’ a los individuos en sujetos (los transforma a todos) por medio de esta operación muy precisa que llamamos *interpelación*, (...)”.³⁵ La ideología es entendida como mecanismo de control, al servicio de la clase dominante, posibilita la reproducción de las relaciones de producción, es la que se encarga de garantizar la constitución de los sujetos y que estos se sientan identificados con la dinámica social. La ideología es un mecanismo persuasivo, “invisible”, no nos damos cuenta del control que ejerce en nuestros cuerpos, sólo nos identificamos y reproducimos: “La realidad de ese mecanismo, aquella que es necesariamente desconocida en las formas mismas del reconocimiento (ideología = *reconocimiento/desconocimiento*) es efectivamente, en última instancia, la reproducción de las relaciones de producción y las relaciones que de ella dependen”.³⁶

La ideología es una ficción que controla los cuerpos y asegura la reproducción social, en la perspectiva de Althusser. Dicha ideología muestra a los humanos los elementos en los que pueden reconocerse o distanciarse, genera identidad, a partir de los cuales éstos configuran sus conductas. A pesar de la naturaleza imaginaria de la ideología logra funcionar y ser

³⁴ Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*.

³⁵ *Ibid.*, p. 39.

³⁶ *Ibid.*, p. 46.

efectiva en tanto mecanismo creado para generar respuestas predecibles en los seres humanos. Su carencia de realidad no impide que los hombres se hagan una representación del mundo en correspondencia con la ideología porque ésta les antecede.

Ahora bien, repito aquí una tesis que ya he anticipado: no son sus condiciones reales de existencia, su mundo real, lo que los “hombres” “se representan” en la ideología sino que lo representado es ante todo la relación que existe entre ellos y las condiciones de existencia. Tal relación es el punto central de toda representación ideológica y por lo tanto imaginaria del mundo real. En esa relación está contenida la ‘causa’ que debe dar cuenta de la deformación imaginaria de la representación ideológica del mundo real. O más bien, para dejar en suspenso el lenguaje causal, es necesario emitir la tesis de que es *la naturaleza imaginaria* de esa relación la que sostiene toda la deformación imaginaria que se puede observar (si no se vive en su verdad) en toda ideología.³⁷

Vivimos en ficciones, en la ideología. La representación ideológica nos interpelara a los individuos para que nos constituyamos en sujetos, ya siempre estamos puestos en la ideología y ésta nos llamara a “hacer lo que nos corresponde”; nadie puede vivir fuera de la ideología. “(...) toda ideología tiene por función (función que la define) la ‘constitución’ de los individuos concretos en sujetos”.³⁸ En esta perspectiva la constitución del sujeto sólo puede darse en los parámetros establecidos, validados y garantizados por la clase dominante, que posee los medios de producción y se sirve de la ideología. Cualquier otra forma de vida fuera de la ideología resulta una quimera.

Esas palabras prueban que es *necesario* que sea así, para que las cosas sean como deben ser, digámoslo ya: para que la reproducción de las relaciones de producción sea asegurada cada día (incluso en los procesos de producción y circulación) en la “conciencia”, o sea, en el comportamiento de los individuos sujetos que ocupan los puestos que la división socio-técnica del trabajo les ha asignado en la producción, la explotación, la represión, la ideologización, la práctica científica, etc.³⁹

Nuestra condición de seres interpelados, visto desde la ideología, nos lleva a la mecanización, el control y a responder a ésta a través de la interpelación en el sentido que ella quiere. Sin embargo, nos parece que la dinámica social, la respuesta de los sujetos, el cambio, las rupturas no son tan controlables ni tan predecibles porque precisamente lo que escapa es garantizar cómo será la respuesta, con todo y sus rangos de probabilidad. En todo

³⁷ *Ibid.*, p. 31.

³⁸ *Ibid.*, p. 37.

³⁹ *Ibid.*, p. 46.

caso, lo que consideramos esencial es nuestra condición de interpelados que nos antecede e imposibilita cualquier noción de sujeto como fundamento. Siempre estamos siendo interpelados por la ideología y siempre nos estamos constituyendo como sujetos que respondemos a la reproducción social, pero no es un sistema cerrado dado que la respuesta siempre esta abierta, es contingente.

La ideología interpela, por lo tanto, a los individuos como sujetos. Dado que la ideología es eterna, debemos ahora suprimir la forma de temporalidad con que hemos representado el funcionamiento de la ideología y decir: la ideología ha siempre-ya interpelado a los individuos como sujetos; esto equivale a determinar que los individuos son siempre-ya interpelados por la ideología como sujetos, lo cual necesariamente nos lleva a una última proposición: *los individuos son siempre-ya sujetos*. Por lo tanto los individuos son “abstractos” respecto de los sujetos que ellos mismos son siempre-ya.⁴⁰

La función de la ideología es muy similar a la función de interpelación que tiene el lenguaje en Heidegger. Nos ayuda a pensar y reconocer las condiciones previas a la existencia del historiador, y de cualquier humano, que posibilitan su “desplegar”; ya sea el lenguaje, la ideología, las estructuras, la tradición, lo que defendemos es la historicidad del *Dasein* como respuesta, en su condición de abierto: “(...) no escapa ningún comportamiento humano, ni siquiera el científico-crítico. Todo acto humano de comprensión se inscribe en esta historicidad básica”.⁴¹

2.1.3 La interpelación desde lo ético

Darle forma a la interpelación y a la singularidad nos lleva a buscar un espacio concreto donde se puede manifestar.⁴² Como ya vimos es en el lenguaje y el espacio social

⁴⁰ *Ibid.*, p. 40.

⁴¹ Rodríguez, “Historia ...”, art. cit., p. 40.

⁴² “(...) la fe designa a un sujeto que sobreviene en una unicidad radical. Ahora bien, ¿qué es esta unicidad, sino el momento en que el otro escapa del espejo de mí mismo y del mundo exclusivo del semejante para sobrevinir en la irreductibilidad de su ser? En virtud de ello, la unicidad constituye siempre el momento en que el sujeto se convierte en un enigma, es decir, en un ser que se sitúa más allá de toda identificación posible”. Jean-Daniel Causse, *El don del agapé. Constitución del sujeto ético*, p. 126.

condicionantes básicas así como estar abierto a la escucha. Utilizaremos a la ética y el ejemplo de la situación límite de Abraham al ser interpelado.

La ciencia de la historia narra a los seres humanos en el tiempo, toda acción comunicativa sobre el pasado lleva una interpelación de quien recibe el mensaje. La escritura de la historia “arrastra” una valoración implícita de quien la práctica. Esta afición al pasado del presente, es una invitación a reflexionar sobre la responsabilidad que el historiador tiene al ejercer su profesión; una ciencia que al igual que las demás ciencias cosifica sus objetos y que, por regla general, se “olvida” de las marcas singulares que corresponden a cada enunciación así como a su afectación. No es un proceso comunicativo pasivo, de entrada habría que decir que hay una relación de poder del presente con el pasado, aunque también cabe preguntar ¿cuál es el tipo de relación del pasado con el presente, también es de poder, o por qué le concedemos importancia?

En este apartado nos interesa abordar cómo desde el acto ético se participa de una singularidad que surge en la interpelación; en nuestra relación con los otros, intersubjetividad, siempre estamos siendo invitados a la acción, es en la dinámica social donde constantemente desarrollamos y manifestamos nuestra singularidad ante los distintos eventos en los que nos vemos involucrados.

Habría que hacer una aclaración y un desplazamiento, hay un abandono a la noción de sujeto ético vinculada a la persona disciplinada que cumple la norma moral como un imperativo categórico ahistórico prescindiendo de la reflexividad y la situación histórica concreta que caracteriza la singularidad que estamos proponiendo y la posibilidad que permite su manifestación, en relación a esto Silvia Bleichmar opina:

(...) lo que me interesa es contraponer el sujeto ético al sujeto disciplinado (...) El sujeto disciplinado no es el sujeto ético. Más aún: no se puede seguir discutiendo acerca de la “puesta de límites”, sino acerca de las legalidades que constituyen al sujeto. El problema no reside en el límite, sino en la legalidad que lo estructura, lo pauta. Nosotros tenemos herramientas para volver a pensar hoy cómo se constituye un sujeto, que, inscripto en legalidades, sea al mismo tiempo capaz de constituir una ética más allá de ellas.⁴³

⁴³ Silvia Bleichmar, *La construcción del sujeto ético*. p. 17.

Es necesario girar y crear otros espacios que nos permitan establecer nuevos enfoques que potencialicen la actividad ética a través de la inclusión reflexiva y el planteamiento del don, el llamado, en cada uno de nosotros que configura nuestra condición singular histórica. En cada acto, en cada juicio moral, en cada posicionamiento ante el otro, ante el mundo trae consigo la posibilidad de una ética en el por-venir, abierta y sin clausura, una ética que va más allá de todo formalismo institucional permitiendo que en cada decisión se genere y actualice la singularidad que se va dando.

Cuando el historiador evoca el pasado abre mundos de vida en el tiempo, tiende puentes, conexiones entre el presente y el pasado, está creando vínculos entre los seres humanos a través de los tiempos, el establecimiento de estos lazos permiten que nos veamos como parte de un todo: la humanidad. Asignamos distintas funciones a los acontecimientos en el pasado, lo cosificamos. Cuando pensamos en las implicaciones éticas de la práctica discursiva cabe la pregunta ¿sabe el historiador que su escritura no es ingenua y que están sus marcas ético-morales implícitas en sus procedimientos metodológicos, narrativos y de divulgación?

La escritura de la historia, la actividad del historiador, pone en circulación la enunciación de los otros en el tiempo, despliega el estar de los seres humanos en el tiempo:

En esencia, para Dilthey, la vida es histórica y la historia es la vida misma, la totalidad de la humanidad. La vida no sólo forma parte de la historia; está en la historia; tiene historia; es historia. La historia es un complejo de relaciones vitales, un cúmulo de vivencias. Para captarlas, el historiador tiene que hacerlas suyas, re-vivirlas. En este acto, establece la conexión entre los hechos y los transforma de acuerdo con sus propias vivencias.⁴⁴

Al igual que en el ejercicio ético cotidiano así como en nuestras decisiones y actuaciones estamos constantemente valorando y posicionándonos en el mundo, desarrollando singularidad, de la misma forma ocurre con nuestras configuraciones sobre el pasado, como historiadores realizamos los trazos, las marcas cuyo significado no controlamos pero si disputamos, nuestros enunciados están a la deriva, retomando a Lacan: “(...) al otorgar el primado al significante, ha dado cuenta de una experiencia en la que el ser humano

⁴⁴ Marialba Pastor, “Wilhelm Dilthey: las ‘experiencias vitales’ y la historia”, p. 139.

transmite con las palabras algo que no sabe; pone en circulación lingüística palabras (aunque también gestos, entonaciones, sonidos, fragmentos de imágenes, etc.) cuyo control no posee y cuyo destino desconoce”.⁴⁵

La interpelación de lo ético parte de la premisa de que todos estamos llamados, interpelados a actuar, en este caso lo llaman el don *-agapé-*. *Agapé* es una invitación a desarrollar singularidad en cada momento que somos interpelados a decidir y actuar: “La ética del don no es un olvido de sí mismo, en el sentido sacrificial del término, sino operación que se realiza sin que lo sepa el mismo sujeto en el acto mismo de la donación. Se despliega en lo secreto, porque nadie sabe verdaderamente la palabra o el gesto que ha hecho el bien, es decir, quién ha podido enderezar, confortar o serenar la vida del otro”.⁴⁶ Sabemos de lo arriesgado que es el uso de este vocabulario con una carga semántica religiosa, sin embargo, nos interesa lo indecible y abierto que se encuentra el ser humano, y como en el llamado se generan respuestas imprevisibles en el por-venir.

El don, *agapé*, conlleva un llamamiento a actuar; cada uno en su singularidad es partícipe. Implica pasividad y actividad a la vez. Pasividad porque no es algo que generemos nosotros por sí mismos, y actividad porque da pie a tomar decisiones, respuesta-acción, el espacio donde se desarrolla la singularidad. Se actúa. Un ejemplo bíblico es Abraham, en él la situación representa el espacio donde se forma la singularidad de la persona.

a) Un ejemplo límite: Abraham

Cuando Dios pide a Abraham sacrifique a su hijo Isaac, la situación confronta a Abraham y a nadie más. No está dicho que deba hacer, la tradición no registra casos similares, justo aquí nosotros pensamos en el por-venir abierto que permite que lo impensable e impredecible acontezca, en la respuesta que cada uno generará a partir de la interpelación, además que en nuestro actuar cotidiano la regla no es la radicalidad de las situaciones, sin

⁴⁵ Causse, *op. cit.*, p. 73.

⁴⁶ *Ibid.* p. 72.

embargo lo que si hacemos constantemente es generar respuestas. Corresponde a Abraham responder; sólo le atañe a él actuar, “(...) es una brecha en el corazón de la ética, una suspensión, la que lleva a cabo el nacimiento de un sujeto ético y la que permite recuperar toda la grandeza de una ética como tarea cotidiana”,⁴⁷ estamos constantemente siendo interpelados, nuestras reacciones al llamado son prueba de ello.

En un comentario a *Temor y temblor*, Jacques Derrida subraya que Abraham supo sostener “su responsabilidad última, su injustificable y secreta responsabilidad ante Dios”, caracterizada por la imposibilidad de explicar su decisión y por la soledad en que debe tomarla: “Del mismo modo que nadie puede morir en mi lugar, nadie puede tomar en mi lugar una decisión, lo que se dice una decisión” (...).⁴⁸

Cuando nadie más puede estar en el lugar del otro, cuando la suspensión ética pasa por la responsabilidad de cada uno de nosotros, acontece la singularidad de lo humano. El caso de Abraham es extremo, ciertamente, pero permite rastrear el momento en que acontece la singularidad de la que todos somos partícipes, sólo que en casos diferentes y la radicalidad puede ser menor o mayor. La contraparte de la manifestación de singularidad es la asimilación de la norma, actuar por imitación como siempre se ha hecho, dejar que la normativa social y los determinismos sociales, se apropien de nuestras acciones sin permitirnos una reflexión sobre lo que hacemos.

Bultmann, el cual señala, en efecto, que la simple obediencia a una norma formal vacía el acto de su capacidad subjetiva, en la medida en que, simplemente obedeciendo, el sujeto puede perfectamente seguir siendo exterior a su acto (...). Esta desubjetivación es la que amenaza incesantemente nuestra relación con el mundo de las normas, siendo así que el problema, en el marco de una ética común, consiste en seguir siendo dueño del propio acto, es decir, fiel al sujeto en que uno se ha convertido en el momento de la suspensión de la ética.⁴⁹

Generalmente se cree que la normativa social debe imperar, puesto que ya está dicho cómo se debe actuar, el consenso social, los usos y costumbres: tradición que de alguna manera “determina” lo que deben hacer las personas, la primacía siempre es optar por la acción que representa el bien en sí mismo. Para nuestro planteamiento esto implica la anulación del

⁴⁷ *Ibid.* p. 130.

⁴⁸ *Ibid.* p. 131.

⁴⁹ *Ibid.* p. 132.

momento en que se da el dilema ético, “la suspensión de la ética” y por ende la eliminación de todo proceso “auténtico” de respuesta; el espacio del por-venir generado en el sujeto que ha de tomar la decisión ante la disyuntiva de la situación, el momento de la subversión y desafío a la ley absoluta y la celebración de la inestabilidad normativa;⁵⁰ la manifestación de nuestra condición de abiertos donde nada está dicho.

Sin lugar a dudas el acto ético es posibilitado en el lenguaje, en lo social, en la interacción con los otros, las condiciones estructurales; “(...) pero este complejo conjunto no debe hacer desaparecer al *sujeto del acto*, al que, por el contrario, conviene requerir (...)”.⁵¹ Cada quien ha de hacerse responsable y dueño de lo que le corresponde, una vez que ha pasado por la suspensión ética: su experiencia, su temporalidad, su singularidad, su vida. Es en este espacio ético, a la par de otros espacios sociales, en el que nos vamos haciendo y la singularidad que ahí se genera lo que está presente en la escritura de la historia. Cuando el historiador escribe sobre los humanos en el tiempo está implícita la interpelación en los múltiples procesos de valoración que realiza en el trayecto de su investigación científica.

2.1.4 La transfiguración

Partimos de la interpelación como grado cero, un grado cero revestido de lenguaje, estructuras, instituciones, etc., necesarios para hacer factible cualquier desenvolvimiento. Para el caso específico del conocimiento, de la ciencia moderna y de la ciencia de la historia-historiador utilizaremos los estudios de Michel Foucault: *La hermenéutica del sujeto*⁵² donde trabaja las relaciones entre Verdad-Subjetividad. La noción de transfiguración del sujeto como el procedimiento al que ha de someterse el sujeto que busca la verdad nos ayuda a entender y compararlo con lo que le acontece al historiador en la institución y los procedimientos de la disciplina como interpelación y respuesta: “es preciso

⁵⁰ “¿Cómo permanecer fiel a ese instante de suspensión de la ética que permite entrar en una perseverancia ética? Mediante una postura subjetiva específica, próxima a lo que Denis Müller llama ‘la necesidad ética de la inestabilidad normativa’, que supone una norma no convertida en un absoluto, siempre susceptible de enfrentamiento y de subversión teológica”, *Ibid.*, p. 131.

⁵¹ *Ibid.*, p. 132.

⁵² Michel Foucault. *La hermenéutica del sujeto. Curso del Collège de France (1982)*

que el sujeto se modifique, se transforme, se desplace, se convierta, en cierta medida y hasta cierto punto, en distinto de sí mismo para tener derecho al acceso a la verdad. La verdad sólo es dada al sujeto a un precio que pone en juego el ser mismo de éste”.⁵³ Lo siguiente es plantear bajo qué elementos concretos se desenvuelve el historiador, cómo funcionan las tecnologías del yo y la inquietud de sí mismo en este proceso de transfiguración en el que el sujeto se convierte en distinto de sí mismo.

Foucault hace una revisión de cómo se ha entendido la relación entre procesos de subjetivación y la búsqueda de la verdad en la cultura de Occidente, pone en evidencia la primacía del *gnothi seauton* (conócete a ti mismo) y el olvido de la *epimeleia heautou* (inquietud de sí mismo), al respecto menciona: “Me parece que el ‘momento cartesiano’, una vez más con un montón de comillas, actuó de dos maneras. Actuó de dos maneras al recalificar filosóficamente el *gnothi seauton* (conócete a ti mismo) y descalificar, al contrario, la *epimeleia heautou* (inquietud de sí).⁵⁴ Esta última rescata el lugar del sujeto en la búsqueda de la verdad y las prácticas de sí que lo han de llevar a la modificación de sí mismo. Las implicaciones que tiene el uso para él del término *epimeleia heautou* las engloba de la siguiente manera:

En primer lugar, el tema de una actitud general, una manera determinada de considerar las cosas, de estar en el mundo, realizar acciones, tener relaciones con el prójimo. La *epimeleia heautou* es una actitud: con respecto a sí mismo, con respecto a los otros, con respecto al mundo.

En segundo lugar, la *epimeleia heautou* es también una manera determinada de atención, de mirada. Preocuparse por sí mismo implica (...) trasladar la mirada, desde el exterior, los otros, el mundo, etcétera, hacia ‘uno mismo’. La inquietud de sí implica cierta manera de prestar atención a lo que se piensa y lo que sucede en el pensamiento.

En tercer lugar, la noción de *epimeleia* no designa simplemente esa actitud general o forma de atención volcada hacia uno mismo. La *epimeleia* también designa, siempre, una serie de acciones, acciones que uno ejerce sobre sí mismo, acciones por las cuales se hace cargo de sí mismo, se modifica, se purifica y se transforma y transfigura.⁵⁵

Retomar la *epimeleia heautou* (inquietud de sí mismo) nos posibilita entender al historiador como sujeto que se modifica, se purifica y se transforma y transfigura en el proceso de

⁵³ *Ibid.*, p. 31.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 29.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 26.

investigación, en la búsqueda de la verdad. Es a través de las distintas tecnologías del yo que se han desarrollado históricamente y con ello los procesos de subjetivación, donde la reflexividad sobre uno mismo y la acción que se genera a partir de éstos, nos es posible plantear la singularidad como la respuesta que cada uno de nosotros produce en los procesos de transfiguración.

(...) con esta noción de *epimeleia heautou* tenemos todo un corpus que define una manera de ser, una actitud, formas de reflexión, prácticas que hacen de ella una especie de fenómeno extremadamente importante, no sólo en la historia de las representaciones, no sólo en la historia de las ideas o las teorías, sino en la historia misma de la subjetividad o, si lo prefieren, en la historia de las prácticas de la subjetividad.⁵⁶

Otra noción que va de la mano con *epimeleia heautou* al centrar la atención en el ser del sujeto es la espiritualidad. La espiritualidad engloba los aspectos que conciernen a la transformación del sujeto; ‘las tecnologías del yo’ como los medios o mecanismos a través de las cuales se realiza la búsqueda de la verdad, la búsqueda implica seguir un procedimiento establecido, el seguirlo y transfigurarse, ser distinto de sí mismo, es el precio a pagar por tener acceso a la verdad.

Se denominará ‘espiritualidad’, entonces, el conjunto de esas búsquedas, prácticas y experiencias que pueden ser las purificaciones, las ascesis, las renunciaciones, las conversiones de la mirada, las modificaciones de la existencia, etcétera, que constituyen, no para el conocimiento sino para el sujeto, para el ser mismo del sujeto, el precio a pagar por tener acceso a la verdad.⁵⁷

La transformación del ser del sujeto no es algo dado, sino un acontecimiento por-venir que acontece en el lenguaje, en las estructuras, en las instituciones, en los procesos disciplinares con la aplicación de las tecnologías del yo. El proceso de transfiguración del historiador en la ciencia de la historia es facilitado por la práctica de la disciplina: en la realización de la investigación, las lecturas, los coloquios, la búsqueda de fuentes, el archivo, la escritura. El cumplimiento de la práctica, la aplicación del método, la generación de modelos, el uso y asimilación del metalenguaje, implican someterse a las técnicas de subjetivación en busca

⁵⁶ *Ibid.*, p. 27.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 30.

de la verdad. El ser del sujeto, el historiador, es modificado de tal forma que se vuelve distinto de sí mismo.⁵⁸

La transfiguración conlleva a plantear la situación del sujeto como acción, aunque no es una acción empoderada identificada con el hombre moderno. Ubicar esta acción consiste en la capacidad de distinguir “al sujeto de todos los instrumentos, las herramientas, los medios técnicos que él puede poner en juego en una acción”;⁵⁹ es, precisamente, en la noción de “alma” en la que se gestiona la acción: “El sujeto de todas esas acciones corporales, instrumentales, lingüísticas, es el alma: el alma en cuanto utiliza el lenguaje, los instrumentos y el cuerpo”.⁶⁰ El alma no como sustancia:⁶¹

(...) cuando Platón (o Sócrates) se vale de esta noción de *Khresthai/Khresis*, para llegar a identificar que es *heauton* (y aquello a lo que éste hace referencia) en la expresión ‘ocuparse de sí mismo’, en realidad quiere designar no una relación instrumental determinada del alma con el resto del mundo o el cuerpo sino, sobre todo, la posición de algún modo singular, trascendente, del sujeto con respecto a lo que le rodea, a los objetos que tiene a su disposición, pero también a los otros con los cuales está en relación, a su propio cuerpo y, por último, a sí mismo.⁶²

Esta relación del alma con el entorno está lejos de ser una relación instrumental, es más bien, una *posición de algún modo singular* que cada uno de nosotros desarrolla en la interacción con las tecnologías del yo, los procesos de subjetivación en los otros, con los otros: los humanos, el lenguaje, las instituciones, la cultura material, la cultura simbólica, entre otros; lo que nos lleva a situarnos de manera singular en el espacio y tiempo social en

⁵⁸ “La espiritualidad postula que la verdad nunca se da al sujeto con pleno derecho. La espiritualidad postula que, en tanto tal, el sujeto no tiene derecho, no goza de la capacidad de tener acceso a la verdad. Postula que la verdad no se da al sujeto por un mero acto de conocimiento, que esté fundado y sea legítimo porque él es el sujeto y tiene esta o aquella estructura de tal. Postula que es preciso que el sujeto se modifique, se transforme, se desplace, se convierta, en cierta medida y hasta cierto punto, en distinto de sí mismo para tener derecho a(l) acceso a la verdad. La verdad sólo es dada al sujeto a un precio que pone en juego el ser mismo de éste”. *Ibid.*, p. 31.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 66.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 67.

⁶¹ “Ocuparse de sí mismo será ocuparse de sí en cuanto uno es ‘sujeto de’ cierta cantidad de cosas: sujeto de acción instrumental, sujeto de relaciones con el otro, sujeto de comportamientos y actitudes en general, sujeto también de la relación consigo mismo. En la medida en que uno es ese sujeto, ese sujeto que se vale, que tiene esta actitud, este tipo de relaciones, etcétera, debe velar por sí mismo (...) El alma como sujeto, y de ningún modo como sustancia”. *Ibid.*, p. 69.

⁶² *Ibid.*, P. 68.

el que nos ha tocado desenvolvernos, responder al llamado, a la interpelación. A esto nos referimos cuando hablamos de la singularidad y para el caso específico de la ciencia de la historia, la singularidad del historiador que se manifiesta en la escritura que realiza sobre los humanos en el tiempo una vez que ha pasado por los procesos disciplinares y ha acontecido la transfiguración de su ser, o de sí mismo en la búsqueda de la verdad.

2.2 ESPACIO PRETEÓRICO LINGÜÍSTICO

Como vimos, la función del lenguaje, el mundo simbólico socialmente estructurado son condiciones medulares de la interpelación. Es en el grupo social donde el historiador adquiere las habilidades lingüísticas e interpretativas que anteceden a la práctica científica, donde además de subordinación a las estructuras de poder, es el espacio social concreto donde se realiza la interpelación y el desenvolvimiento del *Dasein*. De Jürgen Habermas básicamente nos interesan los puentes que tiende entre el intérprete y el espacio social. Si bien es una perspectiva neutra, en comparación con las críticas radicales a la modernidad - por ejemplo: Michel Foucault y las relaciones de poder, el lenguaje como dispositivo de poder, el biopoder-, a nosotros nos permite establecer los vínculos que hay entre el saber institucional y el saber preteórico. Lo que podemos decir, es que las descripciones de Habermas del proceso comunicativo están en la superficie, que en el fondo subyacen las relaciones de poder que dan lugar a muchas de las interacciones lingüísticas. Nuestra intención no es comparar las posturas de Habermas-Foucault, los comentarios y citas son a partir de lo que Habermas comenta a Foucault. Además de que no afirmamos que son perspectivas compatibles. Más bien nos parecen que trazan distintos caminos en el mismo mapa del lenguaje.

La crítica a la modernidad, el sujeto como fundamento, instaurada por Nietzsche seguida por Heidegger, Foucault, Derrida, tomando como nivel de análisis el estudio que realizó Habermas en *El discurso filosófico de la modernidad*,⁶³ salvo los dos primeros filósofos, ha dejado pendiente el análisis de “la vida cotidiana”, el mundo de la vida, y las interacciones que se producen a través del lenguaje: “(...) Nietzsche dirigió a tal punto la mirada de sus sucesores hacia los fenómenos de lo extraordinario, que éstos apenas si echan ya un despectivo vistazo sobre la práctica cotidiana, dejándola de lado como algo derivado e inauténtico”.⁶⁴ Aspecto que en nuestra investigación nos ayudará a plantear la figura del historiador al interior de la ciencia de la historia desde esta perspectiva del intérprete ligado

⁶³ Jürgen Habermas. *El discurso filosófico de la modernidad*.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 366.

al mundo de la vida, el espacio previo al disciplinamiento científico porque habría que mencionar que ya todo estar social es disciplinamiento.

Es importante no olvidar el papel que tiene el lenguaje como elemento constructor de lo social y de la individuación, así como los ideales que conforman el discurso moderno, y no sólo éste sino cualquier forma discursiva, como “instaurador” de experiencias: “En la acción comunicativa, como hemos visto, el momento creativo de constitución lingüística del mundo forma un síndrome con los momentos cognitivo-instrumental, práctico-moral y expresivo de las funciones lingüísticas intramundanas de exposición de estados de cosas, de relación interpersonal y de expresión subjetiva.⁶⁵ En esta constitución lingüística del mundo el historiador también está inmerso, como persona y como constructor de discursos que constituyen el conocimiento histórico.

Si bien la crítica a la modernidad en sentido negativo -seguimos valorando- focalizado en el agotamiento ontológico del sujeto racional, cuestiona el proyecto instaurado en los ideales de la Ilustración y progreso, este último posibilitado a partir de la revolución industrial y la economía de mercado, es necesario “rescatar” la experiencia de esos ideales, así como “justificar” por qué no es tan fácil tirar por la borda al “hombre” al igual que la noción de subjetividad pero no como fundamento, sino como subjetividad descentrada.

También Foucault, tras analizar la aporética del triple redoblamiento que la autorreferencialidad del sujeto impone, se desvía hacia una teoría del poder que ha resultado ser un callejón sin salida. Sigue a Heidegger y a Derrida en la negación abstracta del sujeto autorreferencial, declarando, de un plumazo, inexistente “al hombre”; pero ya no se trata de compensar, como aquéllos, por medio de “poderes del origen” temporalizados, el perdido orden de las cosas que el sujeto, abandonado de la metafísica y estructuralmente desbordado, trata en vano de renovar valiéndose sólo de sus propias fuerzas.⁶⁶

El discurso como poder e instaurador de prácticas, control del cuerpo, biopoder, en el caso de Foucault, reduce el papel que tiene el lenguaje y el efecto individualizante que la socialización tiene; “purificando el concepto de individualidad de toda connotación de autodeterminación y autorrealización y reduciéndolo a un *mundo interno* producido por

⁶⁵ *Idem.*

⁶⁶ *Ibid.*, p. 323.

estímulos externos y guarnecido de representaciones manipulables a voluntad”.⁶⁷ No hay espacio para los hilos intersubjetivos que se van formando y tejiendo en la interacción que posibilita el lenguaje, ni para la reproducción simbólica del mundo de la vida, entendido como el espacio concreto donde los humanos se posicionan a partir del otro y se van desarrollando, siendo.

Pero entonces la socialización de los sujetos de lenguaje y de acción no puede entenderse al mismo tiempo como individuación, sino únicamente como una progresiva subsunción de los cuerpos, de los sustratos vivos bajo tecnologías de poder. Los procesos de formación cada vez más individualizadores, que en las sociedades con tradiciones que se han vuelto reflexivas y con normas de acción altamente abstractas calan en cada vez más capas sociales, necesitan entonces de una artificial reinterpretación que pueda compensar la pobreza categorial del modelo de la subsunción bajo relaciones de poder.⁶⁸

La sociedad moderna ha sido configurada en los ideales de la individualidad, la libertad, la reflexión que si bien pueden ser debatibles en el aspecto ontológico, de alguna manera han sido codificados (discurso) y asimilados (práctica) en la vida cotidiana condensada en el mundo de la vida y los procesos comunicativos por los individuos. Además que en la subjetividad descentrada se manifiesta nuestra condición existencial y que evidentemente corresponde al plano transhistórico

Que el propio sujeto moral ha de convertirse a sí mismo en objeto; que el sujeto expresivo, o bien ha de desvanecerse, o bien ha de encerrarse en sí mismo por miedo a alienarse en los objetos, son extremos que no corresponden a lo que es nuestra intuición de la libertad y la liberación, y que no hacen sino sacar a la luz las coacciones conceptuales en las que en última instancia se ve atrapada la filosofía del sujeto. Pero Foucault, junto con el sujeto y el objeto, tira también por la borda esas intuiciones que antaño se trató de llevar a concepto bajo el título de “subjetividad”.⁶⁹

Por otra parte, y siguiendo con la negación del sujeto, hay un reduccionismo en el momento de no tomar en cuenta las capacidades interpretativas del observador, dice Habermas: “Hablo de reducciones porque los aspectos internos que son el *significado*, la *validez veritativa* y la *valoración* en modo alguno se agotan por entero en los aspectos

⁶⁷ *Ibid.*, p. 314.

⁶⁸ *Idem.*

⁶⁹ *Ibid.*, p. 318.

externamente aprehendidos que son las prácticas de poder”.⁷⁰ En la búsqueda de los *a priori* kantianos “temporales”, los discursos y las prácticas, que expliquen el control de los cuerpos se dejan de lado los procesos de “comprensión” con los que realiza su trabajo el analista; “(...) la “comprensión” que ejercita el intérprete como participante en discursos queda reducida, desde el punto de vista del observador etnológico, a “explicación” de discursos: las pretensiones de validez quedan reducidas en términos funcionalistas a efectos de poder; y el “debes” queda reducido en términos naturalistas al “es”. ”⁷¹

Con todo y la búsqueda de estabilidad así como la reducción del proceso de interpretación-comprensión para dar cuenta del “así es”, siempre está el intérprete, el espacio desde el cual se hacen las comparaciones, en tanto que no hay una unidad superior a partir de la cual el comparativista pudiera borrarse y realizar el ejercicio como un medio transparente-objetivo, lo que tenemos son elementos de análisis sacados a partir de la valoración, la diferencia a partir de los puntos de vista, mundo cultural del hermeneuta. Es imposible abstraerse de las funciones lingüísticas del científico intérprete.

Pero pese a esta autocomprensión apegada al objetivismo, basta echar una ojeada sobre cualquier libro de Foucault para darse cuenta de que también el historicista radical puede explicar las tecnologías de poder y las prácticas de dominación si no es comparándolas entre sí; en modo alguno puede explicar cada una de ellas como totalidad a partir sólo de sí misma. Y los puntos de vistas desde los que se hacen tales comparaciones permanecen inevitablemente ligados a la situación hermenéutica de la que parte el intérprete.⁷²

Es en este espacio, el del intérprete ligado al mundo simbólico en el que se ha desenvuelto, en el que queremos situar esta investigación; en la subjetividad descentrada, lo otro de la Razón, la parte que corresponde al cómo respondemos al mundo socialmente estructurado y a partir del cual desarrollamos nuestra cosmovisión del mundo, así como nuestro posicionamiento en él; de alguna manera determina el cómo juzgamos.

En cuanto a la crítica negativa de la modernidad, Adorno y Horkheimer, dice Habermas que: “(...) la Dialéctica de la Ilustración no hace justicia al contenido racional de la

⁷⁰ *Ibid.*, p. 302.

⁷¹ *Idem.*

⁷² *Ibid.*, p. 303.

modernidad cultural que quedó fijado en los ideales burgueses (aunque también instrumentalizado con ellos)".⁷³ En tanto que es dialéctica: crea y destruye como condición de su existencia –Daniel Inclán-. Es decir, hay toda una experiencia que ha sido propiciada por los ideales de la modernidad, nuevas prácticas cotidianas que de alguna manera buscan corresponderse con el discurso, aunque dicha correspondencia permanezca en la utopía, hay una modificación en las conductas, nos guste o no hay un legado cultural que el proyecto de modernidad ha dejado en nuestras cosmovisiones del mundo que es necesario pensar, más que juzgar, las marcas, los procesos de asimilación. Ha creado discursos propios del biopoder que gobiernan el cuerpo a través de mecanismos y prácticas presentes en la dinámica social.

Me refiero a la específica dinámica teórica que empuja una y otra vez a las ciencias, y también a la autorreflexión de las ciencias, por encima de la generación de saber técnicamente utilizable, me refiero asimismo a los fundamentos universalistas del derecho y la moral que también han encontrado encarnación (por distorsionado e imperfecto que sea) en las instituciones de los estados constitucionales en los modos de formación democrática de la voluntad colectiva en las pautas individualistas de desarrollo de la identidad personal; me refiero, en fin, a la productividad y a la fuerza explosiva de las experiencias estéticas básicas que en el comercio y en el trato consigo misma hace una subjetividad descentrada, emancipada de los imperativos de la actividad racional con arreglo a fines y de las convenciones de la percepción cotidiana, experiencias que hacen exposición de sí en las obras del arte de vanguardia (...).⁷⁴

2.2.1 La racionalidad comunicativa: una manera de entender al historiador

La racionalidad comunicativa y su relación con la historia, específicamente con la escritura de la historia, es lo que nos proponemos tratar en este apartado. Aunque él está pensando en la Antropología cultural y la sociología como áreas del conocimiento que "(...) se ocupan de la práctica cotidiana en los contextos del mundo de la vida y tienen, por tanto, que tomar en consideración todas las *formas* de orientación simbólica de la acción",⁷⁵ es factible realizar la analogía en la práctica historiográfica.

⁷³ *Ibid.*, p. 131.

⁷⁴ *Idem.*

⁷⁵ Jürgen Habermas. *Teoría de la acción comunicativa*, p. 28.

La racionalidad comunicativa en el historiador, retomando a Habermas, es: “(...) la forma en que los sujetos capaces de lenguaje y de acción hacen uso del conocimiento (...)”, dicho conocimiento no solamente se refiere al conocimiento científico, sino a un conocimiento precientífico, más vinculado al mundo de la vida, a la capacidad que todo humano puede hacer del uso del lenguaje (a los moldes vehiculados por la tradición, Hayden White); porque han sido puestos *ahí*: “Más o menos racionales pueden serlo las personas, que disponen de saber, y las manifestaciones (*Ausserungen*) simbólicas, las acciones lingüísticas o no lingüísticas, comunicativas o no comunicativas, que encarnan un saber (...)”.⁷⁶

El uso del lenguaje que hace el historiador, así como la racionalidad comunicativa, lo coloca en el plano de la pragmática del lenguaje, es decir, que “se hacen cosas con palabras”, “(...) la racionalidad puede entenderse como una disposición de los sujetos de lenguaje y de acción. Se manifiesta en modos de comportarse para los que existen en cada caso buenas razones. Esto significa que las manifestaciones racionales son accesibles a un enjuiciamiento”.⁷⁷ Al interior del lenguaje hay una movilidad en la que el sujeto capaz de articularlo racionalmente se da cuenta de la eficiencia. “Esta afirmación de eficiencia comporta la pretensión de que, dadas las circunstancias, los medios elegidos son los adecuados para alcanzar el fin que el agente se propone”.⁷⁸ Dicho agente, el historiador, vive en una comunidad y para que sus acciones comunicativas tengan validez debe cumplir con las convenciones lingüísticas socialmente compartidas.

Una manifestación cumple los presupuestos de la racionalidad si y sólo si encarna un saber falible guardando así una relación con el mundo objetivo, esto es, con los hechos, y resultando accesible a un enjuiciamiento objetivo. Y un enjuiciamiento sólo puede ser objetivo si se hace a propósito de una pretensión *transubjetiva* de validez que para cualquier observador o destinatario tenga el mismo significado que para el sujeto agente.⁷⁹

Desde Foucault esto corresponde a los juegos de verdad, el conjunto de redes semánticas que ordenan y dan una explicación del mundo, son congruentes discursivamente y como

⁷⁶ *Ibid.*, p. 31.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 47.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 32.

⁷⁹ *Idem.*

discursos de poder dan lugar al gobierno del cuerpo y a las prácticas de sí que modifican y transfiguran al sujeto. Cuando se menciona que el historiador es un agente nos a que sólo está cumpliendo con sus funciones lingüísticas una vez que ha sido puesto *ahí* entendido como *Dasein*; histórico y abierto.

Las maneras en como se reproduce el lenguaje y la estabilidad que logra, las observamos en las manifestaciones lingüísticas que no son arbitrarias, guardan una relación estrecha entre el mundo objetivo, el mundo social y el mundo subjetivo. Es a partir del consenso social, en el disenso y en las relaciones de poder, que la acción comunicativa argumentativa llevada a cabo por los humanos puede ser sometida a crítica, así como alcanzar reconocimiento y validez para las pretensiones de verdad de sus emisiones lingüísticas: afirmativas, explicativas, expresivas, valorativas,

Este concepto de racionalidad comunicativa lleva consigo connotaciones que en última instancia se remontan a la experiencia central de la capacidad de aunar sin coacciones y de generar consenso que tiene un habla argumentativa en que diversos participantes superan la subjetividad inicial de sus respectivos puntos de vista y gracias a una comunidad de convicciones racionalmente motivada se aseguran a la vez de la unidad del mundo objetivo y de la intersubjetividad del contexto en que desarrollan sus vidas.⁸⁰

La racionalidad comunicativa sólo es posible en los juegos de verdad. Las emisiones lingüísticas del historiador no pueden ser arbitrarias, las configuraciones del conocimiento histórico están “seguras” cuando menos por la convenciones lingüísticas que la práctica científica legitima e impone. La acción comunicativa y la acción teleológica siempre son una manifestación lingüística en la que el sujeto busca establecer relaciones interpersonales, o bien, hacer afirmaciones asertivas sobre el mundo.

Para la racionalidad de la comunicación es esencial que el hablante entable, en relación con su enunciado <p>, una pretensión de validez susceptible de crítica que pueda ser aceptada o rechazada por el oyente. En el segundo caso (acción teleológica) la referencia a los hechos y la susceptibilidad de fundamentación de la regla de acción hacen posible una intervención eficaz en el mundo.⁸¹

⁸⁰ *Ibid.*, p. 34.

⁸¹ *Idem.*

La racionalidad permite al historiador moverse en el orden simbólico que posibilita la interacción social a través del lenguaje; es decir, además de desenvolverse en la racionalidad comunicativa, como las demás personas, con la generación lingüística del relato histórico participa activamente en el mundo social. La racionalidad comunicativa garantiza el entendimiento entre humanos, convierte a los individuos en sujetos activos que articulan sus experiencias y expectativas en el lenguaje, lo que convierte al lenguaje en un vehículo efectivo⁸² para la interacción social. Bien podríamos decir que en la racionalidad comunicativa se hace manifiesto el biopoder del lenguaje, donde sustituiríamos dejarse gobernar por el agente que usa el lenguaje.

Las manifestaciones lingüísticas pueden clasificarse en tres diferentes planos o bien cruzarlos al mismo tiempo: El plano explicativo-instrumental, lo normativo y lo expresivo-evaluativo. Lo que sostendremos es que el historiador siempre está trabajando en estos tres planos, por ello, establecer límites para el caso específico de la disciplina de la historia resulta demasiado complejo. Todas estas manifestaciones parten de contextos de validez marcados por los acuerdos intersubjetivos, a partir de los cuales se pueden fundamentar las emisiones lingüísticas.

En el plano explicativo instrumental están las afirmaciones que se hacen sobre el mundo. Generalmente, están identificadas con el plano teórico-científico-tecnológico. Lo normativo viene marcado por la relación entre los valores o el plano ideal de la conducta humana y la praxis donde “(...) el agente entabla la pretensión de que su comportamiento es correcto en relación con un contexto normativo reconocido como legítimo o de que su manifestación expresiva de una vivencia a la que él tiene un acceso privilegiado es veraz”.⁸³ El plano normativo y evaluativo no son afirmaciones como en el caso de las manifestaciones asociadas al plano científico sino una pragmática del lenguaje inmersa en consensos intersubjetivos que garantizan la pervivencia comunitaria: “El saber encarnado en las acciones reguladas por normas o en las manifestaciones expresivas no remite a la existencia

⁸² “Las afirmaciones fundadas y las acciones eficientes son, sin duda, un signo de racionalidad, y a los sujetos capaces de lenguaje y de acción que, en la medida de lo que les es posible, no se equivocan sobre los hechos ni sobre las relaciones fin/medio los llamamos, desde luego, racionales”, *Ibid.*, p. 39.

⁸³ *Ibid.*, p. 40.

de estados de cosas, sino a la validez deóntica (*Sollgeltung*) de las normas o al acto de sacar a la luz vivencias subjetivas”.⁸⁴

El plano valorativo es el más difícil de demostrar y aceptar en el ámbito científico. En éste el historiador estaría “obligado” a reconocer lo implícito de sus valoraciones en el discurso y volverse reflexivo sobre su condición de hablante e interprete: “Llamamos racional a una persona que interpreta sus necesidades a la luz de los estándares valorativos (*Wertstandards*) aprendidos en su cultura; pero sobre todo, cuando es capaz de adoptar una actitud reflexiva frente a esos estándares”.⁸⁵ Dichas manifestaciones valorativas guardan una relación estrecha con la comunidad de la cual se es parte. La pertenencia a una comunidad de lenguaje permite distinguir entre los usos racionales e irracionales de los parámetros compartidos para expresar sentimientos, emociones, deseos, necesidades.

(...) el tipo de pretensiones de validez con que se presentan los valores culturales no trasciende los límites locales de forma tan radical como las pretensiones de verdad y de justicia. Los valores culturales no son válidos universalmente; se restringen, como su mismo nombre indica, al horizonte de un determinado mundo de la vida. Tampoco se los puede hacer plausibles si no es en el contexto de una forma de vida particular. De ahí que la crítica de los estándares valorativos suponga una precomprensión común de los participantes en la argumentación, de la que no se puede disponer a voluntad, sino que constituye, a la vez que delimita, el ámbito de las pretensiones de la validez tematizadas.⁸⁶

Es en el plano valorativo donde encontramos una manifestación de nuestra cosmovisión particular de la cosas, del mundo cultural introyectado simbólicamente y nuestra captación “inconsciente” que nos lleva a tener percepciones, valoraciones, que sólo tienen sentido en nuestro espacio cultural. Este espacio preteórico, que corresponde al mundo previo a la universidad, acompaña la actividad del historiador, es decir, su desempeño siempre estará siendo afectado por el mundo de la vida que le ha dado las herramientas para accionar lingüísticamente en el mundo.

Por otra parte, pero aunado a los procesos de las expresiones lingüísticas, hay un proceso de asimilación y construcción en el uso del lenguaje diferente al examen de validez de los enunciados: los procesos de aprendizaje permiten la adquisición de conocimientos teóricos,

⁸⁴ *Idem.*

⁸⁵ *Ibid.*, p. 44.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 70.

práctico-morales y evaluativos. Estas argumentaciones “hacen posible un comportamiento que puede considerarse racional en un sentido especial, a saber: el aprender de los errores, una vez que se los ha identificado”.⁸⁷

Así mismo, en Lyotard encontramos una perspectiva que contempla una función constitutiva del lenguaje, él habla de saber narrativo donde: “(...) se mezclan en él las ideas de saber-hacer, de saber-vivir, saber-oír, etc.”⁸⁸ Este saber va más allá del saber científico, o mejor dicho, la ciencia se encuentra insertada en el saber narrativo como un subconjunto de conocimientos y sus enunciados son permeados en las habilidades lingüísticas que caracterizan al saber narrativo:

Tomando así, el saber es lo que hace a cada uno capaz de emitir ‘buenos’ enunciados denotativos, y también ‘buenos’ enunciados prescriptivos, ‘buenos’ enunciados valorativos (...). No consiste en una competencia que se refiera a tal tipo de enunciados, por ejemplo cognitivos, con exclusión de los otros. Permite al contrario ‘buenas’ actuaciones con respecto a varios objetos del discurso: conocer, decidir, valorar, transformar (...).

Los usos del lenguaje, la pragmática narrativa va más allá del metalenguaje y los procesos disciplinares y metodológicos del lenguaje teórico y observacional. Está vinculado a la vida misma y al desempeño-efectividad de nuestras enunciaciones en un espacio social para comunicarnos y obtener ciertos resultados. El científico no es ajeno a estas habilidades y ni siquiera está en la posición de prescindir de ellas, en tanto que participe de la comunidad lingüística está puesto *ahí*: “Se puede decir que todos los observadores, sea cual sea el argumento que proponen para dramatizar y comprender la separación entre este estado consuetudinario del saber y el que le es propio en la edad de las ciencias, se armonizan en un hecho, la preminencia de la forma narrativa en la formulación del saber tradicional”.⁸⁹ Cuando el historiador escribe historia está haciendo uso del saber narrativo, los cruces cotidianos con los institucionales –lenguaje ordinario, lenguaje institucional- se dan en la configuración del discurso histórico.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 48.

⁸⁸ Jean-François Lyotard, *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, p. 44.

⁸⁹ *Idem.*

a) Los contextos de validez

La argumentación, la crítica y la validez sólo se pueden dar en un espacio temporal específico, en un juego de verdad. De la misma manera para el análisis de las pretensiones de validez o qué tan racionales son las manifestaciones lingüísticas es necesario focalizar el espacio de enunciación; “(...) queda claro que normalmente el modo de una elocución significa algo más específico: expresa también la perspectiva espacio-temporal y de contenido desde la que el hablante se refiere a una pretensión de validez”.⁹⁰ Es en los mundos simbólicamente contruidos y compartidos donde se han de buscar las pretensiones de validez de la enunciación del historiador. Habermas sostiene que es la teoría de la argumentación la que debería dar los elementos o establecer los parámetros para que las manifestaciones lingüísticas cumplan con las condiciones de validez; “(...) tiene que poder dar un sistema de *pretensiones de validez*”.⁹¹ “Una *pretensión de validez* equivale a la afirmación de que se cumplen las *condiciones de validez* de una manifestación o emisión”.⁹² Es decir, hay una congruencia discursiva y una aceptación social.

La multiplicidad de espacios lingüísticos implica las distintas pretensiones de validez y a su vez de condiciones de validez, lo que evidencia la función pragmática del concepto de validez así como lo relativo que resulta no el interior del contexto de validez sino la validez entre contextos diferentes.⁹³ Esto permite, en el caso de la ciencia de la historia, tener una pluralidad de emisiones lingüísticas que se autorregularán en los consensos de las distintas comunidades científicas pero divergentes cuando los paradigmas han sufrido una anomalía y dado lugar a cosmovisiones congruentes internamente pero incompatibles con otras.

Los contextos de validez ligados a la interpretación están mediados por la interacción que hay entre el capital cultural, el capital lingüístico (lenguaje ordinario preteórico y lenguaje

⁹⁰ Habermas, *Teoría*, *op. cit.*, p. 64.

⁹¹ *Idem.*

⁹² *Ibid.*, p. 65

⁹³ “(...) pero en cuanto el análisis se interna en la cuestión de las posibilidades de fundamentación de la validez de los enunciados se ponen de manifestación las *implicaciones pragmáticas* del concepto de validez (...) son precisamente los análisis semánticos los que nos avisan de que con la forma de los enunciados cambia también de modo específico el *sentido de la fundamentación*”, *Ibid.*, p. 67.

teórico) y la forma en como son procesadas las imágenes del mundo por los humanos. “La racionalidad de las imágenes del mundo se mide no por propiedades lógicas y semánticas, sino por los conceptos básicos que ponen a disposición de los individuos para la interpretación de su mundo”.⁹⁴ Cada espacio cultural tiene sus formas singulares de dar coherencia al “mundo” a partir de los cuales se puede hablar de fundamentación y validez. El historiador se mueve en un terreno lingüístico de consensos, sus enunciaciones han de ser racionales, en tanto que la arbitrariedad, cuando menos en el ordenamiento lingüístico que comparte, es poco probable.

Es así, como Habermas a través del desarrollo de conceptos como: la acción comunicativa, el mundo de la vida, la racionalidad, la distinción entre el mundo objetivo, mundo social y mundo subjetivo postula su teoría de la acción comunicativa. Intenta resolver los problemas surgidos a partir de ver el mundo con el lente de la ontología griega así como de la filosofía de la conciencia, propia de la modernidad, con el binomio sujeto/objeto: “En la filosofía no se ha formado un concepto parejo que incluya la relación con el mundo social y con el mundo subjetivo al igual que la relación con el mundo objetivo. Es una deficiencia que trata de subsanar la teoría de la acción comunicativa”.⁹⁵

b) El saber preteórico

Con el saber narrativo, que ya mencionamos, el conocimiento científico no es el único tipo de saber, es una construcción que valida y sustenta a la sociedad moderna, quien le ha dado un lugar de primacía, así como en la edad media se hacía con el conocimiento religioso. Esta primacía ha llevado al desplazamiento de otro tipo de saberes: “(...) el saber científico no es todo el saber, siempre ha estado en excedencia, en competencia, en conflicto con otro tipo de saber, que para simplificar llamaremos narrativo”.⁹⁶

⁹⁴ *Ibid.*, p. 73.

⁹⁵ *Idem.*

⁹⁶ Lyotard, *op. cit.*, p. 22.

El científico social, el historiador, forma parte de lo que quiere explicar: la experiencia humana, por tanto siempre habrá una participación implícita, el formar parte de la comunidad, situación que precede a todo saber conceptual. “La primera de todas las condiciones hermenéuticas es, por tanto, la precomprensión que brota del tener que ver con la misma cosa”.⁹⁷ O bien, en palabras de Anthony Giddens, quien pensando en la sociología plantea precisamente esa doble tarea hermenéutica del sociólogo que bien le podemos aplicar en general a las ciencias sociales: “(...) la Sociología, a diferencia de la ciencia de la naturaleza, versa sobre un mundo pre-interpretado en que la producción y reproducción de los marcos de sentido es condición esencial de aquello que ella trata de analizar, a saber: la conducta social humana. Ésta es la razón de que en las ciencias sociales se dé una doble hermenéutica”.⁹⁸ La interpretación que corresponde a los participantes que comparten marcos de sentido común y la interpretación desde el espacio científico que con un armado teórico-conceptual (metalenguaje) interpretan la dinámica social.

Hay un proceso de precomprensión y preteórico que antecede al saber científico y está siempre presente en la escritura de la historia, a decir, la experiencia cotidiana, el proceso de adaptación y recreación del mundo de vida –espacio social- del que cada humano forma parte. Siempre se es intérprete. Codificamos símbolos y esto no cesa en la actividad científica, antes bien, se potencializa. Con esto el historiador debe contemplar que: “(...) entonces en el caso de las ciencias sociales puede demostrarse que es ineludible un nivel 0 de interpretación en el que se plantea un problema ulterior que afecta a la relación entre lenguaje observacional y lenguaje teórico”.⁹⁹ Hay una situación, interpretación, que antecede al problema común del lenguaje en la ciencia; la base primaria, por llamarla de alguna manera, anterior a la práctica científica siempre presente, “(...) pues la experiencia cotidiana que a la luz de conceptos teóricos y con ayuda de instrumentos de medida puede transformarse en datos científicos, está ya estructurada simbólicamente y no resulta accesible a la simple observación”,¹⁰⁰ la estructura simbólica, los mundos de vida, el

⁹⁷ Habermas, *Teoría*, *op. cit.*, p. 172.

⁹⁸ *Ibid.* p. 147.

⁹⁹ *Idem.*

¹⁰⁰ *Idem.*

lenguaje ordinario en la práctica cotidiana anteceden a la práctica científica y dan lugar a las configuraciones lingüísticas en el campo científico.

Dada la ausencia del grado cero de la interpretación y, por el contrario, la presencia del saber preteórico inmerso en la acción comunicativa, el historiador lleva consigo los recursos lingüísticos de la racionalidad comunicativa con los que él se ha desenvuelto en el “mundo”, hará uso de todas esas habilidades, un uso implícito al lenguaje más que a la voluntad, para configurar lingüísticamente el conocimiento histórico, adquiridas a través de la experiencia-aprendizaje-resolución de problemas de su práctica cotidiana que ha ido aprendiendo y ha sido introyectado en el mundo de la vida que le tocó habitar.

La problemática específica de la comprensión consiste en que el científico social no puede servirse de ese lenguaje con el que ya se topa en el ámbito objetual como de un instrumento neutral. No puede simplemente ‘montarse’ en ese lenguaje sin recurrir al saber preteórico que posee como miembro de un mundo de la vida, de su propio mundo de la vida, un saber que él domina intuitivamente como lego y que él introduce sin analizar en todo proceso de entendimiento.¹⁰¹

A la problemática de la filosofía analítica del lenguaje observacional y lenguaje teórico, habría que anexar las funciones y afectaciones de la experiencia lingüística del historiador, previa a la comunidad científica y, una vez en ella, el lugar de las intersecciones entre lenguaje teórico, observacional y cotidiano. Debido a la dinámica del lenguaje y las características inherentes a la comprensión, el historiador siempre será un intérprete y un participante del “mundo” que intenta dar cuenta. En una práctica científica responsable resulta necesario que el historiador tenga en cuenta el “(...) saber del que ya dispone intuitivamente como lego. Pero mientras no identifique y analice en profundidad ese saber preteórico no podrá controlar hasta qué punto y con qué consecuencias modifica, al *intervenir* en él como participante, el proceso de comunicación en que *entró* con la sola finalidad de comprenderlo”.¹⁰² Esto es una invitación a la realización de una práctica historiográfica ligada a la reflexión sobre las implicaciones de la condición comprensiva del historiador y su afectación a la ciencia de la historia, “que es resultado de la fundamental ambigüedad de la situación humana, que consiste en que el otro está ahí en una doble

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 148.

¹⁰² *Ibid.*, p. 150.

condición, en la condición de un objeto para mí y en la condición de otro sujeto conmigo”.¹⁰³

Comúnmente se tiene la noción o el mismo científico social da por hecho que no hay una intervención directa, suponiendo que este último acepta sus funciones como intérprete neutro, en la acción comunicativa del espacio social que intenta analizar. El borramiento de la primera persona es un buen ejemplo, Roland Barthes en su análisis sobre “el discurso de la historia”¹⁰⁴ evidencia como en la escritura del historiador hay una amputación de éste para crear una ilusión referencial, es decir, quien habla es el pasado o la ciencia de la historia, se cree que con la eliminación del yo se evita toda la problemática del *subjectum* y la subjetividad descentrada; un discurso esquizofrénico:

(...) podría decirse que, en cierto sentido, el discurso ‘objetivo’ (el caso del historiador positivista) se acerca a la situación del discurso esquizofrénico; (...), hay una censura radical de la enunciación (el sentimiento de ésta es lo único que permite la transformación negativa), reflujo masivo del discurso hacia el enunciado e, incluso (en el caso del historiador), hacia el referente: no queda nadie que asuma el enunciado.¹⁰⁵

Se piensa que al entrar al plano científico y hacer ciertos procesos heurísticos se prepara al historiador para no involucrarse y no tomar partido a la hora de dar cuenta de los acontecimientos e interacciones humanas en el pasado; la imposibilidad de tal cometido nos

¹⁰³ *Idem.*

¹⁰⁴ “Se trata del caso en que el enunciante pretende ‘ausentarse’ de su discurso, el cual, en consecuencia, carece sistemáticamente de todo signo que remita al emisor del mensaje histórico: la historia parece estarse contando sola. Este accidente ha hecho una considerable carrera, ya que, de hecho, corresponde al discurso histórico llamado ‘objetivo’ (en el que el historiador no interviene nunca). De hecho, en este caso, el enunciante anula su persona pasional, pero la sustituye por otra persona, la persona ‘objetiva’: el sujeto subsiste en toda su plenitud, pero como sujeto objetivo; esto es lo que Fustel de Coulanges llamaba significativamente (y con bastante ingenuidad también) la ‘castidad de la Historia’. Al nivel de discurso, la objetividad –o carencia de signos del enunciante– aparece como una forma particular del imaginario, como el producto de lo que podríamos llamar la ilusión referencial, ya que con ella el historiador pretende dejar que el referente hable por sí solo. Esto no es una ilusión propia del discurso histórico: ¡cuántos novelistas –de la época realista– imaginan ser ‘objetivos’ sólo porque suprimen los signos del *yo* en el discurso! La lingüística y el psicoanálisis conjugados nos han hecho hoy día mucho más lucidos respecto a una enunciación privativa: sabemos que también las carencias de signos son significantes”. Roland Barthes, *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, p. 168.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 171.

parece se encuentra en los usos del lenguaje, no existen los lenguajes científicos puros que se dependan de la experiencia lingüística, simbólica, del mundo.

El sistema de acción en el que el científico social se mueve como actor se encuentra a otro nivel; se trata, por lo general, de un segmento del sistema de la ciencia, y en todo caso no coincide con el sistema de acción observado. En este último el científico social participa, por así decirlo, *despojándose de sus atributos de actor* y concentrándose, como hablante y oyente, exclusivamente en el proceso de entendimiento.¹⁰⁶

Es claro que él, el historiador, no forma parte del proceso comunicativo donde los humanos actuaban y que su función en una primera lectura consiste en “observar” el acontecimiento. Sin embargo, en una segunda lectura cabría preguntarse si realmente hay una neutralidad donde toda posible reacción es nula, o si acaso “¿puede el intérprete prescindir por entero de un enjuiciamiento de la validez de las manifestaciones que tiene que aprehender descriptivamente?”¹⁰⁷ El nivel de involucramiento es evidente dado que, como ya hemos mencionado, está con “otro” igual, y este participar de lo mismo es lo que permite la comprensión, sólo se puede entender al otro en la medida que se han realizado los mismos procesos. Así las cosas, el intérprete se encuentra en una situación vinculante con los espacios que investiga:

Sólo puede entender el significado de los actos comunicativos porque éstos están insertos en un contexto de *acción* orientada al entendimiento; ésta es la idea central de Wittgenstein y el punto de partida de su teoría del significado como uso (...) Y no puede entender a su vez estas tomas de postura de afirmación o negación si no es capaz de representarse las razones implícitas que mueven a los participantes a tomar dichas posturas (...) Pero si el intérprete, para entender una manifestación, ha de representarse las razones con las que un hablante, si ello fuera menester y en las circunstancias apropiadas, defendería la validez de su manifestación, se verá arrastrado, también él, al proceso de enjuiciamiento de pretensiones de validez.¹⁰⁸

Para poder entender habrá que representarse las razones, los motivos, los fines, observar las estrategias, el contexto material y social, qué pudo llevar a determinada actuación o a tomar decisiones. Aunque parece fuera de contexto, hablando de los parámetros bajo los cuales se produce actualmente el conocimiento científico, sólo funciona la comprensión del

¹⁰⁶ Habermas, *Teoría, op. cit.*, p. 151.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 152.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 153.

otro si se recrea la situación y se pone en el lugar del otro, como si fuese él; “(...) el científico social, para conectar sus conceptos con los conceptos que encuentra en el contexto que quiere investigar, no puede proceder de forma distinta a como lo hacen los propios legos en su práctica comunicativa. Se mueve dentro de las mismas estructuras de entendimiento posible en las que los directamente implicados ejecutan sus acciones comunicativas”.¹⁰⁹ Hay una imposibilidad al renunciamiento de sí mismo, que impera en la postura objetivista, ni con el uso de la tercera persona; ni las categorías-conceptos, metalenguaje; la división del lenguaje en teórico y lenguaje observacional garantiza la no presencia del mundo de la vida, del lenguaje ordinario, de la vida cotidiana del intérprete y los procesos precomprensivos que anteceden a la práctica historiográfica.

Pues las razones están hechas de tal materia, que no pueden ser descritas en absoluto en la actitud de una tercera persona es decir, si no se adopta una actitud de asentimiento o de rechazo o de suspensión del juicio (...) Y no puede tomar postura frente a ellas sin aplicar sus propios estándares de evaluación o estándares, en todo caso, que él ha hecho suyos (...) En todo caso, con la toma de postura frente a una pretensión de validez entablada por *alter* se están aplicando estándares que el intérprete no se limita a encontrar ahí, sino que tiene que haber aceptado como correctos. En este aspecto, su participación meramente virtual no exonera al intérprete de las obligaciones de un implicado directo.¹¹⁰

c) La interpretación incoativamente racional

No es una decisión, el intérprete (historiador) quiera o no ya está siempre puesto en el mundo de la comprensión. Cuando intenta comprender a los otros igual a él, a los seres humanos en el tiempo, “(...) tiene que hacer frente a la estructura racional interna de la acción orientada por pretensiones de validez, con una interpretación incoativamente racional”,¹¹¹ *ya esta ahí*, buscando el por qué o para qué determinada acción humana en el tiempo: el sentido. “El intérprete sólo podría neutralizar ésta (su participación en el proceso de comprensión) a costa de adoptar el estatus de un observador objetivante, pero desde ahí no hay acceso posible a los contextos y nexos internos de sentido. Se da, pues, *una conexión fundamental entre la comprensión de las acciones comunicativas y las*

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 158.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 154.

¹¹¹ *Idem.*

interpretaciones incoativamente racionales".¹¹² En el mundo de la comprensión el historiador interpreta y explica a partir de esta actividad primaria que es la racionalidad comunicativa y algo tan básico como el uso del lenguaje en la práctica cotidiana y la codificación simbólica: "(...) cuando describimos un comportamiento como acción teleológica suponemos que el agente hace determinadas presuposiciones ontológicas, que cuenta con un mundo objetivo, en el que puede conocer algo y en el que puede intervenir para realizar sus fines (...)".¹¹³ Pues a ambos, el otro a quien se intenta comprender y el intérprete mismo, les pasa lo mismo: son tiempo, con una racionalidad comunicativa, introyectados en un mundo de la vida simbólicamente estructurado, en un contexto material (objetos) histórico y social, con desplazamientos en el tiempo histórico humano. "Pues según los presupuestos del modelo comunicativo de acción, el agente dispone de una competencia de interpretación igual de compleja que la del observador".¹¹⁴

Cada interpretación es única, en el sentido que los elementos ahí presentes que confluyen son únicos e irrepetibles. Los agentes, los objetos, el tiempo, el espacio conforman o posibilitan la acción comunicativa y, a la vez, la actitud realizativa del intérprete –que siempre es distinta-, como si esta serie de elementos formaran concatenaciones que acontecen una sola vez.

(...) la interpretación incoativamente racional es aquí la única forma de alumbrar el decurso fáctico de la acción comunicativa. Esa interpretación no puede tener el estatus de un tipo ideal construido *ad hoc*, es decir, de un modelo racional al que se recurre *a posteriori*, ya que *no puede haber* una descripción del decurso fáctico de la acción que fuese *independiente* de esa interpretación y con el que esa interpretación pudiera cotejarse.¹¹⁵

La carencia de *el guión* que establezca cuál será el resultado de cada interpretación y cuál el proceso de construcción de sentido es la historia de la humanidad. La condición del decurso fáctico de la acción en las ciencias sociales, en este caso específico la historia, vuelve necesario tomar en cuenta la función del intérprete bajo las características de la interpretación incoativamente racional. "Pero esta operación hermenéutica previa no es

¹¹² *Idem.*

¹¹³ *Ibid.*, p. 155.

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 156.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 157.

tematizada en los modelos de acción de primer nivel, sino que se la presupone ingenuamente”.¹¹⁶ Le eliminación de dicha ingenuidad y afrontar la realidad hermenéutica implícita al científico social en lo que respecta a la creación de sentido a partir de la comprensión entendida como una realidad primaria que antecede a la práctica científica y que una vez en ésta siempre está presente la actitud realizativa, la acción comunicativa, la acción racional, la acción teleológica, la acción dramaturgica, la acción por normas del historiador.

Si enriquecemos conceptualmente los modelos de acción de primer nivel de modo que la interpretación y la comprensión del significado destaquen como rasgos fundamentales de la acción social misma, entonces la cuestión de cómo las operaciones de comprensión del observador científico conectan con la hermenéutica natural de la práctica comunicativa cotidiana, de cómo las experiencias comunicativas se transforman en datos ya no puede ser reducida al formato de un subproblema relativo a técnicas de investigación.¹¹⁷

La toma de postura ante esta disyuntiva lleva al proceso de investigación a resultados diversos. Por un lado, se puede tomar en serio la función realizativa del historiador, así como su interpretación incoativamente racional, y hacer explícita su participación en la configuración del conocimiento histórico, matizando las formas en que ha hecho el recorrido, o bien, por otro lado, pensar que es un problema técnico que merece la mínima atención y alimentar el objetivismo que ante la pregunta de “¿Cómo puede conectar una teoría con los conceptos vigentes en el mundo de la vida y liberarse a la vez de la particularidad de éstos?”, responder con una actitud teórica “el observador científico rompe con su actitud *natural* (o realizativa) y se coloca de un salto en un lugar situado allende su mundo de la vida, y, en general, allende todo mundo de la vida, es decir, en un lugar extramundano”.¹¹⁸ Otra actitud teórica en historia es recurrir a lo que Arthur C. Danto describe como un Cronista Ideal que sería tan capaz de ordenar y saberlo todo que a la vez sería inútil para el conocimiento histórico, pues carece de perspectiva histórica: “Sabe todo lo que sucede en el momento que sucede, incluso en las mentes ajenas. Asimismo tiene el don de la transcripción instantánea: cualquier cosa que sucede a lo largo

¹¹⁶ *Idem.*

¹¹⁷ *Idem.*

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 160.

de todo el borde progresivo del pasado es consignada por él, tal como sucede, en la *forma* en que sucede”.¹¹⁹

Está en la imposibilidad prescindir de la valoración, del mundo de la vida, de la racionalidad del historiador (siempre entendida como el desenvolvimiento en el uso del lenguaje), éstos siempre formarán parte del proceso de comprensión, la simple toma de postura es muestra de su involucramiento, no hay el observador objetivo o el cronista ideal. Por lo tanto, una vez que ha aceptado su participación y el nivel de involucramiento: “(...) tendrá que buscar *en las estructuras generales de los procesos de entendimiento*, en los que no tiene más remedio que introducirse, *las condiciones de objetividad de la comprensión* para averiguar si el conocimiento de esas condiciones le permite cerciorarse reflexivamente de las implicaciones de su participación”.¹²⁰ Es precisamente la etnometodología la que busca mostrar este tipo de interacciones, intérprete y agentes en la acción comunicativa, y puntualizar las similitudes de la construcción teórica y la realidad lingüística cotidiana. “Esa crítica busca demostrar que las construcciones habituales en ciencias sociales poseen en principio el mismo estatus que las construcciones cotidianas que hacen los legos”.¹²¹

d) La inmanencia en la acción comunicativa

La coordinación de la acción y de la comprensión está posibilitada e incluso potencializada por el lenguaje. Incluir esta *base de validez del habla* de manera explícita en el proceso de investigación permitirá al historiador plantear posibles respuestas de los acontecimientos pasados pero no en sí mismos sino partiendo de las habilidades desarrolladas en la acción comunicativa y, a la vez, tomarla como base para adoptar una postura crítica ante determinada situación o espacio de acción, objeto de investigación, así como de nuestra condición de intérpretes.

¹¹⁹ Arthur C. Danto, *Historia y narración: ensayos de filosofía analítica de la historia*, p. 108.

¹²⁰ Habermas, *Teoría, op. cit.*, p. 161.

¹²¹ *Ibid.*, p. 163.

Como el intérprete científico en su papel de participante por lo menos virtual, tiene en principio que orientarse por las mismas pretensiones de validez por las que se guían directamente los implicados, puede, partiendo de esta racionalidad inmanente al habla, que es una racionalidad 'ya siempre' compartida, tomar en serio la racionalidad que los participantes reclaman para sus manifestaciones y a la vez someterla a un enjuiciamiento crítico.¹²²

La postura crítica ante la inmanencia de la acción comunicativa, implica para el historiador contemplar que el simple acto de aproximación lleva implícita una valoración, un desdoblamiento de las habilidades que el lenguaje le ha permitido adquirir a través de la experiencia en el mundo de la vida en el cual se ha desenvuelto para atribuírselas a otros, los que intenta comprender.

(...) la racionalidad inmanente que el intérprete tiene que suponer a todas las manifestaciones, por opacas que inicialmente éstas puedan resultarle, en la medida en que las adscribe a un sujeto de cuya *capacidad de responder de sus actos (Zurechnungsfähigkeit)* no tiene en principio razón alguna para duda (...) el intérprete no podría representarse en absoluto esas razones sin enjuiciarlas y sin tomar postura afirmativa o negativamente frente a ellas.¹²³

La comprensión a partir de nuestra experiencia como *Dasein*, del cual todos somos partícipes, implica empatía, valoración, construcción de formas de ver e interpretar para sugerir cómo pudieron ser las cosas; lo que evidencia los niveles de afectación lingüística que el interprete -historiador- impone a los humanos en el tiempo que son su objeto de investigación. "Si estoy en lo cierto, el científico social, en virtud de sus propios proyectos explicativos, está comprometido con los valores de la racionalidad en un sentido mucho más fuerte que el científico natural".¹²⁴

e) *El narrador y La tarea del traductor*: Walter Benjamin

El espacio preteórico vinculado con el mundo de vida del historiador bien puede corresponderse con los planteamientos de Walter Benjamín y su estudio sobre *El narrador*, si bien, él plantea la narración en decadencia por las maneras de proceder de la ciencia

¹²² *Ibid.*, p. 168.

¹²³ *Ibid.*, p. 171.

¹²⁴ *Ibid.*, P. 177.

moderna que le da prioridad a la explicación: “Resulta que este cambio es el mismo que disminuyó en tal medida la comunicabilidad de la experiencia, que trajo aparejado el fin del arte de narrar”.¹²⁵ Son importantes las reflexiones que hace sobre las implicaciones de la tradición oral, la experiencia individual y colectiva. Cabe mencionar que para nosotros la narración está presente en la escritura de la historia y que el lenguaje disciplinar es una manera de querer ajustarse al campo científico, por cierto el debate en el giro lingüístico, sobre todo el que se dedica al lenguaje ordinario y lenguaje teórico, ha evidenciado la imposibilidad del metalenguaje para controlar el significado.¹²⁶

La manera de narrarnos en el mundo es algo que aprendimos en los procesos de aprendizaje que anteceden a la escuela: “La experiencia que se transmite de boca en boca es la fuente de la que se han servido todos los narradores”.¹²⁷ es en la cotidianidad, en el espacio familiar, en la dinámica social de la agrupación social en la que nos desenvolvemos donde se introyectan nuestras maneras de configurar lingüísticamente nuestra experiencia-situación en el mundo, al respecto, Benjamín menciona: “Podemos ir más lejos y preguntamos si la relación del narrador con su material, la vida humana, no es de por sí una relación artesanal. Si su tarea no consiste, precisamente, en elaborar las materias primas de la experiencia, la propia y la ajena, de forma sólida, útil y única”,¹²⁸ y es que precisamente, el historiador narra la vida humana en el tiempo; la cual ha seccionado, clasificado; aunque ha dicho que sólo estudia las colectividades y su desempeño en las estructuras para deslindarse del comprometedor término “la vida humana”. Es por eso nuestra perspectiva enfatiza en este espacio preteórico que antecede a los procesos disciplinares institucionales.

La narración, tal como brota lentamente en el círculo del artesanado —el campesino, el marítimo y, posteriormente también el urbano—, es, de por sí, la forma similarmente artesanal de la comunicación. No se propone transmitir, como lo haría la información o el parte, el ‘puro’ asunto en sí. Más bien lo sumerge en la vida del comunicante, para poder luego recuperarlo. Por lo tanto, la huella del narrador queda adherida a la narración, como las del alfarero a la superficie de su vasija de barro.¹²⁹

¹²⁵ Walter Benjamin, *El narrador*, p. 9.

¹²⁶ Richard Rorty, *op. cit.*

¹²⁷ Benjamin, *El narrador op. cit.*, p. 2.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 21.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 7.

La práctica historiográfica está entrelazada con la tradición oral. La dinámica lingüística se da en todos los ordenes de los espacios sociales, así como su interacción. La escritura de la historia, cada obra historiográfica implica las marcas, las huellas de quien la ha escrito. Es importante mencionar que la lectura que hacemos de las afectaciones y marcas del historiador está muy lejos de los planteamientos del idealismo alemán y del sujeto fundante de la filosofía moderna, se trata más bien de lo que nosotros hemos denominado singularidad que surge como manifestación de la historicidad del historiador como *Dasein*.

Sin embargo, las tramas narrativas que el historiador construyen son sólo colaboraciones al conocimiento histórico. Las reflexiones que realiza Walter Benjamín sobre “La tarea del traductor”, y que nosotros aplicamos al historiador, nos permite ver las distintas líneas que se cruzan en la operación historiográfica y como estos distintos planos generan distintas perspectivas de la actividad del historiador. El comparativo es con las funciones del traductor. El historiador contribuye, colabora, produce, aporta a la construcción del conocimiento histórico, forma parte de los muchos historiadores que han existido, existen y existirán para crear tramas narrativas que den cuenta de la acción humana en el tiempo, es el conocimiento histórico lo que se configura con las enunciaciones individuales-singulares del historiador. En el caso del traductor, la traducción debe su existencia a la obra y no a la inversa.

Esta expansión es como la de una vida singular y superior y se halla determinada por una meta singular y superior. Vida y meta: su relación aparentemente evidente, y que sin embargo casi se sustrae al conocimiento, se revela sólo si esa meta para la cual colaboran todas las metas singulares de la vida no es a su vez buscada en la esfera misma de la vida, sino en una esfera superior (...). La traducción sirve pues para poner de relieve la íntima relación que guardan los lenguajes entre sí. No puede revelar ni crear por sí misma esta relación íntima, pero si puede presentarla, realizándola en una forma embrionaria e intensiva¹³⁰.

En la traducción, lo que se pone de manifiesto son las relaciones que guardan entre si los distintos idiomas, situación que sería imposible mostrar en una sola traducción. Sin embargo, hay discrepancias entre el traductor y el autor y la creación poética en tanto que la

¹³⁰ Walter Benjamin, “La tarea del traductor”, p. 80.

obra ya está hecha. En el caso del autor va dándose, en el sentido del darse heideggeriano.¹³¹

La intención de la traducción no persigue solamente una finalidad distinta de la que tiene la creación poética, es decir el conjunto de un idioma a partir de una obra de arte única escrita en una lengua extranjera, sino que también es diferente ella misma, porque mientras la intención de un autor es natural, originaria e intuitiva, la del traductor es derivada ideológica y definitiva: debido a que el gran motivo de la integración de las muchas lenguas en una sola lengua verdadera es el que inspira su tarea.¹³²

A pesar de que son actividades distintas, consideramos importante mencionar que el historiador como traductor de lo que ha acontecido en otros espacios temporales, en otros mundos lingüísticos y cosmovisiones se encuentra en la misma condición de extranjería que el traductor. La perspectiva constructivista de la historia cobra sentido, sólo tenemos discursos, tramas narrativas del pasado, a pesar de depender de él su correspondencia está en la imposibilidad: “Es evidente que una traducción, por buena que sea, nunca puede significar nada para el original; pero gracias a su traducibilidad mantiene una relación íntima con él. Más aun: esta relación es tanto más estrecha en la medida en que para el original mismo ya carece de significación”.¹³³

Esta enunciación en los social, la construcción narrativa del conocimiento histórico, en la pluralidad lingüística es una manifestación del pasando que puede ser potencializado en el ahora político para redireccionar las acciones individuales y colectivas que configurarán otras maneras de convivencia de las agrupaciones sociales, otras anomalías, otros disensos; espacios sociales renovados.

¹³¹ Martin Heidegger, “El origen de la obra de arte”.

¹³² Benjamín, “La tarea ...” art. cit., p. 85.

¹³³ *Ibid.*, p. 79.

CAPÍTULO III. LA ESCRITURA DE LA HISTORIA COMO POSIBILIDAD DE ACCIÓN

El hacer hace que la realidad no sea totalizable.
Paul Ricoeur

Hemos visto que es en el lenguaje donde se construye la realidad, cualquier dinámica social es posible sólo en él. En el caso de la ciencia de la historia y el historiador son una invención reciente que responde al proyecto de la sociedad moderna. La configuración de la mentalidad del historiador se da en el lenguaje, al igual que los demás, le permite crear efectos de realidad en la narración histórica, ya sean concebidos como “reales” o como construcciones. Ante este nivel de reflexividad sobre el lenguaje, proponemos que con la actividad del historiador, su escritura, se puede contribuir a la acción. Es a través de su discurso, que será escuchado por otros, que puede impactar para generar cambios en el mundo simbólico donde se encuentran las representaciones mentales que han de marcar nuestros cuerpos indicando los límites de lo posible. Desde este ángulo, la acción política tiene como finalidad:

La acción propiamente política es posible porque los agentes, que forman parte del mundo social, tienen un conocimiento (más o menos adecuado) de ese mundo y saben que se puede actuar sobre él actuando sobre el conocimiento que de él se tiene. Esta acción pretende producir e imponer representaciones (mentales, verbales, gráficas o teatrales) del mundo social capaces de actuar sobre la representación que de él se hacen los agentes. O, más concretamente, pretende hacer o deshacer los grupos –y, al mismo tiempo, las acciones colectivas que esos grupos puedan emprender para transformar el mundo social de acuerdo con sus intereses-, produciendo, reproduciendo o destruyendo las representaciones que corporizan esos grupos y les hacen visibles para los demás.¹

Es la escritura de la historia una manera de actuar sobre el mundo, de modificar las cosmovisiones que legitiman un orden social. Una de las finalidades del planteamiento de la noción de singularidad de este trabajo es precisamente rescatar la capacidad de acción que el lenguaje posibilita al historiador en la construcción del discurso histórico e impactar en las posibilidades de acción individuales y colectivas. En este tercer capítulo hacemos énfasis en la noción de actualidad, el ahora, donde el discurso histórico puede contribuir a generar cambios en las representaciones mentales y con ello maneras de ser.

¹ Pierre Bourdieu, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, p. 96.

3.1 LO POLÍTICO DESDE EL DISENSO Y COMO POSIBILIDAD DE ACCIÓN

El trabajo de un intelectual no consiste en modelar la voluntad política de los demás; estriba más bien en cuestionar, a través de los análisis que lleva a cabo en terrenos que le son propios, las evidencias y los postulados, en sacudir los hábitos, las formas de actuar y de pensar, en disipar las familiaridades admitidas, en retomar la medida de las reglas y de las instituciones y a partir de esta re-problematización (en la que desarrolla su oficio específico de intelectual) participar en la formación de una voluntad política (en la que tiene la posibilidad de desempeñar su papel ciudadano).

Michel Foucault

Además de construir conocimiento científico y de estar vinculado con la comunidad científica, el intelectual es la figura que puede fomentar una actitud crítica en el espacio social que habita. La idea de ciencia pura hace mucho dejó de pensarse: “Siempre trabajamos en el marco de un saber, de una combinación, siempre particular, de trabajo teórico, de política y de filosofía, trabajamos siempre en el interior de una concepción del mundo, en el interior de lo que Bettelheim llama una formación ideológica”.² Los vínculos entre el saber científico y otros espacios sociales son indisociables. La actividad científica es generada en un conjunto de circunstancias contextuales. Así mismo, esta producción de conocimientos científicos impacta no sólo a las comunidades científicas sino también a los espacios públicos y privados aunque de diferente manera. Lo que nos interesa resaltar en este apartado es cuál es el impacto que puede generar la actividad científica del historiador en el espacio público: ¿cómo sería participar en la formación de una voluntad política por parte de los intelectuales en su papel de ciudadanos?, ¿cómo entendemos el espacio público y la noción de ciudadano?, ¿existe una función social del historiador?, ¿en qué sentido podemos entender al sujeto político en la actualidad?, ¿hay alguna relación entre ciencia y política? Son algunas interrogantes que intentaremos responder.

Contra todas las tentativas de reducir lo político, Jacques Rancière menciona que: “(...) la esencia de la política es la acción de los sujetos suplementarios que se inscriben en relación a toda cuenta de las partes de una sociedad”.³ ¿Cómo podríamos plantear y entender la acción política en la actualidad, una vez que el Estado, las instituciones, las identidades culturales del proyecto de la sociedad moderna están en crisis y eran precisamente estos

² Dominique Lecourt. *Filosofía, ciencia y política*, p. 121.

³ Hugo Quiroga et. al., *Filosofías de la ciudadanía. Sujeto político y democracia*, p. 30.

lugares donde se configuraba dicha acción? “¿Cómo conceptualizar la reconstitución infinita de este sujeto y la reconstrucción indefinida de este espacio, si la ciudadanía no es más pensada como adquisición de hecho de las instituciones, sino como algo a reconquistar a cada instante por la palabra y el acto?”,⁴ dice Ranciére.

A partir de las respuestas que se dan a estas preguntas en dos artículos, realizaremos una síntesis: “El ciudadano como personaje filosófico”, de Patrice Vermeren,⁵ e “Identidad, ciudadanía y comunidad política: qué es un sujeto político”, de Etienne Tassin,⁶ donde la noción de sujeto político está estrechamente vinculado al de ciudadanía: no es el ciudadano de la modernidad y el Estado moderno, ni el sujeto cultural que se identifica con los lazos comunitarios, es un sujeto llamado a la acción.

Es en el espacio público donde se configura nuestro sujeto político entrelazado más con la noción de ciudadanía “(...) no es porque hay derechos institucionalizados que hay ciudadanos, sino que la ciudadanía vendría sobre todo de la producción de un acto perpetuo de reinención de un espacio público, donde los actos y palabras aparecen en disenso y por los cuales nos constituimos en ciudadanos sin instalarnos nunca totalmente en la ciudadanía”.⁷ El uso del espacio público, el uso de la palabra abre posibilidades de acción. No es el consenso el que está en juego en la reinención constante del espacio público, es la contradicción, el desacuerdo “(...) la política se da como trabajo la configuración de su propio espacio, y su esencia es la manifestación del disenso entendido como manifestación de una diferencia consigo misma”.⁸ Idealmente se piensa en el consenso pero éste lleva en sí mismo el disenso que vuelve al sujeto político siempre inacabado, siempre en el conflicto, es el disenso inherente al espacio público donde la multiplicidad de actores interactúan desmarcándose unos de otros, es la acción lo que va a caracterizar al ciudadano: “La subjetivación política se elabora no en los valores compartidos, siendo estos principios de identificación, sino a través de los conflictos políticos en las acciones y las palabras que apuntan al bien público, desplegados con otros sujetos actuantes y hablantes, en el seno de

⁴ *Ibid.*, p. 10.

⁵ Patrice Vermeren, “El ciudadano como personaje filosófico”.

⁶ Etienne Tassin, “Identidad, ciudadanía y comunidad política: qué es un sujeto político”.

⁷ Quiroga, *op. cit.*, p. 10.

⁸ Vermeren, art. cit., p. 31.

un espacio público”.⁹ Es en la interacción con los otros pares, iguales, que este sujeto político se posiciona ante las circunstancias que le plantea el espacio político, se singulariza y actúa, participa. El sujeto político y el ciudadano, bajo esta perspectiva, son lo mismo.

No se trata de la planificación y el encauzamiento de la energía hacia fines políticos en un sentido “tradicional”, sino de pensar un “nuevo” sujeto político, focalizando su acción en el espacio público, con el uso de la palabra, en el caso del historiador su escritura y su contribución a transformar las representaciones mentales y los límites de lo pensable. Nada garantiza que los fines sean alcanzados. De alguna manera, se plantea la posibilidad de “libertad”, una especie de acción libre donde lo que importa es precisamente hacer uso del espacio público y manifestarse: el movimiento, la dinámica, el cambio. “Un sujeto político no es un grupo de intereses o de ideas. Es el operador de un dispositivo particular de subjetivación del litigio por el cual hay política”,¹⁰ tiene que haber un proceso de interpelación que active una respuesta, ante esta forma de ver la ciudadanía, la acción política, surgen estas preguntas: “¿Quién es entonces el nuevo ciudadano?, ¿se trata de un nuevo sujeto político, con capacidad de acto y de palabra?”¹¹

Esta forma de entender al ciudadano implica un replanteamiento de las maneras tradicionales donde el sujeto político es configurado al interior del Estado así como la predeterminación de su conducta. De lo que se trata es de generar un nuevo ámbito que reconozca la capacidad de actor y acción capaz de propiciar iniciativas y participación en el espacio público. El ciudadano (el sujeto político) establecido por el Estado moderno no se agota en las determinaciones que este último ha diseñado para él, un “individuo masculino y aislado, que funda la sociedad sobre un acto de voluntad, el ciudadano es el sujeto cartesiano, separado de la naturaleza de las cosas”,¹² esta homogenización y forma de entender el papel del ciudadano y su acción, está deteriorada.

⁹ Quiroga, *op. cit.*, p. 10.

¹⁰ Vermeren, art. cit., p. 31.

¹¹ Quiroga, *op. cit.*, p. 13.

¹² Vermeren, art. cit., p. 23.

Es necesario pensar al ciudadano en la praxis, en los momentos álgidos, en la tensión, en el irse configurando en cada acto ante el reto que se genera en cada contexto del espacio público. Implica la “(...) necesidad de una filosofía de la acción para tratar la cuestión democrática, como cuestión fundamentalmente “dialógica, participativa e indefinidamente perfectible”,¹³ lo que lleva a la apertura permanente del ciudadano, abierto a una multiplicidad de posibilidades de acción.

La manera cómo el ciudadano constituye los hechos como públicos, constituye el sujeto político como ciudadano. El sujeto político no preexiste a este acto que es inseparablemente acto de palabra y acto político. Desde ese momento el personaje filosófico del ciudadano no es una esencia estable, perenne o definitivamente perdida en el nunca más, sino un riesgo a retomar, un gesto a reencontrar, un posible que ha tenido lugar y que puede reproducirse, una “herencia sin testamento” –para retomar la expresión del poeta René Char- cuyo modo de empleo y de transmisión no están fijados, y que nuestra modernidad tendría que reinventar por sí misma.¹⁴

Vista así, la ciudadanía es una posibilidad, un hacer uso de esa “herencia sin testamento”, de la cual todos formamos parte y tenemos acceso a través del uso de la palabra que es posibilidad de acción, tomando en cuenta “(...) las relaciones de subjetivación por las cuales un sujeto privado, identificado por sus pertenencias comunitarias se eleva, llevado por la acción pública al seno de confrontaciones políticas, a la dignidad de actor político, es decir de ciudadano”.¹⁵ El espacio social, el discurso del historiador, la codificación de la situación social, el disenso nos llevan a arriesgarnos a tomar decisiones y acciones aún no conocidas en tanto se van configurando y actualizando en la interacción con los otros en el espacio público. El ciudadano siempre está por-venir, jamás se completa en tanto que siempre está a la espera del llamado a la acción a la hora de tomar posición (singularidad) ante los conflictos generados en el espacio público.

El uso de la “herencia sin testamento”, la indeterminación, es nuestro pase a la “libertad” política, “libertad” de acción, “libertad” de posicionamiento. Siguiendo la idea de democracia como lo hace Vermeren no es otra cosa que *la pura voluntad política de sus miembros*. “La libertad”, escribe Olivier Roy, “no está en la nostalgia de su efímera

¹³ Quiroga, *op. cit.*, p. 11.

¹⁴ Vermeren, *art. cit.*, p. 26.

¹⁵ Tassin, *art. cit.*, p. 52.

inscripción en un cuerpo político que no es otra cosa que un producto de la historia, sino en el investimento de una voluntad política en los nuevos espacios de comunicación y de interacción”.¹⁶ El encuentro social entendido como una forma interactiva con los otros, como una ocupación necesaria e indispensable de cada uno de nosotros para la construcción de espacios más justos y democráticos, una democracia donde todos tienen capacidad de acción.

Se trata de inventar un espacio público y un espacio político bajo el signo de la isonomía, un “*vivere civile*”, un accionar político orientado hacia la creación de un espacio público y la constitución de un pueblo de ciudadanos, transformar el poder en potencia de acción en concierto, pasar del poder *sobre* al poder *con* y *entre* los hombres, concibiendo el *entre* como el lugar donde se gana la posibilidad de un mundo común.¹⁷

El historiador se desenvuelve en el espacio público como “científico social”, “intelectual” y como ciudadano, constantemente está siendo interpelado, al igual que los demás integrantes de la agrupación social, para actuar en el espacio público; pero además por su formación académica está capacitado para influir en la modificación de las representaciones mentales y esquemas que legitiman el orden social, puede indicar los espacios donde las prácticas legitiman la opresión y la desigualdad. Corresponde a los demás decidir que hacen con las palabras del historiador.

3.1.1 Subjetivación política y singularidad

El sujeto político en el espacio público, desde este ángulo, se descubre a sí mismo en oposición a la identidad comunitaria o cultural que normalmente se plantea. Cuando se encuentra en el espacio público se va descubriendo, la posibilidad de acción y de palabra se encuentra precisamente ahí, en el disenso, en el conflicto y lo que él decida hacer en su interacción con los otros, se va dando en el proceso de socialización. La subjetivación política “(...) pasa por una confrontación reglada con fuerzas adversas en el seno de un espacio público, confrontación que ofrece a cada actor de la vida política la posibilidad de

¹⁶ Vermeren, art. cit., p. 28.

¹⁷ *Ibid.*, p. 29.

revelar *quién* es, es decir por otra parte, de *descubrirse* a sí mismo”.¹⁸ La singularidad aparece en la manera en cómo responde este sujeto político (o ciudadano) ante determinada situación, juego que se repite en cada acto político que confronte al ciudadano a posicionarse ante situaciones específicas.

(...) a la identificación cultural se opone la subjetivación política que hace coincidir la acción política y las relaciones conflictuales que la atraviesan con la exposición de la singularidad de los individuos; y, en fin, que esta subjetivación política exige para desplegarse un espacio público de ciudadanía que se opone a toda lógica comunitarista y que se normativiza sobre principios ético –jurídicos irreductibles a simples valores culturales.¹⁹

En la subjetivación política hay un distanciamiento de la identidad cultural y de la prioridad de la comunidad así como a la entrega de los valores nacionalistas o grupales, lo que nos llevaría a estados totalitarios donde las ideologías colectivas, filosofías de la historia, imposibilitan las configuraciones de singularidad en los seres humanos, indispensables para hablar de acción ciudadana; responder a la interpelación de la ideología pasivamente es lo que se muestra como antagónico al ideal de ciudadanía. Dicha subjetivación política plantea un nuevo esquema que toma en cuenta las interacciones sociales en las que las singularidades (individualidades) actúan ante eventos y situaciones diversas de manera distinta.

Las preguntas cambian, ya no se busca responder la pregunta identitaria “¿Qué soy? O ¿Qué somos? Sino: ¿Qué acciones emprendemos nosotros? O si se puede decir: ¿Qué hacemos? *La cuestión política propiamente dicha no es entonces aquella de la identidad comunitaria sino aquella de la actividad pública*”.²⁰ La herencia sin testamento es una invitación a la actividad pública, a la configuración de la acción singular en lo social, que impactará en lo colectivo; hacer uso del espacio público y generar posicionamientos activos, no se trata de reproducir las conductas sino de procesos de subjetivaciones con retroalimentación y posibilidades de modificaciones, transformaciones y otras maneras de responder a la dinámica social a partir del disenso.

¹⁸ Tassin, art. cit., p. 56.

¹⁹ *Ibid.*, p. 51.

²⁰ *Ibid.*, p. 53.

La subjetivación política debe entonces comprenderse como la relación *jamás igual* entre el proceso de identificación cultural o comunitario y el proceso de institución de un espacio público de ciudadanía política. Ya que es insuperable la distancia entre el sujeto de la acción política y aquel de la identificación comunitaria, distancia que hace parecer que la subjetivación política es en realidad no-identitaria, puesto que el sujeto no cesa de definirse en el seno de relaciones que ninguna comunidad precede ni circunscribe, en el seno de relaciones que lo llevan a la existencia *fuera* de toda pertenencia comunitaria.²¹

La identidad comunitaria aparece como contraria a la ciudadanía, sin embargo, es necesario para que la subjetivación tenga lugar, ese reconocimiento de la acción posible al que cada uno está llamado y del que todos formamos parte; la herencia sin testamento. La pertenencia y las filiaciones sólo imposibilitarían la “libertad” de nuestro actuar, ante la canalización de nuestras acciones encaminadas hacia determinados fines que no serían los nuestros contruidos a partir del disenso-consenso, es decir, el acuerdo al que se ha llegado una vez que han intervenido distintas subjetivaciones y han sido tomadas en cuenta. El momento importante en la subjetivación política es la capacidad de acción, el uso de la palabra, la toma de posición singular ante las circunstancias concretas. “La subjetivación política experimentada en el espacio público, fuera de toda filiación y de toda pertenencia, me hace reconocermé como el agente de mis actos en el seno de relaciones antagonistas. El sujeto político es el actor revelando en la acción y la palabra pública su singularidad a los otros, sobre una escena de aparición”.²² La subjetivación política es una posibilidad de generar maneras distintas de vivir el espacio social y de construir espacios de convivencia en otra dirección, donde es necesario que cada sujeto se reconozca como agente, constantemente será interpelados por el espacio público.

¿Dónde aparece la subjetivación política? ¿Cuáles son las condiciones necesarias que detonan la posibilidad de la configuración del sujeto político o del ciudadano? Tassin responde: “La subjetivación política, esta manera de singularizarse en la acción y de conquistar así una consistencia y una visibilidad pública, es indisociable de las confrontaciones políticas, de las relaciones de fuerza y de los intercambios argumentativos, porque es de éstos que surge, porque ninguna entidad comunitaria le es preexistente”.²³ El

²¹ *Ibid.*, p. 57.

²² *Idem.*

²³ *Ibid.*, p. 56.

disenso es vital, ningún orden está establecido para siempre, sólo son acuerdos provisionales que después serán cuestionados por el desacuerdo como parte de la lógica y la dinámica de la subjetivación política en el espacio público, lugar donde se configura el ciudadano, el sujeto político.

El espacio público es entonces, el que puede hacer que un mundo común tenga lugar acogiendo el conflicto, organizando la expresión política de los diferentes que se oponen, a veces violentamente, las minorías fluctuantes en sus aspiraciones a ver reconocidas sus reivindicaciones de derechos. No hay derecho ni sociedad democrática sin la institución de un espacio de conflicto que transforme la simple opinión en objeto de diálogo y de controversia pública.²⁴

El espacio público, el lugar común a todos, potencializa el actuar. Es donde el ciudadano se expone ante los otros y ante los acontecimientos, el ciudadano es revelado por su intervención en el espacio público. “El espacio de la vida política propiamente dicha, el espacio de la acción es en efecto un espacio público y no privado, un espacio electivo y no nativo”,²⁵ este espacio común da pie a la comunidad política: “(...) sólo cuentan los rasgos distintivos de la palabra y de la acción ciudadana y donde, en consecuencia, los individuos pueden singularizarse revelando *quienes* son”.²⁶ En la comunidad política y el espacio público, a través de la subjetivación política, “actuar es la forma de ser del ciudadano”, pero, es una condición que corresponde a cada uno de nosotros “descubrir”, la “herencia sin testamento”: “El verdadero envite es de comprender que el mundo común al cual abre el espacio público, no es común sino al ser *polémico* en sentido heraclítico –abierto sin cesar por *polemos* a la *apeiron-*, mientras que las comunidades particulares de pertenencia identificatorias obedecen, ellas, a una ley de enclaustramiento”.²⁷

Ya no es la verdad, cuestionada en sí misma, el fin último ni la contribución identitaria al Estado-nación, lo que podríamos plantear con esta noción de ciudadano y sujeto político entrelazándolo al oficio del historiador, sino promover a la acción, al uso del espacio público, a la construcción de acuerdos a partir del conflicto. La enunciación del historiador, el conocimiento histórico, se mueve en el espacio público, su trabajo fluye en el mundo del

²⁴ *Ibid.*, p. 65.

²⁵ *Ibid.*, p. 60.

²⁶ *Ibid.*, p. 59.

²⁷ *Ibid.*, p. 66.

discurso, uso de la palabra, que posibilita la acción donde la estabilidad permanente es sustituida por lo provisional, en tanto que el espacio público y la subjetivación política al producir singularidad producen disenso, libertad actuante. Cuando le preguntan a Jacques Rancière sobre ¿Cuál es el rol de un intelectual que quiere ubicarse del lado de la democracia, de la igualdad? Él contesta: “Mi rol de investigador y de escritor es el de constituir una escena teórica común capaz de fundar una comprensión de la escena política común. Es el de volver a poner en escena la igualdad y las condiciones en las que aparece, el de conectar las distribuciones de saberes con su contingencia última”.²⁸ El compromiso del científico, el intelectual, el historiador, es el de potencializar acciones singulares con impacto en lo social, en la búsqueda y en la construcción de espacios sociales más justos.

El espacio público es discurso, la enunciaciones del historiador se dan en el espacio público. Los límites de lo posible, lo pensable está en las representaciones mentales que son históricas y modificables. El historiador a través de su escritura tiene mucha injerencia en las modificaciones y transformaciones de los discursos que configuran nuestras cosmovisiones del mundo y del orden social

3.1.2 Compromiso con el ahora

Hablar del presente en la ciencia de la historia implica hacer referencia cuando menos a dos nociones: un presentismo, el tiempo que se alarga, y un presente en crisis, donde el pasado colapsa. Con el “fin de la historia” y los grandes metarrelatos que conectaban al pasado con el futuro dando sentido al presente parece que lo que queda es crisis. Siguiendo los planteamientos de Keith Jenkins, en su libro *¿Para qué la historia?*,²⁹ nos vemos tentados a estar de acuerdo y decir que la historia no sirve para nada. Sin embargo, también estamos tentados a decir que el rechazo a la historia corresponde a la carga semántica configurada en la modernidad y a los usos y aplicaciones que el Estado-nación hizo de ella.

²⁸ Jacques Rancière, “La democracia es fundamentalmente la igualdad”, p. 255. (entrevista)

²⁹ Keith Jenkins, *¿Por qué la historia?*

Seguiremos los planteamientos de Paul Ricoeur³⁰ en *Tiempo y narración III*, en su último capítulo “Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica”, en el que a partir de los conceptos horizonte de expectativa y espacio de experiencia de Reinhart Koselleck,³¹ se encuentra un espacio de acción para la historia y los historiadores en el tiempo presente; una historia “viva”, para la vida, un presente y un futuro que se dejen afectar por el pasado. Es necesario acercar el horizonte de espera al presente, que acontezca, se vuelva tangible, los desplazamientos hacia el futuro deben estar dentro de las posibilidades concretas de acción y cambio de los seres humanos.

Por una parte, hay que resistir a la seducción de esperas puramente *utópicas*; no pueden sino desalentar la acción; pues, por falta de anclaje en la experiencia en curso, son incapaces de formular un camino practicable dirigido hacia los ideales que ellas sitúan “en otra parte”. Las esperas deben ser *determinadas*; por lo tanto, finitas y relativamente modestas, si quieren suscitar un compromiso *responsable*. Sí, hay que impedir que huya el horizonte de espera; hay que acercarlo al presente mediante un escalonamiento de proyectos intermedios al alcance de la acción.³²

Sólo el anclaje de las promesas en la experiencia individual y colectiva dará a la historia, a la escritura de la historia, un sentido pragmático que detone las posibilidades de acción y un desmarcamiento de las teleologías cuya esencia es que no acontezcan (posponer el futuro). Para establecer el puente entre pasado-presente-futuro hay que abrir el pasado a nuevas interpretaciones y usos en el presente para potenciar las acciones en el presente, dejándonos afectar por él. Sentirnos interpelados por el pasado es responder, es estar abiertos a escuchar y responder al llamado a través de la acción, con proyecciones futuras concretas. Ricoeur lo llama ser-afectado-por-el-pasado, aunque tenemos que matizar qué pasado. Retomando las ideas de Friedrich Nietzsche en una de sus consideraciones intempestivas *Sobre utilidad y perjuicio de la historia para la vida*³³ observamos que hace precisamente una división de la historia: anticuaria, monumental y crítica, optando por esta última, su análisis nos permite analizar qué tipo de historia abre el tiempo a la acción humana (la analizaremos en el siguiente apartado). La afectación del pasado implica renunciar a la cosificación que los saberes modernos hacen, en este caso, del conocimiento de la historia,

³⁰ Paul Ricoeur, “Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica”.

³¹ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*.

³² Ricoeur, *op. cit.*, p. 952.

³³ Friedrich Nietzsche, *Sobre utilidad y perjuicio de la historia para la vida (II Intempestiva)*.

la crítica que hace O’Gorman a la ciencia de la historia también va en este sentido en *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. Es la hermenéutica la que nos permite reconocer la alteridad del pasado y la imposibilidad de cercarlo: “La aproximación hermenéutica, en cambio, comienza por reconocer esta exterioridad del pasado respecto a cualquier intento centrado en una conciencia constituyente, ya sea reconocida, oculta o desconocida. Ella hace inclinar toda la problemática de la esfera del *conocer* a la del *ser-afectado*, es decir, del *no hacer*”,³⁴ *ser-afectado* implica desplazarnos al pasado con otra mirada, no la de potestad del sujeto cognoscente moderno sino aquella que busca no descubrir el sentido sino crear, abrir, sentido: una historia para la vida en la práctica cotidiana y en la vida colectiva.

La restitución de esta dialéctica envolvente es importante para el sentido de nuestra relación con el pasado; por una parte, la repercusión de nuestras esperas relativas al futuro sobre la reinterpretación del pasado puede tener, como principal efecto, abrir en el pasado, considerado como transcurrido, posibilidades olvidadas, potencialidades abortadas, intentos reprimidos (una de las funciones de la historia a este respecto es la de reconducir a esos momentos del pasado en los que el futuro no estaba todavía decidido, en los que el pasado mismo era un espacio de experiencia abierto a un horizonte de espera); por otra parte, el potencial de sentido así liberado de la ganga de las tradiciones puede contribuir a dar vida a aquellas de nuestras esperas que tienen la virtud de determinar, en el sentido de una historia que hay que hacer, la idea reguladora, pero vacía, de una comunicación sin trabas ni limitaciones. Gracias a este juego de la espera y de la memoria, la utopía de una humanidad reconciliada puede actuar en una historia *efectiva*.³⁵

Esta historia *efectiva* lleva consigo una necesaria reconfiguración de los tiempos que pone énfasis en ver el pasado como interpelación, la escritura de la historia y el trabajo del historiador estarían encaminados a contribuir a generar este cambio de perspectiva (una invitación a convertirnos en agentes). Un dejarnos afectar, estar a la escucha para posteriormente actuar: “La noción de circunstancia se convierte así en el indicio de una relación inversa respecto a la historia: somos agentes de la historia sólo en la medida en que somos sus pacientes”.³⁶ Abrir el futuro a partir del pasado y potenciar nuestro presente es dejarnos afectar y responder a la interpelación del pasado: “La tradición (hermenéutica) hace hincapié en otro tipo de exterioridad: la de nuestro “ser afectados” por un pasado que

³⁴ Ricoeur. *op. cit.*, p. 971.

³⁵ *Ibid.*, p. 970.

³⁶ *Ibid.*, p. 953.

nosotros no hemos hecho”,³⁷ esta apertura del por-venir nos lleva nuevamente a los postulados hermenéuticos y a la renuncia de la “conciencia constituyente”, ya que el hacer al que da pie la interpelación no es medible, es un no control de la ciencia moderna y del científico, en tanto que implica ser pacientes, “(...) si el mundo es la totalidad de lo que es el caso, el *hacer* no se deja incluir en esta totalidad; mejor: el hacer *hace* que la realidad no sea totalizable”,³⁸ es abierto, contingente y por-venir; es nuestro espacio como “agentes capaces de producir acontecimientos”. Podemos ligar esta historia *efectiva* con la idea de la herencia sin testamento donde cada uno está invitado y es partícipe, sólo se hace uso cuando se responde a la iniciativa, a la interpelación del pasado, a través de la proyección y la acción.

El historiador en su historicidad, al igual que todos los demás seres históricos –*Dasein*– pasa por estos momentos, siempre está siendo interpelado por el pasado, pero ¿sabe de esta relación afectiva que vive con el pasado a través de la interpelación? Si bien dicha interpelación no es una actividad exclusiva del “científico del pasado”, sí corresponde a sus funciones, como agente social, contribuir a hacer notar a los demás la acción en el presente a partir de la interpelación del pasado y abrir el horizonte de expectativa. Su función social detona posibilidades de acción en la convergencia entre ética y acción política, un puente entre la acción individual y el espacio público, a través del discurso histórico donde el presente cobra sentido y la realización de posibles futuros concretos vivibles, accesibles a la experiencia, evidencian la utilidad de la historia en la experiencia cotidiana, se vuelve tangible a la vida.

Frente a esta amenaza del resquebrajamiento del presente histórico, la tarea es la que hemos anticipado anteriormente: impedir que la tensión entre los dos polos del pensamiento de la historia degenera en cisma; por lo tanto, por una parte, acercar al presente las esperas puramente utópicas mediante una acción estratégica atenta a los primeros pasos que hay que dar hacia lo deseable y lo razonable; por otra, resistir a la limitación del espacio de experiencia liberando potencialidades no empleadas del pasado. La iniciativa, en el plano histórico, consiste precisamente en la incesante transacción entre estas dos tareas. Pero para que esta transacción no exprese solamente una voluntad reactiva, sino un enfrentarse a la crisis, debe expresar la fuerza misma del presente.³⁹

³⁷ *Ibid.*, p. 972.

³⁸ *Ibid.*, p. 975.

³⁹ *Ibid.* p. 981

Una de las tareas del historiador es la vinculación de los tiempos a través del relato, nos referimos al tiempo social que se construye a partir de las experiencias colectivas, pero que a la vez está ligado a la experiencia individual del tiempo como seres históricos, *Dasein*; nuestra perspectiva es que la configuración del tiempo humano-social viene de esta experiencia primaria por tanto discordante con las nociones del tiempo continuo de la física. Una de las características de la incipiente modernidad es la configuración que hace del tiempo, cuando Foucault analiza el ensayo de Kant sobre la Ilustración escribe: “(...) constituye indudablemente un proceso cultural muy singular que ha tomado conciencia de sí mismo dándose un nombre, situándose en relación con su pasado y en relación con su futuro, y señalando las operaciones que debe efectuar en el interior de su propio presente”.⁴⁰ Esta noción de actualidad y de agencia es muy propia de la modernidad, así como las acciones colectivas en busca de cambios.

3.1.3 La *historia al servicio de la vida*: Nietzsche

(...) lo histórico y lo ahistórico son igualmente necesarios para la salud de un individuo, de un pueblo y de una cultura.

Friedrich Nietzsche

Cuando mencionamos una historia útil para la vida, nos referimos a un conocimiento del pasado que posibilite la acción en el presente pero desvinculado de todo control teleológico e ideológico del tiempo y de los cuerpos, por tanto no está vinculada a la historia maestra de vida que exalta a los héroes para tomarlos como modelos de conducta, al servicio del reino o de la iglesia. En el artículo de Reinhart Koselleck sobre la “Historia *magistra vitae*”⁴¹ podemos seguir la trayectoria conceptual del término “historia”, así como su transición semántica de maestra de vida al concepto moderno. Lo que nosotros planteamos con el título de una historia al servicio de la vida implica detonar posibilidades de acción con el lenguaje que el historiador construye sobre el pasado, contribuir a la modificación de las representaciones mentales que gobiernan nuestros cuerpos a través del lenguaje, un

⁴⁰ Michel Foucault, *Sobre la Ilustración*, p. 57.

⁴¹ Reinhart Koselleck, “Historie *magistra vitae*”.

conocimiento histórico al servicio de experiencias colectivas e individuales, en la interpelación y posibilidad de acción. En tanto los usos que se han hecho del término responde más a la capitalización del pasado al servicio de las ideologías –filosofías de la historia-, esto ha implicado manipulación, control del tiempo y de los cuerpos. Sin embargo, tenemos que mencionar que una historia más vinculada a la experiencia cotidiana, colectiva e individual, era algo que ya se pedía a la historia, en este periodo de transición semántica que estudia Koselleck: Jean Bodin, retomando a Cicerón, “remite a las leyes sagradas de la historia, en virtud de las cuales los hombres podrían conocer su presente e iluminar el futuro, y no pensando teológicamente sino de forma práctico-política”.⁴² Esta práctica-política tiene su concreción en la actualidad, en el actuar de los humanos y colectividades concretos; implica una historia, un tiempo, que potencializa las posibilidades de la experiencia

Una historia vinculada con nuestra condición histórica: “La verdadera maestra es la historia misma, no la escrita”.⁴³ Y es que toda escritura sobre el pasado debe ser cuestionada, para qué conocer el pasado, qué tiene que ver conmigo el conocimiento histórico en el presente, responsabilicemos a los historiadores de sus palabras y preguntemosles: ¿con qué intención evocan el pasado y cuál es su finalidad? Y es que no pocas veces resulta más significativa la experiencia, la historicidad, nuestra condición existencial y la experiencia del tiempo en lo social. “La historia elaborada por otros, por mucho que se escriba y se estudie, rara vez proporciona equidad y sabiduría política: eso lo enseña la experiencia”.⁴⁴

Regresando a Nietzsche, su finalidad en *Sobre utilidad y perjuicio de la historia para la vida* es replantear la función de la historia, alejada de los prototipos de la ciencia moderna y desmarcándose de la historia monumental y anticuaría pues sólo plantean pasados que imposibilitan la acción en el presente: “Cuando el sentido de un pueblo se endurece de tal modo, cuando la historia sirve a la vida pasada de modo que socava la subsistencia y, precisamente, cuando el sentido histórico ya no conserva la vida sino que la momifica, entonces se seca el árbol poco a poco, de manera antinatural, desde arriba hacia las raíces; y

⁴² *Ibid.*, p. 45.

⁴³ *Ibid.*, p. 51.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 63.

finalmente también las raíces perecen”.⁴⁵ La crítica está pensada para la sociedad del siglo XIX, pero, consideramos que es vigente a nuestra situación, pues tiene como telón de fondo la modernidad y su práctica científica. En la actualidad, el exceso de pasado y la carencia significativa pragmática del conocimiento histórico llevan a una indiferencia. La opción que plantea es que a través de la historia crítica el historiador recupere el conocimiento del pasado, que potencie el sentido histórico en el presente, una historia al servicio de la vida. Esto implica abrir el tiempo a la acción en el presente, el pasado como interpelación en el presente con horizontes al futuro cercano, tangible, vivible. En palabras de Ricoeur: “El de un presente tan activo como el de la promesa”.⁴⁶

Cierta actitud iconoclasta respecto a la historia, en cuanto encerramiento en el pasado, constituye así una condición necesaria de su poder para poder refigurar el tiempo. Se exige, sin duda, un tiempo de *suspensio* para que nuestros objetivos del futuro tengan la fuerza de reactivar las potencialidades inacabadas del pasado, y para que la historia de la eficiencia sea llevada por tradiciones aún *vivas*.⁴⁷

Un tiempo abierto, una historia que interpela y genera impacto en las vidas del presente, conlleva implícita y explícitamente en Nietzsche el rechazo a la ciencia moderna, al conocimiento histórico producido por el científico objetivo, resistencia a reproducir y a aceptar la concepción de occidente del pasado y de sus ideales de ciencia ordenadora lingüísticamente: “La historia, pensada como pura ciencia y que ha llegado a ser soberana, sería una especie de cierre de la vida y de rendición de cuentas para la humanidad”.⁴⁸ Este cierre a la vida se debe a la primacía del racionalismo conceptual propio de la ciencia moderna y renunciamiento a dejarnos afectar por las voces del pasado que nos hablan de nuestra condición histórica.

Ciertamente necesitamos historia, pero la necesitamos de una manera distinta de cómo la necesita el refinado ocioso que se pasea por el jardín del saber, aunque él mire con condescendencia nuestras groseras y torpes necesidades y miserias. Es decir, *la necesitamos para la vida y la acción*, no para retirarnos cómodamente de la vida y la acción, o acaso para embellecer la vida egoísta y la cobarde y mala acción. Sólo en la

⁴⁵ Nietzsche, *op. cit.*, p. 54.

⁴⁶ Ricoeur, *op. cit.*, p. 985.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 989.

⁴⁸ Nietzsche, *op. cit.*, p. 40.

medida en que la historia sirva a la vida hemos de servirla a ella; pero hay una medida de hacer historia y una apreciación de la misma que hacen que la vida se atrofie y degenere.⁴⁹

La historia escrita bajo la perspectiva del hombre moderno es una historia plagada de los métodos y técnicas que aleja a la vida, así como a la posibilidad de interconectar los tiempos y la experiencia humana. Es a fines del siglo XIX cuando Nietzsche realiza su análisis, una crítica muy temprana a las anomalías de la ciencia moderna y del pleno auge de la ciencia de la historia, una reflexión que él llama “inactual”, fuera de contexto, en tanto que la euforia imperaba por la ciencia de la historia en este período: “Esta consideración es también inactual porque aquí intento interpretar como daño, defecto y carencia de la época algo de lo que ésta con razón está orgullosa, es decir, su cultura histórica, porque hasta creo que todos nosotros padecemos una fiebre histórica que consume y por lo menos tendríamos que reconocer que padecemos esto”.⁵⁰

El abuso que se realiza en la época moderna de la memoria histórica trae consigo la renuncia a la misma, al punto que es más recomendable el olvido, “(...) hay un grado de insomnio, de rumiar, de sentido histórico, en el que lo viviente se perjudica y finalmente sucumbe, ya se trate de una persona, ya de un pueblo, ya de una cultura”.⁵¹ El olvido es una forma de desintoxicación de la historia monumental, anticuaria y crítica, clasificación que hace Nietzsche de las maneras en como el hombre moderno hace uso del conocimiento histórico. La metáfora que usa para representar los abusos del pasado es: “Un hombre que quisiera sentir siempre sólo históricamente, sería semejante al que quisiera prescindir del sueño, o al animal que hubiera de sobrevivir rumiando y de nuevo rumiando”.⁵² No es posible una historia efectual, interactiva a través del objetivo pasado de la práctica científica, donde parece imperar el lema: “hágase la verdad, perezca la vida”.⁵³ La experiencia objetivada, cargada de un metalenguaje que sólo sirve a la ciencia excluyendo a las mayorías con sus lenguajes encriptados.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 26. (Cursivas propias)

⁵⁰ *Ibid.*, P. 27.

⁵¹ *Ibid.*, p. 32.

⁵² *Ibid.*, p. 31.

⁵³ *Ibid.*, p. 59.

Es en el siglo de las filosofías especulativas de la historia donde no hay mayor negación a la acción que en estas perspectivas teleológicas del tiempo. La Razón, el comunismo, la modernidad, entre otros discursos “totalizantes” sólo representan el cierre del tiempo, de la vida: “Estos hombres históricos creen que el sentido de la existencia se ha de manifestar cada vez más en el curso de su proceso; por eso miran hacia atrás sólo para aprender a entender el presente y a desear con vehemencia el futuro contemplando el proceso desarrollado hasta el momento”.⁵⁴ Si bien, colapsaron los grandes metarrelatos en la segunda mitad del siglo XX, se continúa hablando de proyecto de nación, proyecto de sociedad, que no es otra cosa que la sistematización del tiempo y la vida a través del ídolo “proceso histórico” donde sólo nos corresponde desempeñar funciones.

Retomando la clasificación que hace Nietzsche de la historia, monumental, anticuaria y crítica, su propuesta es cambiar el enfoque, plantea una historia que esté al servicio de la vida de los seres humanos vivientes en el presente, renunciar a la manera en que es tratada la historia monumental donde es tanta la veneración al pasado de los grandes hombres que: “Lo sepan a no con claridad, en todo caso actúan como si su lema fuera: dejad que los muertos entierren a los vivos”.⁵⁵ Se mira tanto hacia atrás que se deja de vivir el presente. Ante este cierre del tiempo es necesaria una actitud crítica que busque la vida, que abra el tiempo a la acción en el presente, “(...) sólo el que siente el pecho oprimido por una necesidad actual y que a cualquier precio quiere quitarse la carga de encima, tiene la necesidad de una historia crítica, es decir, que juzgue y que pronuncie sentencias”,⁵⁶ discursos históricos que lleven a los lectores a apropiarse del pasado a través de las interpelaciones y las representaciones mentales en el lenguaje, una historia afectiva que busca una utilidad del pasado en la vida. El conocimiento histórico abriendo posibilidades de acción en el presente.

Esta afirmación implica ver desde otra perspectiva la historiografía actual, que bien tiene mucho de lo que Nietzsche llama historia anticuaria: la que sólo conserva, la que cosifica el pasado, valora y habla desde el presente con una actitud científica para eximirse de

⁵⁴ *Ibid.*, p. 37.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 49.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 50.

cualquier compromiso y reconocimiento vital con el pasado: “Entonces no hay para las cosas del pasado diferentes valoraciones y proporciones que harían justicia verdaderamente a cada una de estas cosas, sino siempre sólo medidas y proporciones de las cosas en relación con el individuo o el pueblo que las considera retrospectivamente de manera anticuaria”.⁵⁷ Los museos, las exposiciones, el archivo, el exceso de escritura y metalenguaje, las clasificaciones arbitrarias que se justifican con el uso del “método científico” moderno; la objetivación de la vida, llevan a la historia anticuaria a “(...) sólo conservar vida, no producirla; por eso subestima siempre lo que está en devenir, puesto que no tiene ningún instinto para adivinarlo (...) obstaculiza entonces la fuerte decisión por lo nuevo, paraliza al que actúa que, como todo hombre de acción siempre lastima, tiene que lastimar alguna piedad”,⁵⁸ si lo que se busca es la interpelación del pasado para la acción en el presente y la apertura al futuro implica de alguna manera cierto desplazamiento de tales formas de enfocar el conocimiento histórico dado que buscamos una escritura de la historia con capacidad de contribuir a la modificación de las representaciones mentales que abran posibilidades de acción en el devenir, en el por-venir. Para esto hemos de recurrir al tercer tipo de historia, la historia crítica, que se caracteriza por el desprendimiento del pasado en comparación con la historia monumental y anticuaria: “Tiene que tener la fuerza, y de tanto en tanto emplearla, para despedazar y disolver un pasado a fin de poder vivir; ha de alcanzar esto sometiéndolo a juicio, indagándolo y, finalmente, pronunciando la sentencia”.⁵⁹

a) La vida vs. lo histórico-ciencia

Los abusos llevados a cabo por la praxis científica moderna obstaculizan, en la mirada de Nietzsche y también la nuestra, *la función vital de la historia*. Los excesos de lenguaje teórico, la acumulación desmedida de datos, la saturación de memoria histórica elitista, facilitan un rechazo al panteón idolátrico de la historiografía de gran parte de la sociedad. La manera en como objetualizamos los historiadores el pasado, instruidos por la disciplina

⁵⁷ *Ibid.*, p. 54.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 55.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 56.

metodológica, nos lleva a una “fría” mirada objetual con nuestros iguales que han vivido en el pasado, para convertirnos en *enciclopedias ambulantes*.

Pues nosotros, los hombres modernos, nada tenemos que sea de nosotros; sólo por el hecho de que nos llenamos y nos saturamos con épocas, costumbres, artes, filosofías, religiones, conocimientos extraños llegamos a ser algo digno de consideración, enciclopedias ambulantes, que es como nos llamaría quizá un antiguo griego que viniera a parar a nuestro tiempo.⁶⁰

Somos expertos en datos, fechas, nombres, relatos, pero con una carencia pragmática vital del conocimiento que producimos. Fuimos educados para idolatrar “el hecho”⁶¹, “el acontecimiento”, “el proceso”; al servicio de la legitimación del Estado-nación, de las filosofías especulativas de la historia, estas dos últimas en crisis; en una primacía del metalenguaje que garantiza la generación de redes conceptuales que facilitan argumentar las “verdades construidas” -al punto que estamos en lo que Gabriel García Márquez llama el riesgo de ser simplificados por la gramática 1997-. Volviendo a Nietzsche, la instrucción del hombre moderno carece de empatía: “Así el individuo se vuelve titubeante e inseguro y ya no cree en sí mismo: se hunde en sí mismo, en lo interior, eso quiere decir aquí solamente en el amontonado farrago de lo aprendido que no influye hacia fuera, de la instrucción que no llega a ser vida”.⁶²

Hay una falta de empatía con los humanos en el tiempo, es parte de las características del tipo de cuerpos que genera la modernidad: individualismo-egoísmo. La mecanización, el empoderamiento del científico, la manipulación del “mundo” también llegan a la ciencia de la historia. El historiador está al servicio de lo que el hombre moderno consume, finalmente entra al juego del mercado, se vende al patrón, es parte de la época que ha nacido envejecida,⁶³ donde hay una clausura explícita a las nuevas experiencias dado que la

⁶⁰ *Ibid.*, p. 61.

⁶¹ “Así es como sois los abogados del diablo al hacer del hecho, del éxito, vuestro ídolo; mientras que el hecho ha sido ha sido siempre tonto y en todas las épocas se ha parecido más a un becerro que a un dios”. *Ibid.*, p. 110.

⁶² *Ibid.*, p. 70.

⁶³ “La cultura histórica es también realmente algo así como canas innatas, y los que llevan su signo desde la infancia tienen que adquirir la fe instintiva en la vejez de la humanidad: pero a la vejez le corresponde ahora una ocupación de viejos, es decir, mirar hacia atrás, contar de nuevo, terminar,

saturación, para ellos, significa completud, entre más acumulación de información la garantía de totalidad se cumple en su lógica.

El hombre moderno (...) hace que sus artistas históricos le preparen constantemente la fiesta de una exposición universal: se ha transformado en un espectador que goza paseándose y ha sido puesto en una situación en la que ni grandes guerras, ni grandes revoluciones apenas por un instante pueden modificar nada (...) Dicho moralmente: ya no podéis retener lo sublime, vuestras acciones son súbitos golpes, no truenos que se prolongan.⁶⁴

Incapacidad para vincular el conocimiento histórico con la vida. Espectadores frívolos, es lo que ha producido la fiebre por la historia donde el sentido del pasado queda en manos de la “ciencia” y sus trabajadores que tras arduas investigaciones, en el campo de la historia, logran transmitir “hechos” que intentan eliminar cualquier proceso empático, así como la interpelación del pasado que antecede a la acción, “(...) no sorprenderse ya por nada desmedido, hacer finalmente que todo agrade, es lo que se llama entonces sentido histórico, cultura histórica”.⁶⁵ Somos víctimas de la *fantasmagoría* y el engaño del que Walter Benjamin habla, aplicado a las mercancías detrás del aparador, en nuestro caso es el conocimiento histórico –sentido histórico y cultura histórica- depositado en libros, museos, archivos, exposiciones que gozan de cierta sacralidad. Ante ello, Nietzsche dice: “¡Muy orgulloso europeo del siglo diecinueve, estás loco furioso! Tu saber no perfecciona a la naturaleza sino que mata a tu propia naturaleza,”⁶⁶ se refiere a los europeos del siglo XIX, nosotros, en tanto, lo traemos a nuestro siglo XXI.

Somnolencia, pasividad, contemplación indiferente al parecer son los propósitos del conocimiento histórico moderno; descartar cualquier posibilidad de una pragmática vital de la historia, así como posicionamientos singulares, es lo que genera el uso excesivo de los cortes analíticos.⁶⁷ “La cultura histórica de nuestros críticos ya no permite que se consiga

buscar consuelo en lo que ya ha sido por medio de recuerdos, en suma: cultura histórica”. *Ibid.*, p. 101.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 69.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 95.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 113.

⁶⁷ “Así es como el sentido histórico hace pasivos y retrospectivos a sus sirvientes; y casi sólo por momentáneo olvido, precisamente por una intermitencia de ese sentido, el que está enfermo de fiebre histórica se hace activo para disecar su acción no bien ha pasado, a fin de impedir con la

un efecto en el sentido propio, es decir, un efecto sobre la vida y la acción: a la más negra escritura le aplican de inmediato su papel secante, al más delicado dibujo lo embadurnan con sus gruesas pinceladas, que han de ser consideradas correcciones; y así todo pasa”.⁶⁸ Encontramos el exceso congestionante, una escritura estéril de la historia desarrollada en los procedimientos de la ciencia moderna; con tantas redes conceptuales lo que logra es una renuncia a las afecciones del pasado que nos incitarían –interpelarían- a la acción en el presente y a abrir el horizonte de expectativas a corto y mediano plazo.

A ellos (los eunucos guardianes del gran harem universal histórico) les cae ciertamente muy bien la pura objetividad. ¡Casi parece como si la misión fuera vigilar la historia para que no salgan de ella nada más que, precisamente, historias pero ningún acontecer!; impedir que por medio de ella se “liberen” las personalidades, es decir, sean veraces consigo mismas, con los otros y en palabra y acción.⁶⁹

Un remedio a este pasar pasivo y retomando la crítica negativa que hace Nietzsche de las maneras en cómo el científico moderno, historiador, construye el conocimiento histórico, ya sea en la perspectiva monumental y anticuaria, es importante mencionar que no propone la desaparición de ambas sino que los conocimientos que produce sean utilizados de otra manera, incluyendo la historia crítica donde la finalidad del conocimiento sea su contribución a la vida y no a conocimientos objetivos vacíos.

Todo hombre y todo pueblo necesita, según sus metas, fuerzas y necesidades, un cierto conocimiento del pasado, como historia ya monumental, ya anticuaria, ya crítica; pero no como un grupo de pensadores puros que sólo contemplan la vida, no como individuos ávidos de saber y a los que sólo el saber satisface, cuya meta es aumento de conocimiento, sino siempre sólo con el propósito de su vida y, por lo tanto, bajo el dominio y la guía superior de esta vida (...) *que el conocimiento del pasado en todas las épocas sólo se desea al servicio del futuro y del presente, no para debilitar el presente ni para desarraigar un futuro vital.*⁷⁰

El pasado, visto desde nuestra condición histórica, es una interconexión con los tiempos experimentados por el *Dasein*. En el entrelazamiento de los tiempos pasado-presente-futuro esenciales para la vida encontramos una historia existencial en el sentido heideggeriano,

consideración analítica que siga influyendo y, finalmente, para desarrollarla como “historia”. *Ibid.*, p. 104.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 76.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 71.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 58. (Cursivas propias).

siempre abierta y proyectando hacia el futuro; así como una historia efectual en sentido gadameriano, el pasado, la tradición, siempre nos afecta y la afectamos, nos interpela.

Ante la búsqueda de una historia al servicio de la vida, Nietzsche no sugiere la disolución de las tres maneras de hacer historia, lo que propone es contemplar un elemento ahistórico o suprahistórico que haría contrapeso a lo histórico en la versión de la ciencia moderna para posibilitar la utilidad de la historia para la vida: “(...) los antídotos contra lo histórico se llaman (...): lo ahistórico y lo suprahistórico. Con la expresión “lo ahistórico” designo el arte y la virtud de poder olvidar y encerrarse en un horizonte limitado; llamo “suprahistóricos” a los poderes que desvían la vista del devenir hacia lo que da a la existencia el carácter de lo eterno e idéntico, hacia el arte y la religión”.⁷¹ Y es que todo lo viviente, según él, necesita a su alrededor de una “atmósfera envolvente” que permita el equilibrio.

Lo ahistórico es semejante a una atmósfera envolvente en la que se produce vida sólo para volver a desaparecer con el aniquilamiento de esta atmósfera. Es cierto, sólo por el hecho de que el hombre, pensando, volviendo a pensar, comparando, separando, combinando, limita ese elemento ahistórico, sólo porque dentro de esa nube de bruma que lo envuelve surge un claro y brillante rayo de luz (...), sólo por la energía para utilizar lo pasado para la vida, para hacer de lo ya ocurrido de nuevo historia, llega el hombre a ser hombre. Pero en un exceso de historia cesa de nuevo el hombre, y sin esa envoltura de lo ahistórico nunca habría empezado, nunca se habría atrevido a empezar.⁷²

Entonces la ciencia de la historia en sus distintos tipos: monumental, anticuaria y crítica aportarían información valiosa –léase viva- en el sentido que cada uno se viera motivado a formarse su propia idea del pasado con miras a una aplicación práctica tangible en la vida cotidiana y en las proyecciones singulares de cada uno de nosotros: una historia al servicio de la vida.

⁷¹ *Ibid.*, p. 135.

⁷² *Ibid.*, p. 34.

b) En pro de una función vital de la historia

(...) la vida se desploma, se debilita y desanima cuando el temblor conceptual provocado por la ciencia le quita al hombre el fundamento de toda su seguridad y calma, la fe en lo persistente y eterno (...) lo ahistórico y lo suprahistórico son los antídotos naturales contra la invasión de lo histórico en la vida, contra la enfermedad histórica.

Friedrich Nietzsche

La fuerza del pasado en el presente se vuelve productiva sólo en el sentido pragmático. Una historia viva implica cuestionar al anticuario, al romántico que se la pasa añorando el pasado, al científico que clasifica oprimiendo al otro; dejar de ser epígonos.⁷³ Esto implica hacer un replanteamiento de las formas en las que la cultura occidental ha configurado la ciencia y sus usos, en el caso de la ciencia de la historia el concepto de historia bajo una relación de sometimiento del pasado. En el reconocimiento que hagamos en los otros que al igual que nosotros son seres atravesados por el tiempo en el espacio, existe la posibilidad de recuperar el pasado como: “¡Lo igual a través de lo igual!”⁷⁴

Cuando hablamos de una historia significativa que se fusione con el presente, en la vida cotidiana, nos referimos a una historia en estrecha relación con las vivencias, la experiencia, lo tangible. Un conocimiento que contempla el *a posteriori* como momento necesario para evidenciar la pragmática del conocimiento histórico. Este enfoque trae consigo una reconfiguración del para qué y cómo estudiar historia: “Ya será tiempo de que prudentemente se prescindiera de todas las construcciones del proceso universal o también de la historia de la humanidad, un tiempo en el que ya no se consideren las masas sino de nuevo sólo los individuos, que constituyen una especie de puente sobre el desolado torrente del devenir”,⁷⁵ es el espacio del individuo en lo social lo que está en juego, donde hay una interacción con las estructuras y formas sistemático-mecanicistas de entender lo humano, este reconocimiento implica el abandono de las totalidades y tener en cuenta la singularidad

⁷³ Epígono: “deriva de la palabra griega ἐπίγονος que significa "nacido después". Suele referirse a la persona que sigue el estilo de una generación anterior”. *Wikipedia*, 19-08-2014.

⁷⁴ Nietzsche, *op. cit.*, p. 87.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 119.

existencial de cada uno de nosotros y por tanto la imposibilidad de un cientificismo dogmático, puesto que: “ (...) el linaje humano es una cosa tenaz y persistente (...) es decir, no puede ser considerado como conjunto por el infinitamente pequeño puntito, átomo, que es el hombre individual”.⁷⁶

La posibilidad de una pragmática de la historia implica otras formas de escritura que modifiquen las representaciones mentales que gobiernan los cuerpos, ante los excesos racionales que la ciencia moderna ha hecho de los mundos de la vida. Una lectura que conteste por qué hay una indiferencia al conocimiento histórico científico en la actualidad, si bien Nietzsche observa el siglo XIX, no hay mucha diferencia con el nuestro donde la crisis está mas acentuada. “(...) en medio de esta lucha tenemos que hacer una comprobación especialmente mala: que intencionalmente se fomentan, se alientan ... y se utilizan los excesos del sentido histórico por los que padece el presente”.⁷⁷ Al parecer el servicio al Estado-nación y al método científico desligaron el sentido histórico, la experiencia histórica de la vida cotidiana; la experiencia singular y la significación del pasado que nos conectaba con los otros que han existido antes que nosotros. “Se los utiliza contra la juventud, a fin de prepararla para esa madurez viril del egoísmo que en todas partes se procura; se los utiliza para quebrar la natural resistencia de la juventud con una deslumbrante iluminación científicamente mágica de ese egoísmo viril tan poco viril”.⁷⁸

Corresponde dismantelar la práctica historiográfica identificada con la ciencia moderna y apropiarnos del pasado. Siguiendo los planteamientos de Nietzsche, los involucrados con la práctica historiográfica, quienes estudiamos la acción humana en el tiempo, somos los que debemos buscar una solución a lo que el hombre moderno ha hecho con el pasado: “Pero está enferma esta vida desencadenada, y tiene que ser curada. Padece muchos males y sufre no sólo por el recuerdo de sus cadenas (...). Padece, en lo que a nosotros nos afecta especialmente de enfermedad histórica. El exceso de historia ha atacado a la fuerza plástica de la vida, ya no sabe servirse del pasado como un alimento fuerte”.⁷⁹ Hacer uso del

⁷⁶ *Ibid.*, p. 101.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 126.

⁷⁸ *Idem.*

⁷⁹ *Ibid.*, p. 134.

alimento fuerte implica una historia que fortalezca nuestras acciones, nuestra vida; distanciada de los fines académicos de la ciencia de la historia, es decir, de la creación de metalenguajes. La finalidad es la búsqueda de la historia al servicio de la vida. En este sentido, el pasado estaría al servicio de la vida en el presente, donde veamos la influencia del pasado en nuestro actuar cotidiano y la potenciación de una multiplicidad de posibilidades de nuestro accionar en el tiempo con cada interpelación del pasado y nuestra respuesta en el presente. Es en este espacio donde los mundos de vida se interconectan a través de la intersección de los tiempos y el diálogo generacional se hace manifiesta. Con un impacto real y tangible en nuestras mortales vidas, como lo menciona O' Gorman: "Quiero una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas (...) una historia arte (...) una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo como nuestros amores (...)".⁸⁰ Una historia significativa en la experiencia cotidiana.

(...) pero pregúntate tú, individuo, para qué existes, pregúntate esto, y si no hay nadie que te lo pueda decir, intenta por una vez justificar el sentido de tu existencia como quien dice a posteriori, que te propongas a ti mismo un fin, una meta, un para qué, un elevado y noble "para qué". Sucumbe sólo por él (...) No conozco mejor fin de la vida que sucumbir por lo grande e imposible, *animae magnae prodigus*.⁸¹

Sólo cuando se logre vincular el pasado con la vida concreta de las singularidades y colectividades la escritura de la historia, el conocimiento histórico, será un conocimiento con sentido útil; una configuración temporal distanciada de las filosofías de la historia, del dogmatismo científicista, de las interpretaciones que eliminan la acción singular en pro del grupo. Una conexión estrecha con la vida que contemple el impacto del pasado a través del discurso histórico. Cada recuperación del pasado nos interpela y abre posibilidades a la acción y a nuestro posicionamiento "singular" en el mundo. Ver el pasado desde una pragmática existencial es rechazar "la educación histórica de la juventud del hombre moderno" como lo plantea Nietzsche, descubrir la fuerza del pasado es regresar a la juventud: "Y sin embargo confío en el poder inspirador que, a la manera de un genio, guía mi nave, confío en la juventud, que me ha conducido bien al obligarme ahora a una protesta contra la educación histórica de la juventud del hombre moderno, para que el

⁸⁰ Edmundo O' Gorman, "Fantasmas en la narrativa historiográfica", p. 273.

⁸¹ Nietzsche, *op. cit.*, p. 122.

hombre ante todo aprenda a vivir y sólo utilice la historia al servicio de la vida aprendida”.⁸²

La fuerza de la juventud nos desintoxica del mundo conceptual del hombre moderno,⁸³ según Nietzsche, o cuando menos muestra una posible vía para modificar las representaciones mentales a favor de las filosofías de la historia -ideologías- a las que ha contribuido el discurso histórico moderno. Es necesario configurar discursivamente un tipo de humano que usa el pasado para la vida trayendo consigo un posible abandono o reacomodo del conocimiento histórico producto del paradigma de la ciencia moderna, puesto que “(...) su deseo de experimentar por sí mismo algo, de sentir crecer en sí mismo un sistema coherente y vívido de sus propias experiencias, es aturdido y como ahogado por la frondosa simulación, como si en pocos años fuera posible recoger en sí las más sublimes y extrañas experiencias de épocas pasadas, y precisamente de las más grandes épocas”;⁸⁴ el discurso del pasado originado en la universidad imposibilita, coarta, transgrede la vida, la experiencia, el posicionamiento existencial de cada uno de nosotros en la cosmovisión histórico cultural en la que nos desenvolvemos. En la perspectiva de la ciencia moderna se ha llevado a cabo una desconexión entre el mundo de la vida y el campo científico. En nombre de la ciencia se ha desplazado el sentido humano del conocimiento, del saber.

(...) nos hemos vuelto incapaces para la vida, para ver y oír, para captar con felicidad lo más próximo y natural y no tenemos hasta ahora ni siquiera el fundamento de una cultura porque nosotros mismos no estamos convencidos de tener en nosotros una verdadera vida (...) a la manera de una fábrica de conceptos y palabras, inanimada y sin embargo angustiosamente agitada, tengo quizá todavía el derecho de decir de mí mismo *cogito, ergo sum*, pero no *vivo, ergo cogito*. Se me ha concedido el “ser” vacío, pero no la verde “vida”; mi originario sentimiento me garantiza que sólo soy un ser pensante pero no viviente, que no soy un *animal* sino, a lo más, un *cogital*.⁸⁵

⁸² *Ibid.*, p. 128.

⁸³ “(...) el joven tiene que empezar sabiendo algo sobre la cultura, ni siquiera sabiendo sobre la vida, mucho menos con la vida y con la experiencia misma. Y el joven, por cierto, es imbuido y empapado de este saber sobre la cultura, como un saber histórico; es decir, su cabeza, su cabeza es llenada con una enorme cantidad de conceptos que son deducidos del conocimiento muy mediato de épocas y pueblos pasados, no de la contemplación inmediata de la vida”, *Ibid.*, p. 131.

⁸⁴ *Idem.*

⁸⁵ *Ibid.*, p. 134.

La mecanización, sistematización de lo social es lo que se ha hecho en gran parte de la producción científica de las ciencias sociales; desplazando, omitiendo la experiencia, lo concreto, lo cotidiano que antecede al entramado conceptual aprendido en la universidad. Una posible solución desde Nietzsche: “(...) que el hombre ante todo aprenda a vivir y sólo utilice la historia al servicio de la vida aprendida”,⁸⁶ y para que esto pueda siquiera ser proyecto implica otros discursos que modifiquen las representaciones mentales y a la vez éstas redireccionen el hacer de los cuerpos hacia otros espacios en beneficio de una historia al servicio de la vida; un pasado significativo para los seres humanos en el presente y la posibilidad de realizar proyecciones tangibles al futuro. Esta posibilidad la vincularemos con la “actitud crítica”, una filosofía del presente, una ontología de nosotros mismos como plantea Michel Foucault.

3.1.4 Actitud crítica

Es de la lectura que hace Foucault del ensayo de Kant sobre “¿*Qué es la ilustración?*”⁸⁷ a partir de la cual planteará una relación crítica con el presente, con la actualidad. Si bien la modernidad se caracteriza por cobrar conciencia de sí misma ésta está más vinculada con el adoctrinamiento dogmático de la Razón y la filosofía del progreso al servicio de un orden político, económico, social.

Remitiéndome al texto de Kant, me pregunto si no se puede considerar a la modernidad más bien como una actitud antes que como un período de la historia. Con actitud quiero decir un modo de relación con respecto a la actualidad; una elección voluntaria que es efectuada por algunos; por último, una manera de pensar y sentir, también una manera de actuar y de conducirse que a la vez indica una pertenencia y se presenta como una tarea. Sin duda, algo como lo que los griegos llamaban un *ethos*.⁸⁸

⁸⁶ *Ibid.*, p. 128.

⁸⁷ El ensayo de Kant sobre *Qué es la ilustración* responde a la convocatoria de un periódico alemán para definir la época que se está viviendo. Él gana el concurso. Básicamente plantea la mayoría de edad de la humanidad y el necesario abandono del tutelaje para hablar de libertad y madurez histórica. Immanuel Kant, *Filosofía de la historia. Qué es la ilustración*.

⁸⁸ Nietzsche, *op. cit.*, p. 94.

Esta perspectiva desarrollada por Foucault rescata la reflexividad que a cada uno le corresponde hacer de la época en que nos ha tocado vivir, la manera en como nos conducimos, el cuidado de sí, de nosotros mismos en el presente donde se manifiesta nuestra condición histórica; es una ontología de nosotros mismos. La actitud ante la actualidad lo asociamos con la respuesta a la interpelación del mundo simbólicamente estructurado cuya manifestación se encuentra en nuestro *ethos*, modo de ser.

De la lectura de Kant, Foucault rescata el planteamiento del “ahora”: “La hipótesis que quisiera exponer es que ese pequeño texto se halla de algún modo en la bisagra de la reflexión crítica y de la reflexión sobre la historia (...). La reflexión sobre el “hoy” como diferencia en la historia y como motivo para una tarea filosófica particular me parece que es la novedad de este texto”.⁸⁹ La reflexión sobre la actualidad es lo que caracteriza la actitud crítica, el hoy es la manera de relacionarnos con el presente. esta reflexión sobre nuestra condición con la dinámica abre la posibilidad de vivir en los bordes, en los límites; ni dentro ni fuera, esto nos llevará a una forma distinta de interacción con el contexto histórico-cultural en el que nos encontramos.

Acerca de esta actitud crítica Foucault menciona: “Caracterizaría pues al *ethos* filosófico propio de la ontología crítica de nosotros mismos como una prueba histórico-práctica de los límites que podemos franquear, y por ende como trabajo de nosotros mismos sobre nosotros mismos en tanto seres libres”.⁹⁰ Corresponde a cada uno de nosotros desarrollar este modo de ser, ante la especificidad del contexto histórico-cultural en el que nos desenvolvemos, nos construimos, modificamos nos vamos haciendo. Buscar lo que somos, que nada tiene que ver con los nacionalismos del Estado moderno, ese espacio de vitalidad y resistencia. En nuestra condición existencial resultan pertinentes las siguientes preguntas:

¿Qué es nuestra actualidad?, ¿cuál es el campo actual de las experiencias posibles? Allí no se trata de una analítica de la verdad. Se tratará de lo que podría llamarse una ontología del presente, una ontología de nosotros mismos (...) se puede optar por un pensamiento crítico

⁸⁹ Foucault, *Sobre la ...*, op. cit., p. 93.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 106.

que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad (...).⁹¹

El campo de las experiencias posibles está en las representaciones mentales, en el lenguaje, es el discurso histórico una posibilidad para contribuir a la modificación y dinamizar la acción en el presente. La escritura de la historia, narrar a los humanos en el tiempo, abre espacio a la reflexividad sobre nuestra condición histórica y nuestra situación en el presente. Ante la pregunta qué somos es inevitable recurrir al pasado para configurar cualquier respuesta posible; en la búsqueda encontraremos a los “otros” que han sido antes que nosotros, ahí surgirá la interpelación del pasado, la invitación a actuar y descubrir las “experiencias posibles” que el mundo de la vida en interconexión con los otros mundos de vida, la tradición, potencian nuestro actuar en el presente. Ni siquiera se trata de una actitud soberana sino como *algo* que está implícito en nuestra condición humana, es el campo de la decisión en el que ya estamos puestos, no es una opción.

Retomando la Ilustración, lo que Foucault propone es desplazarse del adoctrinamiento de los grandes ideales que justifican el proyecto de modernidad, más bien pone énfasis en la actitud ante el ahora, el presente, un modo de ser crítico ante la actualidad que nos interpela, este preguntarnos por nuestra condición histórica, vinculada a la actualidad, detonará espacios de acción.

Por una parte, quería subrayar el arraigamiento en la *Aufklärung* de un tipo de interrogación filosófica que problematiza a la vez la relación con el presente, el modo de ser histórico y la constitución de uno mismo como sujeto autónomo; por otra parte, quería subrayar que el hilo que puede ligarnos de esta manera con la *Aufklärung* no es la fidelidad a unos elementos de doctrina, sino más bien la reactivación permanente de una actitud; es decir, un *ethos* filosófico que se podría caracterizar como crítica permanente de nuestro ser histórico.⁹²

Este *ethos* que Foucault propone lo entendemos como la actitud reflexiva sobre nuestros modos de ser, las maneras de conducirnos, los discursos, el biopoder, nuestro hacer en nuestra finitud: “(...) un *ethos* filosófico que consista en una crítica de lo que decimos,

⁹¹ *Ibid.*, p. 82.

⁹² *Ibid.*, p. 100.

pensamos y hacemos, a través de una ontología histórica de nosotros mismos”.⁹³ Es en el tiempo histórico que se manifiesta, el historiador en sus funciones de relator del conocimiento histórico está estrechamente relacionado con la condición histórica que nos habita. Un medio para ejercer la crítica permanente de nuestro ser histórico es el discurso que construye el historiador abre la posibilidad de interpelar al lector. Encargarse de uno mismo y poner cuidado en sí mismo, en el ser -siendo-sido-por ser que en su condición existencial siempre está abierto; sería la mayor responsabilidad y compromiso que cada uno de nosotros tendríamos con nosotros mismos; nuestra respuesta auténtica a la interpelación.

Las características de esta actitud, *ethos*, facilitan lo que hemos llamado una historia pragmática, útil, ligada a nuestra condición existencial, es decir, el pasado se vuelve significativo cuando las posibilidades de acción se manifiestan en el presente –la potencialización del ahora-. Cuando esta actitud crítica nos habita, nos interpela, nos permite desarrollar esta actitud reflexiva de nuestra condición histórica y capacidad de acción.

- 1) Ese *ethos* filosófico se puede caracterizar como una actitud límite. No se trata de un comportamiento de rechazo. Se debe evitar la alternativa del afuera y el adentro; hay que estar en las fronteras. La crítica es en verdad el análisis de los límites y la reflexión sobre ellos.⁹⁴
- 2) Pero para que no se trate simplemente de la afirmación o del sueño del vacío de la libertad, me parece que esa actitud histórico-crítica debe ser también una actitud experimental. Quiero decir que ese trabajo hecho en los límites de nosotros mismos debe abrir por un lado un dominio de investigaciones históricas y por el otro someterse a la prueba de la realidad y de la actualidad, a la vez para captar los puntos en que el cambio es posible y deseable y para determinar la forma precisa que se debe dar a ese cambio. Es decir que esa ontología histórica de nosotros mismos debe abandonar todos los proyectos que pretendan ser globales y radicales.⁹⁵

Está crítica sobre lo que somos, sobre nuestra actualidad, abrirá la pauta a trayectorias posibles, contingentes, divergentes; una singularidad activa, una libertad posible inmersa en lo social donde la prioridad ya no es “someter” a lo humano en un sistema cerrado determinado, sino que mirando en sentido opuesto es en lo más cercano a nuestra

⁹³ *Ibid.*, p. 104.

⁹⁴ *Idem.*

⁹⁵ *Ibid.*, p. 105.

experiencia sensorial-simbólica inmediata, nuestras vidas, que podemos ver en la manifestación de nuestros actos operados a partir de la actitud crítica la potencialización del ahora posibilitado por el pasado. Visto de esta manera, el pasado, el conocimiento histórico estaría en pro de la actitud crítica que facilitaría el darnos cuenta de nuestra condición histórica. El futuro dejaría de estar al servicio de los determinismos, las filosofías especulativas de la historia, a la sujeción. Vivir en la actitud crítica nos facilita una interacción dinámica de los tiempos en la que se configura el por-venir: el devenir contingente que esta hecho de la acción singular y colectiva.

3.2 RASTROS DE CARMÍN: UNA ESCRITURA POSMODERNA⁹⁶

Ante el reto que tiene la ciencia de la historia y el historiador sobre cómo construir narrativas que vinculen el conocimiento sobre los humanos y su tiempo a los humanos que ocupan el presente, presentamos una escritura que nos parece contribuiría a delinear los marcos por los cuales podrían experimentarse “nuevas” narrativas históricas que se vuelvan potencialmente activas, pragmáticas, al servicio de la vida de aquellos que las realizan y quienes las lean.

3.2.1 “El archivo y el acontecimiento”

El curso de Teoría de la historia se focalizó al análisis de dos conceptos que atraviesan las partes medulares de la historia entendida como ciencia, uno es el proceso metodológico, en el que ubicamos la función de las fuentes y con ello el concepto de archivo, el otro se encuentra en la composición narrativa,⁹⁷ que vinculamos con la construcción del acontecimiento. Son los componentes esenciales que legitiman la función científica del historiador: investigación de fuentes documentales y la escritura de resultados; la construcción de conocimiento histórico científico.

Sin embargo, la finalidad del curso no fue hacer una descripción sino poner en jaque la perspectiva que ha sido alimentada por los historiadores realistas y, sobre todo, por los ideales de objetividad de la ciencia moderna del siglo XIX y mediados del XX. Una crítica radical a dos conceptos fundamentales que han posibilitado la práctica historiográfica. El acontecimiento en sí está fuera del alcance de los historiadores, los acontecimientos que construyen los historiadores carecen de correspondencia ontológica. El archivo más que contener el pasado, es marca de la ausencia.

⁹⁶ Este trabajo fue desarrollado en el curso de Teoría de la Historia del programa del doctorado en Historia de la Universidad Iberoamericana impartido por el Dr, Ricardo Nava, en primavera de 2014.

⁹⁷ Jörn Rüsen, “La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias históricas”, Distinción realizada en este artículo, aunque no con las nociones de archivo y acontecimiento, nos parece puede realizarse la conexión.

Ambos conceptos, bajo esta mirada crítica y carga semántica, marcan la imposibilidad del conocimiento histórico. La condición en la que se encuentra toda empresa que verse sobre el pensar histórico,⁹⁸ entre ellas, la ciencia de la historia. Aquí haremos unas breves puntualizaciones sobre la manera en que se entiende el acontecimiento, bajo lo que hemos denominado mirada crítica, para posteriormente llevarlo a un caso concreto donde el historiador realiza la construcción del conocimiento histórico.

a) Historicidad, lenguaje, finitud, *iterabilidad*, diferencia

La investigación ha proporcionado y seguirá proporcionando conocimiento sobre la realidad humana y éste seguirá siendo una herramienta valiosa en el diseño de estrategias de acción. El que ese conocimiento esté mediado por un imaginario implica, sin embargo, que no puede ser verificado en el presente, sino sólo en el futuro, cuando sobrevenga una discontinuidad discursiva o crisis del imaginario. Sólo entonces será posible discernir qué porción de las explicaciones históricas heredadas constituye una representación de fenómenos reales y cuál una construcción de fenómenos inducida por los supuestos y categorías del imaginario.

Pablo Sánchez León

Decir el acontecimiento, el pasado en sí, está en la imposibilidad. “No hay verdades eternas” como lo menciona Siegfried Kracauer, todo proceso de pensamiento es temporal, “(...) la conciencia del hombre como un ser histórico necesariamente acarrea una convicción acerca de la relatividad del conocimiento humano”⁹⁹ y la afectación existencial al pasado desde el presente que pretende conocer. Cuando el historiador busca encontrar al “otro” no es el otro el que aparece, sino construcciones semánticas elaboradas a partir de cierta cosmovisión del mundo contenida en el lenguaje, histórica. Es el imaginario en el que

⁹⁸ “En lo que consiste pensar históricamente es en hacer uso de recursos imaginativos y/o reflexivos que permiten incorporar a ese ‘inasible presente’ del que habla Becker interpretaciones de acontecimientos no vividos personalmente. Dichos recursos consisten en primer término en imágenes del tiempo, es decir, en representaciones convencionales de la relación entre el pasado y el presente (y por derivación, del futuro) con las que se moldean todas las interpretaciones y narrativas de eso que solemos llamar ‘la Historia’, incluidas las que ofrece el historiador en sus investigaciones y relatos”, Pablo Sánchez León *et al.*, *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, p. 117.

⁹⁹ Siegfried Kracauer, “La antesala”, p. 223.

se encuentra el historiador el que condiciona la forma en como conoce, sólo el colapso de ese orden discursivo evidenciará la parcialidad.

Otro componente del proceso de investigación, en la ciencia de la historia, que estará marcando los límites del conocimiento es el archivo, el que permite o anula la posibilidad de escritura, las determinaciones históricas de la materialidad del soporte. Aunque en realidad la marca o las huellas del archivo sólo son testimonio de la ausencia, de la ambigüedad, del suelo arenoso movedizo e inestable en el que el historiador hace sus construcciones discursivas, siguiendo una frase de Ludwig Wittgenstein, cavamos en un suelo pantanoso lo más profundo para sentirnos seguros, pero en el fondo no hay fondo.

La historicidad, la ausencia de fundamento y de unidad, así como la huella, en tanto trazo (inscripción), dan lugar a la *iterabilidad*, la diferencia, la repetición, la escritura de la historia en el simulacro, la *performatividad* del acontecimiento. Esta noción de acontecimiento abre la posibilidad del por-venir en el que se encuentra el conocimiento histórico: no todo está dicho y nada es para siempre.

La elección del libro que vamos a analizar se ha hecho a partir de una agrupación que hace Marisa González de Oleaga en el artículo “¿El fin de los historiadores o el fin de una hegemonía?”.¹⁰⁰ La característica principal de estas obras es una escritura de la historia a la que llama posmoderna: Una reflexividad del historiador sobre su propia práctica en la construcción de su narrativa haciendo partícipe al lector, que contempla las limitantes del conocimiento que produce, que se desmarca del servicio ideológico-legitimador del Estado-nación y las estructuras político, económico-sociales. Aunque, y esto es muy importante mencionarlo, no por eso se renuncia al rigor metodológico; la función de las fuentes documentales y el nivel de argumentación siguen siendo medulares.

¹⁰⁰ *Ibid.* p. 169. Simon Schama. *Dead Certainties*; James Goodman. *Stories of Scottsboro*; Greg Denning. *Mr. Bligh's Bad Language*; Richard Price. *Alabi's World*; Greil Marcus. *Lipstick Traces. A Secret History of the Twentieth Century*; Robert A. Rosenstone. *Mirror in the Shrine*.

3.2.2 *Rastros de carmín. Una historia secreta del siglo XX.*¹⁰¹

Rastros de carmín. Una historia secreta del siglo XX es un libro de historia alternativa, o bien, podríamos incluirlo en los estudios culturales, aunque parece que esto último suaviza lo crítico que puede ser para la práctica científica de la historia y para la vida misma de los lectores. Por una parte, es una escritura que siempre está interpelando al lector a identificarse con los personajes narrados y a tomar una postura ante los acontecimientos. Por otra, como parte de la comunidad de historiadores, muestra posibilidades de las tramas que pueden construirse para dar cuenta de los acontecimientos recientes y la posibilidad de cumplir con una función social: la exploración de los fines existenciales que podrían extraerse del conocimiento histórico y la construcción de una “ontología crítica de nosotros mismos” propuesta por Foucault y que ya hemos mencionado.

Rastros de carmín es una historia reciente de los movimientos musicales, subversivos y en resistencia ante el proyecto social de la modernidad. Busca explicar cómo en una canción “Anarchy in the UK”, de los *Sex Pistols*, se puede ver no sólo el siglo XX sino hacer un rastreo, un milenio atrás, de los movimientos sociales que surgen en los márgenes y que son omitidos por la historia. El rock and roll, específicamente el punk, es visto como una manifestación social que forma parte de una trayectoria histórica que reconstruirá a partir de manifestaciones y movimientos de resistencia en el cabaret-clubs nocturnos, en la Comuna de París, en el surrealismo, el dadaísmo, la internacional letrista, la internacional situacionista.

Greil Marcus hace una crítica a la industria musical y su servicio a la sociedad del consumo. Michael Jackson es un ejemplo de los mecanismos para canalizar la energía que se produce en las incongruencias del sistema social. El movimiento punk será sofocado ante el riesgo que representa para una sociedad el cuestionamiento y la transgresión, en el punk no sólo se trataba de ver el espectáculo que se había preparado, se desbordan los límites para hacer partícipe a la gente, eso fue lo que logró, una revolución en la vida cotidiana a través de la música.

¹⁰¹ Greil Marcus, *Rastros de carmín. Una historia secreta del siglo XX*.

La huella indeleble que dejan estos movimientos se encuentra en el inconsciente colectivo. En cada búsqueda de la libertad absoluta siempre hay la posibilidad del caos, la inconformidad, la resistencia y la imposibilidad de la libertad. Descubrir el mensaje es el secreto, las palabras de Huelsenbeck, a su regreso a Suiza, lo dejan entrever: “(...) regresar algún tipo de caos”, “la libertad realmente nunca existió en ninguna parte.”¹⁰²

a) La construcción del acontecimiento

“Nada es cierto; todo está permitido”. Eso dijo Nietzsche, y Mourre, y numerosos punks, y Debord, citando a Rashid al-Din Sinan, un gnóstico islámico, líder de Los Asesinos, mientras estaba en su lecho de muerte en 1192.

Greil Marcus

El autor marca la trayectoria de distintos movimientos subversivos: el dadaísmo, surrealismo, los miembros de la Comuna de París, Saint Just, la cantante Thérésa, el Movimiento para la libre expresión de la Universidad de Berkeley, Karl Marx, los herejes medievales, los cientos de miles de personas que acudían a los conciertos punk, los cientos de grupos punk que se formaron, Greil Marcus¹⁰³ quien lo ha hecho manifiesto. Son ellos quienes conforman una leyenda de libertad¹⁰⁴ en la trama que ha construido este último.

La construcción del acontecimiento se gesta en la experiencia personal del autor al escuchar las canciones del punk, al formar parte del Movimiento para la libre expresión en la Universidad Berkeley, en el otoño de 1964. En una búsqueda por entender la duda, el caos, la cólera, el resentimiento, la vacilación, el júbilo ... la libertad absoluta que le transmiten estos episodios de su vida, empieza a rastrear de dónde provienen estas emociones y qué las explica.

¹⁰² *Ibid.*, p. 473.

¹⁰³ Greil Marcus. Nace en San Francisco 1945, Se graduó en Estudio Americanos en la Universidad de California. Realizo estudios de posgrado en ciencias políticas. Crítico de rock y columnista de Rolling Stone. Ha escrito varios libros entre ellos *Mistery train*, *Dead Elvis*, *Ranters and Crowd*, entre otros. *Wikipedia*, 09-05-2014.

¹⁰⁴ Marcus, *op. cit.*, p. 196.

La creación de un contexto que explicara “Anarchy in the UK” implicó indagar en los movimientos que hacen uso de un lenguaje subversivo, radical y crítico, que agujera el espectáculo de la vida social. Creó una trama y unidad narrativa a partir de la descontextualización, de sacar esos hechos de los espacios en que fueron producidos para injertarlos en otro. Cumplió funciones del arconte, construir unidades de sentido a partir del desmantelamiento.

Es de notar la constante transhistórica en todos estos movimientos que, por ponerle un fin en la trama narrativa, culmina con Johnny Rotten y las canciones de los *Sex Pistols*; una estructura, un universal que logra “manifestarse” en distintos momentos donde “jugando un ‘juego de libertad’, un ‘cuestionamiento sistemático –diría Debord-, de todas las diversiones y trabajos de la sociedad, una crítica total de su idea de felicidad”.¹⁰⁵ La relación del lado-a-lado que menciona Kracauer, entre lo histórico-mundo de la vida y los *a priori*. Así la constante de la “libertad de decirlo todo´ libertad de hacerlo todo´ La libre explosión debe escapar de nuestras manos y de cualquier control para siempre”,¹⁰⁶ seguirá apareciendo, *iterabilidad*, en otros momentos, otros espacios, pero con un contenido de fondo que los hará afines. Ahí estarán los historiadores construyendo, a través de la escritura, el acontecimiento que carece de unidad en sí mismo dejándolo abierto.

b) Una escritura en los límites

Si no podemos salir del lenguaje metafísico, como lo intentó Levi Strauss y a otros tantos que se colocan en el pensamiento posmoderno, y una vez que sabemos los límites del conocimiento histórico, la imposibilidad del acontecimiento y el archivo, como huella de memoria mutilada, poniendo en tensión los componentes ontológicos y epistemológicos de la ciencia de la historia configurada en los presupuestos de la ciencia moderna, una posibilidad de lo que queda por hacer es desesencializar y desnaturalizar el conocimiento histórico. Enfatizar que sólo es una forma de ver el pasado, construcciones lingüísticas,

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 187.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 194.

representaciones mentales móviles, históricas, modificables: “Pero de la crisis de la modernidad se deriva otra implicación de mucho mayor calado: la necesidad de que los historiadores desempeñen una nueva función, que consiste en ejercer de supervisores críticos de cualquier intento de naturalizar y esencializar el conocimiento sobre la realidad humana”.¹⁰⁷

Es necesaria una escritura del acontecimiento que contemple las relaciones entre lo atemporal y temporal que propone Kracauer,¹⁰⁸ como habitantes de la antesala, atravesados por el tiempo, la historicidad en un doble plano: como humanos y como historiadores. Aceptar la condición del conocimiento histórico a la deriva, siempre diferido, siempre por venir, en la imposibilidad. El juego de querer alcanzarlo y aprehenderlo en su totalidad es similar “al perro que se quería morder su propia cola”. Y a la vez nos permite seguir el juego de la vida, de la escritura, en una trayectoria donde es previsible que vendrán otros planteamientos, otras preguntas y como lo dice Marcus, refiriéndose a lo que causa escuchar una canción punk, “(...) lo más grandioso que he oído nunca. Cuando eso ya no ocurra significará que la historia ha dado su siguiente giro”.¹⁰⁹

¹⁰⁷ Sánchez, *op. cit.*, p. 55.

¹⁰⁸ Kracauer, *op. cit.*, p. 219-268.

¹⁰⁹ Marcus, *op. cit.*, p. 474.

CONCLUSIONES

Por ahora la experiencia histórica está objetualizada en la ciencia de la historia bajo el manto protector de la ciencia moderna. Como invenciones lingüísticas recientes el historiador, la ciencia, la historia, la sociedad moderna están en la dinámica de la modificación, la transformación o bien la desaparición. Son sólo históricos y en esta condición están puestos en el espacio de la finitud.

Lo que hemos intentado demostrar a lo largo del trabajo es el cruce de distintos espacios sociales en la escritura de la historia y la figura del historiador: el mundo preteórico, el espacio disciplinar, el lenguaje ordinario, el lenguaje teórico. Así como la interpelación del mundo simbólicamente estructurado en los cuerpos, el historiador no es la excepción, sólo posible en el lenguaje y la respuesta como condición de nuestro desenvolvimiento en el espacio, nuestra singularidad. Nos es imposible afirmar interacciones lingüísticas armónicas, así como relaciones de poder pasivas; es por eso que hemos recurrido a ambos polos para quedarnos con el ir siendo, la apertura, el por-venir, la contingencia, lo indecible, negociando en el desacuerdo y el disenso.

En lo que respecta a la relación del conocimiento histórico con la “situación social actual”, la vida, nos parece que no pocos historiadores reconocen los vínculos que hay y lo necesario que resulta conectar historiografía con nuestra experiencia histórica como proyecto –en sentido heideggeriano-, participes todos de la historicidad: *somos tiempo*. Podemos mencionar brevemente algunos de los mencionados en este trabajo: Nietzsche, O’Gorman, Bloch, Febvre, Braudel, LaCapra, entre otros.

Si los límites de lo pensable son lingüísticos, si nuestras conductas y nuestros cuerpos están condicionados por discursos -biopoder-, si las representaciones simbólicas no son fijas y permanentes; consideramos que con esta reflexividad del lenguaje la ciencia de la historia -el historiador-la escritura puede contribuir a la modificación de los juegos de verdad, las representaciones mentales, detonar posibilidades para otros mundos posibles a través del discurso histórico.

Como comentario personal: La finalidad del paradigma de la ciencia moderna conlleva un desligamiento de la ciencia de la historia, del conocimiento histórico, del historiador con la actualidad, la función social, la utilidad de la historia para la vida; una actitud cómoda posibilitada por el discurso que legitima su práctica. ¿Qué sentido tiene el conocimiento histórico producido en la ciencia de la historia posibilitada por la modernidad y las instituciones que ésta legitima?

Los mismos cuestionamientos van a la teoría, la ciencia, la epistemología, sin duda, se dirá que es un bien en sí mismo porque se trata del conocimiento, habría que preguntar cuándo se legitimó el conocimiento en espacios muy reducidos y para minorías que se mueven en ámbitos cerrados con metalenguajes que sólo unos pueden comprender. Quizá la universidad sólo sea un sitio de empoderamiento para los pocos que se desenvuelven ahí, legitimando la fantasmagoría, el engaño, que habla mucho del hombre instrumental moderno, narcisista, ególatra, individualista; aquello que, en teoría, resulta repugnante y negado radicalmente.

Quisiéramos hacer otra pregunta: ¿Tiene el conocimiento histórico, la universidad, el historiador, algún compromiso con la actualidad, con el siglo XXI?, ¿hay algo que podamos hacer ante las dinámicas generadas por el neoliberalismo y la globalización: el terrorismo, la exclusión social, la pobreza extrema, las privatizaciones, entre muchas otras problemáticas y retos?, o ¿seguiremos como los vasos sagrados depositarios de conocimiento?

Consideramos necesario un replanteamiento de lo qué somos y hacemos ante el agotamiento conceptual del proyecto de modernidad y lo inconmensurable de la realidad social, de lo histórico –pasado-presente-futuro- que hace evidente la desconexión entre la realidad concreta y los mundos discursivos producidos para “comprender”, propio de la sociedad que instrumentaliza, controla, manipula, que busca la totalidad y el fundamento para sentirse segura.

En el terreno de lo deseable, propugnamos hablar de las responsabilidades, compromiso social y obligaciones del historiador como intelectual, evidentemente pensado fuera del esquema discursivo de la modernidad donde se utiliza el conocimiento histórico para legitimar ideologías. Más cercano a lo que, por ahora, consideramos necesario: una ontología crítica de nosotros mismos que no es otra cosa que una postura crítica, una actitud crítica, ante nuestra condición histórica, en el sentido planteado por Michel Foucault.

Así mismo, es deseable un conocimiento de la historia que intente dejar de ser ideológico, más apegado a divulgar nuestra condición histórica, contribuir a acciones que se hagan con conocimiento sin pretender imposiciones y encausamientos en pro de científicismos y filosofías de la historia. Abrir el espacio de la decisión con referentes que indiquen posibilidades de acción, recordando a Sócrates: que las acciones no sean por ignorancia.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Mariflor *et al.* *Crítica del sujeto*, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 1990.
- Alía Miranda, Francisco. *Técnicas de investigación para historiadores. Las fuentes de la historia*, Madrid, Síntesis, 2008.
- Allier Montaño, Eugenia. “Ética y política en el historiador del tiempo presente”, en Alfonso Mendiola y Luis Vergara (coordinadores) *Cátedra Edmundo O’Gorman. Teoría de la historia*. Volumen I. México. UIA-UNAM-IIH. 2011.
- Alonso, Carlos Javier. *La agonía del cientificismo: una aproximación a la filosofía de la ciencia*, Pamplona, EUNSA, 1999.
- Altamirano, Carlos (director). *Historia de los intelectuales en América Latina*, Tomo I: *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Buenos Aires, Katz, 2008.
- Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, México, Quinto Sol, 1987.
(http://www.infoamerica.org/documentos_pdf/althusser1.pdf).
- Ankersmit, Franklin R. “Representación histórica. Explicación, interpretación y representación”, en *Historia y Tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, México, FCE., 2004.
- Aurell, Jaume *et al.* *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*, Madrid, Akal, 2013.
- Bajtín, M. Mijaíl. *Problemas de la poética de Dostoievsky*, México, FCE, 1986.
- Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, Barcelona, Paidós, 1987.
- Bátiz, José Antonio *et al.* *Reflexiones sobre el oficio del historiador*, México, UNAM, 1999.
- Bello, Andrés. *Estudios de crítica histórica*, México, Cien de Iberoamérica, 2014.
- Benjamin Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México: Itaca, 2008.
- “La tarea del traductor”, en *Conceptos de filosofía de la historia*, Argentina, Terramar, 2007.
- El autor como productor*, México, Itaca, 2004.
- (<http://www.seminariomodernidad.unam.mx/Archivo%20Benjamin%20Web/traduccion/Walter%20Benjamin,%20El%20autor%20como%20productor.pdf>)
- El narrador*, Madrid, Taurus, 1991.

(http://mimosa.pntic.mec.es/~sferna18/benjamin/benjamin_el_narrador.pdf)

- Benveniste, Émile, *Problemas de lingüística general II*, México, Siglo XXI, 1977.
- Betancourt, Fernando. “El problema del sujeto y la subjetividad en la disciplina histórica”, en Coloquio: “Teoría y crítica en el quehacer historiográfico”, Ciudad de México, 13-14 de febrero de 2013.
- Historia y cognición. Una propuesta de epistemología desde la teoría de sistemas*, México, UNAM-Universidad Iberoamericana, 2015.
- Bilbao, Francisco. *El evangelio Americano*, Buenos Aires, Americalee, 1943.
- Bleichmar, Silvia. *La construcción del sujeto ético*, Buenos Aires, Paidós, 2011.
- Bloch, March. *Apología para la historia o el oficio de historiador*, Edición anotada por Étienne Bloch, 2ª ed., México, FCE., 2001.
- Bourdieu, Pierre. *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, 3ª ed., Madrid, Akal, 2001.
- Borges, Jorge Luis. “Pierre Menard, autor del Quijote”, en *Ficciones*, Madrid, Alianza, 2007.
- Braudel, Fernand. *La historia y las ciencias sociales*, México, Alianza, 1994.
- Burke, Peter. *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales 1929-1989*, Madrid, Gedisa, 2006.
- Camacho López, Aarón. “El quehacer y conocimiento histórico desde la propuesta epistémica de Hugo Zemelman”, en Coloquio: “Teoría y crítica en el quehacer historiográfico”, Ciudad de México, 13-14 de febrero de 2013.
- Causse, Jean-Daniel. *El don del agapé. Constitución del sujeto ético*, Santander, Sal Terrae, 2006.
- Certeau, Michel de. *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana-ITESO, 1994.
- Colomer, Eusebi. *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger. Tomo primero. La filosofía trascendental: Kant*, Barcelona, Herder, 2006.
- Coreth, Emerich et al. *La filosofía de los siglos XVII Y XVIII*, Barcelona, Herder, 1987.
- Cruz, Manuel (compilador). *Tiempo de subjetividad*, Barcelona, Paidós, 1996.
- Danto, Arthur C. *Historia y narración: ensayos de filosofía analítica de la historia*, Barcelona, Paidós: I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1989.

- Devoto, Fernando J. “La construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay: las historias nacionales de Varnhagen, Mitre y Bauzá”, en Carlos Altamirano (director) *Historia de los intelectuales en América Latina*, Tomo I *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Buenos Aires, Katz, 2008.
- Dosse, François. “La historia intelectual después del *linguistic turn*”, en *Historia y Grafía*. Núm. 23. 2004.
La historia en migajas, México, Universidad Iberoamericana, 2006.
- Duby, Georges, *Diálogo sobre la historia. Conversaciones con Guy Lardreau*, Madrid, Alianza, 1988.
- Echeverría, Bolívar. *Definición de la cultura*, 2da ed., México, FCE., 2010.
- Fanon, Frantz. *Piel negra, máscaras blancas*, Madrid, Akal, 2009.
- Febvre, Lucien. *Combates por la historia*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1993.
- Flores Galindo, Alberto. *Buscando un inca: identidad y utopía en Los Andes*, Cuba, Casa de las Américas, 1986.
- Foucault, Michel. “Subjetividad y verdad” en *Estética, ética y hermenéutica*, Obras esenciales, volumen III, Madrid, Paidós, 1999.
“La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad”, en *Estética, ética y hermenéutica*, Obras esenciales, volumen III, Madrid, Paidós, 1999.
“Las técnicas de sí”, en *Estética, ética y hermenéutica*, Obras esenciales, volumen III, Madrid, Paidós, 1999.
Tecnologías del yo. Y otros textos afines, Barcelona, Paidós/I.C.E.-U.A.B., 1990.
Hermenéutica del sujeto, Madrid, La Piqueta, 1994.
Sobre la Ilustración, Madrid, Tecnos, 2003.
Las palabras y las cosas, México, Siglo XXI, 2008.
- Gadamer, Hans George. *Verdad y método*, Salamanca. Sígueme, 2000.
- Gaddis, John Lewis. *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, Barcelona, Anagrama, 2004.
- Ginzburg, Carlo. “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, en *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Buenos Aires, FCE, 2010.
“Indicios: Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en *Tentativas*, Morelia, UMSNH, 2003.

- González, Luis. *El oficio de historiar*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988.
- Guha, Ranahit. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Habermas, Jürgen. *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Katz, 2008.
- Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Trotta, 2010.
- Heidegger, Martin. *El ser y el tiempo*, 2da ed., México, 1971.
- “El camino al habla”, en *De camino al habla*, 3ra ed., Barcelona, Ediciones del Serbal, 2002.
- “Carta sobre el humanismo”, en *Hitos*, Madrid, Alianza, 2000.
- “El origen de la obra de arte”, en *Caminos de bosque*, Madrid, Alianza, 2010.
- Hoyos, Guillermo y Ángela Uribe (compiladores). *Convergencia entre ética y política*, Santa fé de Bogotá, Siglo del hombre, 1998.
- Iggers, Georg G. “El ‘giro lingüístico’ ¿el fin de la historia como disciplina académica?”, en Luis Gerardo Morales Moreno (Compilador), *Historia de la Historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*, México, Antologías universitarias-Instituto Mora, 2005.
- Inclán, Daniel. *El problema del sujeto de la historia: los discursos críticos latinoamericanos a finales del siglo XX*, México, UNAM, 2015.
- “Astillas del tiempo: sujeto e inteligibilidad histórica”, en Coloquio: “Teoría y crítica en el quehacer historiográfico”, Ciudad de México, 13-14 de febrero de 2013.
- Kant, Immanuel. *Filosofía de la historia. Qué es la ilustración*, La Plata, Terramar, 2004.
- Keith Jenkins. *¿Por qué la historia?* México, FCE, 2006.
- Kerbrat-Orecchioni, Catherine. *La enunciación: de la subjetividad en el lenguaje*, 3ª ed., Buenos Aires, Edicial, 1997.
- Koselleck, Reinhart. “Historia magistra vitae” en: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Kracauer, Siegfried. *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las cuarenta, 2010.
- Kuhn, Thomas. *La estructura de las revoluciones científicas*, 3ª ed., México, FCE. 2006.
- LaCapra, Dominick, *Escribir la historia, escribir el trauma*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005.
- Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica*, Buenos Aires, FCE, 2006.
- Lafont, Cristina. *Lenguaje y apertura del mundo. El giro lingüístico de la hermenéutica de Heidegger*, Madrid, Alianza, 1997.

La razón como lenguaje. Una revisión del 'giro lingüístico' en la filosofía del lenguaje alemana, Madrid, Visor, 1993.

Lecourt, Dominique *et al.* *Filosofía, ciencia y política: primer curso de verano*. México. Nueva Imagen. 1980.

Liotard, Jean-François. *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, 8ª ed., Madrid, Cátedra, 2004.

Maestre, Agapito. *Modernidad, historia y política*. Navarra, Verbo Divino, 1993.

Marcus, Greil. *Rastros de carmín. Una historia secreta del siglo XX*, Barcelona, Anagrama, 1993.

Marcuse, Herbert. *El hombre unidimensional*, Madrid, Ariel, 2010.

Mezzadra, Sandro *et al.* *Estudios postcoloniales. Ensayos fundamentales*, Madrid, Traficantes de Sueños, Madrid, 2008.

Michel, Guillermo. *Ética política zapatista. Una utopía para el siglo XXI*, México, UAM-Xochimilco, 2003.

Moctezuma Franco, Abraham, *La historiografía en disputa: México, 1940*, México, INAH-BUAP, 2004. http://hicu1.dosmildiez.net/marcov/wp-content/uploads/2009/09/29_Abraham_14Sept011.pdf

Nietzsche, Friedrich. *Sobre utilidad y perjuicio de la historia para la vida (II Intempestiva)*, Madrid, Biblioteca Nueva. 1999.

Noiriel, Gerárd. *Sobre la crisis de la historia*. Madrid. Cátedra. 1997.

O' Gorman, Edmundo. "Fantasmas en la narrativa historiográfica", en *Historia y grafía*, núm. 5, 1995.

Crisis y porvenir de la ciencia histórica, México, UNAM, 2006.

Pappe, Silvia (Coordinadora). *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-Azcapotzalco, 2000.

Pastor, Marialba. "Wilhelm Dilthey: las "experiencias vitales" y la historia" en Karl Kohut (compilador) *El oficio del historiador. Teorías y tendencias de la historiografía alemana del siglo XIX*, México, Herder, 2009.

Perus, Françoise (compiladora). *Historia y literatura*, México, Instituto Mora, 1994.

Quiroga, Hugo *et al.* *Filosofías de la ciudadanía. Sujeto político y democracia*, 2da ed., Rosario, Homo Sapiens, 2001.

- Ranci re, Jacques. “La democracia es fundamentalmente la igualdad”, en Hugo Quiroga *et al.*, *Filosofías de la ciudadanía. Sujeto político y democracia*, 2da ed, Rosario, Homo Sapiens, 2001.
- Rawics, Daniela. *Ensayo e identidad cultural en el siglo XIX latinoamericano. Simón Rodríguez y Domingo F. Sarmiento*, México, Universidad de la Ciudad de México, 2003.
- Ricoeur, Paul. “Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica”, en *Tiempo y narración III, el tiempo narrado*, México, Siglo XXI, 2006.
- S  mismo como otro*, México, Siglo XXI, 2003.
- Rodríguez, Ramón. “El sujeto de la apelación”, en Mariflor Aguilar Rivero (Coordinadora), *Sujeto, construcción de identidades y cambio social, México*, UNAM, 2008.
- “Historia del ser y filosofía de la subjetividad”, en *Hermenéutica y subjetividad: ensayos sobre Heidegger*, Madrid, Trotta, 1993.
- Ronny J. Viales Hurtado. “La sociología latinoamericana y su influencia sobre la historiografía (siglo XIX a 1980)”, en Estev o de Rezende Martins (director del volumen) y Héctor Pérez Brignoli (codirector), *Historia General de América Latina*, tomo 9: *Teoría y metodología en la Historia de América Latina*, Madrid, UNESCO-Trotta, 2006.
- Rorty, Richard. *El giro ling stico*, Barcelona, Paidós, 1990.
- R sen, J rn. “La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias históricas”, en Silvia Pappe (Coordinadora), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM-Azcapotzalco, 2000.
- Sánchez León, Pablo *et al.* *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 2008.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo. Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, 12^a ed., México, Porrúa, 2006.
- Stone, Lawrence. “El resurgimiento de la narrativa reflexiones acerca de una nueva y vieja historia”, en *El pasado y el presente*, México, F.C.E., 1986.
- Tassin, Etienne. “Identidad, ciudadanía y comunidad política: qué es un sujeto político”, en Hugo Quiroga *et al.*, *Filosofías de la ciudadanía. Sujeto político y democracia*, 2da ed, Rosario, Homo Sapiens, 2001.
- Vázquez Mantecón, Carmen. “La historia y la literatura, encuentros y desencuentros” en José Antonio Bátiz *et al.* *Reflexiones sobre el oficio del historiador*, México, UNAM, 1999.

Vermeren, Patrice. “El ciudadano como personaje filosófico”, en Hugo Quiroga *et al.*, *Filosofías de la ciudadanía. Sujeto político y democracia*, 2da ed, Rosario, Homo Sapiens, 2001.

Veyne, Paul. *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza, 1984.

White, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992.

Zermeño, Guillermo. “Droysen o la historia como arte de la memoria”, en Karl Kohut (compilador), *El oficio del historiador, Teorías y tendencias de la historiografía alemana del siglo XIX*, México, Herder, 2009.

La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica, México, El Colegio de México, 2010.

“La historiografía moderna en México: génesis, continuidad y transformación de una disciplina” ponencia presentada en la XI Reunión de Historiadores Mexicanos, Estadounidenses y Canadienses. Las instituciones en la historia de México: formas, continuidades y cambios. Monterrey, N.L., 1-4 de octubre de 2003. (http://www.culturahistorica.es/guillermo/historiografia_moderna_mexico.pdf)